



EL LIBRO  
DE LA  
PELÍCULA

*NUNCA DESISTAS. NUNCA TE RINDAS.*

ANTHONY MCCARTEN

# EL INSTANTE MÁS OSCURO

*Winston Churchill en mayo de 1940*

CRÍTICA

## Índice

Portada

Sinopsis

Introducción

1. Votación en la Cámara

2. El zángano de la sociedad

3. La caída de un líder

4. Halifax: el zorro sagrado

5. El gran «dictador»

6. Sangre, fatigas, lágrimas y sudor

7. La situación empeora

8. Miedo, dudas y presiones desde dentro

9. Crisis del Gabinete y liderazgo

10. «Lucharemos en las playas»

Epílogo. Si se dijera la verdad

Agradecimientos

Láminas

Notas

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre  
una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos  
exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## SINOPSIS

Este es el relato del tiempo angustioso que vivió Gran Bretaña en mayo de 1940, desde el día 10, en que las tropas de Hitler iniciaron la invasión de Holanda, hasta el 29, cuando los soldados británicos y franceses derrotados por los alemanes embarcaron en Dunquerque para refugiarse en Inglaterra. Esta es una historia que se suele narrar en tonos de epopeya, pero que aquí se revive en torno a la figura de Winston Churchill, de acuerdo con la verdad de aquellos días inciertos, reconstruida con una amplia documentación, que incluye las discusiones del gobierno, y con los testimonios de sus contemporáneos. McCarten nos muestra las dudas de unos días en que se pensó seriamente en negociar con Hitler, aceptando la victoria que había puesto Europa entera en sus manos, y nos descubre la evolución que llevó a Winston Churchill a manifestar, el 4 de junio, su voluntad decidida de no rendirse, aunque hubiese que luchar contra los alemanes en las playas, en un discurso que iba a cambiar el rumbo de la historia.

## Introducción

A lo largo de los años, en mis estanterías ha habido siempre unos cuantos volúmenes cuyo contenido podría calificarse de «grandes discursos que cambiaron el mundo». La tesis de esos libros es que un logro tan cuestionable como ese se ha alcanzado ya muchas veces, siempre que se han dado las condiciones adecuadas: palabras oportunas, asociadas a una idea oportuna, y pronunciadas por una persona brillante y oportuna.

En esas antologías cabía esperar encontrar al menos un discurso de Winston Spencer Churchill. A menudo dos o tres. Sus palabras sonaban ligeramente anticuadas, altisonantes, con la artificiosidad que lo caracterizaba, elevada casi a la pomposidad, pero siempre contenían un par de frases exquisitas, unas citas soberbias que habrían resultado memorables tanto para un público que hubiera existido hace mil años como para un público futuro que exista dentro de mil años.

A medida que fui haciéndome un modesto estudioso de los discursos de Nehru, Lenin, George Washington, Hitler, Martin Luther King y otros, fui alimentando mi admiración por el arte de la oratoria y por el aluvión de palabras procedentes de esos hombres, como una lluvia de flechas cada vez más densa. En el mejor de los casos, esos discursos tenían la facultad de evocar y hacer aflorar los pensamientos no formulados de un pueblo, de galvanizar emociones de lo más dispares y de trasladarlas a un punto de pasión compartida, capaz de hacer de lo impensable una realidad.

Lo que me sorprendía como algo verdaderamente notable en Churchill era que había escrito tres de esos discursos en solo cuatro semanas. Para él, mayo de 1940 fue un momento único de inspirada grandilocuencia. Y lo hizo él solito. ¿Qué tuvo aquel momento que lo impulsó a alcanzar tales cotas? ¿Qué presiones políticas y personales lo llevaron, por tres veces en tan pocos días, a convertir el carbón en unos diamantes de semejante valor?

¿La respuesta más sencilla? Gran Bretaña estaba en guerra. Los horrores del *Blitzkrieg* vieron cómo una democracia europea tras otra iban cayendo en rápida sucesión bajo las botas y las bombas de los nazis. Obligado a hacer frente a tanto horror, con una pluma en la mano y una mecanógrafa bien dispuesta, el nuevo primer ministro inglés se preguntó qué palabras podrían suscitar en el país una actitud de resistencia heroica cuando la invasión de su patria por un enemigo tan terrible parecía estar solo a pocas horas de distancia.

Este libro y el guion de la película *El instante más oscuro* surgieron de esas preguntas y de esa fascinación. El objetivo es estudiar los métodos de trabajo, las cualidades de liderazgo, el pensamiento y los estados de mente de un hombre en aquellos días críticos; de un hombre que en el fondo de su alma, más bien poética, creía que las palabras importaban, que contaban, y eran capaces de actuar para cambiar el mundo.

Mis primeras investigaciones me llevaron a centrarme en el período comprendido entre el inesperado ascenso de Churchill al puesto de primer ministro el 10 de mayo de 1940 y la evacuación casi total del ejército británico acorralado en Dunkerque (que marcó la caída casi inminente de Francia) el 4 de junio, fecha, dicho sea de paso, en la que pronunció el último discurso de su trilogía retórica.

Los Archivos Nacionales me proporcionaron una herramienta de trabajo vital para mis investigaciones: el acceso a las actas de las reuniones del Gabinete de Guerra que Winston presidió durante aquellos días tan sombríos. Esos documentos arrojan luz sobre un singular período de incertidumbre en su carrera, sobre un momento de vacilación en su liderazgo, por lo demás firme. Los pedestales son para las estatuas, no para las personas, y una lectura atenta de esas actas pone ante nuestros ojos no solo a un líder en apuros, atacado desde todos los flancos e inseguro a veces, sin saber a ciencia cierta qué dirección tomar, sino también una historia que yo no había oído contar nunca: la de un Gabinete de Guerra británico que, de haber hecho las paces con el enemigo, habría redibujado el mundo para siempre. ¿Hasta qué punto estuvo cerca Winston de alcanzar un acuerdo de paz con Hitler? Pues bien, según pude descubrir, estuvo peligrosamente cerca.

La cuestión que se le planteaba a aquel Gabinete de Guerra, que en 1940 se reunió inicialmente en el Almirantazgo (a pocos pasos de Downing Street subiendo por Whitehall) y luego en el búnker excavado debajo del edificio del Tesoro, era si Gran Bretaña debía seguir luchando sola, quizá hasta la destrucción de sus fuerzas armadas o incluso hasta la destrucción de la propia nación, o si, por el contrario, le convenía no correr riesgos y explorar la posibilidad de alcanzar un acuerdo de paz con Hitler. El embajador italiano en Londres, a cambio de ciertos trueques coloniales en África, Malta y Gibraltar, había indicado que estaba dispuesto a pedir al máximo dirigente del fascismo italiano, Benito Mussolini, que actuara de intermediario entre Berlín y Londres para la consecución de ese pacto. Mientras que el rival de Winston en el liderazgo del país, lord Halifax, insistía enfáticamente en que se explorara esta opción, al menos hasta que pudiera averiguarse con claridad cuáles eran las condiciones exigidas por Hitler, y su antecesor en el cargo de primer ministro, Neville Chamberlain, reconocía que esa parecía la única forma sensata de escapar a una aniquilación casi segura, Winston se enfrentó a unas horas de enorme soledad en las que realmente no tuvo más que su propio criterio en el que basarse.

A muchos lectores les sorprenderá saber que el gran Winston Churchill, presentado ante la historia como un enemigo firme e inquebrantable de Hitler, dijo a sus colegas del Gabinete de Guerra que en principio no pondría objeciones a entablar conversaciones de paz con Alemania «si *Herr* Hitler estaba dispuesto a firmar la paz a cambio de la devolución de las colonias alemanas y del reconocimiento de su hegemonía en Europa central». En un momento determinado, el 26 de mayo, fue más allá, y se afirma que dijo «que estaría muy *agradecido* si nos librábamos de las actuales dificultades, siempre y cuando conserváramos lo indispensable de nuestra fuerza vital, aunque fuera a costa de alguna cesión de territorio». ¿A qué territorios se refería? En realidad hablaba no solo de territorios europeos, sino también *británicos*. Y hay más todavía. El diario de Chamberlain reseña el 27 de mayo que Churchill dijo al Gabinete de Guerra que «si lográbamos salir de este lío cediendo Malta y Gibraltar y algunas colonias africanas, él [Winston] no dejaría escapar la oportunidad».

¿De verdad pensó Churchill en entablar conversaciones de paz con un maníaco homicida al que aborrecía por encima de cualquier otra persona? Parece que así fue. Tales eran las presiones que pesaban sobre él, que no solo se le pasó la idea por la cabeza, sino que incluso permitió que Halifax empezara a redactar un memorándum secreto para los italianos, exponiendo las condiciones de Inglaterra y dando los primeros pasos para averiguar hasta qué punto iba Hitler a ser severo.

A aquellos que piensen que la imagen de un Churchill dispuesto a considerar seriamente la idea de un acuerdo semejante menoscaba al gran hombre y daña su reputación, yo les diría justo lo contrario: que la imagen pública de un luchador combativo que nunca dudó de sí mismo no le hace justicia; hace de él un personaje irreal, un clisé, no tanto un ser humano tridimensional cuanto el producto de un sueño colectivo. Lejos de empequeñecerlo, su indecisión, su capacidad de poner al mal tiempo buena cara con el fin de mantener alta la moral mientras pensaba en otras soluciones, lo engrandecen.

Estos son, pues, los instantes más oscuros a los que hace referencia el título del libro, pero de ellos —y lo que es más, por ellos— Churchill salió con dos *coups de théâtre*, dos golpes de efecto, dos ejemplos magníficos de oratoria: el primero, el discurso pronunciado ante un grupo de miembros del Gabinete que no estaban al corriente de lo que se decía en el Gabinete de Guerra, y el segundo, el pronunciado ante el pleno del Parlamento, para que lo oyera todo el mundo. El primero fue una especie de calentamiento para lo que iba a venir, y no se conserva de él un texto completo, pero las anotaciones de los diarios de dos hombres que lo oyeron indican a grandes rasgos cuáles fueron sus líneas maestras y recogen muchas frases clave. El segundo discurso entró en la historia en el momento mismo en que las palabras salieron de los labios de Winston, a medida que nombraba las playas, los puntos de desembarco, los campos, las montañas, los mares y los océanos, e incluso los cielos, los lugares en suma en los que los británicos se enfrentarían a los temidos germanos.

En esos dos discursos, y en otro anterior pronunciado unas semanas antes —en el que prometió al pueblo entregarle, quisiera o no, su sangre, sus fatigas, sus lágrimas y su sudor—, utilizó todos los trucos a su alcance. Eran

lecciones aprendidas de los oradores griegos y latinos en general, y de Cicerón en particular: primero suscitando la simpatía del público por su país, por él mismo, por sus aliados, por su causa, y luego elaborando un llamamiento emocional directo —lo que los oradores latinos llamaban el *epilogos*— destinado a no dejar ni un solo corazón indiferente, ni un solo ojo sin lágrimas.

Existen modelos del tipo de espectáculo de fuegos artificiales que montó en tres ocasiones entre finales de mayo y principios de junio de 1940, en particular el discurso de Marco Antonio en defensa de Aquilio, durante el cual Antonio rasgó la túnica de Aquilio para mostrar las cicatrices que habían dejado en su pecho sus acciones en el campo de batalla, pero ni la Cámara de los Comunes ni el público británico en general habían oído nada parecido. Con sus palabras, Churchill cambió el estado de ánimo del mundo político y reforzó la voluntad nerviosa de un pueblo vacilante, obligándolos a emprender un camino incierto que —al final y contra todo pronóstico, y con todos los sacrificios vaticinados por Winston (y unos pocos más)— desembocó en la victoria total.

Eso es algo de lo que se cuenta.

Tras la muerte de Winston, se dijo de él que durante aquellos días oscuros de 1940, cuando Gran Bretaña se mantuvo en pie sola frente a un enemigo monstruoso, supo movilizar la lengua inglesa y mandarla al campo de batalla. No se trata solo de una bonita metáfora. Las palabras fueron realmente todo lo que tuvo en aquellos largos días. Pero a decir verdad, cuando solo te queda una cosa con la que luchar, al final todo podría salirte mucho peor. Y esa es la lección que debemos sacar.

MARTES, 7 DE MAYO DE 1940

**HITLER YA HABÍA INVADIDO CHECOSLOVAQUIA,  
POLONIA, DINAMARCA Y NORUEGA**

**EN AQUELLOS MOMENTOS SE DISPONÍA A  
CONQUISTAR EL RESTO DE EUROPA**

**EN GRAN BRETAÑA, EL PARLAMENTO HABÍA  
PERDIDO LA FE EN SU LÍDER, NEVILLE  
CHAMBERLAIN. HABÍA COMENZADO YA LA  
BÚSQUEDA DE UN SUSTITUTO**

## Votación en la Cámara

Los debates en la cámara del Parlamento británico eran un clamor de condenas e invectivas. «¡Fuera, fuera!», gritaban en las galerías más altas, donde los aristócratas y los miembros de la Cámara de los Lores intentaban asomarse estirando el cuello para ver mejor. «¡Dimite, hombre, dimite!» Los políticos británicos no habían visto nunca nada parecido. Los miembros de los partidos de la oposición enrollaban sus folletos con el orden del día en forma de puñales y los lanzaban en dirección a la figura derrumbada, ya caduca y, sin que nadie lo supiera, enferma, que estaba sentada delante de la arqueta de su cargo:\* el conservador Neville Chamberlain, primer ministro de Gran Bretaña.

Pero por varias razones Chamberlain era reacio a retirarse y a dejar su puesto como jefe del gobierno, entre otras cosas debido a la profunda inseguridad que sentía respecto a la persona que pudiera sucederlo.

Gran Bretaña llevaba ocho meses en guerra y las cosas estaban yéndole mal. Tanto los políticos como el público en general reclamaban no solo un líder, sino también, como exigen todos los grandes momentos, un *gran* líder: un líder capaz de hacer lo que solo pueden hacer los grandes líderes: pronunciar palabras que sepan conmover, incitar, convencer, galvanizar, inspirar e incluso crear en los corazones del pueblo unos niveles de sentimientos que nadie sabía que tuviera. De esas palabras saldrían acciones y, dependiendo de la sabiduría de esas acciones, de ellas saldría o bien el triunfo o bien una sangrienta derrota.

Y había en él tal vez otro elemento más sorprendente que el que cualquier país sometido a una grave crisis habría deseado encontrar en su líder: dudas. La capacidad vital de dudar de su juicio, de poseer una mente

capaz de albergar dos ideas contrapuestas al mismo tiempo y de sintetizarlas solo entonces; de tener una mente no hecha de ideas preconcebidas, y por lo tanto capaz de dialogar con todas las opciones. Esa actitud contrastaba con una mentalidad llena de prejuicios que únicamente le permitían mantener un diálogo con una sola persona: él mismo. Gran Bretaña no necesitaba en aquellos momentos ningún ideólogo. Lo que le hacía falta era un pensador completo.

Como escribía Oliver Cromwell en 1650 en una carta dirigida a la Iglesia de Escocia, «os imploro, por los clavos de Cristo, pensad si no será posible que estéis equivocados». En aquellos tiempos de incertidumbre y obligada como estaba la nación británica a hacer frente a unos asuntos tan graves que su futuro dependía de los próximos pasos que diera, la gran pregunta era: ¿Dónde podría encontrarse un líder semejante?

«¡Lleva usted sentado ahí demasiado tiempo para lo poco que ha hecho! Váyase, le digo, y déjenos en paz. ¡Por Dios, váyase!»<sup>1</sup> Leo Amery, diputado por Sparkbrook, Birmingham, volvió a ocupar su escaño en medio de sonoros aplausos en aquella primera sesión del ya legendario debate de Noruega, el martes 7 de mayo de 1940. La Cámara llevaba casi nueve horas reunida. Era una tarde cálida de comienzos del verano y la oscuridad ya había caído. Sus palabras fueron una puñalada en el costado de Chamberlain, compañero suyo en el partido conservador.

Gran Bretaña era un país dividido y el gobierno, en vez de unirse, se hallaba desgarrado por los egos y las pequeñas diferencias que habían contribuido a los catastróficos fracasos militares en el campo de batalla y en alta mar. La perspectiva de que el fascismo triunfara y de que la democracia tocara a su fin en Europa ya no era algo inimaginable.

La semilla del famoso debate que estaba teniendo lugar en la Cámara aquella noche se había plantado cinco días antes, cuando se tuvo noticia de que Gran Bretaña estaba evacuando a sus tropas del puerto noruego de Trondheim tras sufrir por primera vez un fuerte ataque de los nazis. Leo Amery y los miembros del Comité de Vigilancia de lord Salisbury, compuesto por diputados conservadores y varios lores con el objeto de pedir

cuentas al gobierno, junto con un Grupo de Acción Parlamentaria de Todos los Partidos, que tenía un objetivo similar, pero que estaba presidido por el diputado liberal Clement Davies e incluía a varios miembros del partido laborista, habían acordado forzar la celebración de un debate acerca de las meteduras de pata cometidas durante aquel primer choque con las tropas nazis y, de ese modo, intentar deshacerse de una vez del líder que, a su juicio, estaba fallándoles a ellos y al país.

Chamberlain había empezado a hablar a la Cámara acerca de la «gestión de la guerra» a las 15:48 del 7 de mayo, el primero de los dos días de debate. Sus palabras, su intento de emprender una operación de salvamento, no contribuyeron en nada a reforzar su posición ni a aliviar los temores de que Gran Bretaña fuera directamente camino del naufragio. Antes bien, confirmaron que estaba cansado y a la defensiva, que era un hombre que no haría más que acelerar la marcha del país hacia la catástrofe. Con aspecto «acongojado y encogido»,<sup>2</sup> como diría posteriormente un comentarista, siguió adelante, mientras sus enemigos le lanzaban más frases memorables. Conocía muy bien todas esas frases, pues las había acuñado él mismo: «¡Paz para nuestros tiempos!» (la altisonante promesa que había hecho un año antes), «¡Ha perdido el autobús!» (en alusión a lo que, a su juicio, había sido la oportunidad que había perdido Hitler de no causar más estragos en Europa). Ahora explotaban ante sus pies como si fueran granadas de mano.

El escaso apoyo mudo que pudiera recibir Chamberlain durante ese discurso fue calificado de «sintético» por el laborista Arthur Greenwood, pues el estado de ánimo de la Cámara no había sido nunca más penoso: «Su corazón está desazonado. Está angustiada; más que angustiada; está llena de temor».<sup>3</sup>

Cuando Chamberlain volvió a su asiento, hizo su entrada teatral en la sala un diputado conservador, el almirante sir Roger Keyes, luciendo todas sus insignias militares (algo nunca visto en la Cámara de los Comunes) y obligando a todos los presentes a guardar silencio. Crítico desde hacía tiempo con el primer ministro, Keyes denunció la «espantosa historia de ineptitud» del gobierno.<sup>4</sup> Sabía de lo que estaba hablando: había sido testigo de primera mano de todas sus meteduras de pata.

La siguiente intervención corrió a cargo de Clement Attlee, líder de la oposición laborista. No era un hombre famoso precisamente por sus sutilezas retóricas, pero era evidente que el tema lo inspiraba, y habló de manera tajante de la «ineptitud» con la que el gobierno estaba tratando la situación:

No es solo Noruega. Noruega no es más que la culminación de muchos otros motivos de descontento. La gente dice que los principales responsables de la gestión de los asuntos son hombres que han tenido una carrera casi ininterrumpida de fracasos. Noruega viene detrás de Checoslovaquia y Polonia. En todas partes se dice lo mismo: «Demasiado tarde». El primer ministro hablaba de autobuses perdidos. ¿Y qué pasa con todos los autobuses que él y sus socios han perdido desde 1931? Todos ellos perdieron los autobuses de la paz, y tomaron el autobús de la guerra. La gente considera que esos hombres que se han equivocado constantemente en su forma de juzgar los acontecimientos, los mismos que pensaban que Hitler no atacaría Checoslovaquia, los mismos que pensaban que Hitler podría ser apaciguado, parece que no se dieron cuenta de que Hitler iba a atacar Noruega.<sup>5</sup>

Poco antes de la media noche del 7 de mayo, la suerte de Chamberlain quedó echada, pero a muchos les dio la sensación de que el primer ministro no era capaz de reconocerlo. Esa ceguera no era ninguna novedad. El lunes, 6 de mayo de 1940, John «Jock» Colville, su PPS [*principal private secretary*, jefe de gabinete], había escrito en su diario el siguiente comentario: «El PM [primer ministro] está muy deprimido por los ataques de la prensa ... Creo que adolece de una singular vanidad y exceso de autoestima nacidas en Múnich [en referencia a los sucesos de septiembre de 1938, cuando muchos consideraron que Chamberlain había accedido a todas las exigencias de Hitler, pero él había sostenido que había negociado la paz] y que luego se han agravado, a pesar de las múltiples heridas recibidas posteriormente».<sup>6</sup>

Fue así como el 8 de mayo por la mañana, antes de que diera comienzo la segunda jornada de debate, y también la más decisiva, y en vista de la clara renuencia de Chamberlain a abandonar su posición de líder del país, algunos miembros del Comité de Vigilancia y del Grupo de Acción Parlamentaria de Todos los Partidos se reunieron una vez más en el Parlamento. Decidieron forzar una votación de la Cámara en la que se pidiera a los diputados que

votaran lo que, según explicó el diputado laborista Herbert Morrison, «indicaría si estaban *satisfechos* con la gestión de los asuntos o si estaban *inquietos* debido a la gestión de los asuntos»: <sup>7</sup> en otras palabras, propinarían a Chamberlain el golpe de gracia que lo dejara KO privándole del número de apoyos que necesitaba para seguir adelante eficazmente como máximo mandatario.

Se hizo correr la voz entre los *whips*\* de los partidos, que empezaron frenéticamente a concluir acuerdos de apoyo entre los miembros de los distintos bloques de votantes. Colville escribió en su diario que los conservadores de mayor peso «hablaban todos de reconstruir el gobierno y de discutir seriamente planes tales como llegar a un acuerdo (que debía proponer [lord] Halifax a [Herbert] Morrison) en virtud del cual se pidiera al partido laborista en la oposición que entrara en el gobierno a cambio de quitar de en medio a los peces gordos del ejecutivo —Sam Hoare, Kingsley Wood, [sir John] Simon, etc...—, pero solo con la salvedad de que Chamberlain siguiera ostentando el puesto de primer ministro». <sup>8</sup>

Las espadas estaban en alto y de hecho estaban particularmente afiladas cuando la sesión de la Cámara comenzó a las 14:45 con el fin de reanudar el debate acerca de la gestión de la guerra.

El diputado laborista Herbert Morrison hizo oídos sordos a las peticiones de que no forzara la votación de la Cámara. Los diputados laboristas ya habían tomado una decisión: no participarían en un gobierno de concentración nacional presidido por «ese hombre», Chamberlain. Morrison habló apasionadamente durante veinte minutos, instando a la Cámara a que votara en conciencia y a que pensara a fondo si Gran Bretaña podía o no seguir con un estado de cosas como el actual teniendo en cuenta la lamentable dirección de una guerra que hacía solo ocho meses que había comenzado. El mensaje era sencillo y claro: no solo debía marcharse Chamberlain, sino que con él debían irse también todos los que habían apoyado la política de apaciguamiento, la creencia errónea que había dominado la política británica respecto a Alemania durante toda la década de 1930, a saber, el convencimiento de que un dictador, si era bien alimentado, acabaría retirándose, ahíto, a su caverna. También tenían que irse sir Samuel Hoare (ministro del Aire) y sir John Simon (canciller del Exchequer).

La decisión de presentar la dimisión correspondía a Chamberlain. Parecía seguro que, debilitado por los ataques que recibía por uno y otro lado, acabaría cediendo. Pero él seguía resistiéndose, permanecía en su escaño y solo levantaba la vista ocasionalmente para mirar los crueles destellos de infamias y calumnias. Cuando finalmente se puso en pie —como señalan las memorias del diputado laborista Hugh Dalton—, lo hizo lleno de furia: «Dio un salto, mostrando los dientes como una rata acorralada, y exclamó: “Acepto el reto y pido a mis amigos —y creo que todavía tengo alguno en esta Cámara— que apoyen al gobierno esta noche en la votación”». <sup>9</sup>

La incapacidad de Chamberlain, que no supo comprender la magnitud de la situación a la que se enfrentaba el país, no hizo más que agudizar la saña de sus adversarios en la Cámara, y los miembros de un bando y de otro no tardaron en ponerse a patalear, intentando llamar la atención del *speaker* para que les concediera el turno de palabra. Gritos de «¡Fuera!» y «¡Dimisión!» resonaron en toda la Cámara, pero Chamberlain siguió inmovible. Evidentemente era preciso un último ataque demoledor y el hombre más adecuado para lanzarlo se puso en pie. Toda la Cámara, enronquecida ya, guardó silencio. David Lloyd George, el otrora primer ministro liberal que también había presidido un gobierno en tiempos de guerra, al principio despacio, pero luego de una forma cada vez más visceral, empezó a fustigar a Chamberlain acusándolo de exponer a Gran Bretaña a ocupar «la peor posición estratégica en la que se ha encontrado nunca este país». El punto culminante llegó cuando hizo un llamamiento directo a la conciencia de Chamberlain: «Dé un ejemplo de sacrificio, porque no hay nada que pueda contribuir a la victoria en esta guerra tanto como el hecho de que sacrifique usted los atributos de su autoridad». <sup>10</sup>

Contemplando la escena desde lo alto de la galería y asintiendo con la cabeza se hallaba la esposa del orador, dame Margaret Lloyd George, que más tarde escribiría:

¡Qué contenta estoy de que mi esposo haya tenido algo que ver en echar a Chamberlain! Nunca había visto una *escena* semejante, la Cámara estaba decidida a quitarlo de en medio, y también a sir John Simon y a Sam Hoare ... El clamor que se levantó a continuación fue terrible, así como los gritos de «¡Fuera, fuera!» *Nunca* he visto a un primer ministro retirarse con semejante despedida. En menuda situación nos

ha puesto, y el partido *tory* andaba diciendo a todas horas después de lo de Múnich: «¡Nos ha salvado de la guerra!». Pobrecillos. Deberían haber tenido los ojos más abiertos.<sup>11</sup>

El debate continuó hasta bien entrada la noche. Chamberlain no iba a irse tranquilamente. Faltaban pocas semanas para que reconociera por primera vez en su diario que sintió «fuertes dolores»<sup>12</sup> como consecuencia del cáncer de colon que le acarrearía la muerte pocos meses después. Quizá en el fondo de su corazón supiera que aquel momento iba a ser la última oportunidad que tendría de evitar que lo culparan del hundimiento de Europa, de la democracia y del modo de vida inglés. Y quizá hubiera otra razón, más recóndita, de su renuencia a marcharse.

Unos pocos escaños más allá, también en el primer banco, estaba sentado un hombre que, en realidad, era mucho más culpable que él de la campaña de Noruega del mes anterior, que había supuesto la pérdida de 1.800 hombres, un portaaviones, dos cruceros, siete destructores y un submarino.

Como primer lord del Almirantazgo, Winston Spencer Churchill había sido el principal arquitecto de la desastrosa estrategia naval de Inglaterra. Pero como toda la atención estaba centrada en el primer ministro, y además todavía no había llegado su turno de palabra, Churchill permanecía lejos de la línea de fuego, esperando el momento propicio, sin atreverse a poner los dedos en el arma homicida.

Winston no era muy popular. De hecho, en aquellos momentos era una especie de personaje de chiste, un hombre egocéntrico, un «medio americano» que, en palabras del diputado conservador sir Henry «Chips» Channon, defendía una sola cosa: a sí mismo. Difícil de imaginar hoy día, cuando sabemos que en Gran Bretaña hay 3.000 tabernas y hoteles que llevan su nombre, así como más de 1.500 salas y establecimientos, y 25 calles, y cuando podemos ver su rostro reproducido en todo tipo de cosas, desde posavasos hasta felpudos —por no hablar del busto que de vez en cuando aparece decorando el Despacho Oval del presidente de los Estados Unidos—, pero en mayo de 1940 a ojos de la mayor parte de la gente distaba mucho de ser una persona competente.

Tildado todavía por muchos miembros de su partido de chaquetero por «cambiar de bando» —había retirado su lealtad a los conservadores para pasarse a los liberales en 1904, y de nuevo había vuelto al redil conservador en 1924—, Churchill se había mostrado a pesar de todo sorprendentemente fiel a Chamberlain. Y también se había mostrado fiel a él aquel día, cuando, en medio del discurso de Lloyd George, se había ofrecido a recibir el castigo en lugar del primer ministro: «Asumo la plena responsabilidad de todo lo que ha hecho el Almirantazgo y cargo completamente con mi parte de culpa». <sup>13</sup>

Lloyd George, cuya perorata había interrumpido Churchill, respondió agudamente: «El honorable caballero no debería intentar convertirse en una especie de refugio antiaéreo para impedir que la metralla de las bombas hagan daño a sus colegas». <sup>14</sup>

El *mea culpa* entonado por Churchill no fue más que el primer capítulo de una falsa misión de salvamento, destinada calculadamente a fracasar, pero con la que también pretendía ganarse a sus colegas mediante una conmovedora muestra de lealtad, una ocasión de oro, pues, de demostrar hasta qué punto podía tener dotes de primer ministro cuando se lo proponía, y al mismo tiempo una oportunidad excelente de sugerir de forma velada su nombre en la carrera hacia la presidencia del gobierno que estaba a punto de celebrarse.

Cuando por fin llegó su turno de palabra —y hablaría largo y tendido—, los rebeldes prestaron atentamente oídos, llenos de expectación, esperando escuchar frases inmortales de condena, pero de sus labios no salió ninguna palabra inmortal, en realidad no dijo nada que el propio Chamberlain no hubiera podido escribir sobre su lápida. Por el contrario, Churchill pronunció un encomio tan exquisitamente vago que consiguió dar al primer ministro justamente lo que pretendía: demasiado poco y demasiado tarde. La perorata salvadora que Winston habría podido soltar se reservaba a todas luces para otro día, para otro momento. Pues ya tenía discursos fermentando en la bodega, frases que iba ensayando en silencio, y que habrían resultado útiles para un propósito más espectacular en los días que estaban por venir y que no valía la pena malgastar ahora.

Cuando Winston volvió a ocupar su asiento, había conseguido quizá una sola cosa con su discurso: su propia estrella, aunque todavía no brillara en todo su esplendor, había perdido parte de la mácula que la empañaba en un momento crítico en el que las estrellas de todos los demás se habían apagado.

De ese modo, cuando el *speaker* convocó la votación, a casi nadie le cupo la menor duda. Chips Channon recordaría más tarde:

Vimos a los insurgentes pasarse al grupo de la oposición ... «¡Traidores!», les gritamos, «¡Ratas!» «¡Pelotilleros!», respondieron ellos ... «281 frente a 200» ... Se oyeron gritos de «¡Dimisión, dimisión!»..., y el viejo ridículo de Josh Wedgwood empezó a mover los brazos y a cantar *Rule, Britannia*. Harold Macmillan, que estaba sentado a su lado, le siguió el son, pero sus voces fueron acalladas por el griterío. Neville tenía aspecto de sentirse apabullado por aquellas figuras ominosas, y fue el primero en levantarse. Parecía serio, pensativo y triste ... Esta noche no había multitudes que lo vitorearan, como las había habido antes de lo de Múnich ... No era más que un hombrecillo solitario que había hecho todo lo que había podido por Inglaterra.<sup>15</sup>

Pese a aquella estrecha victoria, Chamberlain había perdido la confianza de su partido, pues en total 41 diputados conservadores habían votado en contra del gobierno. El más joven de ellos era John Profumo que, a sus veinticinco años, se había escabullido del cuartel en el que estaba destinado para asistir a la votación y que posteriormente sería fustigado por el terrible *whip* en jefe del partido *tory*, David Margesson, en los siguientes términos: «¡Mierdecilla verdaderamente despreciable ... durante el resto de tu vida te avergonzarás de lo que hiciste la otra noche!». <sup>16</sup> Al haberse recortado la mayoría conservadora a solo 81 diputados, el debate no podía continuar. Lo que se necesitaba era una cruzada pública como la que en su fuero interno emprendió el jefe de gabinete de Chamberlain, Jock Colville, según el cual, como escribió en su diario, «cuán repugnante» resultaba que «todo el mundo concentre sus energías en una crisis política interna (*à la française*), en vez de pensar en el mañana y en cuál será el próximo paso que dará Hitler». <sup>17</sup> Había que encontrar un nuevo líder. ¿Pero quién podía serlo? ¿Quién era digno de serlo? ¿Y quién estaba dispuesto a serlo?

Las luchas políticas internas habían enturbiado la situación desesperada en la que se encontraba Inglaterra. El país necesitaba a alguien no solo que uniera al partido conservador, sino que además atrajera a los partidos de la oposición y a las fuerzas armadas, teniendo en cuenta que estas últimas no habían sabido colaborar en aquella primera derrota militar que de manera tan brusca había puesto fin a la llamada «guerra de broma»\* de los últimos ocho meses, iniciada con la invasión de Polonia por los alemanes.

Channon anotó en su diario que en aquellos momentos estaban a la orden del día entre los principales políticos «rumores e intrigas, tramas y contra-tramas». <sup>18</sup> Pero no era Churchill, al que tantos habían defendido y elogiado durante el debate de los días anteriores, el que estaba ganándose el apoyo del partido conservador. Un nombre por encima de todos los demás empezaba a surgir como único sucesor natural de Chamberlain. Pero ese nombre era el de un personaje que ni siquiera tenía derecho a sentarse en la Cámara de los Comunes. Se trataba de lord Halifax, en aquellos momentos secretario del Foreign Office y miembro de la Cámara de los Lores, que había permanecido en silencio contemplando los acontecimientos desde la Galería de los Pares, junto al resto de los lores, los embajadores y los principales dignatarios de los aliados de Gran Bretaña.

El mayor obstáculo que tenía Halifax para suceder a Chamberlain se encontraba en la propia constitución. La singularísima naturaleza del sistema parlamentario británico establece que nadie que ocupe un escaño en la Cámara de los Lores pueda además presentar su candidatura a las elecciones de la Cámara de los Comunes ni ejercer como diputado electo. Por consiguiente si lord Halifax hubiera deseado hacer de primer ministro y líder parlamentario, habría encontrado ante sí una barrera constitucional muy grave al no ser ni siquiera diputado.

El biógrafo de Halifax, Andrew Roberts, describe cómo el secretario del Foreign Office y el primer ministro habían discutido brevemente la posibilidad, hasta ese momento impensable, de una eventual presidencia del gobierno de Halifax durante el segundo día de debate, el 8 de mayo de 1940. Chamberlain había «dejado meridianamente claro que, de verse obligado a dimitir, deseaba que Halifax lo sucediera», <sup>19</sup> pero cuando se reanudó el debate al día siguiente, el martes 9 de mayo, la respuesta de lord Halifax no

fue la esperada. Según escribió él mismo en su diario, el primer ministro lo invitó a presentarse a las 10:15 de la mañana en el número de 10 de Downing Street, donde Chamberlain le dijo que «consideraba que no podía dejarse la situación como estaba tras la votación de la Cámara de los Comunes, y que era fundamental restaurar la confianza en el gobierno».<sup>20</sup> Una vez más Chamberlain volvió a abordar el tema de su sustitución, a lo que Halifax respondió (como señala su propio diario) que «si por mí fuera, él [Chamberlain] podía seguir al frente del gobierno. Expuse todos los argumentos que se me ocurrieron en contra de mi persona, haciendo especial hincapié en la difícil posición de un primer ministro incapaz de estar en contacto con el centro de gravedad político, situado en la Cámara de los Comunes».<sup>21</sup>

Cabría perdonar a cualquiera que sospechara que todo esto no era más que falsa modestia, sobre todo teniendo en cuenta la forma en que Halifax demostraría posteriormente con sus acciones lo mucho que deseaba seguir teniendo en sus manos las riendas del poder. En su diario comenta que «la conversación y su evidente cambio de parecer [de Chamberlain] me dejaron con un fuerte dolor de estómago. Le dije una vez más, como le había dicho el día anterior, que si los laboristas decían que solo entrarían en el gobierno si yo estaba al frente de él, les contestara que yo no estaba dispuesto a nada por el estilo».<sup>22</sup>

¿Dolor de estómago? El diputado conservador R. A. «Rab» Butler conservaba un recuerdo muy distinto de una conversación mantenida con el astuto Halifax después de su reunión con Chamberlain:

Me dijo [Halifax] que, en su opinión, podía desempeñar perfectamente el cargo. Pensaba además que Churchill necesitaba una influencia moderadora. ¿Y cómo podría él ejercer mejor esa moderación? ¿Como primer ministro o como ministro en un gobierno presidido por Churchill? Aunque Halifax escogiera el primer papel, las cualidades y la experiencia de Churchill harían indudablemente que fuera éste «en cualquier caso el que gestionara la guerra» y que su posición [de Halifax] se convertiría rápidamente en la de un primer ministro honorario.<sup>23</sup>

Pese a todas sus protestas, este parece un motivo más creíble de que Halifax rechazara el único papel que define la culminación del éxito en la política británica. Sus reservas venían motivadas fundamentalmente por la posición que ocupaba dentro de la Cámara de los Lores y que le impedía sentarse como primer ministro en la Cámara de los Comunes. ¿Pues en qué posición habría dejado semejante situación a Halifax como primer mandatario de la nación?

Ver cómo le entregaban el título de líder de Gran Bretaña, pero no poder ejercer un poder real, además de sentirse menoscabado constantemente por Churchill, que, como bien sabía, era mejor estratega y mejor caudillo de guerra que él, no era desde luego una perspectiva demasiado halagüeña para un hombre de la talla de Halifax, y además con un ego tan grande. ¿Pero cómo pudieron los demás políticos juzgar tan erróneamente sus verdaderas intenciones? Los Lores querían a Halifax, el rey Jorge VI quería a Halifax, incluso los laboristas querían a Halifax. Parecía que todos concedían su apoyo a un hombre que de repente tenía muy poco interés en asumir el cargo, al menos en el marco actual.

Y fue así como, de manera increíble, el nombre de Churchill fue abriéndose paso hasta situarse el primero de la lista.

¡Qué giro tan radical! Lo que era impensable unos días antes se consideraba ahora una opción viable. Pero a nadie le resultaba cómoda esa opción, porque menudo enigma era aquel hombre, menuda amalgama de elementos irreconciliables: teatrero, petulante, fanfarrón, poeta, periodista, historiador, aventurero, melancólico, supuestamente alcohólico, inequívocamente en edad de jubilarse, a sus sesenta y cinco años era un hombre que destacaba ante todo por ser un continuo fracaso, por no haber sabido interpretar una y otra vez lo que tenía ante la vista, por equivocarse con demasiada frecuencia, de mala manera, y justo cuando tenía que encontrar una muy buena solución. Considerado un peligroso belicista por los errores cometidos como primer lord del Almirantazgo durante la Gran Guerra (principalmente por el desastre humano que supuso la campaña de Galípoli contra los otomanos en el Mediterráneo oriental, en la que perdieron la vida 45.000 hombres de los países de la Commonwealth), había pasado casi la totalidad de los últimos diez años en lo que él mismo calificaba de «travesía

del desierto» después de un largo catálogo de errores más, entre ellos varios fracasos políticos en Irlanda, la oposición al estatuto de autonomía de la India, y la torpe manera de tratar una huelga de mineros en Gales.

Era perfectamente natural que, después de tantos errores, el propio Churchill abrigara dudas acerca de *su* idoneidad. De hecho, dada la enormidad de sus errores, habría sido una pretensión extraordinaria —aparte de psicológicamente insostenible— llegar a una conclusión distinta. Sabía que estaba lleno de defectos. Sabía que en ese momento de su carrera era objeto de continuos chistes y que constituía un auténtico chollo para los caricaturistas: algo que sorprendería hoy día a muchas personas, que solo conocen al hombre en el que *se convirtió*. Mientras que su ambición por ocupar el cargo estaba fuera de duda —había deseado el puesto de primer ministro desde que era un niño, con el fin de culminar una saga familiar que se había visto truncada debido a la muerte prematura de su padre, Randolph—, sabía lo mal que había gestionado todas aquellas crisis en el pasado y cuán alto había sido el coste humano de sus equivocaciones. Pero aunque él mismo considerara negativo desconfiar de uno mismo —hablando a menudo del liderazgo como de la aplicación decisiva de una visión bien fundamentada—, no existe ningún motivo que nos obligue a estar de acuerdo con él, pues mientras la desconfianza en uno mismo no sea paralizante, permite dar el peso y la consideración que les corresponde a otros puntos de vista alternativos y por lo tanto puede considerarse un paso fundamental en cualquier proceso justo de toma de decisiones.

Típica expresión de la opinión general que se tenía de Winston en aquellos momentos serían las palabras de sir Edmund Ironside, comandante en jefe del Estado Mayor General Imperial, que reseñó en su diario esa ambivalencia: «Naturalmente el único hombre que puede sucederlo [a Chamberlain] es Winston, pero también es demasiado inestable, si bien posee el talento necesario para poner fin a la guerra».<sup>24</sup>

Y de ese modo, aunque su ascenso al cargo supremo distaba mucho de ser seguro, es evidente que una ventaja tenía Winston sobre Halifax, a saber, su experiencia de primera mano de lo que era la guerra. Sus credenciales militares —había prestado servicio tanto en la guerra de los bóeres como en la primera guerra mundial, y había asistido como observador y como

periodista a otras contiendas— eran, a pesar de sus meteduras de pata, superiores en todos los sentidos a las del secretario del Foreign Office, que sabía poco de combates o incluso de estrategia militar, y que apenas un mes antes había puesto de manifiesto su ignorancia en materia de asuntos militares: Roberts reseña que cuando preguntaron a Halifax si «habría sido más eficaz un ataque contra Trondheim que uno contra Narvik, se vio obligado a reconocer que no tenía la competencia necesaria para responder a semejante pregunta».<sup>25</sup>

Otro punto negativo en el currículum de Halifax, que perjudicaba su reputación ante la opinión pública, era su apoyo a la política de apaciguamiento. Incluso cuando Hitler había demostrado que era insaciable, Halifax había insistido en su creencia en la paz; y en una paz casi a cualquier precio.

El campo, pues, estaba extrañamente libre de cualquier otro contendiente viable. Incluso la popularidad de Anthony Eden había quedado en nada. En marzo de 1939, Eden contaba con el 38 % del apoyo del público en una encuesta de opinión sobre a quién le habría gustado a la gente ver como próximo primer ministro, frente al insignificante 7 % de apoyos manifestados a favor de Churchill y Halifax. Tras dimitir como secretario del Foreign Office debido a la política de apaciguamiento seguida por Chamberlain, había entrado de nuevo en el gobierno como secretario de Estado para los Asuntos de los Dominios, pero en la actual coyuntura esa posición de segunda fila lo eliminaba de cualquier potencial pugna por la presidencia.<sup>26</sup>

De ese modo, mientras Halifax rechazaba de momento el cargo, Churchill adoptaba los aires, el porte y el lenguaje —sobre todo, el lenguaje — de todo un líder.

Con el fin de promover sutilmente su causa sin dar la impresión de que lo hacía, Churchill se reunió con varios de sus más estrechos aliados el 9 de mayo por la mañana. Eden fue a buscarlo al Almirantazgo, y, mientras se afeitaba, Churchill «repitió ante mí [Eden] los sucesos de la noche anterior. Pensaba que Neville no sería capaz de atraer a los laboristas y que era preciso formar un gobierno de concentración nacional».<sup>27</sup>

A continuación Churchill se entrevistó con su amigo lord Beaverbrook, el poderoso magnate de la prensa, que intentó sacarle una respuesta clara a la pregunta acerca de la presidencia del gobierno. Una vez más, Churchill no dejó traslucir nada, limitándose a decir: «Serviré a las órdenes de cualquier primer ministro capaz de llevar adelante la guerra».<sup>28</sup>

Churchill almorzó aquel día con Eden y con el lord del Sello Privado, sir Kingsley Wood. Allí, Wood puso de manifiesto que apoyaba la candidatura del primer lord del Almirantazgo como primer ministro y le instó a «que si se lo preguntaban, debía dejar bien clara su disponibilidad [a suceder a Chamberlain]». Como recordaría en sus memorias, Eden se mostró «sorprendido de ver allí a Kingsley Wood advirtiendo que Chamberlain querría que lo sucediera Halifax y que Churchill diera su visto bueno. Wood le aconsejó: “No le des el visto bueno y no digas nada”. Me extrañó que Wood hablara de esa manera, pues había sido siempre un hombre de Chamberlain, pero era un buen consejo y yo lo apoyé».<sup>29</sup>

Chamberlain, que ya se había convencido de que debía hacerse a un lado, convocó a Halifax y a Churchill en Downing Street a las 16:30.

Las versiones contradictorias de esta reunión que modificaría el curso de la historia se han convertido en una especie de leyenda. Lo que sabemos con seguridad es que asistieron a ella Neville Chamberlain, lord Halifax, Winston Churchill y el *whip* en jefe del grupo parlamentario conservador, David Margesson. El primer ministro los había reunido a todos para informarlos de su decisión de dimitir y para que acordaran entre todos sobre quién debía recaer la tarea de dirigir el país. La relación más inmediata de los hechos es la que corresponde al diario de Halifax. Recuerda este que Chamberlain confirmó su decisión de dimitir, pero que no indicó ningún sustituto de su predilección; dijo solo que «estaría encantado de prestar servicio a las órdenes de cualquiera de los dos».<sup>30</sup> Como estaba previsto que los líderes del partido laborista —que tenían la sartén por el mango en cualquier conversación que se mantuviera acerca de la formación de un gobierno de unidad nacional— viajaran aquella misma noche a Bournemouth para asistir al congreso de su partido, la aceptación por parte del gobierno de que cualquier nueva administración contara con ellos en posiciones destacadas significaba que la decisión que se adoptara debía ser tomada con rapidez.

La tensión se hizo insoportable para Halifax. Al reseñar que «el dolor de estómago continuaba», da la sensación de que su cuerpo rechazaba físicamente la idea de asumir la presidencia. Pensaba no solo en «las cualidades [de Winston] comparadas con las mías», sino que además daba vueltas en su mente a la cuestión de cuál habría sido exactamente su posición si hubiera tenido que asumir la presidencia del gobierno: «Winston se encargaría de Defensa ... y yo [como par del reino] no tendría acceso a la Cámara de los Comunes. La consecuencia inevitable sería que al quedarme fuera de esos dos puntos de contacto de importancia vital me convertiría rápidamente más o menos en un primer ministro honorario, viviendo en una especie de penumbra lejos de las cosas que realmente importaban».<sup>31</sup> Esta dolorosa valoración de la situación viene seguida de una opinión bastante cruel acerca de la «apropiada expresión de respeto y humildad [de Winston, quien] dijo que no podía menos que reconocer la contundencia de lo que yo había dicho, y el primer ministro a regañadientes y Winston evidentemente mucho menos a regañadientes, acabaron por aceptar mi opinión».<sup>32</sup> Esta versión se ve corroborada por la anotación que hizo ese mismo día en su diario el subsecretario permanente del Foreign Office y mano derecha de Halifax, sir Alexander Cadogan.

La versión de los hechos que da Churchill quizá sea la menos fiable de todas. En su libro de memorias *Cómo se fraguó la tormenta*, sitúa erróneamente la reunión al día siguiente, el 10 de mayo. Con el brío que lo caracterizaba, describe los momentos que siguieron a la espinosa pregunta que le planteó Chamberlain —«¿Winston, puedes ver algún motivo por el que en unos momentos como estos no deba ser primer ministro un par del reino?»—, tras la cual «permanecí en silencio [y] se produjo una larga pausa. Desde luego me pareció más larga que los dos minutos de rigor que se guardan en las conmemoraciones del Día del Armisticio». Lo que Churchill deseaba que registrara la historia es que el silencio que se produjo resultó tan incómodo que indujo a lord Halifax a romperlo y, con los nervios hechos trizas, a hacer una larga intervención acerca de por qué él no debía ocupar el cargo de primer ministro.<sup>33</sup> Según David Margesson, el silencio fue roto casi inmediatamente por Halifax que hizo hincapié en la mayor idoneidad de Churchill para dirigir la guerra.

Con silencio o sin él, habían llegado a un acuerdo. Sir Alexander Cadogan reseñó en su diario que, llegados a ese punto, «el *whip* en jefe [Margesson] y otros piensan que la opinión en la Cámara había ido decantándose por él [Churchill]. Si N. C. [Neville Chamberlain] continúa formando parte del gabinete —y está dispuesto a hacerlo—, su consejo y su buen juicio contribuirían a sujetar a Winston». <sup>34</sup> Y de ese modo todos se mostraron dispuestos a dejar que el león saliera de la jaula. A las 18:15, cuando concluyó la entrevista, Chamberlain se reunió con Clement Attlee y Arthur Greenwood, del partido laborista. Los dos confirmaron que estaban dispuestos a entrar en un gobierno de concentración nacional, pero que sospechaban que el partido laborista no estaría de acuerdo en participar en él a las órdenes de Chamberlain, y por lo tanto tendrían que consultar a su ejecutiva cuando llegaran a la conferencia del partido que iba a celebrarse al día siguiente en Bournemouth.

Mientras tanto, Halifax y Churchill se retiraron a tomar el té en el jardín del número 10 de Downing Street. Churchill recordaría en sus memorias que no «hablaron de nada en particular» <sup>35</sup> antes de regresar al Almirantazgo para preparar la tarea que tenía por delante. Aquella noche cenó otra vez con Anthony Eden, y le contó el drama de los acontecimientos de la jornada. Churchill dijo que «esperaba que NC [Chamberlain] siguiera, que presidiera la Cámara de los Comunes y que continuara como líder de[l] partido». <sup>36</sup> Se contaba con que Chamberlain presentara su dimisión al rey al día siguiente por la tarde y que le aconsejara que mandara llamar a Churchill. Lo más interesante era que Winston no solo se convertiría en primer ministro, sino que además se reservaría el puesto recién creado de ministro de Defensa.

Fuera cual fuese el resultado de esas largas e intensas reuniones del 9 de mayo, una cosa estaba clara: Winston Churchill iba a dirigir la guerra. Y la hora de Churchill no llegaba ni mucho menos demasiado pronto. Justo en esos momentos Hitler estaba colocando sus tanques en las fronteras de Holanda, Bélgica y Francia, dispuesto a poner en marcha una guerra relámpago o *Blitzkrieg* tan terrorífica que las conversaciones en los pasillos del poder no tardarían en tratar de la potencial rendición de la totalidad de Europa ante las brutales hordas nazis.

Churchill recordaría más tarde: «Me dio la sensación de ir caminando de la mano del destino, y de que toda mi vida pasada no había sido más que una preparación para este momento y para esta gran prueba ... Pensé que sabía mucho acerca de todo aquel asunto, y estaba seguro de no fracasar».<sup>37</sup> La suerte de toda una nación estaba ahora en sus manos, y lo que hizo con ella fue ni más ni menos que algo extraordinario.

## El zángano de la sociedad

Pues bien, ¿quién era ese hombre que iba a ponerse al frente de Gran Bretaña en uno de los conflictos más graves de su historia?

Intentar definir en «cuatro palabras» a Winston Leonard Spencer Churchill es una tarea tan escurridiza que hemos visto gastar en él más tinta que en cualquier otro personaje de la historia. El número de libros acerca de su persona empequeñece al de los que se han escrito acerca de Washington, César o Napoleón, y hace que resulten insípidos los intentos colectivos que se han hecho por describir a su gran enemigo, Adolf Hitler. Y ello por la sencilla razón de que rara vez en la historia un solo personaje ha hecho tantas cosas —tantas cosas buenas y tantas cosas malas— y ha marcado una diferencia tan grande a lo largo de una vida tan dilatada y tan plena, por no hablar de los sesenta y cinco años anteriores al comienzo de esta historia en la Cámara de los Comunes durante aquellos tensos días del mes de mayo de 1940.

Orador titánico. Borracho. Ingenioso. Patriota. Imperialista. Visionario. Diseñador de tanques. Metepatas. Espadachín fanfarrón. Aristócrata. Prisionero. Héroe de guerra. Criminal de guerra. Conquistador. Hazmerreír. Albañil. Propietario de caballos de carreras. Soldado. Pintor. Político. Periodista. Ganador del premio Nobel de Literatura. La lista continúa sin parar, pero ninguna etiqueta, tomada aisladamente, le hace justicia; tomadas en conjunto todas ellas constituyen un reto comparable a mezclar las piezas de veinte rompecabezas y pretender conseguir una sola imagen.

De modo que ¿por dónde debemos empezar si queremos verlo como un todo, contemplarlo limpiamente, libre de mitos, desde una perspectiva moderna y empleando el lenguaje psicológico que nos es familiar hoy día?

Imaginemos la siguiente escena: Winston sentado en una silla delante de un psiquiatra moderno. ¿A qué categoría de persona se consideraría que pertenecía? Tras hablar de sus cambios de humor, ¿acabaría saliendo con un diagnóstico de trastorno bipolar, de maníaco-depresivo, y se vería obligado a tragar litio por un tubo? O, tras confesar todas sus rarezas, su anticonformismo excéntrico, su impulsividad y su afición al riesgo y su predilección por los monos de terciopelo de una sola pieza, de color rojo o verde, ¿le dirían que tenía un trauma infantil reprimido y un síndrome de niño abandonado? ¿Qué loquero sería lo bastante valiente como para decir a Winston Churchill que el suyo era un caso grave, aunque manejable, de personalidad narcisista e histrionismo acentuado? Una simple enumeración de lo que *bebía* a diario probablemente nos permitiría concluir que, según las definiciones habituales hoy día, era un alcohólico que no dudaba en automedicarse.

Así que empecemos por el exterior y vayamos abriéndonos camino hacia el interior. Fijémonos primero en las fuerzas que lo configuraron durante aquellos primeros años que nos llevan al hombre en el que con toda certeza se convirtió: un hombre capaz tanto del miedo como de la mayor seguridad en sí mismo, tanto de la desconfianza en la propia persona como de la más absoluta convicción, tanto del mayor autodesprecio como de una autoestima exagerada, tanto de una belicosidad de perro de presa como de una indecisión angustiosa.

Winston era ante todo, y sobre todo, un victoriano. Pasó los primeros veintisiete años de su vida bajo el reinado de la reina Victoria, en una época en la que el imperio estaba en su máximo apogeo; su visión del mundo fue esculpida por la supuesta hegemonía de la superioridad británica en todos los rincones del mundo.

Era además un aristócrata. Nacido en Blenheim Palace, Oxfordshire, el 30 de noviembre de 1874, fue el primer vástago de lord Randolph Churchill, hijo del 7.º duque de Marlborough, y de su esposa, lady Randolph Churchill (de soltera Jennie Jerome), supuestamente sietemesino, aunque probablemente fuera concebido fuera del matrimonio.

Randolph y Jennie habían sido presentados por el príncipe de Gales, el futuro Eduardo VII, en la regata de Cowes, en la isla de Wight, en agosto de 1873. Winston cuenta en su libro *Mi juventud* cómo Randolph «se enamoró de ella al primer golpe de vista»<sup>1</sup> y de manera impetuosa la pareja se comprometió a los tres días. Se casaron en el curso de una modesta ceremonia en la embajada británica en París el 15 de abril de 1874, dos meses después de que el novio obtuviera por primera vez un escaño en la Cámara de los Comunes por el partido conservador con solo veinticinco años.

Jennie tenía veinte cuando nació Winston. La joven adoptó la típica actitud de las señoras victorianas de clase alta en lo tocante a la crianza de los niños, y dejó a su hijo y al hermano menor de éste, Jack, fundamentalmente al cargo de su niñera, la señora Elizabeth Everest, a la que Winston llamaba cariñosamente Old Woom; ella lo llamaba a él Winny. Jennie era una glamurosa joven de la alta sociedad, hija de un acaudalado magnate estadounidense, originario de Nueva York, conocido como el Rey de Wall Street. Interrumpir una vida de fiestas, viajes y aventuras amorosas para cuidar de sus hijos no era del estilo de Jennie. Winston escribiría más tarde: «Para mí, mi madre siempre lucía resplandeciente cuando era un niño. Brillaba para mí igual que el lucero de la tarde. La amaba con ternura ... Pero a distancia».<sup>2</sup>

La situación con su padre era incluso peor. Winston lo idolatraba, pero la vida de lord Randolph se veía absorbida por su carrera política. Reconocido como excelente orador, Randolph fue un adalid del conservadurismo progresista y un respetado canciller del Exchequer y líder de la Cámara de los Comunes.\* Sin embargo, este ascenso meteórico como nuevo astro del partido *tory* no duró mucho tiempo. Su estrella se apagó y tras menos de un año formando parte del Gabinete dimitió el 20 de diciembre de 1886 debido a las discrepancias suscitadas por unos presupuestos muy impopulares que había presentado. Randolph siguió siendo diputado, pero los problemas de salud que lo habían atormentado durante años se agravaron rápidamente.

La dolencia que supuestamente padecía era sífilis. Siguen en pie las especulaciones sobre cómo y cuándo exactamente la contrajo, pero es posible que fuera ya en 1875. Durante los veinte años transcurridos hasta su muerte

prematura con apenas cuarenta y cinco, sufrió un deterioro progresivo de sus facultades mentales causado por la *dementia paralytica* o parálisis generalizada, inherente a dicha enfermedad. Esta circunstancia impidió que el muchacho creciera al lado de su padre y que padre e hijo llegaran a comprenderse, pérdida que acabaría pesando terriblemente sobre Winston durante el resto de su vida. En su autobiografía, *Mi juventud*, podemos leer:

    Mi padre murió el 24 de enero en las primeras horas de la mañana. Tras recibir aviso en la casa del vecindario en la que me había quedado a dormir, crucé corriendo en medio de la oscuridad Grosvenor Square, cubierta por completo de nieve en aquellos momentos. Su muerte fue prácticamente indolora. De hecho llevaba ya largo tiempo sin conocimiento. Todos mis sueños de camaradería con él, de ingresar en el Parlamento a su lado y con su apoyo, se desvanecieron. Solo me quedaba el deseo de perseguir sus metas y de reivindicar su memoria.<sup>3</sup>

    Como tantos otros chicos de su clase de su misma época, Winston había sido enviado a un internado a los siete años y encontró semejante experiencia de todo punto penosa: «Al fin y al cabo ... había sido muy feliz en mi cuarto de los niños con todos mis juguetes ... Ahora no habría más que clases».<sup>4</sup> Azotar a los alumnos era práctica habitual y aquel chico precoz, que leía ya *La isla del tesoro* y otros libros impropios de su edad, era uno de los que a menudo recibía una buena ración de vara. Tras asistir a varias escuelas preparatorias diseminadas por todo el país, Winston acabó ingresando en el prestigioso colegio de Harrow en abril de 1888. Desde el siglo xviii los Churchill habían estudiado en el destacado colegio rival de Eton, pero Harrow, situado en lo alto de una colina y disfrutando por tanto de unos aires de mayor calidad, fue considerado mejor para la constitución algo enfermiza de Winston.

    Winston no era un alumno aplicado y por consiguiente fue colocado al fondo de la clase. Odiaba las lenguas clásicas, pero descubrió que tenía una gran facilidad para el inglés y la historia, temas que le vendrían como anillo al dedo. Describiría a su profesor, el señor Somervell, como «un hombre encantador, con el que tengo una gran deuda». Aquel maestro apasionado tenía a su cargo «la misión de enseñar a los muchachos más torpes la materia

más despreciada, a saber simplemente escribir en inglés». Palabras, oraciones, estructuras y gramática le calaron «hasta [los] huesos» y nunca lo abandonaron.<sup>5</sup>

En Harrow, Winston descubrió otras actividades que le gustaban y en las que destacaría. Ingresó en los Cadetes, participó en campeonatos de esgrima, ganó premios por aprenderse de memoria largos fragmentos de poesías, y publicó varios artículos en la revista del colegio, *The Harrovian*.

Cuando Winston estaba a punto de concluir su estancia en Harrow, decidió emprender la carrera militar, de modo que empezó a prepararse para el examen de ingreso en la Real Academia Militar de Sandhurst. Su primer intento en julio de 1892 no salió bien: sacó solo 5.100 de los 6.457 puntos exigidos como mínimo. Necesitaría otras dos intentonas antes de obtener finalmente una plaza en agosto de 1893. El deterioro de la salud mental de Randolph Churchill, sin embargo, supuso que el joven Winston, de solo dieciocho años, que quizá se esperara una carta de calurosa felicitación de su padre, recibiera solo una tremenda reprimenda. Para demostrar cómo las grandes dotes de su padre para la prosa fueron utilizadas de forma brutal para bajarle los humos al chico —y vaya si se los bajó—, quizá valga la pena citar sus palabras:

9 de agosto de 1893

*Querido Winston:*

*Me sorprende bastante el tono de entusiasmo que empleas por haber sido incluido en la lista de Sandhurst. Hay dos maneras de aprobar un examen: una encomiable, y otra todo lo contrario. Por desgracia tú has escogido este último método, y parece que estás encantado de tu éxito...*

*Con todas las ventajas que tenías, con todas las capacidades que crees estúpidamente poseer y que algunos parientes tuyos te atribuyen, con todos los esfuerzos que se han hecho para que tu vida resultara fácil y agradable y para que tu trabajo no fuera ni excesivo ni ingrato, este es el gran resultado con el que te presentas entre los aprobados de segunda y de tercera categoría, que solo valen para obtener un grado en un regimiento de caballería ... Pues bien, conviene ponerte las cosas bien claritas. No creas que vaya a tomarme la molestia de escribirte largas cartas cada vez que cometes una tontería o que sufras un fracaso. No volveré a escribirte sobre este asunto y tú no te molestes en responder a esta parte de mi de mi [sic] carta, pues ya no doy la más mínima importancia a cualquier cosa que puedas decir acerca de tus éxitos y de los conocimientos adquiridos. Grábate de forma*

*indeleble en la mente cuál es mi postura al respecto y sepas que si tu conducta y tus actos en Sandhurst son similares a los que has tenido en otros establecimientos ... comportándote de forma chapucera, despreocupada y alocada ... entonces mi responsabilidad sobre ti se ha acabado. Te dejaré depender de ti mismo y te prestaré solo la ayuda que sea necesaria para que puedas llevar una vida respetable. Como estoy seguro de que no puedes evitar llevar la vida ociosa, inútil e improductiva que has llevado durante tus años en el colegio y durante los últimos meses, te convertirás en un mero zángano de la sociedad, en uno más de los cientos de fracasos de los colegios privados,\* y acabarás por llevar una vida astrosa, infausta e inútil. De ser así, tendrás que echarle la culpa a ti mismo de tanta desgracia. Tu propia conciencia te permitirá recordar y enumerar todos los esfuerzos que se han hecho para darte las mejores oportunidades a las que te daba derecho tu posición y cómo has desaprovechado prácticamente todos ellos.*

*Espero que te vaya bien en el viaje. Pide consejo al capitán James para que te mandemos lo necesario para el equipo que se requiera en Sandhurst. Tu madre te envía su cariño.*

*Afectuosamente tu padre*

*Randolph S. C.<sup>6</sup>*

Podemos imaginar el efecto demoledor que tendría semejante carta en un joven que ansiaba desesperadamente la aprobación de su padre. No obstante, aquel «zángano de la sociedad» obtuvo buenos resultados durante su estancia en Sandhurst, y un mes antes de que muriera lord Randolph, Winston se graduó obteniendo un notable octavo puesto entre ciento cincuenta. Tras unos comienzos que, a juicio de muchos, fueron bastante flojos, aquel resultado supondría un final muy respetable para sus estudios. Churchill escribiría más tarde: «Estoy totalmente a favor de las *public schools*, pero no deseo volver allí nunca más».<sup>7</sup>

En marzo de 1895 ingresó en el 4.º Regimiento de Húsares de la Reina como segundo teniente. Los seis meses que duró el curso de instrucción de los nuevos reclutas fueron muy intensos y, según escribiría Churchill, «el Cuarto de Húsares superaba en severidad cualquier experiencia que hubiera tenido yo anteriormente en materia de equitación militar».<sup>8</sup> Pese a todo se acostumbró enseguida y se entregó con los brazos abiertos a la libertad que acababa de descubrir. Ingresó en un club de caballeros de Londres, se mantuvo al corriente de los tejemanejes de la política, alternó con la alta

sociedad y asistió a fiestas y bailes, jugó al polo y participó en la carrera de obstáculos a caballo de la brigada de Caballería, y aun así se tomó el curso de adiestramiento en serio.

Tras la muerte de su padre en 1895, dio la impresión de que la vida empezaba a mejorar para Winston, hasta que el 2 de julio recibió un telegrama con más noticias demoledoras. Su antigua niñera, la señora Everest, estaba gravemente enferma. Se trasladó a todo correr a Londres Norte para estar a su lado, y llegó totalmente empapado a casa de la enferma, pues por el camino lo había sorprendido un aguacero. En *Mi juventud* comenta:

... [la señora Everest] todavía pudo reconocermé, pero poco a poco perdió el conocimiento. La muerte le llegó de forma muy apacible. Había llevado una vida tan inocente y cariñosa de servicio a los demás y tenía una fe tan sencilla que no abrigaba miedo alguno ... había sido la amiga más querida y más íntima que había tenido yo en mis veinte años de vida.<sup>9</sup>

La señora Everest no tenía hijos, pero murió en paz con un joven tan abnegado como un hijo a su lado. Durante toda su vida Winston fue famoso por ser un hombre sumamente emotivo, capaz de expresar sus sentimientos en público. Se cuentan innumerables anécdotas en las que aparece llorando abiertamente, según refirieron no solo sus amigos más íntimos, sino también políticos y soldados que prestaron servicio a su lado. En un niño tan sensible, no deberíamos subestimar la tensión emocional que debieron suponer unos padres como los suyos; de no ser por el amor constante que recibió de la fiel señora Everest, habría sido un hombre totalmente distinto, y su futuro habría sido quizá totalmente distinto.

Winston se sentía cada vez más intranquilo por su carrera, y, al tiempo que continuaba cumpliendo con sus obligaciones militares, comentaba que durante

... la última década de la época victoriana el Imperio había gozado de un período tan largo de paz casi ininterrumpida que las medallas y todo lo que representaban como experiencia y aventura estaban volviéndose sumamente raras en el ejército británico ...

por consiguiente la falta de una cuota suficiente de servicio activo era sentida agudamente por mis contemporáneos en los círculos en los que en aquellos momentos me sentía llamado a vivir mi vida.<sup>10</sup>

Esas ansias de combate no tardarían en ser satisfechas, y además de manera brutal, pero hasta que esa guerra aterradora no se extendiera ante sus pies manchados de barro en las trincheras de Europa, Winston y los demás oficiales como él desearían ardientemente entrar en acción.

Buscando en el mapa algún conflicto que le llamara la atención, se tropezó con la guerra de independencia de Cuba contra los españoles, que había dado comienzo en los primeros meses de 1895.

A finales de octubre, pocas semanas antes de que Winston cumpliera los veintiún años, el barco llegó a su destino final. El nerviosismo de Winston era palpable: «Cuando por fin divisé a la luz difusa del amanecer las costas de Cuba y vi cómo iba dibujándose su silueta sobre el horizonte azul oscuro, tuve la impresión de llevar viajando largo tiempo con Long John Silver y de contemplar por vez primera la isla del tesoro».<sup>11</sup> Envió cinco informes al *Daily Graphic* de Londres. En ellos fue afinando las habilidades que le había enseñado en Harrow el señor Somervell, y como es natural los aderezó con una buena dosis de los cuentos que hablaban de balas que pasaban rozándole la piel y de la emoción de la guerra de guerrillas. Tras ofrecer sus servicios a los españoles, al cabo de apenas un mes en Cuba, Winston regresó a Inglaterra con una nueva afición por el periodismo en primera línea del frente... y provisto de todos los puros habanos con los que pudo cargar.

Una vez en Inglaterra, volvió a instalarse en casa de su madre, hasta que el 11 de septiembre, en compañía de 1.200 hombres del 4.º Regimiento de Húsares zarpó rumbo a la India, la «joya de la corona» del imperio británico, y llegó a Bombay a comienzos de octubre.

Su unidad fue acantonada en la ciudad meridional de Bangalore. Winston se adaptó rápidamente a su nueva vida, disfrutando del clima de la región, muy de su agrado, admirando las bellezas del país y tomando con orgullo «clara conciencia de la gran labor que Inglaterra estaba haciendo en la India y de la elevada misión que para ella suponía gobernar a aquellos

pueblos primitivos, pero encantadores, en beneficio suyo y nuestro». <sup>12</sup> Estas opiniones lo acompañarían a lo largo de toda su carrera política, enfrentándolo a sus futuros colegas del partido conservador cuando llegara el momento de hablar de la independencia de esta preciada colonia.

Durante la estancia de Winston en la India, la sensación latente de la clara inferioridad de la educación recibida afloraría a la superficie y lo espolpearía a perfeccionar su formación. Decidió «leer obras de historia, filosofía, economía, y cosas por el estilo». Pidió a su madre que le proporcionara «todos los libros sobre estos temas de los que había oído hablar. Ella me respondió con prontitud y todos los meses el correo me traía un voluminoso paquete con las que pensaba yo que eran las obras imprescindibles». <sup>13</sup> En *Mi juventud* cuenta cómo se embarcó entonces «en ese magnífico romance [su adoración por la literatura, que duraría toda su vida], y ... viajé con las velas desplegadas y viento a favor». <sup>14</sup>

Desde noviembre hasta mayo de 1897 se pasaba entre cuatro y cinco horas diarias leyendo, devorando volúmenes de historia, filosofía, poesía, ensayos de todo tipo, biografías y textos clásicos como *Decadencia y caída del Imperio Romano* de Gibbon, la *Historia de Inglaterra* de Macauley, *La República* de Platón, Sócrates, la *Política* de Aristóteles, la obra sobre el pesimismo de Schopenhauer, el *Ensayo sobre el principio de población* de Malthus, o *El origen de las especies* de Darwin. Bastaba que oyera un título para que lo leyera, zampándose incluso los 27 volúmenes del *Annual Register*, la colección de actas de los debates parlamentarios y desarrollos legislativos de Gran Bretaña. Fue el maratón de un autodidacta: un campamento militar intelectual y una preparación consciente para el gran papel que en aquellos momentos empezaba a imaginar que iba a desempeñar como líder, como líder *sabio*, empapado en las ideas de las mentes más insignes, familiarizado con el conocimiento del género humano y sus tormentos. En otras palabras: para ser influyente tiene uno que estar dispuesto a dejarse influenciar.

Llegó así la primavera de 1897 y después de dos años en la India Winston se sentía una vez más intranquilo. En las cartas a su madre aludía a menudo a la posibilidad de llegar a diputado. Regresó a Londres y volvió a pensar en la política, estableciendo contacto con el partido conservador y solicitando la organización de unos cuantos debates retóricos. El 26 de junio, Winston Leonard Spencer Churchill, a la sazón de veintidós años, decidió finalmente seguir las huellas de su padre, como había pensado hacer durante tantos años, y pronunció su primer discurso político.

Su actuación fue bien acogida, pero en cuanto dejó de hablar, salió volando de nuevo con destino a la India, donde había estallado un conflicto entre las tribus pastunes de Afganistán y las fuerzas británicas e indias. Winston consiguió varios encargos del *Daily Telegraph* y del *Pioneer*, y les envió diversos artículos.

A finales de 1897, tras varios meses agotadores en el frente de aquel conflicto sangriento, Winston pudo por fin tomarse el descanso que tanto necesitaba. A la manera habitual en él, no se sentía a gusto sin hacer nada y aprovechó aquel tiempo para escribir no solo su primer libro, un detallado relato del conflicto titulado *La historia de la Malakand Field Force*, sino también su primera y única obra de ficción, *Savrola*, que fue acogida con bastante frialdad. La novela, una parodia de la sociedad londinense, se sitúa en la capital de un país imaginario gobernado por un dictador, en la que la protagonista, casada con dicho dictador, huye de este para echarse en los brazos del personaje que da título al libro, Savrola —a todas luces un autorretrato del propio Winston—, descrito elocuentemente como un hombre «capaz solo de descansar en la acción, de encontrar satisfacción únicamente en el peligro, y paz únicamente en la confusión ... La ambición era su fuerza motriz, y era incapaz de resistirse a ella».<sup>15</sup>

El fantasma de la muerte prematura de lord Randolph con solo cuarenta y cinco años siempre estuvo presente. Su padre había sido descrito como «un hombre con prisa», y su hijo no iba a ser distinto.

En 1898 Winston viajó a Sudán para integrarse en el regimiento de lord Kitchener que estaba combatiendo en la guerra contra los mahdistas. Allí continuó su labor como corresponsal de guerra y participó en una de las últimas grandes cargas de la caballería de la historia de Inglaterra, jactándose de haber matado personalmente al menos a tres «salvajes».

Cuando regresó a Inglaterra en marzo de 1899 ya había decidido entrar en política. La muerte del diputado por Oldham, que obligó a realizar una elección parcial en junio de ese mismo año, le brindó su primera oportunidad. Llevó a cabo una vigorosa campaña, pero sin éxito. Como no era alguien que permitiera que una decepción como esta entorpeciera su camino, Winston volvió al periodismo de primera línea y viajó a Sudáfrica para informar de un nuevo conflicto: la guerra de los bóeres.

Churchill se metió en el meollo de la acción y su valentía fue objeto de muchos comentarios. Cuando llegó a Inglaterra la noticia de que al cabo de unas pocas semanas había sido capturado por los bóeres, el clamor popular fue enorme. Aunque iba armado con su fiel pistola Mauser, alegó su condición de «no combatiente», pero los bóeres no quisieron saber nada. En vez de permitir que su destino fuera negociado a través de canales diplomáticos, nuestro joven aventurero llevó a cabo una evasión audaz del campo de prisioneros de Pretoria en el que había sido internado y caminó durante horas bajo el ardiente sol de Sudáfrica hasta que finalmente dio con una línea férrea y se metió en un tren que lo condujo hasta el Highveld, en el Transvaal, y a la libertad. Con cada uno de los más de 500 kilómetros que recorrió Churchill hasta llegar a un lugar seguro, su leyenda se acrecentó; permanecería otros seis meses en Sudáfrica, aprovechando su fama, antes de regresar a Inglaterra en julio de 1900. Inmediatamente se propuso relanzar su carrera política. Sus esfuerzos y su fama dieron resultado y el 1 de octubre de 1900 Winston Churchill fue elegido por fin diputado por el partido conservador. Le faltaban dos meses para cumplir los veintiséis años.

Cabría afirmar que su elección fue un ejemplo precoz de política de famoseo, pero como dice el eminente Roy Jenkins en su biografía *Churchill*, Winston «creía en su “estrella”. Y su estrella brillaba sobre Oldham». <sup>16</sup> Como sucedería siempre con él, una sola carrera no bastaba. Continuó escribiendo y se embarcó en una gira dando charlas por el Reino Unido, los

Estados Unidos y Canadá, por la que cobró suculentas sumas de dinero por entretener a su público con los relatos de sus hazañas en Sudáfrica. El 22 de enero de 1901, sin embargo, recibió la noticia de la muerte de la reina Victoria; una nueva era empezaba a amanecer sobre el país. El día del funeral de la soberana, Winston regresó a Inglaterra y por fin ocupó su escaño en la Cámara de los Comunes. Como dice una vez más Jenkins en su biografía, Churchill, «que posteriormente a lo largo de su carrera fue considerado durante mucho tiempo el último victoriano que quedaba en la política británica, por su afán de ganar dinero con sus conferencias se perdió la oportunidad de prestar como diputado el juramento de lealtad a la reina. Cuando fuera finalmente admitido en la Cámara, el 14 de febrero, sería al rey Eduardo VII al que juraría fidelidad».<sup>17</sup> Pero en cualquier caso ya había ingresado en la Cámara y el 18 de febrero pronunció su primer discurso ante ella.

Acaso por prudencia, teniendo en cuenta su reputación de ser demasiado propenso a la vanagloria, los primeros cuatro años de Winston en el Parlamento fueron en general tranquilos. Como hizo durante su estancia en la India, aprovechó el tiempo para observar y analizar lo que oía decir a sus compañeros del partido conservador y a los diputados de los partidos de la oposición, y empezó a pensar que el asiento que ocupaba en las últimas filas de la bancada del gobierno no era el que deseaba. Lo que él quería era decidir el destino de la nación. Pasarían casi otros cuarenta años antes de que tuviera la ocasión de hacerlo.

No permanecería callado mucho tiempo. Pronto empezaría a pronunciar discursos que ponían en entredicho las opiniones de su propio partido en lo tocante al aumento del presupuesto asignado por el gobierno a las fuerzas armadas. En *Mi juventud* recordaba:

Yo era absolutamente partidario de continuar la guerra [de los bóeres], que había vuelto a recrudecerse de forma intermitente, hasta conseguir la victoria final; y con ese objetivo me habría gustado utilizar un número mucho mayor de fuerzas y además habría organizado unas tropas de mejor calidad que las que estaban empleándose. Habría recurrido a tropas indias ... Pensaba que debíamos acabar la guerra utilizando la fuerza y la generosidad, y luego volver rápidamente a pisar los senderos de la paz, la racionalización del gasto y la reforma.<sup>18</sup>

El fin de la guerra de los bóeres en 1902 no contribuyó en absoluto a alinear las opiniones de Churchill con las de los *tories* de mayor rango, y su apoyo al libre comercio, en contra de la postura de su propio partido, lo llevaría el 31 de mayo de 1904 a pasarse al partido liberal provocando una gran conmoción en la Cámara. Su íntima amiga Violet Bonham-Carter cuenta cómo Winston «hizo acto de presencia. De pie junto al barrote de entrada de la Cámara, se quedó mirando el lugar que solía ocupar junto al pasillo de los ministros, echó un vistazo rápido al escaño de enfrente situado en el lado de la oposición, dio unos cuantos pasos por el centro de la sala, hizo una inclinación de cabeza ante el sillón [del *speaker*], torció repentinamente a la derecha, y se sentó entre los liberales.<sup>19</sup> Deliberadamente se colocó junto a otro antagonista de Joseph Chamberlain, David Lloyd George.

Las manifestaciones políticas de Churchill durante sus primeros cuatro años en el Parlamento confirmaron que se había puesto al frente de los esfuerzos de los liberales por desacreditar a los conservadores y por proclamar las glorias del liberalismo. Gracias en parte a la tremenda combinación del joven tráfuga y de su terco mentor galés, Lloyd George, los liberales acabaron por asumir el gobierno en diciembre de 1905, cuando el primer ministro Arthur Balfour presentó su dimisión. A Churchill le ofrecieron el puesto de subsecretario de Estado para las Colonias. Era un cargo de poca monta que le venía como anillo al dedo debido a su experiencia de primera mano en la India y en Sudáfrica, y lo cierto es que lo gestionó bien. En abril de 1908 consiguió su siguiente ambición: un puesto en el gabinete, como presidente de la Junta de Comercio.\*

Por significativo que fuera el asiento que logró ocupar en la mesa del gabinete, no sería nada comparado con la importancia cósmica que tendría el asiento que ocupó durante una cena dada en casa de cierta lady St. Helier.

Invitado como «décimo cuarto invitado de la suerte», para evitar que hubiera trece comensales, Churchill se volvió en un determinado momento hacia el invitado que estaba sentado junto a él y se encontró con los ojos de una linda joven que, en el breve plazo de seis meses, se convertiría en la esposa con la que habría de pasar el resto de su vida. Era Clementine Hozier.

Clementine tenía veintitrés años. Hija de lady Blanche Hozier, y su padre era... Bueno, su padre era Henry Montague Hozier, o quizá el capitán William Bay Middleton, o tal vez el marido de la hermana de lady Blanche, Algernon Freeman-Mitford, o quizá cualquier otro... pues era bien sabido que lady Blanche había tenido varios amantes, a los que luego había dejado.

Licenciada por la Sorbona, Clementine era una debutante en sociedad muy solicitada, y se había prometido dos veces con sir Sidney Peel, si bien había roto el compromiso las dos veces.

Por un mero capricho de la etiqueta y la superstición, pues, Churchill tuvo la oportunidad de causar impresión a la mujer que lo ayudaría a luchar no solo con sus propias dudas, sino también con las dudas de los demás; la mujer que creería en él, pero que además lo reprendería cuando se comportara mal; la mujer que permanecería ferozmente fiel a él y que sería considerada un fuerza formidable en su vida; la mujer que, sin dedicarse a la política, poseía unas habilidades y un encanto que la permitirían rivalizar con los diputados más insignes de la Cámara de los Comunes; la mujer, en definitiva, que lo cuidaría durante los horribles ataques de depresión, del horrible «perro negro»,\* por más que ella también fuera víctima de sus propios demonios. Pero por encima de todo sería la mujer que pondría los intereses de él —y por lo tanto los intereses de su país— por delante de los suyos.

La pareja formada por Winston y Clementine estuvo siempre muy unida. Él la llamaba afectuosamente su Gata [*Kat*], y ella lo llamaba a él Carlino [*Pug*] o Cerdito [*Pig*]. Los largos períodos de separación hicieron que mantuvieran una asidua correspondencia a lo largo de sus vidas, firmando a menudo sus cartas con dibujitos que representaban a los animalitos correspondientes a cada uno. Para Clementine, la boda supuso bastante más que los cambios habituales en una recién casada; se había convertido en la esposa de un diputado, y además de un diputado que suscitaba en todo momento mucho interés. Pocos meses después de contraer matrimonio, la joven quedó embarazada de su primer hijo. Las múltiples infidelidades de sus progenitores habían dado lugar a su separación cuando Clementine tenía apenas seis años, así que estaba decidida a crear un entorno doméstico estable para toda su familia, incluido el propio Winston.

El 11 de julio de 1909 Clementine dio a luz a una niña, a la que puso por nombre Diana. Por fuerte que fuera su deseo de tener una vida familiar idílica, el parto y la maternidad le resultaron traumáticos. Winston, angustiado por el estado de su esposa, apoyó la necesidad de descanso que tenía esta a las pocas semanas de dar a luz a su hija, y Clemmie se retiró a la finca de su hermana en el campo, dejando a la recién nacida en casa con una nodriza. La convalecencia a solas alivió sus angustias, y no tardaría en sentirse lo bastante segura como para reunirse de nuevo con la pequeña antes de volver definitivamente a Londres.

Encontró a su marido profundamente preocupado, pues apenas hubo conseguido el cargo de presidente de la Junta de Comercio, perdió su escaño en las elecciones parciales al distrito de Manchester Noroeste, sufriendo una humillante derrota a manos de los conservadores. Vencido, pero no acabado, su implacable resolución lo llevó a saltar inmediatamente a un tren con destino a Escocia para presentarse a las elecciones en Dundee apenas dos semanas después... y ganar, dicho sea de paso, el escaño en liza. Aliviado por haber conseguido un escaño que la mayoría consideraba seguro, ahora podría centrarse en llevar a cabo los planes radicales de reforma social que tenía, y logró así sacar adelante el principio de pagar un salario mínimo a las personas que recibían una baja retribución y el derecho de los trabajadores a disfrutar de una pausa para el almuerzo y para la merienda. Pronto siguieron diversas iniciativas para crear un seguro de desempleo y bolsas de trabajo. La reputación política de Churchill no había sido nunca tan buena, como tampoco lo habían sido sus relaciones con sus compañeros de partido.

El partido liberal ganó las elecciones generales de 1910 por un estrecho margen. Como estaba previsto, Churchill resultó reelegido cómodamente en su circunscripción de Dundee, y a continuación le ofrecieron el prestigioso cargo de secretario del Interior (*Home Secretary*),\* pero cuando la Cámara de los Lores (atestada de pares conservadores) bloqueó la aprobación de los presupuestos de los liberales (atestados de reformas sociales, muchas de ellas defendidas por Winston), el nuevo rey de Gran Bretaña, Jorge V, intervino y concedió al primer ministro Herbert Asquith permiso para disolver el Parlamento y convocar las segundas elecciones generales de 1910. Asquith esperaba que la popularidad de las reformas propuestas por su partido le

permitiera obtener una mayoría más numerosa en la Cámara de los Comunes y poder así aprobar la Ley del Parlamento (*Parliament Act*), que en adelante limitaría el poder de la Cámara de los Lores. Aquella era una noticia estupenda para los liberales, pero llegó en un momento terrible para Churchill, que se vio envuelto en la primera de las grandes crisis de su carrera, de la que no saldría ileso.

Miles de trabajadores de las minas de carbón de la pequeña localidad de Tonypany, perdida en los valles de Gales, habían ido a la huelga en protesta por las condiciones laborales. La situación no había tardado en deteriorarse y enseguida estallaron los disturbios. La prensa acusó al secretario del Interior de no haber enviado al ejército tan pronto como se lo habían pedido y el partido laborista propaló rumores acerca de la brutalidad policial, diciendo que la respuesta de Churchill había sido demasiado dura. Esos rumores seguirían siendo una rémora que pesaría sobre su figura durante el resto del siglo xx.

Las cosas no le fueron mejor cuando regresó a Londres. En enero de 1911, se produjo un atraco fallido que acabó en un tiroteo fatal en el que tres policías perdieron la vida a manos de una banda de delincuentes rusos que se habían escondido en el East End de Londres y que se pusieron a disparar indiscriminadamente desde las ventanas de la casa de Sidney Street en la que se habían refugiado. La Guardia Escocesa acudió en ayuda de la policía, y se envió inmediatamente un telegrama al secretario del Interior. En cuanto este fue informado de lo ocurrido, corrió a unirse a la fiesta. Abriéndose paso a empujones entre la multitud de residentes del East End, Churchill, con su sombrero de copa y su abrigo ribeteado de pieles, no podía llamar más la atención. Una de las primeras filmaciones de la actuación de la Policía Metropolitana fue proyectada en numerosos cines del país en medio de los abucheos y las protestas de los espectadores. En el noticiero se veía a las valerosas fuerzas del orden trabajando con ahínco durante el «asedio de Sidney Street», mientras un secretario del Interior con cara de desconcierto y un aspecto más que extraño, asomaba doblando la esquina de una calle.

Los periodistas se burlarían de su actuación en Sidney Street, y los caricaturistas de Fleet Street,\* conscientes de que se convertiría en uno de los grandes pilares de su profesión, refinaron cada vez más sus sátiras del

personaje: Winston como Polichinela, Winston como Bufón, Winston como Napoleón, Winston como Bribón. El buen nombre del que había gozado fue asociándose cada vez más con sus meteduras de pata, sus traspies y sus errores de cálculo. Pese a todo, gracias a una especie de extraordinaria seguridad en sí mismo innata, él siguió indefectiblemente convencido de sus capacidades.

Ascendido al cargo de primer lord del Almirantazgo por su encomiable papel en la crisis de Marruecos de mediados de 1911, Churchill fue el hombre que Asquith escogió para reorganizar la Armada. No se trataba de una tarea baladí, y el nuevo primer lord lo comprendió mejor que nadie: «Pensé en los peligros de mi patria, pacífica, irreflexiva y poco precavida, pensé en su fuerza y en sus virtudes, en su misión de buen juicio y lealtad; pensé en la nación alemana, descollando con todo el esplendor de su estado imperial y sumida en sus hondas especulaciones, frías, pacientes y despiadadas». La Armada debía reforzarse en previsión de la amenaza, ahora más que creíble, de que un «ataque de Alemania pudiera producirse de un día para otro».<sup>20</sup>

Este nuevo cargo venía acompañado de nuevos privilegios, como, por ejemplo, el yate del Almirantazgo, el *Enchantress*, y alojamiento de lujo en el palacio del Almirantazgo, en el Mall, especialmente útil cuando el 28 de mayo de 1911, tras otro embarazo difícil y agotador para Clementine, los Churchill tuvieron un hijo varón que habría de continuar el apellido de la familia. Lo llamaron Randolph.

Churchill empezó por crear un Estado Mayor de Guerra de la Armada a semejanza del Departamento de Guerra del Ejército, y no dudó en solicitar el consejo de los anteriores primeros lores, almirantes y otras personalidades relevantes de la marina en lo referente a las mejores prácticas posibles y a los puntos en los que cada uno de ellos creía que radicaban las principales debilidades de la Armada. Efectuó un cambio en el combustible utilizado por los barcos, pasando del carbón al petróleo, con el fin de incrementar la velocidad de los acorazados británicos. En total, aumentó el gasto de la marina de los 39 a los más de cincuenta millones de libras esterlinas, siendo su principal intención demostrar a «los alemanes que, por muchos barcos que construyeran, Inglaterra construiría más».<sup>21</sup> Europa estaba inmersa en

aquellos momentos en una verdadera carrera armamentística que vería aumentar el gasto militar en un 50 % durante los años inmediatamente anteriores al estallido de la primera guerra mundial.

Los colegas de Churchill en el Gabinete eran conscientes de la rápida expansión que estaban experimentando las fuerzas armadas de Alemania, pero los simples ministros se fijaban sobre todo en las facilidades que, a su juicio, le daba su viejo amigo, Lloyd George, a la sazón canciller del Exchequer. Según Roy Jenkins, el «mayor enemigo» de Churchill<sup>22</sup> no era otro más que el fiscal general sir John Simon, que enseguida empezó a comentar a Asquith que la pérdida de Churchill, aunque lamentable, no supondría la división del partido, y, lo que era más, quizá contribuyera a fortalecerlo al tranquilizar a las facciones contrarias a la guerra y deseosas de recortar los presupuestos.

Winston tuvo que hacer frente además a la resistencia de la opinión pública y, aunque constantemente pronunciaba discursos recalando los peligros que planteaba la expansión naval de Alemania, la amenaza les parecía a todos todavía muy lejana. Como dice Michael Sheldon en su libro *Young Titan*, «en Gran Bretaña para muchos, la idea de que estas dos naciones tan civilizadas montaran un Armagedón naval, con un grupo de acorazados *dreadnoughts* volando a cañonazos al otro, resultaba casi inimaginable». <sup>23</sup> Cuando la confianza en el primer lord comenzaba a disminuir, los liberales empezaron poco a poco a retirarse a su postura tradicional contraria a la guerra. Incluso Lloyd George hablaba de Alemania como si fuera un país pacífico. Winston se encontró de pronto convertido en un *miles gloriosus* solitario en una playa en la que la marea baja hacía aflorar un ejército de pacifistas. Pero su resolución era firme, y cuando el 28 de junio de 1914 fue disparado el tiro fatal en Sarajevo, él estaba atento, y lo que es más, estaba preparado.

«Las luces están apagándose en toda Europa, y no volveremos a verlas encendidas en toda nuestra vida». <sup>24</sup> Estas palabras fueron pronunciadas por el secretario del Foreign Office británico, sir Edward Grey, la noche antes de

que Inglaterra declarara la guerra a Alemania el 4 de agosto de 1914.

La Marina Real sufrió un número gigantesco de bajas durante los primeros meses de la guerra en 1914, llegándose a perder más de 5.500 vidas. La manera que tuvo Churchill de llevar aquellos primeros compases del conflicto fue severamente criticada en la prensa y en la Cámara de los Comunes. Como sucediera durante el asedio de Sidney Street los británicos quedaron confundidos ante la decisión tomada por Winston, a petición del gabinete, de viajar personalmente al puerto sitiado de Amberes, en Bélgica, en la creencia totalmente ilusoria de que podría salvar la ciudad. Al cabo apenas de un día sobre el terreno, telegrafió a Asquith sugiriendo que estaba dispuesto a dimitir como primer lord «y a sumir el mando de las fuerzas de socorro y defensa destinadas a Amberes».<sup>25</sup> Quizá le impulsara a actuar de ese modo la experiencia de las cargas de la caballería que había adquirido durante su etapa en el ejército o quizá la excitación que había sentido al oír silbar las balas a su alrededor cuando estuvo como reportero de guerra. Independientemente de cuál fuera el motivo, Winston parecía incapaz de no entrometerse en áreas que quedaban fuera de su competencia. Su oferta de ponerse al mando de las tropas destinadas en Bélgica fue rechazada por el primer ministro, que le ordenó regresar a Inglaterra de inmediato. Winston, convencido de que era el único capaz de defender el fuerte, se quedó en Amberes otros tres días, rechazando en todo momento la idea de abandonar su puesto al frente del Almirantazgo. Finalmente llegó de vuelta a Inglaterra el 7 de octubre, justo a tiempo para ser testigo de la caída de Amberes, pero faltando al nacimiento de su hija Sarah, que había llegado al mundo ese mismo día por la mañana.

Los periódicos informaron de la arrogante misión que había emprendido, pero él siguió indefectiblemente convencido de sus capacidades. Lo que sucedería a continuación es un capítulo tan infame de la historia militar británica que basta con decir su nombre: Galípoli.

La alianza antirrusa concluida en 1914 por el Imperio Otomano con Alemania había catapultado los territorios turcos a primera línea de combate como escenario fundamental de la guerra. El plan propuesto, considerado por

Churchill una alternativa mejor a la perspectiva de tener que hartarse de alambradas en Flandes, era que Gran Bretaña llevara a cabo una acción conjunta del ejército y la marina con el fin de abrir por la fuerza un paso a través del estrecho de los Dardanelos, desembarcando un contingente de soldados en la península de Galípoli antes de ordenar a una flota de buques que atracara en un lugar cerrado como el mar de Mármara, frente a las costas de Constantinopla (la actual Estambul). Se esperaba que tales acciones indujeran al gobierno turco a retirarse de la guerra y a firmar un acuerdo de paz, permitiendo así el acceso de los británicos a sus aliados los rusos a través del mar Negro.

Churchill no sólo insistió a favor de la campaña en el consejo de guerra del Gabinete, sino que además presionó a las autoridades militares a las que se encargó la misión de ejecutar un plan que ellas mismas consideraban, como poco, deficiente. Con el beneficio de la retrospectiva, es evidente que la planificación o mejor dicho, la falta de planificación, constituyó un factor fundamental del resultado catastrófico de la campaña de los Dardanelos. En vez de un solo plan coherente y bien ejecutado, hubo tres planes distintos que debían llevarse a cabo al mismo tiempo. Churchill favorecía la opción «solo barcos»; su segundo al mando en el Almirantazgo, el almirante Fisher, primer lord del Mar, prefería una acción conjunta del ejército y la armada; en tercer lugar, el secretario de Estado para la Guerra, lord Kitchener, defendía un «plan gradual basado en el ejército».<sup>26</sup> Vino a empeorar la situación lo que Jenkins describe como «el caldero en ebullición» de la tensión que había venido creándose entre todos estos hombres.<sup>27</sup>

La impaciencia de Churchill, acostumbrado a salirse con la suya, se vio recompensada el 28 de enero de 1915 cuando el consejo de guerra autorizó su propuesta de ataque naval. Tras varios intentos fallidos de forzar el paso a través del estrecho de los Dardanelos, plagado de campos de minas que acabaron con la pérdida de tres acorazados aliados, se decidió que había que desplegar tropas terrestres e intentar conquistar la península de Galípoli. De haberse puesto en marcha planes adecuados para el despliegue de tropas terrestres cuando fracasaron las operaciones navales, no se habría producido una confusión tan deplorable sobre si era el ejército o la marina la autoridad que dirigía las operaciones cuando desembarcaron las tropas el 25 de abril. Y

lo que quizá fuera más importante, si los aliados hubieran estado más organizados desde el principio, las fuerzas otomanas y alemanas no habrían tenido más que un mes para preparar sus defensas ante una invasión inminente.

Desde el día en que las tropas desembarcaron en la península de Galípoli, el conflicto se prolongaría durante más de ocho meses sangrientos, llegando a producir casi 400.000 bajas: 73.000 soldados británicos e irlandeses, 36.000 australianos y neozelandeses, 27.000 franceses, 4.800 indios y 251.000 otomanos. Los aliados no estaban preparados para la fortísima resistencia que opuso el ejército turco, y en enero de 1916 llegaron a la conclusión de que su única opción era emprender la evacuación de sus tropas.

La suerte de Churchill, lejos de quedar vinculada a la finalización de la campaña, se decidió mucho antes, cuando la dimisión de sir John Fisher, el primer lord del Mar, el 15 de mayo de 1915 provocó entre sus colegas, que habían empezado ya a culparle del fracaso, gritos a favor de la destitución de Winston como primer lord del Almirantazgo. En vista de tantas críticas, el primer ministro Asquith propuso formar un gobierno de coalición durante la guerra con el partido conservador, cuya única condición fue la destitución de Churchill. Quitaron de en medio a Winston y lo degradaron a la humilde posición de canciller del ducado de Lancaster.

Es imposible achacar los fracasos de Galípoli solo a Churchill, pero la opinión generalizada —hondamente arraigada en la necesidad colectiva de encontrar un chivo expiatorio, y no desmentida por ninguna investigación pública que justificara la idea contraria— fue que el obstinado rechazo de los consejos de sus asesores, el acoso a que sometió a los almirantes, y su incapacidad de tomar medidas básicas de precaución fueron en gran medida las causas del desastre. En su defensa deberíamos decir que, al fin y al cabo, él no era el primer ministro, y que sometió todas sus decisiones al visto bueno del Gabinete de Guerra, aunque se empeñó en imponer sus planes pese a las objeciones de Kitchener y de sus propios colegas del Almirantazgo. La respuesta que Winston dio a todo ello no fue de arrepentimiento, sino de

agravio, según comentó a un amigo: «¡Estoy acabado!... Acabado con respecto a todo aquello que me preocupa: la dirección de la guerra y la derrota de los alemanes».<sup>28</sup>

Degradado y humillado, Churchill abandonó el palacio del Almirantazgo, y la pareja formada por Clemmie y Winston se vio arrojada lejos de la sociedad de la que tanto habían disfrutado durante cinco años. Clementine contaría luego a Martin Gilbert, el biógrafo de Churchill, que aquel fue uno de los momentos más dolorosos de la vida de su esposo, y que ella «pensó que [Winston] se moriría de pena».<sup>29</sup> Furiosa por la destitución de su marido, Clementine escribió a Asquith: «Si tira usted por la borda a Winston cometerá usted un acto de debilidad y su gobierno de coalición no será una máquina de guerra más formidable que el actual».<sup>30</sup> El primer ministro no se inmutó, y cuando se anunció la formación de un nuevo Gabinete de Guerra y Winston no apareció entre sus miembros, Churchill tomó la decisión de dimitir y apartarse por completo del gobierno para integrarse en el ejército en el frente occidental.

En un principio Churchill regresó a su antigua unidad, el Regimiento de Húsares de la Reina, pero cuando llegó a Francia fue recogido por un automóvil y conducido directamente al cuartel general en Saint-Omer. En el curso de una cena generosamente regada con champaña, le ofrecieron un cómodo puesto como ayudante de campo del comandante en jefe, sir John French... o, si lo prefería, un destino en activo en el frente. Quizá no resulte sorprendente el hecho de que escogiera un puesto en primera línea de fuego, pero semejante decisión reflejaba algo más que la afición a la aventura que siempre lo había caracterizado. Le daba la oportunidad de distinguirse combatiendo por una causa en la que creía realmente, y de lavarse las manos que tenía manchadas de sangre por lo de Galípoli.

Al cabo solo de dos semanas en Francia, Churchill solicitó que el general French lo ascendiera y lo pusiera al frente de una brigada. Teniendo en cuenta su poca experiencia en semejante papel y siguiendo los consejos del primer ministro, que temía que pudiera resultar contraproducente, French se opuso a semejante idea y Winston recibió la orden de ponerse

inmediatamente al frente de un batallón de proporciones más pequeñas, de modo que se le dio el rango de teniente coronel al mando del 6.º Batallón de Fusileros Reales Escoceses, integrado en la IX División. A finales de enero de 1917 el batallón fue enviado al frente de Bélgica y Churchill pasó tres meses y medio en las trincheras. Aquel destino no formaba parte de ninguna gran ofensiva, pero «el bombardeo de los alemanes era continuo, y el tiroteo de las ametralladoras y de los fusiles» no daba tregua y constituía «un riesgo contante».<sup>31</sup>

En Londres; Clementine siguió adelante con su campaña para lavar la reputación política de su esposo, pero como el gobierno de Asquith estaba metido en un buen lío y en los Comunes estaba debatiéndose el fracaso de la campaña de Churchill en Galípoli, mucho se temía que pasaría algún tiempo antes de que se calmara la hostilidad hacia su persona. Pese a sentirse muy preocupada por la seguridad de Winston, le aconsejaba no precipitar su regreso y, según decía en una carta, «para ser grandes, las acciones de un hombre deben poder ser entendidas por la gente sencilla. Tus motivos para marchar al frente eran fáciles de entender; tus motivos para regresar necesitan una explicación».<sup>32</sup> Pero después de la desastrosa acogida que tuvo el discurso que pronunció en la Cámara de los Comunes durante una semana de permiso en marzo de 1917, que lo dejó en una posición todavía peor de la que tenía, Churchill hizo caso omiso a los consejos de su esposa y regresó a Londres el 7 de mayo con la intención de reparar su maltrecha reputación.

Tardaría casi tres años y tendría que desempeñar varios cargos antes de volver a ocupar por fin un puesto de responsabilidad en el gabinete. Al cabo de poco tiempo se firmó el armisticio entre los aliados y los alemanes y cuatro días después, el 15 de noviembre de 1918, Clementine dio a luz a su cuarto hijo, una niña llamada Marigold.

David Lloyd George, el primer ministro recientemente reelegido, depositó una gran fe en su viejo amigo cuando lo nombró secretario de Estado de Guerra en enero de 1919. Casi de inmediato empezó a defender entre bastidores la idea de que las tropas aliadas que todavía estaban estacionadas en Rusia prestaran apoyo al Ejército Blanco en la guerra civil rusa. Churchill veía en el bolchevismo una de las mayores amenazas a la democracia británica y, como dice Jenkins, una vez más dejó bien clara su

«creencia en que la voluntad y el optimismo eran más importantes que la idoneidad de los recursos destinados a la tarea prevista».<sup>33</sup> Su plan de llevar a cabo una ofensiva en el norte de Rusia para incautarse del ferrocarril transiberiano acabó en retirada y en una derrota total, y vino a consolidar la idea en aquellos momentos generalizada de que era un temerario y un aventurero militar en el que no se podía confiar.

Incluso Lloyd George perdió la fe en su secretario de Guerra y lo trasladó a la Secretaría de Estado para las Colonias en 1921. Aquel seguía siendo un cargo de importancia dentro del Gabinete, y al menos proporcionó a Winston la ocasión de viajar acompañado de Clementine para asistir a la conferencia de Oriente Medio celebrada en El Cairo aquella misma primavera. Fue una misión colonial espléndida y durante su estancia en Egipto la pareja llegó a conocer ni más ni menos que al coronel T. E. Lawrence (Lawrence de Arabia) y a la exploradora Gertrude Bell. Sin embargo, cuando Clementine regresó a Londres en abril, recibió la trágica noticia de que su hermano, Bill Hozier, hombre encantador y jugador empedernido, se había pegado un tiro en la habitación de un hotel en París. Clemmie y Winston habían mantenido una estrecha relación con él, y la noticia supuso un auténtico mazazo para la pareja. Luego, al cabo de unos meses, murió la madre de Winston. Después de aquellas dos desgracias tan lamentables, cuando la familia se hallaba todavía de luto, Clementine recibió una llamada telefónica: su hija menor, Marigold, estaba gravemente enferma de septicemia.

La pareja corrió a su lado, y permaneció en vela junto a la cama de la criatura toda la noche. El 22 de agosto por la tarde Marigold recobró el conocimiento el tiempo suficiente para pedir a su madre que le cantara *Bubbles*, su canción favorita. Clemmie tuvo que armarse de valor y finalmente se puso a cantar: «*I'm forever blowing bubbles...*»,\* hasta que Marigold posó la mano en el brazo de su madre y dijo: «Esta noche no... acábamela mañana». La pequeña murió a la mañana siguiente, con sus padres a su lado. Winston contaría después a su hija Mary que Clementine «en su dolor lanzó una serie de alaridos tremendos, como un animal aquejado de un sufrimiento mortal».<sup>34</sup>

Sería aquella una pena que no los abandonaría nunca, aunque raramente hablaran de ella. Con el típico estilo de circunspección británica, Mary Soames cuenta cómo su madre «no se dejó vencer en ningún momento por la aflicción, sino que la reprimió, y siguió adelante con su vida».<sup>35</sup> Alguien recomendó a la pareja la conveniencia de tomarse unas vacaciones, y en efecto en enero de 1922 se fueron a Francia, donde Clementine se dio cuenta de que estaba embarazada de nuevo. Apenas un año después de la muerte de Marigold, los Churchill tuvieron a su quinto y último retoño, otra niña, Mary, que llegó a tiempo de conocer la última novedad de la familia: una casa de campo situada a unos 50 kilómetros al sur de Londres llamada Chartwell, en el condado de Kent.

La casa, que se convertiría en el domicilio más icónico de Churchill — después quizá del 10 de Downing Street—, estaba bastante destartada y requeriría invertir en ella una pequeña fortuna. Clementine la odiaba, pero hizo cuanto pudo para darle algo de calidez, sabiendo que satisfacía plenamente los deseos de Winston de poseer un retiro campestre permanente que fuera de su propiedad.

Aquel puerto de salvación no pudo llegar en mejor momento para Churchill, pues la coalición formada por Lloyd George había alcanzado su límite y en octubre de 1922 el primer ministro se vio obligado a dimitir. Se convocaron elecciones generales, pero Churchill sufrió un ataque agudo de apendicitis, de modo que su estado de salud le impidió participar en la campaña para recuperar su escaño por la circunscripción de Dundee. El resultado de la votación fue desastroso: «Su “escaño vitalicio” de 1908 se desmoronó entre sus dedos».<sup>36</sup>

La pareja decidió tomarse unas largas vacaciones de seis meses en la Riviera francesa para que Winston pudiera recuperarse. Churchill había vuelto a pintar cuando le echaron del Almirantazgo en 1915; ahora, el hecho de encontrarse de nuevo sin empleo puso a su disposición tiempo más que de sobra para reanudar su viejo pasatiempo. Los Churchill regresaron a Inglaterra durante el verano de 1923 para supervisar las últimas obras de restauración de Chartwell. Clementine seguía teniendo muchas reservas

respecto a su situación financiera, pero el campo representaba un consuelo para Winston. Allí podía escribir y pintar, y disfrutaba ayudando en las labores de restauración.

Siendo como era, Winston no podría permanecer mucho tiempo lejos de la política. Durante los preparativos de la campaña electoral de 1924 no consiguió asegurarse un escaño con los liberales, así que hizo un intento infructuoso de presentar una candidatura como independiente. Creía que los liberales y los conservadores debían colaborar, sin oponerse unos a otros, y en abril de ese mismo año recibió la sorprendente noticia de que entre los conservadores se hablaba de hacerlo ingresar en el partido y presentarlo a las elecciones para que obtuviera un escaño seguro por un distrito de Londres, Epping. Después de un breve momento de vacilación, Churchill aceptó volver a cambiarse de bando. Seguiría siendo conservador el resto de su vida.

Basó su campaña en un programa fuertemente antisoviético y se mostró muy crítico con el deseo del partido laborista de firmar un tratado anglo-soviético. Su postura tocó la fibra de los electores y ganó el escaño por amplia mayoría. El nuevo primer ministro, Stanley Baldwin, lo recompensó nombrándolo canciller del Exchequer. Al aceptar el cargo se cuenta que dijo a Baldwin: «Esto es algo que me satisface plenamente. Todavía conservo la toga de canciller de mi padre. Estaré muy orgulloso de servirle en el desempeño de este magnífico cargo».<sup>37</sup> Y desde luego era magnífico, pues además comportaba el privilegio de alojarse en el número 11 de Downing Street, en una casa que Clementine y los niños encontraron adorable y en la que residirían durante cuatro años y medio.

El tiempo que había permanecido fuera de los altos cargos y sus numerosos *faux pas* no afectaron lo más mínimo a la seguridad de Churchill en sí mismo, siempre excesiva, pero el período que pasó en el Ministerio de Hacienda se vio enturbiado por varias controversias. La primera fue una política fiscal que conduciría a la economía británica a la recesión y provocaría numerosas huelgas en todo el país. La idea de volver al patrón oro (Gran Bretaña lo había abandonado en 1914 para poner fin a la rápida depreciación de la libra) había venido circulando antes ya de que la administración Baldwin entrara en funciones, y al principio Churchill mostró bastantes reservas al respecto. Llevó a cabo una investigación exhaustiva del

asunto y pidió asesoramiento a colegas y académicos. Entre estos últimos se encontraba un brillante y joven economista de Cambridge llamado John Maynard Keynes, que elaboró un opúsculo titulado «Las consecuencias económicas del señor Churchill», en el que sostenía que para el crecimiento económico y el empleo sería desastroso que Gran Bretaña regresara al sistema monetario existente antes de la guerra. Por desgracia, ganaron las fuertes oleadas de apoyo provenientes del partido conservador y de los comités parlamentarios, y mientras su familia contemplaba la escena desde la galería de invitados de la Cámara de los Comunes, Churchill restableció el patrón oro en sus presupuestos de abril de 1925.

Casi todo el mundo está de acuerdo en reconocer que aquella fue la medida más equivocada del gobierno de Baldwin, y el proyecto de ley que la defendía llevaba el nombre de Churchill. Las predicciones de Keynes resultaron acertadas —la libra acabó siendo demasiado fuerte para favorecer las exportaciones— y las repercusiones sobre la industria británica, y en particular sobre la del carbón, fueron catastróficas. En el momento culminante de la consiguiente huelga general de 1926 —la única huelga nacional de toda Gran Bretaña— abandonaron su puesto de trabajo 1,75 millones de personas. La respuesta de Churchill —sacar al ejército a la calle— fue temperada por la insistencia de Baldwin en que los soldados fueran desarmados. Al tiempo que se desplegaba una alambrada en Hyde Park, los trabajadores de clase media acudieron a sus puestos de trabajo, y se restablecieron en cierta medida los servicios públicos: caballeros con corbatas de Eton (negras con franjas azules) no dudaron en trabajar como maleteros en la estación de Waterloo, en conducir locomotoras de tren y autobuses, o en repartir periódicos. El propio Churchill bajó a los muelles en un vano intento de sofocar los disturbios. Ante el temor cada vez mayor de que se produjera un estallido de violencia generalizada, los sindicatos dieron marcha atrás y la huelga fue derrotada en apenas diez días, pero se acusó gravemente a Churchill por haber actuado con excesiva mano dura.

La huelga general quedaría clavada durante mucho tiempo en la memoria del país, y como las tasas de desempleo seguían siendo muy altas, los conservadores perdieron la mayoría en las elecciones generales de 1929.

Stanley Baldwin dimitió, mientras que Churchill conservó su escaño por Epping, pero durante los dos años siguientes se distanciaría de su partido debido a la discrepancia de opiniones sobre asuntos trascendentales.

Winston se retiró a Chartwell y volvió a dedicarse a escribir y a pintar. Sin el salario que obtenía por su pertenencia al gabinete y tras sufrir gigantescas pérdidas económicas a raíz del crac de Wall Street de 1929, los Churchill se vieron de nuevo en dificultades y —gracias en particular a los gastos desproporcionados de Winston en puros y champaña— cortos de numerario. Fue un aislamiento que duraría diez años.

Pese a que su estatus de político había quedado muy maltrecho, había temas sobre los cuales pensaba que sabía demasiado como para privar al público de su opinión al respecto, y en 1931 uno de esos temas sería la autonomía de la India; pero una vez más se encontraría en el lado equivocado de la historia y de su propio partido al oponerse a la solicitud presentada por la India de que se le concediera el estatus de dominio, similar al que tenían Canadá, Australia y Nueva Zelanda. Churchill temía que, en cuanto se concediera a la India el estatus de dominio, fuera del tipo que fuera, se produciría el fin del imperio británico en la zona: el nuevo gobierno indio intentaría echar del país a Gran Bretaña y a los británicos tan pronto como le fuera posible.

En el lado opuesto del discurso se encontraba el virrey de la India, lord Irwin, más conocido como vizconde Edward Halifax. A pesar de los lazos que mantenía Halifax con el rey y con los niveles más altos de la aristocracia británica, sus ideas en lo tocante a este asunto eran curiosamente progresistas. Estaba a punto de acabar su mandato como virrey y creía realmente que, después de años de violencia y de desobediencia civil, la concesión del estatus de dominio era la única forma de trabajar hacia una solución pacífica. Baldwin apoyaba la propuesta del virrey y anunció en la Cámara que su partido la consideraría su «deber primordial» si en el futuro volvían a tener el poder. Después de ser uno de los conservadores de mentalidad más liberal, Churchill se vio obligado a dimitir del gabinete en la sombra. Como señala Roy Jenkins, «la cuestión de la India siguió ocupando el centro de la política

de Churchill, chupándole toda su energía, conduciéndolo cada vez más hacia un clima enrarecido de aislamiento e impotencia, durante por lo menos otros tres años». <sup>38</sup>

Obligado a emprender una nueva travesía del desierto, Churchill fijó su interés en la escritura y realizó varias giras por los Estados Unidos pronunciando discursos y alocuciones radiofónicas. Siguió interviniendo a menudo en la Cámara de los Comunes sobre temas como las finanzas y la seguridad internacional, pero sus opiniones sobre la India habían hecho que pareciera que estaba fuera de onda. En cualquier caso muchos opinaban que el fin de la primera guerra mundial había sido el fin del imperio, pero, como hijo de la época victoriana y luego de la eduardiana, Churchill seguía teniendo una lealtad inquebrantable a la presencia británica global.

La convicción que tenía Churchill de que Alemania, bajo el partido nacionalsocialista en rápida ascensión de Hitler, planteaba la mayor amenaza para Inglaterra *sí que* se basaba en un pleno conocimiento de los hechos. Mientras que no había sido testigo del estado actual de la sociedad india, había viajado ampliamente por Alemania, donde había visto «todas aquellas bandas de fornidos jóvenes teutones marchando por las calles y los caminos de Alemania, brillando en sus ojos la luz del deseo de morir por su patria». <sup>39</sup> Para él estaba claro: del deseo nacional que abrigaban de recuperar la autoestima perdida vendría la llamada a las armas; y de ahí vendría la llamada a la devolución de los territorios perdidos.

Ya en abril de 1933 Churchill pronunció un largo y sentido discurso ante los Comunes acerca de la naturaleza de esa amenaza. Dijo que creía que «Alemania salió bastante bien librada de la Gran Guerra» y que los aliados habían prometido «que [Alemania] sería una democracia con instituciones parlamentarias», pero:

... todo eso se lo han llevado por delante. Ahí tienen ustedes la dictadura: la más siniestra de las dictaduras. Ahí tienen ustedes el militarismo y los llamamientos a implantar todo tipo de espíritu de lucha, desde la reintroducción de los duelos en las universidades hasta los consejos del ministro de educación fomentando el uso sin paliativos de la vara en las escuelas primarias. Ahí tienen ustedes esas manifestaciones

marciales o belicosas, y también la persecución de los judíos, sobre la cual muchos honorables diputados han hablado ya y que llama la atención a todo aquel que piense que hombres y mujeres tienen derecho a vivir en el mundo en el que han nacido, y que tienen derecho también a buscarse una vida, derecho que hasta el momento tenían garantizado por las leyes de su país de nacimiento...<sup>40</sup>

Churchill siguió dando advertencias como esta en el Parlamento, en artículos periodísticos, en las numerosas cartas remitidas a sus colegas, y solo en una ocasión a través de la radio, en la BBC, cuyo fundador, John Reith, lo consideraba un extremista. De hecho Reith prohibió a Churchill hablar en público del asunto. En 1935, sin embargo, el gobierno británico había admitido que Alemania tenía derecho a iniciar una campaña de rearme y a reconstruir su armada hasta un máximo del 35 % de la que poseía Gran Bretaña, en virtud del tratado naval anglo-alemán.

Cuando el laborista Ramsay MacDonald abandonó el cargo de primer ministro en junio de 1935 debido a su mala salud, lo sucedió un viejo amigo de Winston, el conservador Stanley Baldwin, pero este también era un poderoso defensor del apaciguamiento y de las políticas de su predecesor. La prensa informaba por entonces de las atrocidades perpetradas por el nuevo régimen nazi, sembrando la confusión en la mente de muchos británicos, que pensaban que Alemania había pagado muy cara su derrota en la primera guerra mundial. Sin embargo, los temores de la amenaza soviética aún eran muy poderosos y, como dice Martin Gilbert en *The Roots of Appeasement*, «el propio Hitler aseguraba que actuaba como principal guardián de Europa frente a la propagación del comunismo»,<sup>41</sup> de modo que las clases más elevadas de Inglaterra en particular eran reacias a condenarlo y a considerarlo peligroso.

Las ambiciones militares de Hitler siguieron adelante y en marzo de 1936 tropas alemanas entraron en la zona desmilitarizada de Renania desafiando los tratados de posguerra de Versalles y Locarno. Los británicos se hallaban fundamentalmente distraídos por la crisis provocada por la abdicación de Eduardo VIII tras declarar su deseo de contraer matrimonio con una divorciada, la americana Wallis Simpson, cuestión que había situado una vez más a Churchill, partidario de aquella unión romántica, en el lado contrario al del gobierno. En cualquier caso la aversión a la mera idea de que

se produjera otra guerra hizo que la opinión pública no diera demasiada importancia al hecho de que Alemania recuperara unos territorios habitados por una población de lengua alemana.

Gran Bretaña había comenzado en los últimos años un proceso de rearme, pero el país no estaba en condiciones ni siquiera de pensar en adoptar ningún tipo de sanciones militares en respuesta al último paso dado por Hitler. Churchill advirtió que si no se paraban los pies a Alemania, era solo cuestión de tiempo que dirigiera sus ojos hacia Austria, Polonia, Checoslovaquia y Rumanía, y aconsejó que Gran Bretaña acelerara de inmediato el proceso de rearme. El apoyo del público a su persona empezaba a incrementarse, pero seguía en gran medida siendo un hombre desacreditado y tildado de belicista por el gobierno de Baldwin. Cuando Neville Chamberlain sustituyó como primer ministro a Baldwin en mayo de 1937, Churchill continuó fuera del gabinete en gran medida porque Chamberlain y él habían chocado repetidamente a lo largo de sus respectivas carreras políticas, y más recientemente en lo referente a las relaciones con Alemania y en la crisis de la abdicación.

Aunque Chamberlain empezó mostrando un interés activo por la política exterior, las medidas que tomó frente a Alemania no fueron distintas de las de Baldwin. El secretario del Foreign Office, Anthony Eden, sin embargo, compartía la opinión de Winston. Eden estaba ya harto de Alemania, y creía que la política de Chamberlain hacia este país y su actitud moderada con el dictador italiano Benito Mussolini (tras la invasión de Abisinia llevada a cabo por los fascistas italianos) constituían dos errores gravísimos. Semejante opinión distanció a Eden de la nueva administración y esa distancia no hizo más que agudizarse cuando Chamberlain dio alas al lord presidente del Consejo, lord Halifax, para que interviniera más en las cuestiones de política exterior. En octubre de 1937, el primer ministro convenció a Halifax de que aceptara una invitación para reunirse con Hitler cuando visitara Alemania para participar en una cacería.

Eden se había mostrado totalmente en contra de la propuesta de entrevista y sintió su posición minada por la actitud del nuevo primer ministro. Dio órdenes estrictas a Halifax advirtiéndole que debía adoptar una postura de dureza en todo lo concerniente a las intenciones de Hitler respecto

a Austria, Checoslovaquia y Polonia. Pero desde su llegada al poder, Hitler había mostrado una capacidad excepcional de seducir a los políticos británicos; y Halifax no iba a ser diferente en este sentido. Regresó de la entrevista mantenida en Alemania cantando las alabanzas del Führer y, en contra de los consejos que le había dado Eden, informó al Gabinete de que había aprovechado la ocasión para confirmar a Hitler que Gran Bretaña estaría más que dispuesta a discutir las posibilidades de que Alemania accediera a los territorios de Europa central y a la devolución de sus antiguas colonias, que le habían sido arrebatadas en virtud de los tratados de paz concluidos después de la guerra. La insistencia de Halifax en que estaba verdaderamente convencido de que Hitler no tenía ninguna intención de empezar una guerra no surtió efecto alguno en Eden, y de hecho marcó el comienzo del fin de este último en el puesto de secretario del Foreign Office.

Eden presentó su dimisión el 20 de febrero de 1938, y Neville Chamberlain nombró sucesor suyo a lord Halifax. Churchill se sintió desolado y posteriormente comentaría en sus memorias:

Confieso que mi corazón quedó abatido y que por un momento me vi inmerso en las tenebrosas aguas de la desesperación ... Nunca había tenido problemas a la hora de dormir ... pero entonces, aquella noche del 20 de febrero de 1938, y solo en aquella ocasión, el sueño me abandonó. Desde la media noche hasta el amanecer permanecí tumbado en la cama, consumido por sentimientos de dolor y de miedo. Me parecía ver la figura de un joven fuerte, de pie frente a las continuas, sombrías olas que querían arrastrarlo a la deriva, las olas de la rendición, de las medidas equivocadas y de los impulsos débiles. Mi gestión de los asuntos quizá fuera muy diferente de la suya [de Eden] en muchos sentidos, pero en aquel momento solo él me parecía encarnar la esperanza de vida de la nación británica, la gran vieja raza británica que había hecho tanto por el ser humano y que aún tenía tanto que dar. Y ahora resultaba que se había ido. Contemplé cómo la luz del día iba colándose lentamente por las ventanas, y vi ante mí, mentalmente, la imagen de la muerte.<sup>42</sup>

Dos días después, con la anexión de Austria por los alemanes a punto de producirse y la posible pérdida de Checoslovaquia en el horizonte, Churchill dirigió a la Cámara una vigorosa advertencia sobre el coste del apaciguamiento: «Pronostico que llegará un día en el que en un momento u

otro, por un motivo u otro, tengan ustedes que plantarse, y ruego a Dios que cuando llegue ese día no tengamos que comprobar que por haber seguido una política imprudente nos hayamos quedado solos a la hora de plantarnos». <sup>43</sup>

Ya no cabían incertidumbres acerca de las intenciones de Hitler, y los temores de Churchill se vieron confirmados cuando en septiembre de 1938 Neville Chamberlain viajó a Alemania para presentar una propuesta anglo-francesa sobre la cuestión de los Sudetes que las autoridades checas y los líderes de la región de los Sudetes habían aprobado en principio. El tiro le salió por la culata y, como escribe Gilbert, «Hitler, furioso al ver que los líderes de los Sudetes estaban dispuestos a aceptar una autonomía dentro de Checoslovaquia, los incitó a exigir más. Cuando se mostraron reacios a hacerlo... Hitler denunció públicamente y de manera violenta la propuesta». <sup>44</sup>

Cuando vio que las predicciones de Winston se hacían realidad, el gobierno finalmente accedió a que Churchill volviera al redil... por decirlo así. Aunque ya no era miembro del gabinete, durante las semanas que siguieron al infructuoso encuentro de Chamberlain con Hitler, Churchill asistió a varias reuniones con el primer ministro y con el secretario del Foreign Office, pero sus colegas en el Parlamento seguían reacios a aceptar sus consejos y a reconocer que el apaciguamiento había fracasado.

Chamberlain insistió en seguir negociando con Hitler, y viajó a Múnich para intentar resolver los problemas. Churchill rogó a Chamberlain que «dijera a Alemania que si ponía los pies en Checoslovaquia estaríamos inmediatamente en guerra con ella». <sup>45</sup> Sus ruegos cayeron en saco roto. Cuando el 30 de septiembre Chamberlain regresó a Inglaterra después de poco más de un día de negociaciones, estaba esperándolo en el aeródromo una multitud de partidarios suyos. Bajó la escalerilla del avión agitando en las manos el papel firmado que pasaría a ser conocido como los acuerdos de Múnich, y proclamó lleno de júbilo ante los periodistas que lo esperaban que el pacto era un «símbolo del deseo de nuestros dos pueblos de no volver a enfrentarnos nunca más en una guerra». <sup>46</sup> Muchos pensaron que en realidad había aceptado todas las exigencias de Hitler, y cuando la Cámara de los Comunes se reunió para debatir la cuestión al cabo de cuatro días, Churchill aguardó a que llegara el momento de mayor impacto —a las 17:10 de la

tercera jornada de debates— para pronunciar un discurso aplastante, de cuarenta y cinco minutos de duración, acerca de los sucesos ocurridos cinco días antes:

Empezaré ... por decir lo más impopular y lo que resulta menos grato. Empezaré por decir lo que a todos nos gustaría ignorar y olvidar, pero que, a pesar de todo, debe ser dicho, esto es que hemos sufrido una derrota total y sin paliativos ... Lo máximo que [Chamberlain] ha sido capaz de conseguir para Checoslovaquia y en las cuestiones que todavía estaban en disputa ha sido que el dictador alemán, en lugar de agarrar la pitanza de la mesa con sus manos, se conformara con que se la sirvieran plato por plato ... Se acabó todo. En silencio, triste, abandonada, deshecha, Checoslovaquia se hunde en las tinieblas ... Lo que considero intolerable es la idea de que nuestro país caiga en poder de la Alemania nazi, en su órbita y en su influencia, y de que nuestra existencia dependa de su buena voluntad o de su capricho ... No queremos que nos lleven por el sendero que acabará por convertirnos en un satélite del sistema de dominación europea de la Alemania nazi. Dentro de muy pocos años, tal vez de muy pocos meses, nos enfrentaremos a exigencias que, sin duda, nos invitarán a satisfacer; esas demandas quizá consistan en la entrega de territorios o quizá en la entrega de nuestra libertad ... Nada reprocho a nuestro pueblo, leal y valiente, que estaba dispuesto a cumplir con su deber, costara lo que costara ... pero debería saber la verdad. Debe saber que ha habido una torpe negligencia y grandes deficiencias en nuestras defensas; debe saber que hemos sufrido una derrota sin guerra, cuyas consecuencias nos acompañarán durante largo tiempo en nuestro camino; debe saber que hemos pasado un hito terrible de la historia, en el que el equilibrio de toda Europa ha sido descompuesto, y que por lo pronto han sido pronunciadas las palabras más terribles contra las democracias occidentales: «Pesado has sido en la balanza y fuiste hallado falto». Y no supongan que aquí acaba todo. La hora de la verdad no ha hecho más que comenzar. Esto no es más que el primer sorbo, el primer anticipo de una copa amarga que nos darán a beber año tras año, a menos que, mediante una recuperación suprema de la salud moral y del vigor marcial, volvamos a levantarnos y a plantarnos en defensa de la libertad, como en los viejos tiempos.<sup>47</sup>

Menos de un año después, cuando Alemania ya había invadido Checoslovaquia y Polonia, Gran Bretaña le declarararía la guerra.

Las escalofriantes palabras de Churchill debieron de resonar en las mentes de los arquitectos del apaciguamiento cuando se desarrollaran los sucesos de mayo de 1940, pero pocos podían saber aquel día de octubre de 1938 que ese hombre intransigente iba a ser la salvación de Inglaterra.

VIERNES, 10 DE MAYO DE 1940

**ALEMANIA COMIENZA LA OPERACIÓN *FALL GELB*\***

**SITÚA A CUATRO MILLONES DE SOLDADOS EN  
POSICIÓN EN LAS FRONTERAS DE HOLANDA,  
BÉLGICA Y FRANCIA**

**LANZA A SU FUERZA AÉREA, INTEGRADA POR UN  
MILLÓN DE HOMBRES, PARA LLEVAR A CABO LA  
*BLITZKRIEG***

**CAÍDA DEL GOBIERNO DE CHAMBERLAIN**

## La caída de un líder

Mientras la tarde del 9 de mayo de 1940 tocaba a su fin, Churchill se preparaba para asumir la tarea colosal de dirigir a la nación, haciendo el siguiente comentario a su hijo Randolph, que lo había llamado por teléfono al Almirantazgo: «Creo que mañana seré primer ministro». <sup>1</sup> Cuando amaneció el día siguiente, todos los presagios de transición tranquila al puesto de máximo dirigente del país se desvanecieron desde el momento en que — exactamente un mes después de la embarazosa y «chapucera» campaña de Noruega de Churchill— Hitler lanzó de nuevo un ataque demoledor en Europa.

Poco después de las cinco y media no fue, como era habitual, la llegada de la bandeja de su desayuno —con su vaso de whisky escocés con soda colocado entre el soporte de las tostadas y el plato de huevos— lo que despertó a Churchill, sino la demoledora noticia de que Alemania había invadido Holanda. «Llegaban cajas enteras de telegramas procedentes del Almirantazgo, del Departamento de la Guerra y del Foreign Office», <sup>2</sup> recordaba en sus memorias, y a las seis de la mañana telefoneó al embajador francés para discutir el eventual despliegue de tropas en la vecina Bélgica. Enseguida quedó patente que también Bélgica había sido invadida, aunque los dos países habían proclamado su neutralidad cuando había estallado la guerra. Churchill concluyó su llamada telefónica a la legación francesa y celebró una reunión con los secretarios de Estado del Aire y de la Guerra, sir Samuel Hoare y Oliver Stanley, para discutir la posible respuesta de Inglaterra. Hoare recordaría más tarde que Churchill, «lejos de dejarse amilanar por el fracaso o el desastre, reunía nuevas fuerzas cuando se presentaba una crisis, [y] estaba dispuesto como siempre a dar consejos con

la mayor seguridad». Y añade: «Eran las seis de la mañana, después de un tenso debate en la Cámara de los Comunes y una reunión hasta las tantas. Pero ahí estaba él, fumando su enorme puro y comiendo huevos fritos con panceta, como si acabara de llegar de dar una vuelta a caballo a primera hora de la mañana».<sup>3</sup>

Los tres se trasladaron luego a la sala de guerra del Almirantazgo, donde estaba a punto de empezar una reunión del Comité de Coordinación Militar, prevista para las siete. Llegaban en rápida sucesión nuevas actualizaciones de la situación que ponían de manifiesto la terrorífica celeridad, magnitud y éxito del avance alemán, iniciado a las tres de la madrugada, hora del meridiano de Greenwich. La Luftwaffe descargaba bombas sin cesar y lanzaba en paracaídas a miles de soldados alemanes en todos los objetivos clave de Holanda, Bélgica y ahora también Luxemburgo. El Comité de Coordinación Militar había dado una orden que preveía que los ejércitos francés y británico iniciaran su marcha sobre Bélgica. En medio del caos reinante, el jefe del Estado Mayor General Imperial, sir Edmund Ironside, recuerda que cuando entró en otra sala «ya no pude salir. Todos los vigilantes nocturnos se habían ido y los diurnos no estaban en su puesto. Las puertas, dobles y aun triples, estaban cerradas. Me subí a una ventana, la abrí y salté a la calle. Eso es lo que puedo decir de la seguridad».<sup>4</sup>

Mientras Ironside salía del despacho por la ventana, el pueblo británico intentaba sacar algo en claro del boletín emitido a las siete de la mañana por la BBC Home Service.\* La emisora se había enterado de la invasión y había anunciado: «Se ha informado, aunque la noticia todavía no ha sido confirmada *oficialmente*, que los alemanes han invadido Holanda».<sup>5</sup>

Randolph Churchill, que prestaba servicio en el viejo regimiento de su padre, el 4.º de Húsares de la Reina, se encontraba en su cuartel en Hull y llamó por teléfono a su padre a las siete y media para intentar sacar algo en claro y enterarse de lo que estaba pasando. Winston le informó de que «las hordas alemanas están entrando en los Países Bajos, pero el ejército británico y el francés avanzan para salirles al paso y en un día o dos se producirá un choque frontal». Randolph replicó: «¿Y qué pasa con lo que me dijiste ayer

por la noche acerca de que hoy ibas a ser primer ministro?». La respuesta de su padre fue inequívoca: «¡Ah, no sé nada de eso! Ahora lo único que importa es derrotar al enemigo». <sup>6</sup>

¿Pero qué iba a pasar en realidad en cuanto a la cuestión que había estado candente durante los últimos tres días? ¿Quién iba a ser el primer ministro? Chamberlain había dicho que aguardaría la decisión de los laboristas antes de comprometerse a dimitir. Si los laboristas se mostraban dispuestos a participar en un gobierno presidido por él, estaría encantado de continuar en el cargo. Como si no tuvieran idea de la *Blitzkrieg* que estaba barriendo la Europa occidental, Clement Attlee y Arthur Greenwood tomaron el tren de las 11:34 de Waterloo a Bournemouth y luego asistieron al congreso del partido laborista. Al parecer, Chamberlain tendría su respuesta ese mismo día, pero todavía tendría que esperar unas horas.

Mientras tanto, poco antes de las ocho de la mañana, Churchill salió del Almirantazgo y dio su habitual paseíto por la plaza de armas del Horse Guards Parade, seguido por Stanley y Hoare, para dirigirse al número de 10 de Downing Street, donde el Gabinete de Guerra se disponía a celebrar la primera de las numerosas reuniones que tendrían lugar aquel día. Tras ocupar sus correspondientes asientos alrededor de la mesa de caoba, los veinte ministros, mandos militares y secretarios del gabinete repasaron la situación que estaba desarrollándose. A falta de la confirmación oficial de que iba convertirse en el mandamás, Winston decidió actuar simplemente como si lo fuera. Neville Chamberlain estaba sentado «en el sillón» de la presidencia, pero era Churchill el que dominaba la sala, confirmando que «todo el plan de avance de las fuerzas aliadas por los Países Bajos ya había dado comienzo. Las tropas no estaban en el máximo estado de alerta, pero indudablemente se pondrían en marcha enseguida». <sup>7</sup>

En menos de tres horas Winston estaría dirigiendo la guerra. Si alguien pensaba que Chamberlain, al ser testigo de una actuación tan enérgica, iba a aceptar la conclusión alcanzada el día anterior de que Churchill iba a sustituirlo como primer ministro, se equivocaba. Tanto Samuel Hoare como Churchill comentaron que, al término de aquella reunión, Chamberlain dijo confidencialmente a sir Samuel Hoare que, en su opinión, debía «retrasar su dimisión hasta que hubiera acabado la batalla de Francia». <sup>8</sup> Se trata de una

afirmación sorprendente, teniendo en cuenta que no dijo ni una palabra que se considerara digna de ser registrada en las actas durante la reunión del Gabinete de Guerra celebrada a las ocho mañana. Además la opinión pública británica se había despertado aquella mañana para ver plasmados en las portadas de todos los periódicos los acontecimientos del día anterior.

CHAMBERLAIN A PUNTO DE DIMITIR: SE ESPERA QUE  
CHURCHILL SEA EL NUEVO PRIMER MINISTRO

LA ÚLTIMA APUESTA DEL PRIMER MINISTRO FRACASA:  
«NO» DE LOS LABORISTAS

PRIMER MINISTRO: ÚLTIMO ESFUERZO. DIMISIÓN HOY SI  
LA APUESTA POR EL GOBIERNO DE CONCENTRACIÓN  
FRACASA

LOS SOCIALISTAS EN EL N.º 10 AYER POR LA NOCHE.<sup>9</sup>

¿Cómo podía Chamberlain decir que no a todo aquello con lo que se había mostrado de acuerdo? Pero por otra parte, ¿cómo podía dejarlo todo? Si Churchill lo sucedía ahora, eso supondría dar un vuelco a todo lo que había hecho, no solo durante sus tres últimos años como primer ministro, sino durante toda su porfiada campaña de apaciguamiento. Demostraría que se había equivocado. Equivocado en todo. Equivocado por ignorar los *seis años* de advertencias de Churchill. «¡Paz para nuestros tiempos!», las cuatro palabras que Chamberlain había pronunciado el 30 de septiembre de 1938 al bajar del avión que lo traía de Múnich, ahora parecían ridículas. Ridículo también aquel papelucho que había enarbolado en su mano. Todo parecía ridículo.

Todo excepto una cosa: Churchill. Solo él había comprendido la amenaza; a diferencia de algunos miembros de la familia real y de diversos aristócratas y exponentes de la nobleza rural de Inglaterra, él no se había dejado seducir por los encantos del nazismo; y se había negado a permitir que lo obligaran a guardar silencio a pesar de las calumnias lanzadas contra su persona. ¿Su recompensa? Había sido expulsado de la formación política que

había contribuido a conformar y había sido etiquetado de promotor de la guerra. Pero se había mantenido firmemente fiel a sus principios: no se puede negociar con dictadores.

Solo podemos imaginarnos lo que debió de pensar Chamberlain cuando recibió la primera noticia de que los tanques alemanes cruzaban a toda velocidad Europa occidental. ¿Qué significaba aquello? ¿A qué iba a tener que hacer frente ahora? Sus intentos desesperados de aferrarse al poder eran los actos de un hombre humillado. Los actos y el legado de Chamberlain han sido contemplados en los últimos años con menos descrédito que en las décadas inmediatamente posteriores a la guerra, pero los pocos meses de vida que le quedaban debieron de ser durísimos para él. Cuando terminó la primera reunión del Gabinete de Guerra, se acercó al canciller del Exchequer, sir Kingsley Wood, y le manifestó su idea de permanecer en el poder.

Sería un error afirmar que fueron el empecinamiento o la pura ambición los que guiaron los intentos de Chamberlain de seguir siendo el máximo mandatario. Lo cierto es que tenía reservas muy reales respecto a Churchill. Como muchos de sus colegas y casi todos los que seguían abiertos a la idea de entablar conversaciones de paz con Hitler —y que constituían una poderosa camarilla en la que habría que incluir a Halifax—, la sola idea de que Winston estuviera al frente de todo resultaba estremecedora. ¿Winston como *máximo mandatario*? ¿Winston *Churchill* al frente de todo? ¿Ese urdidor de palabras de sesenta y cinco años con un grave problema con la bebida y un historial de décadas de juicios equivocados dirigiendo *el país*? Y no digamos el país. A cualquiera podría perdonársele abrigar reservas ante aquel hombre y no querer poner en sus manos ni una simple *bicicleta*.

En aquellos últimos actos de resistencia, Chamberlain no pensaba solo en sí mismo. Representaba a un amplio número de voces poderosas que opinaban que Gran Bretaña necesitaba, quizá más que nunca, un liderazgo estable, sobrio, racional, tranquilo, no irritable. Y se piense lo que se piense de Winston, no eran esos los calificativos que le cuadraban. Churchill, deseoso en su ampulosidad de arriesgar contra viento y marea a verdaderas legiones de ejércitos de carne y hueso como si fueran los soldaditos de plomo

de su niñez, y con la mente obnubilada por los ecos de las estrofas de la poesía heroica, era indudablemente capaz de acarrear la ruina a toda la nación en un santiamén.

En mayo de 1940 la sola idea de que Churchill fuera el máximo mandatario hacía temblar de inquietud a muchos, incluso a algunos de sus más ardientes admiradores. De modo que cuando Chamberlain habló con Kingsley Wood tras la reunión del Gabinete de Guerra, tenía buenos motivos para esperar una demostración de apoyo en el último minuto por parte de unos amigos que, aunque no reconocieran sus cualidades, debían al menos admitir los defectos de su rival.

Algo sumamente improbable. Ya era demasiado tarde. Gran Bretaña necesitaba un gobierno de concentración nacional, y el precio para conseguirlo, exigido por los laboristas, era ni más ni menos que la cabeza de Chamberlain.

Kingsley Wood, en el papel de mensajero en este drama, pensó que era más noble ser cruel y le dio la mala noticia de forma franca, asegurándole que, «por el contrario, la nueva crisis hacía que resultara tanto más necesario formar un gobierno de concentración nacional, el único capaz de hacerle frente».<sup>10</sup> Al escuchar aquellas palabras de labios de un hombre al que la mayoría consideraba un protegido suyo, Chamberlain finalmente cedió.

Las divisiones *Panzer* alemanas avanzaban rápidamente por los terrenos bajos de Bélgica, Luxemburgo y Holanda y tenían Francia ante sus ojos, cuando el Gabinete de Guerra se reunió por segunda vez a las 11:30 y se enteró de las primeras bajas causadas por el bombardeo de los alemanes sobre la ciudad francesa de Nancy. Pero las informaciones de las que se disponía eran escasas e inseguras. Ironside comunicó al gabinete que se sospechaba que los alemanes planeaban cruzar Luxemburgo y los bosques de las Ardenas para llegar a la línea defensiva belga situada en el río Mosa, al tiempo que avanzaban por el interior de Bélgica en dirección a las fuerzas aliadas situadas a lo largo del canal Alberto.<sup>11</sup> En realidad los alemanes habían progresado ya más de lo que los aliados se imaginaban, pero, como explica Philip Warner en su libro *The Battle of France*, el carácter neutral de

Bélgica significaba que sus tropas estuvieran poco preparadas y mal adiestradas para hacer frente a una invasión «a lo largo del Mosa [y] se vieron sorprendidas por la llegada de los planeadores alemanes, a los que en un primer momento tomaron por aviones que tenían dificultades para volar; su primera reacción fue ayudar a los que pensaron que eran aviadores en apuros». <sup>12</sup>

A las 13:00 tuvo lugar en el Almirantazgo una segunda reunión del Comité de Defensa con el fin de discutir la estrategia de bombardeo consistente en fijar como objetivos «ciudades abiertas en Bélgica», <sup>13</sup> ocupando una vez más Churchill «el sillón» de la presidencia. En respuesta a la petición de ayuda presentada por los belgas a los aliados, el general sir Hastings Ismay, firme aliado de Churchill, recordó que cuando en noviembre de 1939 se había reunido el Consejo Supremo de Guerra, se había decidido que «en caso de una violación del territorio belga por parte de los alemanes, se ponga automáticamente en marcha el plan llamado Plan D. Eso significaba que, sin aguardar nuevas órdenes, la Fuerza Expedicionaria Británica [compuesta por los más de 394.000 soldados del ejército británico desplegados en Francia tras el estallido de la guerra en septiembre de 1939] debía ponerse inmediatamente en marcha y entrara a toda velocidad en Bélgica». <sup>14</sup> Ahora había llegado ese momento, y las actas de la reunión reseñan «que si las pruebas acumuladas llegaban a demostrar que los alemanes se habían “quitado los guantes e iban a por todas”, el gobierno británico se inclinaba por comenzar los ataques [de bombardeo] esta misma noche contra refinerías de petróleo y áreas de maniobras de las estaciones alemanas». <sup>15</sup>

La jornada maratónica de Churchill continuó y tras un breve almuerzo con su fiel amigo lord Beaverbrook, se dirigió de nuevo al n.º 10 de Downing Street para asistir a una tercera reunión del Gabinete de Guerra convocada para las 16:30. En ella se presentó un informe del Subcomité de Inteligencia Conjunta en el que se detallaban los objetivos de los recientes bombardeos alemanes sobre Holanda, Bélgica, Francia y Suiza, así como cinco localidades de Kent (las primeras bombas alemanas sobre Inglaterra habían sido lanzadas en octubre de 1939 en la costa este). Continuó la discusión mantenida durante la reunión anterior acerca de los ataques de represalia

contra objetivos alemanes. Vemos aquí cómo Winston prestaba atención a los detalles más microscópicos, así como a las opiniones de los hombres de confianza y experimentados que estaban sentados a la mesa del Gabinete de Guerra. El mariscal jefe del aire, sir Cyril Newall, estaba a favor de llevar a cabo algún acto inmediato de represalia, pues «el efecto psicológico de un golpe inmediato infligido en el punto más vulnerable del enemigo sería enorme en todo el mundo»; contaba con el apoyo del secretario de Estado del Aire, sir Samuel Hoare, quien afirmó: «Si no golpeamos a Alemania con contundencia y de manera inmediata, la opinión pública mundial sería muy crítica con nosotros. Ha habido gran número de ejemplos en la historia de cómo el aplazamiento de una decisión ha dado lugar a que acabara por no tomarse ninguna». Pese a la contundencia de los planteamientos expuestos por la Fuerza Aérea, Ironside estaba en contra, citando la opinión de lord Gort, comandante en jefe de la FEB [Fuerza Expedicionaria Británica], según el cual semejante ataque «no tendría ningún efecto sobre la batalla terrestre». El comentario de Hoare acerca de los «ejemplos en la historia» debió de sonar en los oídos de Churchill como las campanas del Big Ben, pues él más que nadie sabía la calamidad que podía derivarse de una acción militar impetuosa, de modo que votó a favor de un aplazamiento de veinticuatro horas. Las actas de la reunión afirman que Chamberlain, «tras escuchar los argumentos de unos y otros ... se mostró a favor de posponer el ataque ... en cualquier caso veinticuatro horas».<sup>16</sup>

Cuando la reunión estaba a punto de acabar, el primer ministro anunció que en aquellos momentos había recibido una respuesta del partido laborista sobre la cuestión del gobierno de concentración nacional. Su declaración decía lo siguiente: «El partido laborista está dispuesto a asumir con todas las consecuencias su parte de responsabilidad como socio de un nuevo gobierno presidido por un nuevo primer ministro, que cuente con la confianza de la nación».<sup>17</sup> Chamberlain confirmó que «a la luz de esta respuesta, había llegado a la conclusión de que lo correcto era que presentara inmediatamente su dimisión al rey. Propuso hacerlo esa misma noche».<sup>18</sup> Pero a pesar de todo lo que había sucedido aquel día, no fue capaz de admitir ante los diecinueve hombres reunidos alrededor de la mesa que tomara ya las riendas de los acontecimientos la persona que él no quería que asumiera el poder.

Tras el aplazamiento de la reunión, los miembros del Gabinete de Guerra volvieron a sus respectivos despachos mientras la noticia de la decisión adoptada por los laboristas corría entre los miembros del partido *tory*. Un *whip* del grupo parlamentario conservador hizo un último intento a la desesperada por convencer a Halifax de que reconsiderara su postura, pero cuando llegó al Foreign Office descubrió que Halifax se había ausentado para ir al dentista. Andrew Roberts afirma en su biografía de Halifax que «aunque [este] tuvo que ir al dentista dos veces en dos meses a finales de 1939, difícilmente se habría ausentado del Foreign Office de haber estado dispuesto a ceder ante aquellos esfuerzos de última hora». <sup>19</sup>

Chamberlain se dirigió al palacio de Buckingham poco después de que terminara la reunión del Gabinete de Guerra. Se entrevistó con el rey Jorge VI para entregarle oficialmente el sello de su cargo y aconsejarle a quién debía mandar llamar para que ocupara su puesto. El nombre que pronunció no fue el que su majestad había esperado oír. El rey, según atestigua su diario, le dijo que

... cuán grosera e injustamente pensaba que había sido tratado [Chamberlain], [y añadió] que sentía muchísimo que se hubiera producido esta controversia. Luego mantuvimos una charla informal acerca de su sucesor. Yo, naturalmente, sugerí a Halifax, pero él me dijo que H no estaba muy entusiasmado con la idea pues, al estar en la Cámara de los Lores, solo podría actuar como una sombra o un fantasma en la de los Comunes, donde tenía lugar todo el trabajo de verdad. Me sentí muy decepcionado por sus palabras, pues pensé que H era el hombre a todas luces más adecuado, y que el hecho de que fuera par del reino podía dejarse en suspenso de momento. Entonces supe que solo había una persona a la que pudiera yo mandar llamar para formar un gobierno que contara con la confianza del país, y que esa persona era Winston. Pedí consejo a Chamberlain, y me dijo que Winston era el hombre al que debía mandar llamar. <sup>20</sup>

¿El rey proponiendo dejar temporalmente en suspenso la condición de par del reino para que Halifax pudiera ser primer ministro? Desde el punto de vista constitucional se trataba de una forma extraordinaria de conseguir que ocupara el cargo el hombre que él quería. El personal de Chamberlain en el n.º 10 de Downing Street, que no tardaría en ser heredado por Churchill, se

sintió tan desconcertado como su majestad ante las implicaciones de los sucesos que estaban desarrollándose en palacio. Jock Colville, el jefe de gabinete de Chamberlain, escribió en su diario:

Es un riesgo terrible; implica el peligro de hazañas temerarias y espectaculares, y no puedo por menos que temer que este país se vea abocado a la posición más peligrosa en la que se ha encontrado nunca ... No hay nada que pueda detenerlo [a Churchill] e impedir que se salga con la suya —debido a sus capacidades para el chantaje—, a menos que el rey haga pleno uso de su prerrogativa y mande llamar a otro hombre; por desgracia solo hay otro, Halifax, que no se deja convencer de ninguna manera.

Aquí todo el mundo está desesperado ante la perspectiva.<sup>21</sup>

El peso de aquellas opiniones tuvo que ser motivo de verdadera angustia para Churchill. Por mucha seguridad en sí mismo que tuviera, no podría dejar de sentir profundamente las dudas de los demás. ¿Podría librarse alguna vez de sus fracasos pasados, de la pérdida de vidas humanas de la que lo culpaba la gente, y conseguir la gloria que siempre se le había escapado? Quitémosle todas sus bravuconadas y nos quedaremos con un hombre casi anciano, con una carrera ya plenamente desarrollada a sus espaldas, al que ahora le ofrecían una última oportunidad de conseguir el éxito donde anteriormente había fracasado.

Fue en ese momento, caminando de vuelta al palacio del Almirantazgo desde Downing Street, cuando la necesidad que tenía Churchill del apoyo y el consuelo de Clemmie se hizo irresistible. Su hija Mary recuerda: «Durante aquellos días de tensión y angustia, Clementine se hallaba fuera de Londres [para asistir a un funeral]. Resultó angustioso para ella no estar al lado de Winston durante aquellos días; y él, dándose cuenta de que los acontecimientos se acercaban a su punto culminante, la llamó por teléfono, pidiéndole que volviera lo antes posible».<sup>22</sup> Clemmie llegó justamente antes de que su marido saliera del Almirantazgo para ir a palacio, a tiempo de reforzar su convencimiento de que era el único hombre que podía asumir el cargo de primer ministro.

El 10 de mayo de 1940, poco antes de las 18:00, cuando Winston iba en coche por el Mall, pensó que «el público no había tenido tiempo de asimilar lo que estaba sucediendo tanto en el extranjero como en el propio país, y no

había ninguna multitud a las puertas de palacio». <sup>23</sup> Pero el nerviosismo cada vez mayor que sentía por asumir el cargo con el que había soñado durante tanto tiempo hizo que adoptara una actitud hasta cierto punto insolente cuando se encontró con el rey. Según él mismo recuerda,

... Su Majestad me recibió con suma amabilidad y me invitó a sentarme. Me dirigió una mirada inquisitiva y escrutadora durante unos momentos y luego dijo: «Supongo que no sabe usted por qué lo he mandado llamar». Adoptando su misma actitud le respondí: «Señor, sencillamente no puedo ni imaginármelo». Él se echó a reír y replicó: «Deseo pedirle que forme gobierno». Y yo le contesté que por supuesto lo haría. <sup>24</sup>

Fue un comienzo sorprendentemente bueno, considerando las opiniones expresadas en la anterior entrevista del monarca con Chamberlain. Churchill, según reseñó el rey en su diario, estaba «lleno de ardor y determinación de llevar a cabo las obligaciones de un primer ministro». <sup>25</sup> Ardor era lo que más necesitaba, dada la magnitud de la tarea que tenía ante sí; y era una tarea en la que no podía fracasar.

Cuando Churchill salió por primera vez de su automóvil como primer ministro de Gran Bretaña se dirigió al policía que hacía para él las veces de guardaespaldas, el inspector detective W. H. Thompson, y dijo: «Solo Dios sabe lo grande que es [la tarea que me aguarda]. Lo único que espero es que no sea demasiado tarde. Mucho me temo que lo sea. No podemos hacer más que lo que esté en nuestra mano». Las lágrimas afloraron a sus ojos. Cuando se dio la vuelta, musitó algo para sí mismo. Luego recompuso el gesto y poniendo cara de determinación, dominando sus emociones, empezó a subir las escaleras y a planear cuál sería su Gabinete de Guerra. <sup>26</sup>

Realmente Winston llevaba la política en la sangre. Incluso después de todo lo que había pasado durante los últimos tres días, sabía que sin el apoyo del partido conservador su mandato como primer ministro sería muy breve. Su poder se basaba en unos apoyos muy frágiles. El ambiente reinante en la Cámara había visto a muchos *tories* ponerse en pie y gritar pidiendo la destitución de Chamberlain, pero eso no significaba que les gustara la

alternativa. Se decía que el subsecretario de Estado de Asuntos Exteriores, R. A. Butler «Rab», había comentado: «Este golpe repentino de Winston y su chusma fue un grave desastre, además de innecesario. [Los dirigentes conservadores] se habían rendido cobardemente ante un medio americano».<sup>27</sup>

Quizá estuviera pensando en todo esto cuando Winston se sentó en su escritorio en el palacio del Almirantazgo para escribir la siguiente carta a Chamberlain.

*Querido Neville,*

*Lo primero que hago al volver de palacio es escribirte para decirte lo agradecido que te estoy por prometer que estarías a mi lado y que ayudarías al país en este momento tan extremadamente grave y terrible. No me hago ilusiones respecto a lo que me espera, ni sobre el largo y peligroso desfiladero que tendremos que atravesar durante muchos meses. Con tu ayuda y tus consejos y con el apoyo del gran partido del que eres líder, confío en salir airoso. El ejemplo que has puesto de dignidad magnánima y de espíritu público guiará los actos de muchos y servirá de inspiración a todos.*

*En estos ocho meses que hemos trabajado juntos tengo el orgullo de haberme ganado tu amistad y tu confianza en una medida cada vez mayor. En buena parte estoy en tus manos, y eso es algo que no me da miedo. Por lo demás tengo fe en nuestra causa y estoy seguro de que la humanidad no tolerará que fracase.*

*Volveré a escribirte esta noche tras entrevistarme con los líderes laboristas. Estoy encantado de que te dirijas por radio a nuestro angustiado pueblo.*

*Créeme,*

*Siempre tuyo*

*Winston S. Churchill* <sup>28</sup>

¡Menuda carta dirigida al hombre que había hecho todo lo posible para impedirle llegar a primer ministro! Podría ser calificada de muchas maneras: franca, estratégica, obsequiosa, pragmática, condescendiente, etc. Pero fueran cuales fueran las intenciones de Winston, sobretodo era lo más inteligente que podía hacer en aquellos momentos. Aunque Chamberlain la encontrara exasperante, difícilmente podría criticar semejantes ofrecimientos. También lord Halifax recibió una carta más o menos de las mismas características. Sin embargo, los ecos de la suya resuenan mucho más debido al fatídico comentario que incluía Churchill en ella: «Me causa muchísimo placer pensar que vamos a combatir juntos en todo esto hasta el final. Estoy seguro de que

tu forma de gestionar los asuntos exteriores es un elemento esencial de nuestra fuerza en la guerra. Te estoy muy agradecido por estar dispuesto a continuar tu trabajo en este gran puesto del que eres a un tiempo esclavo y dueño y señor...»<sup>29</sup> En el plazo de unas pocas semanas, estas palabras volverían a resonar obsesivamente en los oídos de Churchill cuando los dos hombres chocaran de manera irreconciliable por la cuestión más importante en la vida de ambos: la paz con Hitler.

Mientras tanto, Churchill sabía que necesitaba a aquellos dos hombres en su Gabinete de Guerra, manteniendo a sus amigos cerca y a sus enemigos todavía más cerca. Si alguno de ellos dimitía, no le cabía duda de que su gesto desencadenaría un motín general que pondría fin a su mandato cuando apenas había dado comienzo. Chamberlain presidiría la Cámara de los Comunes como lord presidente del Consejo, y lord Halifax seguiría como secretario del Foreign Office. Para completar la alineación, invitó a Clement Attlee y a Arthur Greenwood —ambos dirigentes del partido laborista— a formar parte del gobierno, el primero como lord del Sello Privado y el segundo como ministro sin cartera. Al hacerlo, esperaba poder equilibrar la oposición que esperaba encontrar en Chamberlain y Halifax. En *Cómo se fragó la tormenta* Churchill cuenta que «conocía a Greenwood y a Attlee desde hacía mucho tiempo a través de nuestras actividades en la Cámara de los Comunes. Durante los once años previos al estallido de la guerra, en la posición más o menos independiente que yo ocupaba, había chocado mucho más a menudo con los gobiernos conservadores y de concentración nacional que con los miembros de la oposición laborista y liberal».<sup>30</sup>

Parece que sus pensamientos en esta coyuntura se centraron en gran medida en la oposición que habría encontrado y en la dirección por la que esa oposición habría venido. Como sabemos por sus tiempos como primer lord del Almirantazgo, Churchill no fue nunca capaz de hacer simplemente el trabajo que se le había asignado, para mayor escándalo de los que lo rodeaban. Ahora decidió resolver desde el principio el problema causado por el hecho de meterse sin que nadie lo invitara en el terreno de otros, y se nombró «ministro de Defensa, sin tratar de definir siquiera el alcance y los poderes» de semejante cargo.<sup>31</sup> Con esta idea en mente hizo otros nombramientos clave: su aliado más estrecho, Anthony Eden, sería secretario

de Estado de Guerra, el diputado laborista A. V. Alexander sería primer lord del Almirantazgo, y el líder del partido liberal, sir Archibald Sinclair, sería secretario de Estado del Aire.

Una vez completado así su Gabinete de Guerra, Churchill pudo al fin hacer una pausa para leer los montones de cartas y telegramas que habían llegado a su despacho, felicitándolo por su nombramiento. A las 21:00 dirigió su atención a la radio, por la que Neville Chamberlain empezó a hablar a la nación por última vez:

Esta mañana a primera hora, sin advertencia o excusa alguna, Hitler añadió uno más a la lista de horribles crímenes que ya ensucian su nombre con un ataque repentino contra Holanda, Bélgica y Luxemburgo. En toda la historia ningún otro hombre ha sido responsable de una suma tan abyecta de sufrimiento y miseria humana como él. Ha escogido el momento en el que probablemente creyó que este país se hallaba atenazado por una dolorosa crisis política y que iba a encontrarlo dividido. Si ha contado con la posibilidad de que nuestras divisiones internas fueran a servirle de ayuda, se ha equivocado al juzgar la mentalidad de este pueblo...

Ahora, como este es el último mensaje que les dirijo desde el número 10 de Downing Street, hay una o dos cosas que me gustaría decirles. Durante el período — casi exactamente tres años—, en que he sido primer ministro, he tenido que soportar una pesada carga de angustia y responsabilidad. Mientras creí que había alguna probabilidad de conservar una paz honorable, me esforcé por aprovecharla. Cuando se esfumó la última esperanza y ya no fue posible evitar la guerra, me esforcé con el mismo ahínco por librarla con todas mis fuerzas. Quizá recuerden ustedes que en mi alocución radiofónica del 3 de septiembre del año pasado, les dije que tendríamos que luchar contra cosas muy malas. Mis palabras han resultado insuficientes para describir la vileza de los que ahora se lo han jugado todo en la gran batalla que acaba de comenzar. Acaso suponga al menos cierto alivio saber que esa batalla, aunque quizá dure días o incluso semanas, ha puesto fin al período de espera y de incertidumbre. Pues ha llegado la hora en la que nosotros seremos puestos a prueba, mientras que la población inocente de Holanda, Bélgica y Francia lo está siendo ya. Y ustedes y yo debemos unirnos y ponernos detrás de nuestro nuevo máximo dirigente, y con nuestra fuerza conjunta y nuestro valor inquebrantable, deberemos combatir y trabajar hasta que la fiera salvaje que ha salido de su guarida y ha saltado sobre nosotros sea finalmente desarmada y abatida.<sup>32</sup>

Fue un discurso solemne y emocionado, que atrajo los elogios incluso de los críticos de Chamberlain. La alocución tuvo una duración de poco más de cinco minutos, y cuando acabó Winston volvió a ponerse a trabajar otras seis horas. En *Cómo se fraguó la tormenta* escribiría luego sobre aquella jornada monumental las siguientes palabras:

En aquellos días ajetreados de la crisis política, mi pulso no se había acelerado en ningún momento. Lo asumí todo tal como fue llegando. Pero no ocultaré al lector de este verídico relato que, cuando me acosté alrededor de las tres de la madrugada, noté una profunda sensación de alivio. Por fin tenía autoridad para dar órdenes en todo el escenario. Me dio la sensación de ir caminando de la mano del destino, y de que toda mi vida pasada no había sido más que una preparación para este momento y para esta gran prueba. Los diez años de travesía del desierto político me habían liberado de los habituales antagonismos de partido. Mis advertencias de los últimos seis años habían sido tantas y tan detalladas, y resultaban ahora tan terriblemente justificadas, que a nadie se le ocurriría contradecirme. No podría reprochárseme haber desencadenado la guerra, o no estar preparado para ella. Pensé que sabía mucho acerca de todo aquel asunto, y estaba seguro de no fracasar. Por lo tanto, y aunque deseando con impaciencia que llegara la mañana, me dormí apaciblemente y no me hicieron falta sueños alentadores. Los hechos reales valen más que los sueños.<sup>33</sup>

Al otro lado de la ciudad, en su lujosa suite del Hotel Dorchester, Edward Wood, más conocido como lord Halifax, meditaba sobre su futuro inmediato. Durante los últimos días había perdido la ocasión de hacerse con un poder inmenso —sus ambiciones de ocupar el cargo de primer ministro tendrían que esperar—, pero no había abandonado el principio que había definido toda su vida, a saber: que todo problema tenía una solución razonable y que lo último que había que malgastar era la sangre de las personas. ¡Qué preocupado debía de estar al pensar que el hombre al que había permitido llegar al poder en su lugar representaba, en casi todos los sentidos, la antítesis de su idea de liderazgo!

## Halifax: el zorro sagrado\*

Cuando Halifax rechazó el puesto de primer ministro el 10 de mayo de 1940, sir Henry «Chips» Channon, un americano amigo suyo sumamente perspicaz que había establecido su nido entre los miembros de la alta sociedad inglesa, anotó en su diario: «No entiendo por qué, pues no ha habido nunca hombre más ambicioso que él, ni que, en cierto modo, tenga un sentido más elevado del deber y más apego al principio de “*noblesse oblige*”».1

Pues bien, ¿quién era aquel hombre al que todo el mundo quería como máximo dirigente, pero que, en un momento trascendental, dio la espalda a una responsabilidad tan grande?

Con sus casi dos metros de estatura, su piel pálida y sus ojos hundidos, Halifax tenía una figura imponente, diríase cadavérica. Además, por un defecto congénito le faltaba la mano izquierda y tenía el brazo izquierdo atrofiado, carencia que disimulaba con una prótesis en forma de puño cerrado cubierta con un guante de piel negra. A pesar de esa minusvalía, Halifax era un jinete consumado y un fanático de la caza del zorro. En el fondo era la quintaesencia del aristócrata inglés. Su nombre era Edward Frederick Lindley Wood y había nacido el 16 de abril de 1881, cuarto hijo varón de Charles Wood, segundo vizconde de Halifax. Su infancia, que había transcurrido en Yorkshire, se vio empañada por la trágica muerte prematura de sus tres hermanos mayores antes de que él cumpliera los diez años, quedando así como presunto heredero del título de par del reino como lord Halifax.

Los Wood eran una familia profundamente piadosa, perteneciente a la Iglesia anglicana, en su modalidad alta.\* Halifax siguió la senda tradicional pasando por el colegio de Eton y la universidad de Oxford y, una vez graduado, tomó la decisión de entrar en la política en 1909. Tras heredar

varias propiedades en Londres y dos grandes fincas en Yorkshire, era el candidato más natural para engrosar las filas de los conservadores. Ese mismo año se casó con lady Dorothy Onslow, calificada como «modelo de mujeres», famosa por su encanto, su amabilidad, su compasión y gentileza.<sup>2</sup> La pareja formó una familia y en 1910 Halifax obtuvo un escaño por Ripon, en North Yorkshire.

Cuando estalló la primera guerra mundial, Halifax se unió al Regimiento de Dragones de la Reina, en Yorkshire y prestó servicio en Flandes. El infierno en vida que supuso la experiencia de Flandes, la sangrienta pérdida de numerosos amigos, y el espeso manto de muerte de la guerra obsesionarían a Halifax durante el resto de su vida y determinarían su política.

Cuando acabó la guerra fue uno de los 202 diputados conservadores que firmaron un telegrama dirigido al primer ministro, David Lloyd George, que se hallaba en Francia para asistir a la conferencia de paz de París, exhortándolo a no flaquear en la exigencia de poner unas condiciones estrictas a las indemnizaciones y reparaciones de guerra exigidas a Alemania.

En abril de 1921 Halifax tuvo su primer encontronazo político con Winston Churchill, a la sazón secretario de Estado para las Colonias. Miembro por entonces del partido liberal en el gobierno de coalición, a Churchill no le gustó la propuesta que le hicieron de nombrar a Halifax subsecretario de Estado para las Colonias y de ese modo, durante dos semanas, se resistió incluso a entrevistarse con él. Habitualmente circunspecto, Halifax se sintió indignado ante semejante trato, y entró de forma intempestiva en el despacho de Churchill para decirle: «No tengo el menor deseo de ser subsecretario suyo, ni de ocupar ningún otro cargo. Estoy dispuesto a presentar mi dimisión y a dejar el puesto mañana mismo, pero, mientras siga aquí, espero ser tratado como un caballero».<sup>3</sup> Era descrito por muchos como un hombre «altivo, serio, entregado, astuto... rasgos todos que confluían en la caracterización que hacía de él Churchill como “zorro sagrado”».<sup>4</sup> A pesar de estos comienzos difíciles, los dos políticos lograron zanjar sus diferencias de momento y Halifax asumió su primer cargo ministerial, aunque fuera en cierto modo de segunda fila.

Hasta 1926 no obtendría un puesto realmente importante que le acarrearía el respeto y la consideración de sus colegas. Fue nombrado entonces virrey de la India, siguiendo las huellas de su abuelo, el primer vizconde de Halifax, que fue secretario de Estado para la India de 1859 a 1866, y también las de lord Randolph Churchill, el padre de Winston. Asumió el cargo en 1926 y al mismo tiempo fue nombrado barón Irwin. Este nuevo título le permitió acceder a la Cámara de los Lores, para lo cual renunció a su escaño de diputado.

La India definió el carácter de Halifax. Durante sus cinco años como virrey sostuvo la idea de la concesión de una autonomía al país, gobernado hasta entonces en su totalidad por Gran Bretaña, defendiendo que debía gozar plenamente del «estatus de dominio» del que gozaban Australia y Nueva Zelanda. Al acercarse posturas con el líder pacifista indio Mahatma Gandhi, Halifax se enemistó con casi todos los grandes nombres de su partido, entre otros con Winston Churchill, para quien estaba claro que Halifax estaba dispuesto a anteponer la India a la lealtad al partido conservador. Pero el plan de Halifax, cuya finalidad era beneficiar la causa de la India, fracasó de forma estrepitosa cuando las conversaciones con los principales políticos indios acerca de su propuesta se interrumpieron y una vez más estallaron choques de carácter violento.

Cuando la desobediencia civil llegó a su punto culminante, los conservadores pensaron que la manera de abordar la cuestión india defendida por Halifax era demasiado débil y el líder del partido, Stanley Baldwin, recibió de Churchill la siguiente advertencia: no debía permitir que su amistad con Halifax «afectara a su juicio» sobre la situación.<sup>5</sup> Sin dejarse amilanar, el 31 de marzo de 1931, en su último acto como virrey, Halifax aprobó y firmó el pacto Gandhi-Irwin. El acuerdo puso fin al período de disturbios populares, permitió la liberación de numerosos manifestantes que habían sido encarcelados y allanó la senda para la convocatoria a finales de ese mismo año de la primera de las tres conferencias de la Mesa Redonda celebradas en Londres con el fin de estudiar la reforma constitucional de la India, pero hizo de él un personaje sumamente impopular para las facciones imperialistas de Gran Bretaña, y en particular para Churchill, que puso verde a su colega por el «catálogo de errores y desastres» cometidos durante su

etapa como virrey de la India.<sup>6</sup> Esta diferencia de opinión llevó a Churchill a romper enfurecido con el partido conservador y a iniciar sus años de travesía del desierto político.

Cuando regresó a Inglaterra en 1931, Halifax reanudó la vida que solía llevar antaño en el campo. Sus intereses giraban principalmente en torno a la caza del zorro, la Iglesia y la política. En diciembre de ese mismo año pronunció el discurso de ingreso en la Cámara de los Lores. Se dijo que «se había comportado como un alto miembro del gobierno, aunque estrictamente hablando no lo fuera».<sup>7</sup>

Cuando murió su padre en enero de 1934, lord Irwin se convirtió en vizconde de Halifax. A este ascenso personal siguió un año más tarde otro de índole profesional: se convirtió en secretario de Estado para la Guerra a las órdenes de su viejo amigo Stanley Baldwin, que recientemente había vuelto a ocupar el puesto de primer ministro tras la dimisión de Ramsay MacDonald debido a su mala salud. Al cabo únicamente de cinco meses, Halifax fue ascendido de nuevo a lord del Sello Privado\* y presidente de la Cámara de los Lores tras la victoria de los conservadores en las elecciones generales de noviembre de 1935.

Para entonces *Herr* Hitler llevaba ya dos años como canciller. ¿Pero cuál era la actitud de Halifax respecto al líder alemán?

Durante todo este tiempo, Anthony Eden, el nuevo secretario del Foreign Office británico, había venido avisando de las posibles implicaciones del rearme de Alemania. Halifax, que en 1918 había apoyado la imposición de duras sanciones a los alemanes, expresaba por aquel entonces —después de su estancia en la India— cierta compasión por Alemania en lo tocante a las sanciones impuestas por los tratados de Versalles y Locarno. Justo cuando Gran Bretaña sufría la crisis de la abdicación de 1936, a raíz de la renuncia al trono del rey Eduardo VIII, los tanques de Hitler entraban en la zona desmilitarizada de Renania, en flagrante violación de los tratados de Locarno y Versalles.

Pese a sus primeros temores respecto a Hitler, Eden compartió al principio la opinión de Halifax de que la ocupación de Renania podía resolverse por medio de la negociación y las conversaciones, pero cuando los dos políticos asistieron en París a una reunión con otros gobiernos firmantes

del tratado de Locarno celebrada el 10 de marzo de 1936, quedaron sorprendidos, en palabras de Eden, al ver que «nuestra política de condena de los actos de Alemania y el ulterior desarrollo de una política constructiva con el fin de restablecer el acuerdo europeo no tenía posibilidades de ser aceptada».<sup>8</sup> Es aquí donde vemos por primera vez a Halifax consolidando en su cabeza la doctrina de un «acuerdo europeo»: una idea que lo acompañaría durante todos los fracasos de la política de apaciguamiento e incluso después del estallido de la guerra, y que volvería a surgir de manera espectacular en las reuniones del Gabinete de Guerra de mayo de 1940.

El gobierno británico hizo caso omiso de los signos de advertencia lanzados por el rearme alemán y continuó con su política de negociaciones, aceptando la ocupación de Renania como un hecho consumado por el que no valía la pena embarcarse en una guerra. Cuando Hitler comprendió que no iba a encontrar oposición alguna a su violación de los acuerdos de Locarno, sus planes de recuperación de los antiguos territorios alemanes perdidos al término de la primera guerra mundial empezaron a progresar en serio.

En Gran Bretaña, la Unión Soviética era vista como la amenaza más grave con diferencia. Y lo que es más importante, había un poderoso sentimiento pro-alemán en amplios sectores de la aristocracia inglesa, incluido el monarca recién abdicado, posteriormente nombrado duque de Windsor, que se reuniría con Hitler menos de un año después de su renuncia al trono. El interés que tenía Alemania por la recuperación de los territorios habitados por una población de lengua alemana no ocupaba un lugar destacado en la agenda del gobierno británico, y muchos creyeron que las intenciones de Hitler eran honorables cuando ofreció a Francia un pacto de no agresión en un intento de aplacar los temores de este país. En una reunión del Gabinete en enero de 1937, aparece citado Halifax, quien dijo que le gustaría «mejorar nuestros contactos con Alemania» y que «pensaba que los alemanes tienen cierta justificación para estar resentidos por la simpatía mostrada hacia Francia en este país y por las críticas vertidas contra Alemania».<sup>9</sup>

Cuando Stanley Baldwin se retiró en mayo de 1937, su sucesor, Neville Chamberlain, que llevaba largo tiempo esperando entre bastidores, empezó a llevar a cabo abiertamente una política de apaciguamiento en su afán de evitar una segunda guerra mundial. Halifax, en particular, había desarrollado una buena relación con Chamberlain, de modo que no tardó en ser ascendido a lord presidente del Consejo, y pronto pudo comprobarse que se había convertido en su favorito.\*

Cuando la extraordinaria invitación que recibió Halifax para asistir a unas jornadas de caza del zorro en Alemania en noviembre de 1937, organizadas por el fundador de la Gestapo, Hermann Göring, fue ampliada para dar cabida a una entrevista con Hitler, su posición se hizo muy difícil, al situarlo en medio de las políticas enfrentadas del primer ministro y del secretario del Foreign Office. La opinión de Chamberlain de que la entrevista no era más que un acto informal de cortesía con el que se pretendía poner fin a la visita de Halifax no hizo más que convertir en verdaderos temores las sospechas del Foreign Office de que alguien situado en el bando de los partidarios del apaciguamiento estaba siendo autorizado subrepticamente por el primer ministro para que asistiera a una entrevista en la que podían ser discutidos diversos asuntos de política exterior. Pese a las objeciones puestas por Eden, Halifax recibió permiso para asistir a la reunión, pero se le avisó de que «se limitara a hacer comentarios de advertencia sobre Austria y Checoslovaquia», los dos países a los que a todas luces se dirigían las ambiciones de Hitler.<sup>10</sup> Sin embargo, Eden quedó horrorizado al leer en un memorándum enviado por Halifax a la Secretaría del Foreign inmediatamente después de su regreso, que *de hecho había* discutido «posibles alteraciones al orden europeo que quizá estuvieran destinadas a realizarse con el paso del tiempo. Entre esas cuestiones estaban Danzig, Austria y Checoslovaquia».<sup>11</sup>

La entrevista con Hitler había empezado casi como una farsa. Tras confundir inicialmente al Führer con un lacayo y darle el abrigo para que se lo guardara, Halifax no tardó en dejarse convencer, «tanto personal como políticamente». En una carta a su mentor, Stanley Baldwin, a su regreso a Inglaterra, Halifax afirmaba que «el nacionalismo y el racialismo son una fuerza muy poderosa, pero no puedo pensar que sean algo antinatural o

inmoral ... ¡No me cabe la menor duda de que estos sujetos odian realmente el comunismo, etc.! ¡Y me atrevo a decir que si estuviéramos en su lugar pensaríamos lo mismo que ellos!». <sup>12</sup>

Palabras sorprendentes dichas acerca de un hombre que, una vez elegido en 1933, no tardó en imponer el boicot nacional a las empresas judías, en quitar la ciudadanía a los judíos naturalizados alemanes, y en declarar ilegales los matrimonios mixtos. Pero la carta dirigida a Baldwin era suave comparada con la actuación adulatoria llevada a cabo personalmente por Halifax ante Hitler. Se oyó una sola frase de vaga desaprobación cuando el subsecretario del Foreign dijo que «había muchas cosas en el sistema nazi que ofendían a la opinión pública británica (el trato dispensado a la Iglesia; quizá en menor medida, el trato dispensado a los judíos; o el trato dispensado a los sindicatos)», pero el resto de la entrevista, de tres horas de duración, estuvo lleno únicamente de cumplidos hacia Hitler por, en palabras textuales de Halifax, «realizar grandes servicios a Alemania», explicándole que «si la opinión pública de Inglaterra adoptaba una actitud de crítica ... se debía sin duda en parte a que el pueblo de Inglaterra no estaba plenamente informado» de los portentosos cambios que había traído para su país el Führer. <sup>13</sup>

Si bien es evidente que la intención de Halifax era evitar todos los temas que pudieran dar lugar a conflictos, su insistencia en entablar unas conversaciones sobre cuestiones de diplomacia que su superior, el secretario del Foreign Office, le había advertido estrictamente que no abordara, unida a los efusivos elogios que dedicó a Hitler, nos muestra a un hombre que no solo se había metido donde no lo llamaban desde el punto de vista político, sino que además había perdido lamentablemente todo contacto con la realidad de la situación. En su diario escribió que Hitler «me ha sorprendido por ser un hombre muy sincero, y por creer en todo lo que decía». <sup>14</sup> Más encantador todavía para Halifax resultó Göring: «Su personalidad, con esa cautela, era francamente atractiva, como un colegial grande ... una personalidad compleja: estrella de cine, gran terrateniente interesado por su hacienda, primer ministro, gestor del partido, guardabosques jefe de Chatsworth». <sup>15</sup> El carácter de «gran terrateniente» de Göring resultaba enternecedor para el

espíritu pastoril de Halifax, obnubilando por completo su cordura e impidiendo que pudiera liberarse de toda la empalagosa retórica teutona vertida en sus oídos aquel día.

Cuando regresó a Londres, ya era demasiado tarde. Halifax había sido embaucado por un portentoso embeleco alemán de relaciones públicas ingeniosamente ideado. El subsecretario de Exteriores comunicó al Gabinete que la guerra era «inconcebible» y que «los alemanes no llevaban a cabo ninguna política que previera meterse de inmediato en ninguna aventura. Estaban demasiado ocupados en levantar su país». <sup>16</sup> En la parte final de su informe, Halifax abordaba un tema que volvería a salir a la superficie en las reuniones más combativas del Gabinete de Guerra celebradas entre el 25 y el 28 de mayo de 1940: el intercambio de territorios coloniales como parte de un «acuerdo general europeo». Pero mucho antes de que tuvieran lugar esas reuniones, aquella idea constituiría el fundamento de la política de apaciguamiento que Halifax y Chamberlain fomentarían a partir de ese momento activamente.

En enero de 1938, Chamberlain hizo pública oficialmente su política de apaciguamiento colonial, y el gobierno empezó a estudiar qué territorios de Europa iba a poder sacarse de la manga para entregárselos a Alemania. Aquella política fue objeto de burla tanto de los políticos como de la prensa, y semejantes críticas públicas provocarían incluso directamente las quejas de Hitler. Sorprendentemente, Halifax salió al paso dispuesto a consolar a Hitler e impidió la retransmisión de varios programas radiofónicos de la BBC en los que debían intervenir destacados detractores del apaciguamiento exponiendo su oposición a la cuestión colonial.

Cuando Eden dimitió en febrero de 1938 debido a las políticas de apaciguamiento que favorecían los planes de Hitler sobre Austria y los de Mussolini sobre el Mediterráneo, Chamberlain ofreció el puesto a Halifax.

Apenas dos semanas después, el 11 de marzo de 1938, Hitler se anexionó Austria mediante una operación precipitada que denominó *Anschluss*. Sabiendo perfectamente que iba a producirse dicha anexión, Halifax hizo muy poco por intervenir hasta que ya era demasiado tarde y las tropas

alemanas habían entrado en Viena. El embajador germano en Londres, Joachim von Ribbentrop, llegaría luego a culpar enteramente a Halifax del *Anschluss*. En las memorias escritas después de la guerra en su celda durante los juicios de Núremberg, Ribbentrop alude a un comentario hecho por Halifax en 1937 que, según él, daba luz verde a Hitler para emprender la invasión: «El pueblo británico nunca consentiría ir a la guerra porque dos países germánicos quisieran unirse». <sup>17</sup>

Tras el *Anschluss*, toda la atención se volvió hacia la zona de Checoslovaquia de habla alemana, los Sudetes. ¿Cómo respondería Halifax a las intenciones de Hitler sobre este país?

Por entonces Halifax era descrito como «un hombre de criterio dudoso y opiniones cambiantes», <sup>18</sup> que, juntamente con Chamberlain y una camarilla de defensores del apaciguamiento todos ellos con título nobiliario —sir John Simon, sir Samuel Hoare, sir Kingsley Wood, sir Thomas Inskip, sir Reginald Dorman-Smith, o el conde de Stanhope— creía, como dice el libro de Martin Gilbert *The Roots of Appeasement*, «en la posibilidad de salvar las relaciones anglo-alemanas de la tormenta causada por el rearme, el *Anschluss*, y el antisemitismo, a la que se habían visto arrastradas las relaciones internacionales». <sup>19</sup> Todos ellos llegaron a la conclusión de que era imposible garantizar cualquier tipo de respuesta militar británica en caso de que Alemania empleara la fuerza para anexionarse un territorio habitado por una mayoría de etnia germana.

El verano de 1938 fue testigo de numerosos rumores acerca de la acumulación de tropas alemanas en las fronteras de Checoslovaquia. Cuando Hitler rechazó las posibles soluciones propuestas por británicos y franceses, se convocó una conferencia a celebrar en Múnich en el mes de septiembre. Para entonces Halifax —pese a no haber perdido su fe en la potencial racionalidad de Hitler— pretendía cubrirse las espaldas y por ello adoptó con firmeza una política de rearme rápido de Gran Bretaña. Pero ya era demasiado tarde.

Andrew Roberts, autor de una biografía de Halifax titulada *The Holy Fox*, dice:

[Halifax] cometió el catastrófico error de intentar traducir su experiencia de la India, consistente en negociar con el Congreso [Nacional Indio], en una política que le permitiera abordar los problemas de Europa. No supo apreciar el hecho de que Hitler no creía ni en las negociaciones ni en la no violencia. Todas las opiniones que había sostenido en la India ... [a saber] que el noventa por ciento del problema era psicológico ... que las negociaciones cara a cara surtían efecto; que había que soportar humillaciones a corto plazo con la esperanza de alcanzar un acuerdo general; y que la inevitabilidad de la historia iba en su contra ... funcionaron en el contexto de la India. Cuando Halifax pasó a aplicar precisamente esos mismos criterios a sus negociaciones con la Alemania nazi, todos y cada uno de esos presupuestos se revelaron desastrosos.<sup>20</sup>

Cuando Chamberlain regresó de Múnich el 30 de septiembre, agitando en la mano un frágil papelito blanco y proclamando: «¡Paz para nuestros tiempos!», Halifax fue uno de los muchos que celebraron aquella victoria aparente, pero ninguno de ellos supo reconocer que Hitler se llevaría, como parte del trato, si no toda Checoslovaquia (de momento), al menos los Sudetes.

Y eso es lo que acabó ocurriendo. Alemania invadió los Sudetes el 1 de octubre de 1938, sin disparar un solo tiro.

Los continuos cambios de postura de Halifax sobre la actitud que había que tomar respecto a Hitler nos muestran a un hombre que todavía no sabía dónde se metía en materia de política exterior. El 12 de octubre de 1938, menos de dos semanas después de celebrar el éxito de Múnich, contradujo su propia política en una entrevista con el embajador norteamericano, Joseph Kennedy, que envió a Washington el siguiente informe:

Pasé con Halifax hora y media esta tarde tomando el té delante de su chimenea mientras esbozaba la que creo que será la futura política del gobierno de Su Majestad. En primer lugar, Halifax no cree que Hitler quiera emprender una guerra contra Gran Bretaña y piensa que no tiene ningún sentido que Gran Bretaña emprenda una guerra contra Hitler a menos que se produzca una injerencia directa en los dominios de Inglaterra. El futuro de Inglaterra, tal como él lo ve, está en reforzarse por aire, y «dicho sea de paso, Francia debería hacer lo mismo», para que nadie pueda propasarse con ellos por aire. Y luego, aparte de eso, dejar que Hitler siga adelante y haga lo que le dé la gana en Europa central ... [y al mismo tiempo] fomentar los contactos con los dominios, y mantener relaciones muy amistosas con los Estados Unidos, y luego, por lo que respecta a todo lo demás, Hitler puede sacar todo el provecho que quiera.<sup>21</sup>

Los acontecimientos de la *Kristallnacht* —durante la noche del 9 al 10 de noviembre, cuando se llevaron a cabo en toda Alemania numerosos pogromos antijudíos— obligaron a Halifax a replantearse inmediatamente todas las cosas. Convocó una reunión de emergencia del Comité de Política Exterior y anunció que «los sucesos ocurridos en Alemania durante los últimos días, a raíz de de la secuencia de acontecimientos que han tenido lugar después de lo de Múnich, han hecho que nuestra posición sea muy difícil».<sup>22</sup> Como había comunicado a Joseph Kennedy qué pensaba hacer, impulsó un aumento inmediato de la producción de aviones, y propuso —aunque su sugerencia fue desatendida por Chamberlain y el canciller del Exchequer, sir John Simon— efectuar un reclutamiento general obligatorio.

En la reunión del Gabinete celebrada el 15 de diciembre de 1938, Halifax manifestó su oposición declarada a Alemania y afirmó que el «fin último que esperaba ver cumplido [era] concretamente la destrucción del nazismo. Mientras existiera el nazismo, la paz no estaría segura».<sup>23</sup>

Con la llegada del año nuevo, 1939, los apoyos a la candidatura de Halifax como primer ministro se incrementaron. Chamberlain estaba viejo y cansado, y seguía cometiendo un error tras otro, a cual más embarazoso. Halifax quedó horrorizado cuando, sin comunicárselo primero a su secretario del Foreign Office, el primer ministro celebró una conferencia de prensa en la que anunció que la situación respecto a Alemania era mejor de lo que había sido «durante algún tiempo»,<sup>24</sup> y que los dos países estaban discutiendo la posibilidad de llevar a cabo un desarme. Chamberlain volvió a quedar en ridículo cuando menos de una semana después las tropas alemanas entraron en Praga, y Halifax presionó para que Gran Bretaña garantizara la seguridad de Polonia en caso de que Hitler intentara invadirla. Se trataba de una jugada muy arriesgada, pero hizo que el secretario del Foreign Office pareciera un candidato más fuerte a convertirse en el futuro primer ministro. La invasión de Polonia por los alemanes, acontecida el 1 de septiembre de 1939, situó a Halifax en una posición mucho más delicada cuando hubiera que echar las culpas de la entrada de Inglaterra en la guerra, pero él estaba convencido de que los constantes esfuerzos a favor de la paz demostrados a lo largo de los años anteriores justificarían sus últimas decisiones.

Durante toda su carrera, hasta que se produjeron las crisis de Gabinete de mayo de 1940, Halifax y Churchill habían sido como el agua y el aceite, tanto en el terreno político como en el personal. Las convicciones, ideologías y moral firmemente arraigadas en aquellos dos hombres tan inflexibles eran muy difíciles de superar. Ninguno de los dos perdonaba al otro el hecho de que mantuviera opiniones contrapuestas sobre la autonomía de la India y el apaciguamiento. Pero tenían en común una misma superioridad en su fe en que el suyo era el rumbo correcto que debía seguir Gran Bretaña, en que nadie podía ser más patriota que ellos, y en que la historia les había encomendado —prácticamente a través de las Sagradas Escrituras— proteger a su país en su momento de mayor peligro.

Halifax escribiría posteriormente acerca de Inglaterra en la segunda guerra mundial:

De regreso a casa nos sentamos media hora a tomar el sol en un punto desde el que se veía toda la llanura de York. Todo el panorama del paisaje situado en primer término nos resultaba familiar: sus vistas, sus sonidos, sus olores; prácticamente no había un solo campo que no evocara alguna asociación ya medio olvidada; el pueblecito de tejados rojos y las aldeas vecinas, congregados, como si quisieran hacerle compañía, alrededor de la vieja iglesia de caliza gris, donde hombres y mujeres como nosotros, fallecidos hace mucho tiempo, se habían arrodillado una vez para rendir culto y orar. Aquí en Yorkshire había un auténtico de la Inglaterra inmortal, como los acantilados de Dover, o cualquier otro rincón de nuestro país que hayan amado los ingleses. Entonces surgió la pregunta: ¿Es posible que las botas prusianas logren abrirse paso por la fuerza hasta este país, para hollarlo y pisotearlo a su antojo? La simple idea parecía un insulto y una ofensa; como si a uno lo condenaran a ver cómo violaban a su madre, a su esposa o a su hija.<sup>25</sup>

Estas palabras tan fuertes, tan viscerales, pronunciadas por un hombre a menudo tan frío y poco emotivo, habrían podido ser escritas por Churchill. Los dos amaban a Inglaterra con un fervor profundo y permanente, pero las diferencias entre ambos seguían en pie: Winston creyendo que había que hacer frente a los conflictos de cara con una demostración de fuerza; Halifax, convencido de que si dejaban en paz a los demás —India, Alemania, Italia—, sus ambiciones no tenían por qué perturbar a Inglaterra ni a la causa de la civilización. Lo que Roberts llama el planteamiento *whig* de Halifax

significaba que creía «que había una solución racional para todos los problemas y que todo lo que se necesitaba era encontrar un *modus vivendi* que resultara cómodo para todas las partes... La condición *sine qua non* de semejante visión del mundo era la existencia de bandos nacionales que desearan sinceramente encontrar una solución». <sup>26</sup>

La fe inquebrantable de Halifax en la racionalidad esencial de la gente definiría en los días sucesivos sus actos, sus esperanzas y en último término su legado.

SÁBADO, 11 DE MAYO DE 1940

**CHURCHILL NOMBRA SU GABINETE DE GUERRA**

**LA *BLITZKRIEG* ALEMANA DOBLEGA HOLANDA Y  
BÉLGICA**

**TROPAS ALEMANAS AL ACECHO EN LA FRONTERA DE  
FRANCIA**

## El gran «dictador»

Debido al nerviosismo de la jornada anterior, el nuevo primer ministro de Gran Bretaña no pudo acostarse hasta las tres de la madrugada. Tampoco se recompensó a sí mismo con unos días de descanso antes de zambullirse de lleno en su nuevo papel. Lo primero que hizo aquel sábado después de despertarse fue escribir de nuevo a Neville Chamberlain pidiéndole que «Edward [lord Halifax] y tú vengáis a la sala de guerra del Almirantazgo a las 12:30 para que echemos una ojeada a los mapas y hablemos de todo». Chamberlain accedió añadiendo la siguiente coletilla: «Hasta que hayas cubierto todos los puestos los tres tendremos que asumir la responsabilidad de dirigir la guerra».<sup>1</sup>

El día iba a presentar a Churchill una buena papeleta. Acababan de poner el poder en sus manos, pero ahora se enfrentaba al delicado número de equilibrismo que suponía mantener contentos a los dos bandos que integraban el gobierno de concentración nacional. Por un lado estaban los que de verdad tenían la sartén por el mango, Clement Attlee y Arthur Greenwood, que no solo se habían negado a participar en un gobierno presidido por Neville Chamberlain, sino que además habían dejado bien clarito a Winston que no querían que se le recompensara incluyéndolo en el Gabinete de Guerra o dándole algún cargo ministerial de importancia debido a los incontables fallos que, según ellos, había cometido. Tras escribir sus correspondientes cartas a Chamberlain y a Halifax solicitando su presencia en el Almirantazgo a las 12:30, Winston se reunió a continuación con Attlee y Greenwood para mantener una «larga entrevista» con ellos en un intento de conciliar las decisiones que tenía que tomar de inmediato, esto es, si incluía a Chamberlain y a Halifax en el Gabinete de Guerra y les daba algún alto

cargo. Cuando concluyó la reunión, la pareja de visitantes pensó que habían «zarandeado considerablemente a Winston», de modo que este acordó reservarse para sí mismo el puesto de presidente de la Cámara de los Comunes, y Chamberlain estaría subordinado a él como vicepresidente y lord presidente del Consejo.<sup>2</sup>

Una vez alcanzado aquel primer compromiso, Churchill pasó a celebrar su «reunión de los ministros» con Chamberlain y Halifax en el Almirantazgo. Asistieron también el general de división Hastings «Pug» Ismay, consejero de confianza de Churchill y canal de comunicación entre el primer ministro y las fuerzas armadas, y el secretario del gabinete, sir Edward Bridges, así como los jefes de Estado Mayor: el mariscal jefe del Aire sir Cyril Newall, jefe del Estado Mayor del Aire; el almirante de la flota sir Dudley Pound, primer lord del Mar y Jefe del Estado Mayor de la Armada; el general sir Edmund Ironside, jefe del Estado Mayor General Imperial; y el general sir John Dill, vicejefe del Estado Mayor General Imperial.

Los nueve hombres procedieron a discutir cuestiones tales como la retirada del oro británico depositado en Ámsterdam; las operaciones de colocación de minas que estaban llevándose a cabo en Mannheim; preguntar al rey si deseaba ofrecer refugio al antiguo káiser, que a la sazón residía en los Países Bajos; el envío de más divisiones armadas a Francia; intentar convencer a Suecia de que entrara en la guerra del lado de los aliados; la eventualidad de armar a la policía en previsión de una invasión de Gran Bretaña; y el internamiento de entre 4.000 y 5.000 extranjeros enemigos en campos de concentración en el sudeste y el este del país. Una vez concluidos los asuntos generales relacionados con la guerra, acordaron volver a reunirse a las diez en punto de la noche.

Resulta muy interesante señalar que la versión de la reunión recogida en el diario de lord Halifax afirma que Winston informó a los ministros de que «el partido laborista está intentando dificultar que Neville presida la Cámara de los Comunes».<sup>3</sup> El diputado conservador y prolífico diarista sir Henry «Chips» Channon escribe también lo siguiente:

Alrededor de la una me enteré de que había estado librándose una terrible batalla en el Almirantazgo, donde Winston había convocado a Neville y a Halifax; porque parece que los líderes laboristas ... anunciaron que no solo no participarían en un

gobierno presidido por Chamberlain, sino que tampoco lo harían en uno en el que estuviera él. Winston se hallaba en un auténtico dilema, pues la noche anterior había ofrecido un cargo a Neville que este prácticamente había aceptado, y además lo había anunciado en su discurso. Ahora Winston iba a verse obligado a elegir entre los laboristas y Neville si quería formar gobierno. Sin embargo, después de pasarse todo el día peleándose, logró por fin alcanzar un compromiso de última hora, y se anunciaron los cambios efectuados en el Gabinete.<sup>4</sup>

¿Por qué no fue reseñada esa «terrible batalla» en las actas? Demos paso al secretario del gabinete, sir Edward Bridges. Él fue el principal responsable de que se reseñaran minuciosamente todas las informaciones pertinentes discutidas en las actas de las reuniones del Gabinete de Guerra durante la segunda guerra mundial. En su calidad de funcionario de más alto rango de Gran Bretaña, era sumamente discreto y, según comentaría una de las telefonistas de Churchill, Ruth Ive, «siempre [estuvo] particularmente preocupado por las filtraciones de seguridad y las indiscreciones».<sup>5</sup> Por desgracia, su rigurosa actitud ante lo que podríamos llamar comentarios delicados a menudo explica que reseñe una versión lacónica de lo que sin duda fueron debates caldeadísimos, y en este sentido los diarios personales de los principales actores del drama con frecuencia ofrecen una impresión mejor y más visceral del verdadero lenguaje empleado en las reuniones.

Para que resulte todavía más difícil llevar a cabo una recreación verídica de estas reuniones y de los furibundos cruces de palabras, cuando acabó la guerra Bridges quemó todas las notas que había tomado en ellas y que no había incluido en las actas. Teniendo en cuenta las acaloradas discusiones que estaban por venir, aquellos papeles debieron de ser un material sumamente inflamable.

A medida que avanzaba la tarde del sábado 11 de mayo, en el partido conservador empezó a verse con claridad lo que iba a significar exactamente un gobierno presidido por Churchill, y se intensificaron las especulaciones sobre quién iba a formar parte del nuevo gobierno de concentración nacional. El partido no solo tenía un líder al que pocos querían y en el que pocos confiaban, sino que además la inclusión obligatoria de Attlee y Greenwood en el Gabinete de Guerra polarizaría los ministerios alineados a lo largo de la calle Whitehall. El general Ironside creía que «todos deseamos que la fuerza

de los escaños laboristas nos saque del aprieto»,<sup>6</sup> pero Halifax era justamente de la opinión contraria y dice en su diario que «Attlee y Greenwood ocupan los puestos de Simon, Sam Hoare y Kingsley Wood. Desde luego no vamos a ganar mucho en inteligencia». <sup>7</sup> Chamberlain llegó incluso a escribir a Churchill explicándole que «son las personalidades lo que importa, y aunque Greenwood sea suficientemente amable y agradable en su trato, no creo que pueda aportar mucho más». <sup>8</sup> Apenas había tomado Churchill posesión de su cargo y ya tenía que hacer frente a la oposición y las injerencias de su propio partido.

Inmediatamente volvieron a levantarse sobre el azul del cielo londinense los globos de barrera, signo infausto del peligro que amenazaba a la capital. Mientras tanto, lord Halifax, al que el propio rey había suministrado una llave, fue caminando con su esposa hasta el Foreign Office a través de los jardines del palacio de Buckingham. Como reseña en su diario, se encontraron por el camino «con el rey y la reina».

La reina habló muy duramente acerca de la conducta de la Cámara de los Comunes. El rey me dijo que había esperado que, si Neville C. se iba, hubiera tenido que tratar conmigo, a lo que yo respondí con las correspondientes expresiones de agradecimiento, pero manifestándole también mi esperanza en que considerara prudentes los motivos que yo tenía para pensar de otro modo. En general no lo discutió, aunque claramente recelaba de los métodos administrativos de Winston. <sup>9</sup>

Hablar de recelo de los métodos de Winston era quedarse corto, y cuando los ministros empezaron a tener noticia de cuáles eran los nombramientos que iba a efectuar, pudo oírse por todo Whitehall un gruñido colectivo. La BBC dio la noticia a las nueve de la noche, tras lo cual el ministro de Información, sir John Reith, anotó en su diario: «Anunciado esta noche el Gabinete de Guerra. Churchill será ministro de Defensa además de primer ministro. ¡Que el cielo nos ayude! Los tres departamentos militares quedan a cargo de Sinclair, Eden y Alexander. Esto es así a todas luces para que Churchill pueda no hacerles prácticamente ningún caso y tratar directamente con los jefes de Estado Mayor. Terrible». <sup>10</sup> Quizá no resulte

sorprendente el hecho de que, a la mañana siguiente, sir John Reith recibiera de Churchill una carta disculpándose por haberlo echado... y no haberle avisado previamente de que iba a hacerlo.

Cuando reciba usted esta carta, estará usted informado del cambio que ha tenido lugar en este departamento ... Estoy seguro de que me perdonará por no darle previo aviso del cambio que he considerado necesario hacer. Es una cuestión de extrema importancia nacional que la nueva administración quede formada con la mínima demora posible.<sup>11</sup>

La segunda «reunión de los ministros» del 11 de mayo fue retrasada en el último momento hasta las 22:30, y no acabaría hasta pasada la media noche, cosa que irritó enormemente a Halifax. «Esta vida nocturna no es buena para mí», anotó en su diario.<sup>12</sup> Poco sabían tanto él como los demás ministros que aquel era el método de trabajo de Churchill y que esa sería la forma en que dirigiría la guerra en un futuro previsible. Las reuniones celebradas el domingo 12 de mayo fueron igualmente enojosas. Halifax escribió:

La reunión que Winston había convocado a las 6:30 [de la tarde] fue aplazada hasta las 10:30 [de la noche]; realmente intolerable ... Le diré que si quiere celebrar reuniones a media noche, las haga sin mí. Discusión larga y más bien prolija, que me resultó bastante incómoda por lo que se refiere a los métodos de Winston. En la cama a la una. Estos horarios son malos para cualquiera, y para quienes son peores es para los jefes de Estado Mayor. Estoy intentando organizar con Neville una sublevación al respecto.<sup>13</sup>

Era solo el segundo día y Halifax estaba ya planeando sublevarse junto con Chamberlain contra Churchill.

¿Habría algo en el agua que beben los primeros ministros? Como es bien sabido, Margaret Thatcher se jactaba de que solo dormía cuatro horas cada noche. Churchill al menos tenía la excusa de que Inglaterra estaba en guerra y de que aquel era un momento de crisis nacional. Reconocía que no tenía tiempo para salir a pasear por los jardines del palacio de Buckingham, aprovechando el tiempo prematuramente cálido de aquel mes de mayo, cuando en cada reunión se discutía la amenaza de invasión. Sin embargo, en

vez de ganarse algún tipo de elogio por su ética de trabajo ejemplar, parece que el nuevo primer ministro no encontró más que quejas. Cuando el personal del despacho del primer ministro fue traspasado oficialmente a Churchill, su jefe de gabinete, John «Jock» Colville, que luego se convertiría en uno de sus subordinados más fieles, notó «cierto aire de “malestar” en el número 10 de Downing Street, debido en gran medida al contraste entre la estabilidad de los hábitos del anterior PM y la incongruencia de los de Winston. Supongo que nos acostumbraremos a ellos; pero la perspectiva de quedarnos a trabajar cada día hasta altas horas de la noche —hasta las dos de la madrugada o más — resulta deprimente». <sup>14</sup>

Pese a lo tardío de su horario nocturno, Churchill se levantaba relativamente pronto, aunque a menudo trabajara en la cama. Hombre nunca aficionado a andarse con cumplidos, se quedaba en la cama fumando puros, que, según recordaría más tarde el jefe de operaciones del Departamento de Guerra, sir John Sinclair, «me revolvían el estómago a aquellas horas de la mañana [más o menos las siete]. Desplegaba yo el mapa encima de su barriga cuando esta dejaba de agitarse, y le explicaba cómo estaban dispuestas las fuerzas británicas a lo largo de la línea del río Dyle». <sup>15</sup> Comportamientos de este estilo no eran ninguna novedad para Winston, como bien sabía el personal de Chartwell.

Para asegurarse de que iba a poder funcionar hasta altas horas de la noche, Churchill echaba religiosamente una siesta de dos horas, seguida de un baño caliente (el segundo del día) a las siete de la tarde. La bañera, como relata Sonia Purnell, la autora de la biografía de Clementine, debía estar «llena en sus dos terceras partes y el agua debía estar a una temperatura de 36,5 grados exactos, y subir a los 40 cuando se metiera en ella... No le gustaba desperdiciar agua, pero le encantaba dar vueltas en la bañera, una maniobra alarmante que hacía que los litros de agua derramada por el suelo se filtraran al ropero situado debajo y mojaran los abrigos de las visitas». <sup>16</sup> Se frotaba enérgicamente con un cepillo y dictaba discursos e informes a cualquiera de las secretarías que aguardaban detrás de la puerta del baño en una posición incomodísima. Una antigua secretaria suya, Chips Gemmell, recordaba cómo la llamaban para que se presentara a la puerta del cuarto de baño, donde se identificaba discretamente con una tosecilla. Churchill

gritaba: «¡No entre!», así que la mujer se quedaba, como es lógico, «fuera oyendo aquellos ruidos asombrosos en el cuarto de baño, y podías ver cómo la esponja era estrujada por encima de la cabeza y oír el ruido del agua escurriéndose por las zonas bajas. Y ocasionalmente exclamaba: “¡No se vaya!”, y tú decías: “¡No, no, sigo aquí!”, y los sonidos del baño continuaban y a veces no hacía una falta para nada, pues se le había olvidado lo que quería decir». <sup>17</sup> Roy Jenkins, autor de una biografía de Churchill, habla de una «característica suya que le hacía parecerse a una marsopa, y que significaba que uno de sus placeres físicos más apreciados, por detrás solo del alcohol, fuera sumergirse en el agua caliente de una bañera o en el agua templada del mar». <sup>18</sup>

Cuando emergía de su adorado tratamiento hídrico, no tenía el menor reparo en recorrer los pasillos que unían el palacio del Almirantazgo con el número 10 de Downing Street, según cuenta su hija, Mary Soames, «envuelto como un emperador romano en su toalla de baño, y en cruzar chorreando por el pasillo principal desde el cuarto de baño a su dormitorio». <sup>19</sup> El personal subalterno debía darse por satisfecho de que hubiera decidido usar una toalla. Cuando se encontraba relajado en el lugar sagrado que era para él Chartwell, ir desnudo era un hábito frecuente. Como dice Sonia Purnell, «una vez hechas sus abluciones, el ayuda de cámara de Winston lo secaba con una toalla, tras lo cual el buen señor se negaba a ponerse una bata; si quería ir a otra habitación lo hacía desvestido. Los nuevos miembros del personal administrativo quedaban sorprendidos al ver a un hombre de cien kilos de peso, de color sonrosado y hombros encorvados, pasar corriendo junto a ellos mientras decía: “¡Que paso! ¡No miren!”». <sup>20</sup> La frase alternativa, según recuerda Elizabeth Gilliatt, otra antigua secretaria suya, era: «¡Vengo en estado completamente natural! ¡Es un espectáculo digno de verse!», y a continuación las secretarias salían corriendo por los pasillos tan deprisa como les permitían sus tacones. <sup>21</sup>

Cuando finalmente decidía vestirse, llegaban de los almacenes Army & Navy unas cuentas desorbitadas, consecuencia de la insistencia de Winston en que solo podía aguantar el contacto de la ropa interior más fina de seda, de color rosa pálido, debido a lo delicado de su piel. Jock Colville, uno de los secretarios particulares de Winston, recuerda que aquellas prendas hacían que

pareciera «un cerdito muy mono».<sup>22</sup> Las camisetas de seda hacían juego con unas batas extraordinariamente ostentosas, también de seda, bordadas con dragones y flores. La leyenda de sus gustos costosos y de sus hábitos excéntricos llegarían incluso hasta Berlín, donde Joseph Goebbels anotó en su diario: «Un libro acerca de Churchill comenta que bebe demasiado y que usa calzoncillos de seda. Dicta informes mientras está en el baño o en ropa interior, una imagen extraña que el Führer encuentra enormemente divertida».<sup>23</sup>

A Churchill no le habría molestado saber que los nazis lo consideraban un hazmerreír, pues no es mala cosa el enemigo te subestime. Pero los que lo conocían sostenían que no era un borracho. Llevaba tanto tiempo bebiendo alcohol que su tolerancia a la bebida era notable... salvo algún que otro desliz ocasional. Cuando en cierta ocasión le preguntaron cómo se las arreglaba para beber durante todo el día, respondió simplemente: «Práctica».

Ahora bien, ¿cuál era su verdadero régimen de bebida?

Se tomaba su primer whisky con soda —eso sí, muy ligero— aproximadamente una hora después de acabar su desayuno, a base de huevos con panceta. Durante la guerra, su aversión por la leche condensada era tan grande que dejó de beber té como acompañamiento tradicional del desayuno y lo sustituyó por una copa de vino blanco dulce alemán: así, pues, el suyo no era el desayuno habitual. A la hora del almuerzo consumía una botella de champaña Pol Roger, y bebía otra durante la cena, seguida de un buen oporto o un brandi a modo de digestivo, a altas horas de la noche. Mantendría este régimen de bebidas diariamente a lo largo de su dilatada vida, salvo raras excepciones. E, igual que hacían los nazis, podríamos preguntarnos cómo pudo un hombre así guiar en semejante estado a un país en las horas más peligrosas de su historia.

Esa imagen icónica de un poeta con un puro entre los dientes y un vaso de whisky escocés siempre en la mano —imagen que el propio Winston se encargaría de promocionar— puede que hoy día resulte graciosa, pero el domingo 12 de mayo de 1940, su reputación manchada no era motivo de risa. Para sus colegas conservadores era un hazmerreír, sí, pero de un tipo muy distinto: un individuo ridículo cuya última campaña militar había acabado en desastre en los Dardanelos, y que se rodeaba de amigos y cortesanos

procedentes de «ambientes disolutos».<sup>24</sup> Con esa imagen en la mente, lord Hankey, ministro sin cartera, escribía en una carta a sir Samuel Hoare, defensor como él del apaciguamiento, y le contaba que cuando visitó el Almirantazgo

... esta mañana me encontré el caos más absoluto. Nadie agarraba el toro por los cuernos en esta crisis de la guerra. El Dictador [Churchill], en vez de dictar, se había enzarzado en un sórdido rifirrafe con los políticos de izquierdas sobre los cargos subalternos. NC [Neville Chamberlain] se hallaba sumido en la desesperación ante todo aquello. La única esperanza radica en el núcleo duro [del gobierno] de Churchill, Chamberlain y Halifax, pero dudo que los prudentes elefantes viejos [Chamberlain y Halifax] logren dominar al Elefante descarriado [Churchill].<sup>25</sup>

Churchill era consciente de lo peligrosas que podían ser esas opiniones. Todos sus movimientos eran atentamente analizados y si quería seguir siendo primer ministro tendría que encontrar el modo de ganarse a todos esos disidentes.

El apoyo de la opinión pública a su persona era enorme. Hacía casi un año que los periódicos habían empezado a reclamar su inclusión en el gobierno y habían aparecido por Londres numerosos carteles que decían: «¿Y para qué está Churchill?». Pero necesitaba algo más que el apoyo de la nación para salir airoso. El día anterior había lanzado sendas ofensivas amistosas con las afectuosas cartas enviadas a Chamberlain y Halifax una vez alcanzado el cargo de primer ministro. Al fin y al cabo, Chamberlain seguía siendo el líder del partido conservador y además, a pesar de la oposición de los laboristas, lord presidente del Consejo.

Otro acto de gentileza por parte de Churchill hacia Neville fue la decisión de no trasladarse inmediatamente al 10 de Downing Street. Por el contrario, se quedaría en el Almirantazgo otro mes entero para permitir que el señor y la señora Chamberlain se mudaran de casa tranquilamente. Churchill hizo todo lo posible por suavizar las frágiles relaciones que mantenía con el partido, especialmente ahora que estaba previsto que al día siguiente, 13 de mayo, hablara por primera vez ante la Cámara de los Comunes como primer ministro.

El general Ismay recordaba que

... dos o tres días después de que lo nombraran primer ministro fui andando con él desde Downing Street hasta el Almirantazgo. Varias personas que estaban esperando delante de la puerta de su domicilio particular lo saludaron con gritos de «¡Buena suerte, Winnie! ¡Dios te bendiga!». Estaba visiblemente conmovido y en cuanto nos encontramos dentro del edificio, se deshizo en lágrimas. «¡Pobre gente!», dijo, «¡pobre gente! Confían en mí y durante mucho tiempo no voy a poder darles más que desastres».<sup>26</sup>

Tras quitarse de en medio la tarea de formar gobierno, los pensamientos de Winston se centraron en lo que podía ofrecer no solo a sus colegas, los políticos, sino también a la nación en aquellas horas oscuras.

LUNES, 13 DE MAYO DE 1940

**LAS TROPAS ALEMANAS INVADEN FRANCIA A  
TRAVÉS DEL BOSQUE DE LAS ARDENAS**

**LA REINA GUILLERMINA DE HOLANDA SE REFUGIA  
EN INGLATERRA**

## Sangre, fatigas, lágrimas y sudor

Habían pasado apenas dos días desde que Winston Churchill había «besado la mano del rey» y había asumido su cargo de primer ministro. Además de tener que dirigir una guerra y confeccionar un gobierno, había otra tarea trascendental que le incumbía: su discurso de presentación en la Cámara de los Comunes como nuevo primer ministro.

A pesar del éxito que había supuesto asumir el cargo, durante los días anteriores Winston se había encontrado andando sobre tierras movedizas. El discurso tenía que acallar las críticas de Whitehall y generar un poco de ese apoyo que tan desesperadamente necesitaba. En resumen, tenía que ser una maravilla.

Y él lo sabía.

La Cámara no había vuelto a reunirse desde el drama del debate de Noruega el 9 de mayo y la invasión de los Países Bajos al día siguiente, y gran número de los diputados conservadores sentían profundos remordimientos por los actos que habían llevado a cabo. Muchos de los que habían votado contra el gobierno lo habían hecho por frustración y para dar rienda suelta a su cólera, sin darse cuenta plenamente de que su decisión iba a dar lugar a la caída de Neville Chamberlain. Eran esos mismos individuos contritos y desconfiados los que ahora miraban por encima del hombro a su nuevo primer ministro que en esos momentos hizo su aparición en la Cámara. Su acogida fue silenciosa, con algunos débiles signos de aclamación procedentes de los escaños de laboristas y liberales, pero pocos aplausos e incluso un silencio pétreo por parte de los conservadores.

La Cámara de los Comunes había pasado varios días en un estado de auténtico caos. Chips Channon describió el ambiente reinante en su diario:

Absurdamente dramático y muy winstoniano: para empezar habíamos sido convocados mediante un telegrama firmado por el *speaker*<sup>\*</sup>, en el que se nos pedía que no habláramos de la reunión. Pero como fueron convocadas las dos Cámaras, tuvieron que expedirse más de 1.300 telegramas, de modo que debieron de ser vistos literalmente por miles de personas.

Llegué a las 2:15 y me encontré con un ambiente de total confusión e incomodidad. Nadie sabía quién había sido nombrado de nuevo, de quién habían prescindido o a quién cambiado de sitio. Fue una «semana loca». Me uní a un grupo de ministros desconcertados ... Estuvieron charlando divertidos, recelosos, sin saber nada.

Neville entró de la manera habitual en él, tímida y retraída, sin grandes aspavientos. Los diputados perdieron la cabeza; se pusieron a gritar, a aclamarlo, agitando sus tarjetas con el orden del día; su acogida [de Chamberlain] fue una ovación generalizada.<sup>1</sup>

Del mismo modo que los trastornos y la agitación habían predominado en el interior del país, los informes acerca del frente durante el último fin de semana habían revelado un progresivo empeoramiento de la situación en Holanda, Bélgica y Francia. La tensión en la Cámara era palpable. A Winston le tocaba ahora intentar calmar toda aquella «confusión e incomodidad», y disipar los temores con palabras; solo con palabras.

Churchill no habría podido planear mejor el momento, aunque, por supuesto, en cierto modo lo había hecho.

A las 14:54 se levantó de su asiento, se colocó delante de la arqueta de su cargo, y empezó a hablar:

Ruego a esta Cámara

Tenga a bien aprobar la formación de un gobierno que representa la unidad y la determinación inflexible de la nación de continuar la guerra con Alemania hasta una conclusión victoriosa.

De momento muy bien. Un poquito ampuloso, pero indudablemente solemne. Su pelota de servicio había entrado y el partido había dado comienzo...

El viernes por la noche recibí de Su Majestad el encargo de formar un nuevo gobierno. Evidentemente la voluntad del Parlamento y de la nación es que fuera concebido sobre unas bases lo más amplias posibles y que incluyera a todos los partidos, tanto a los que apoyaban a la última administración como también a los

partidos de la oposición. Ya he completado la parte más importante de esa tarea. Se ha formado un Gabinete de Guerra de cinco miembros, que representa, junto con los liberales de la oposición, la unidad de la nación. Los líderes de los tres partidos se han mostrado dispuestos a formar parte del gobierno, tanto en el Gabinete de Guerra como en otras altas funciones ejecutivas. Los tres departamentos militares han sido ya cubiertos. Fue necesario hacerlo en un solo día debido a la extrema urgencia y gravedad de los acontecimientos. Varios puestos más, por lo demás puestos claves, fueron cubiertos ayer, y esta noche le presento al rey otra lista más amplia. Espero poder completar el nombramiento de los principales ministros en el día de mañana. Este nombramiento requiere normalmente un poco más de tiempo, pero confío en que cuando el Parlamento se reúna de nuevo haya sido concluida ya esta parte de mi tarea y que mi administración se halle, en todos sus aspectos, completa.

Consideré de interés público sugerir que fuera convocado el Parlamento para reunirse hoy. El señor presidente accedió y tomó las medidas oportunas, de acuerdo con los poderes que le confiere la resolución de esta Cámara. Al término de los procedimientos de la jornada, se propondrá la suspensión de las actividades de la Cámara hasta el martes 21 de mayo, con la previsión, por supuesto, si fuera necesario, de una reunión anticipada. Los asuntos a tratar durante esa semana serán notificados a los señores diputados lo antes posible. Ahora, invito a la Cámara, por medio de la moción presentada en mi nombre, a que registre la aprobación de los pasos que se han dado y proclame su confianza en el nuevo gobierno.

Formar un gobierno de esta envergadura y de tanta complejidad es de por sí una tarea difícil. Pero debemos recordar que nos hallamos en la fase preliminar de una de las contiendas más grandes de la historia, que estamos actuando en muchos otros lugares —en Noruega y en Holanda—, que debemos estar preparados en el Mediterráneo, que los combates aéreos son continuos, y que aquí mismo, en nuestro país, deben llevarse a cabo muchos preparativos, como ha señalado mi honorable amigo situado al otro lado del pasillo. En esta situación tan crítica, espero que se me perdone que no me extienda mucho al dirigirme hoy a la Cámara. Espero que todos mis amigos y colegas, tanto actuales como anteriores, que se hallan afectados por esta reconstrucción política, se hagan cargo, y se hagan cargo plenamente, de la falta total de ceremonial con la que ha sido necesario actuar. Me gustaría decir a esta Cámara, como dije a todos los que se han incorporado a este gobierno: «No tengo nada que ofrecer más que sangre, fatigas, lágrimas y sudor».

Tenemos ante nosotros una prueba penosísima. Tenemos ante nosotros muchos, muchos, largos meses de lucha y de sufrimiento. Se preguntarán ustedes: ¿cuál es nuestra política? Y yo les digo: hacer la guerra por mar, por tierra y por aire, con toda nuestra potencia y con toda la fuerza que Dios pueda darnos; hacer la guerra contra una tiranía monstruosa, nunca superada en el oscuro y lamentable catálogo de crímenes de la humanidad. Esa es nuestra política. Se preguntarán ustedes: ¿cuáles son nuestros objetivos? Puedo responderles con una sola palabra: victoria; victoria a toda

costa, victoria pese a todo el terror; victoria por largo y duro que sea el camino; porque sin victoria no hay supervivencia. Quede una cosa clara; no habrá supervivencia para el Imperio británico, no habrá supervivencia para todo aquello que el Imperio británico ha defendido; no habrá supervivencia para el anhelo y el impulso de todas las generaciones, ese anhelo y ese impulso que llevan a la humanidad a seguir adelante en pos de su objetivo. Pero yo asumo mi tarea con ánimo y esperanza. Estoy seguro de que no se tolerará que nuestra causa fracase. En este momento me siento autorizado a reclamar la ayuda de todas las personas y a decir: «Venga, pues, vayamos juntos adelante con nuestras fuerzas unidas».<sup>2</sup>

Después de hablar durante apenas siete minutos, Churchill volvió a su asiento.

Su llamamiento final a la unidad y la fuerza no había sido lo bastante potente como para que sus adversarios corrieran a apoyarlo, y el discurso — considerado hoy día como uno de los mejores jamás pronunciados por un político—, según reseña Channon en su diario, «no fue bien recibido».<sup>3</sup> Aunque la Cámara no se apaciguara por sus palabras, Lloyd George quiso presentar sus respetos al nuevo primer ministro:

Felicito al país por haberlo ascendido al puesto de primer ministro en este momento tan crítico y terrible. Me atrevo a decir que, en mi opinión, el monarca ha realizado una elección muy sabia. Todos conocemos las brillantes dotes intelectuales del honorable señor, su intrépido valor, su profundo conocimiento de la guerra, y su experiencia en sus operaciones y su dirección, sin embargo ... [El nuevo primer ministro] ejerce esta responsabilidad suprema en un momento de gran peligro y en unos tiempos de mayor riesgo que cualquiera al que haya tenido que hacer frente nunca un ministro británico.<sup>4</sup>

Este solemne elogio proveniente de quien había sido primer ministro en tiempos de la anterior guerra hizo llorar a Churchill y, según el diputado Harold Nicolson, «se limpió las lágrimas»,<sup>5</sup> pero tanto en este discurso como en los siguientes «solo las alusiones a Chamberlain suscitaron entusiasmo», según reseña Channon.<sup>6</sup>

Las anotaciones de los diarios correspondientes a esa fecha son más generosas. Nicolson califica el discurso de Churchill de «muy breve... pero atinado»;<sup>7</sup> Jock Colville lo define como «un discurso breve y brillante»;<sup>8</sup> y Channon comenta: «El nuevo primer ministro habló bien, incluso en tono

dramático...».<sup>9</sup> Pero nadie estaba lo bastante seguro de él como para reconocer la verdadera fuerza de la intervención que hoy día es considerada una muestra de retórica política tan magistral como el discurso de Gettysburg.

La decepción de Churchill es comprensible. Había trabajado mucho en ese discurso, consciente de que la historia lo escuchaba. Había refinado el texto una y otra vez, sopesando, con la sensibilidad de un poeta, frases, metros y palabras. Soltó incluso la frase decisiva —precisamente aquella por la que es conocido hoy día todo el discurso— en algunas conversaciones mantenidas durante los días anteriores para cerciorarse de su impacto. Malcolm MacDonald, uno de los ministros nombrados por Churchill unas horas antes ese mismo día, recordaba que

... donde se encontraba. El gran hombre estaba paseando arriba y abajo por la estancia, sumido en profundos pensamientos, con la cabeza echada hacia delante sobre sus grandes hombros, y las manos agarrando las solapas de su chaqueta, como si estuviera dando un discurso ante la Cámara de los Comunes.

Eché una mirada a su alrededor, me vio, y dijo en tono más bien retórico, sin interrumpir sus paseos arriba y abajo: «Querido Malcolm, me alegro de verlo. No tengo nada que ofrecerle más que...». Por un momento vaciló deliberadamente antes de seguir hablando. Me sentí decepcionado, pensando que probablemente no tenía ningún alto cargo que ofrecerme como no fuera el de director general de correos o cualquier otro empleo menor. Y entonces añadió: «... más que sangre y fatigas, lágrimas y sudor».

Me quedé desconcertado, preguntándome si no habría creado acaso un nuevo ministerio para el tiempo que durara la guerra, y me proponía que aceptara el cargo de secretario de Estado de Sangre, Fatigas, Lágrimas y Sudor.

Me miró para observar mi reacción, permaneció en silencio y luego, con una voz que cambió de repente para adoptar un tono de amistosa informalidad comentó: «Quiero que sea usted ministro de Sanidad de mi gobierno».

[Leo] Amery estaba esperándome en el despacho del secretario particular ... y entonces me preguntó: «¿Te ha ofrecido también sangre y sudor, fatigas y lágrimas?».

Respondí: «Sí»; y Amery me comentó que a él también le había hecho la misma propuesta. «Debe de estar ensayando el discurso de esta tarde ante el Parlamento».<sup>10</sup>

En este pasaje podemos vislumbrar cuáles eran los métodos y el proceso que seguía Churchill el orador: pasearse arriba y abajo por la habitación agarrándose las solapas con las manos, ensayando su discurso una y otra vez. Jock Colville recordaba que «la composición de un discurso no era una tarea

en la que Churchill estuviera dispuesto a andarse con racanerías o precipitación». <sup>11</sup> De hecho llegó a decirse que cada minuto de discurso pronunciado había costado una hora de trabajo. En tal caso, aunque las circunstancias de los últimos cuatro días hubieran interferido significativamente en los preparativos de Churchill, no lo habían hecho de un modo irreparable, pues en realidad había venido preparándose para este discurso toda su vida.

Durante su período de autodidacta en la India en 1896, Churchill había estudiado a montones de grandes pensadores e historiadores, pero fue en las obras de Sócrates, Platón y Aristóteles donde le llamó la atención un tema en particular: el arte de la retórica. En un artículo inédito escrito un año después y titulado *El andamiaje de la retórica*, un Churchill de 23 años escribía: «El poder de la retórica no es una cosa que le sea concedida en su integridad a uno ni tampoco una cosa que uno adquiriera en su integridad, sino algo que se cultiva. El temperamento y los talentos peculiares del orador deben ser suyos por naturaleza. El desarrollo de ambos dones se fomenta por medio de la práctica». <sup>12</sup> Más de cuarenta años de práctica, en realidad.

Podemos rastrear los orígenes de «Sangre, fatigas, lágrimas y sudor» hasta *De divinatione* II (44 a. C.) de Cicerón y hasta la *Historia de Roma desde su fundación* de Tito Livio (c. 29 a. C.), obras en las que por primera vez aparecen emparejados con frecuencia los términos *sudor et sanguis* (sudor y sangre). <sup>13</sup> Varios siglos después John Donne escribió en su poema de 1611 titulado *Anatomía del mundo*: «Que en vano es rociarlo o dulcificarlo con tus lágrimas, o tu sudor o tu sangre». <sup>14</sup> En 1823 lord Byron escribió: «Año tras año votaron al cien por cien / sangre, sudor y lágrimas arrancadas a millones. ¿Por qué? Por la renta»; <sup>15</sup> y en el poema de Robert Browning *Ixión*, de 1883, aparecen las siguientes palabras: «Lágrimas, sudor, sangre. Cada espasmo, otrora horrendo, glorificado ahora». <sup>16</sup>

También influyeron en Churchill los discursos de líderes políticos y militares. En 1849, el revolucionario y patriota italiano Giuseppe Garibaldi pronunció en la plaza de San Pedro de Roma un enardecedor discurso ante sus soldados sitiados; una frase del mismo dice: «No ofrezco paga, ni cuartel ni provisiones; ofrezco hambre, sed, marchas forzadas, batallas y muerte». <sup>17</sup> Casi cincuenta años después, un discurso de Theodore Roosevelt

pronunciado en el Naval War College en 1897 hablaba de la «sangre y el sudor y las lágrimas, el esfuerzo y la angustia, por medio de los cuales, en los días pretéritos, nuestros antepasados alcanzaron el triunfo».<sup>18</sup>

«¡Los aficionados toman prestado, los profesionales roban!», como es bien sabido que dijeron Picasso o T. S. Eliot. Dependiendo de quién robara la frase a quién.

En 1900 Churchill empezó a trabajar su propia versión cuando escribió el libro acerca del tiempo transcurrido en un campo de prisioneros de los bóeres. Efectivamente, en *La guerra de los Bóers. De Londres a Ladysmith vía Pretoria. La marcha de Ian Hamilton* pronosticó, plenamente convencido de lo que decía, que la victoria británica en la guerra de Sudáfrica era «solo una cuestión de tiempo y de dinero expresada en términos de sangre y lágrimas».<sup>19</sup> Complacido a todas luces con la frase, volvió a utilizarla aquel mismo año en un artículo periodístico para el *Saturday Evening Post*: «Todo ello parecerá muy triste y brutal en tiempos de paz, pero habrá menos sangre y lágrimas cuando llegue la próxima guerra».<sup>20</sup>

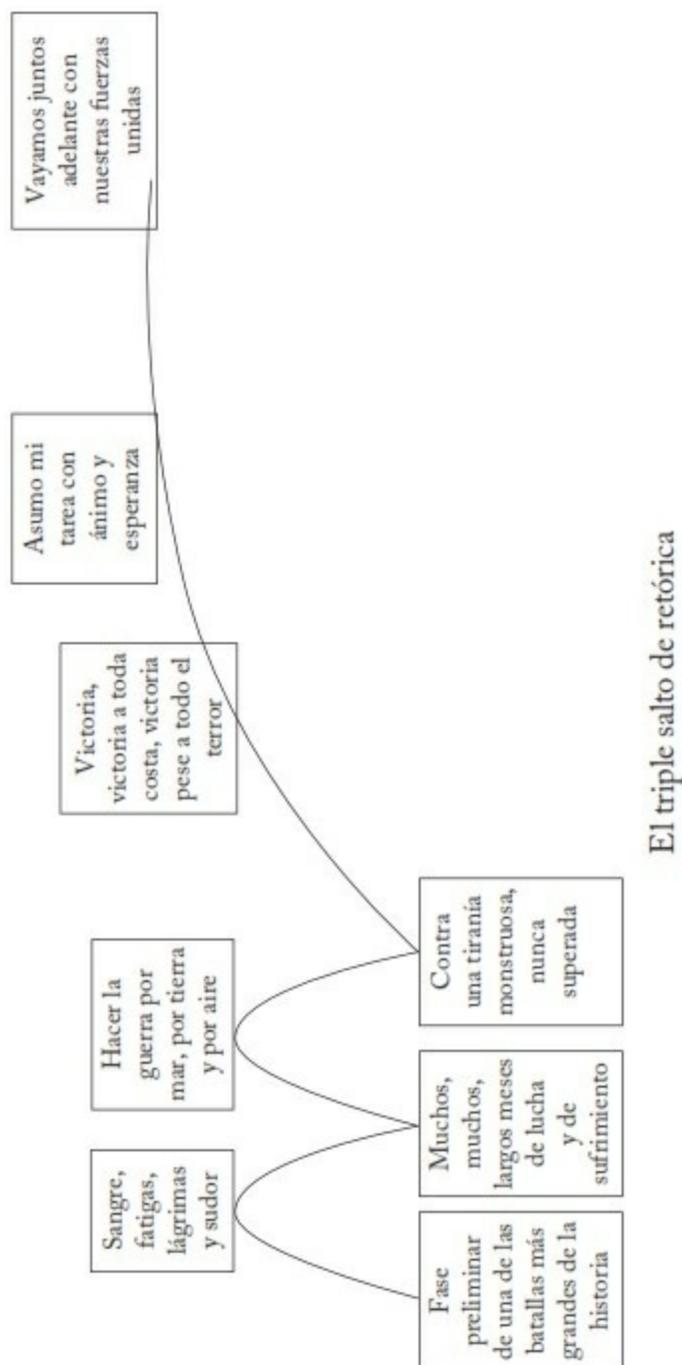
La «próxima guerra» acabó siendo la primera guerra mundial, sobre la cual Churchill escribió una historia en cinco volúmenes titulada *La crisis mundial*. En el volumen final, publicado en 1931, describía la destrucción sufrida en el frente oriental y decía que las páginas de su libro recordarían «las fatigas, las etapas, los sufrimientos y pasiones de millones de hombres. Su sudor, sus lágrimas y su sangre regaron la infinita llanura».<sup>21</sup> Dos años después la expresión «locuras con sangre y con fatigas» aparecía en su biografía del duque de Marlborough;<sup>22</sup> y en un artículo de 1939 acerca de la guerra del general Franco en España, hablaba de las «nuevas estructuras de vida nacional levantadas sobre sangre, sudor y lágrimas, que no son diferentes unas de otras y por lo tanto pueden ser unidas».<sup>23</sup>

El impacto visceral que tuvieron estas cuatro palabras sobre Churchill a lo largo de más de cuarenta años es innegable. En su clarividente ensayo de 1897, el joven Winston comentaba que «el orador es la encarnación de las pasiones de la multitud. Antes de que pueda inspirar en ella cualquier emoción, debe ser arrastrado él mismo por ella. Cuando provoque su indignación, su corazón estará lleno de cólera. Antes de que pueda inducirla a derramar lágrimas, deben correr las suyas. Para convencerla de algo, primero

tendrá él mismo que creer en ello».<sup>24</sup> Parecería, pues, que Churchill estaba preparado para la glacial acogida que tuvo el 13 de mayo en la Cámara de los Comunes; quizá incluso se la esperara, pues no hablaba solo para unos políticos como él. Estaba hablando para la nación, para el mundo, y de hecho para la historia.

Churchill necesitaba expresar la gravedad de la situación a la que se enfrentaba en aquellos momentos la nación y tenía también que pedir al pueblo que confiara en él y le dejara conducirlo con seguridad hasta el amargo final. Tras el preámbulo oficial, el meollo de su discurso sigue en su retórica un esquema ascendente ondulatorio: empieza aclarando lo peligrosa que es la situación, pero luego se presenta a sí mismo como la esperanza que trabajará incansablemente y sin miedo para todo el pueblo. Repite este mismo concepto con otras dos afirmaciones más graves del peligro al que se enfrentan, pero acaba con una elevada nota de valor y optimismo. Todo muy clásico. Winston quería que sus oyentes sintieran intensamente la nueva realidad por la que estaban pasando, pero no quería asustarlos. Se mostraba como un líder desafiante, pero humilde ante su pueblo.

Churchill emplea aquí con habilidad dos recursos fundamentales de la oratoria, tomados ambos de la Antigüedad. Uno es la anacnosis, figura retórica en la que se hace un llamamiento a la opinión o el juicio que tienen los oyentes o los adversarios del tema que está siendo objeto de discusión. La utiliza cuando dice: «Se preguntarán ustedes: ¿cuál es nuestra política?», y luego: «Se preguntarán ustedes: ¿cuál es nuestro objetivo?», arrastrando consigo a sus oyentes al meollo del drama. El otro recurso es la anáfora, la repetición de una palabra o de varias palabras al comienzo de dos o más versos, cláusulas o frases seguidas. En este caso Churchill repite: «Hacer la guerra por mar, por tierra y por aire ... hacer la guerra contra una tiranía monstruosa», y después: «Victoria, victoria a toda costa, victoria pese a todo el terror; victoria por largo y duro que sea el camino; porque sin victoria no habrá supervivencia».



En su libro *The Roar of the Lion* [El rugido del león], el historiador Richard Toye comenta que «la repetición de esa palabra, “victoria”, cinco veces en una sola frase creaba una enorme sensación de firmeza y de determinación por parte de Churchill; no prometía la victoria, pero prometía

no parar hasta conseguirla, y eso significaba que sus advertencias de sangre y terror iban acompañadas de cierta sensación de optimismo». <sup>25</sup> De esa forma, Churchill apelaba a la inveterada tradición de estoicismo británico. Basándose una vez más en ideas de su artículo *El andamiaje de la retórica*, sabía que la gran oratoria es una especie de truco ingenioso, que engaña al público con «una serie de impresiones vívidas, que son escamoteadas antes de que lleguen a ser examinadas de cerca y que desaparecen antes de que puedan ser atacadas». <sup>26</sup>

Así, pues, puede que nos quedemos impresionados, pero quizá no estemos muy seguros de cómo hemos llegado a tener esa sensación, y quizá no nos veamos inclinados a comprender por qué. ¡Con qué facilidad, a través de los tiempos, han sido embaucados de ese modo los ciudadanos!

Estructuralmente, podemos ver cómo esas técnicas retóricas han sido transmitidas también desde la propia Cámara de los Comunes. En su libro *Historia de los pueblos de habla inglesa*, el propio Churchill aludía a un discurso pronunciado en 1800 por William Pitt cuando se debatió el conflicto con Napoleón durante la Revolución Francesa:

[El señor Fox] me desafía a que diga, en una sola frase, cuál es el objeto de la guerra. No sé si podré hacerlo en una sola frase; pero en una sola palabra le diré que es la «seguridad»: la seguridad contra un peligro, el más grande que haya amenazado nunca al mundo. Es la seguridad contra un peligro que no existió nunca en ningún período anterior de la sociedad. Es la seguridad contra un peligro que no ha tenido nunca igual ni en magnitud ni en envergadura; contra un peligro que ha amenazado a todas las naciones de la tierra; contra un peligro al que han opuesto resistencia todas las naciones de Europa, y al que ninguna de ellas ha opuesto mayor resistencia que esta, pues ninguna se ha resistido de manera tan uniforme y con tanta energía. <sup>27</sup>

En neto contraste con los discursos egocéntricos de Hitler —que hacían siempre hincapié en el «yo»—, Churchill, cuyos años de estudio habían pulido el agudo conocimiento de la nación que se disponía a dirigir, conocía el poder del «nosotros» a la hora de exhortar al público británico a emprender una lucha tan temible. Si se trataba de presentar claramente aquella prueba en su discurso como un combate entre dos imperios —uno democrático y bueno, y otro totalitario y a todas luces malvado—, sabía muy bien que el *we shall* [haremos] sería mucho más útil que el *Ich werde* [haré]. Las frases

anglosajonas, breves, sencillas, salían como cañonazos en primera persona del plural: «*Tenemos ante nosotros*», «con toda *nuestra* potencia», «Venga, pues, *vayamos* juntos adelante con *nuestras* fuerzas unidas». Su misión consistía en adular a un pueblo asustado asignándole el papel de protagonista en el gran drama del mundo; y, como bien sabemos, la adulación te lleva donde quieras.

En *El andamiaje de la retórica* decía Churchill que «la gente irreflexiva a menudo se imagina que los efectos de la oratoria son producidos por palabras largas. El error de esta idea se pondrá de manifiesto mirando lo que se ha escrito. Las palabras más cortas de una lengua suelen ser las más antiguas. Su significado está más arraigado en el carácter nacional y apelan con mayor fuerza a los entendimientos más simples...».<sup>28</sup> Las palabras usadas en este discurso seguían exactamente ese método: «batallas»; «sangre, fatigas, lágrimas y sudor»; «guerra»; «victoria»; «terror»; «supervivencia»; «anhelo»; «esperanza»; y «fuerzas unidas».

Fue Plutarco, citando a Platón, el que dijo que la retórica es «el arte de encantar a las almas de los hombres y que su acción principal es la guía de los hábitos y las pasiones, como si se tratara de ciertos tonos y sonidos del alma que requieren un toque y golpe de plectro muy rítmico».<sup>29</sup> Con este discurso Churchill consiguió el objetivo que perseguía, esto es, ganarse a sus oyentes más importantes —la opinión pública— y fue recompensado con una respuesta entusiasta. Contrariamente a las versiones de primera mano dadas por los presentes en la Cámara, tanto el *Daily Telegraph* como el *Evening Standard* informaron de que la declaración de Churchill fue «ovacionada sonoramente».<sup>30</sup> La publicación en el *Standard* de una viñeta icónica de David Low marcaría la pauta de la confianza depositada por la nación en su nuevo primer ministro.



Mientras se imprimían los periódicos, el Gabinete de Guerra se reunía en el 10 de Downing Street para discutir las últimas novedades llegadas del continente. Churchill informó a los asistentes de que «pensaba que un ataque aéreo sobre su país era inevitable. Al margen del rumbo que siga la guerra en Francia», había llegado el momento de llevar a cabo un acercamiento personal, detallando la «gravedad de la situación»,<sup>31</sup> al hombre que esperaba que hubiera escuchado su desafiante discurso: el presidente Franklin D. Roosevelt.

MARTES, 14 DE MAYO DE 1940

**HOLANDA ES ARROLLADA Y SE PREVÉ QUE ESTÉ EN  
MANOS DE ALEMANIA EN UNOS DÍAS**

**TRAS DOS DÍAS DE FEROCES COMBATES, LOS *PANZER*  
ALEMANES CRUZAN EL RÍO MOSA Y ENTRAN EN  
FRANCIA**

**PERSISTE LA CONFUSIÓN EN TORNO A LAS  
INTENCIONES ESTRATÉGICAS DE ALEMANIA**

**EL COMANDANTE EN JEFE DEL EJÉRCITO FRANCÉS,  
EL GENERAL MAURICE GAMELIN, IGNORA LOS  
AVISOS DE QUE ALEMANIA ESTÁ PONIÉNDOLE UNA  
TRAMPA Y CONTINÚA HACIENDO AVANZAR A SUS  
SOLDADOS POR LOS PAÍSES BAJOS, DEJANDO LA  
LÍNEA MAGINOT MAL DEFENDIDA**

## La situación empeora

Cuando el pueblo británico se despertó el 14 de mayo, los periódicos proclamaban la magistral actuación de Churchill en la Cámara de los Comunes y repetían el mensaje que acompañaba la viñeta: «Todos te seguimos, Winston».

Pero la situación de la guerra iba poniéndose cada vez más negra. La invasión más gigantesca que había visto nunca el mundo —tres millones de soldados alemanes en rápido avance (y otros dos millones de fuerzas uniformadas ya listas en Alemania)— estaba produciéndose a tal velocidad que los aliados, con sus primitivos teléfonos y telégrafos de campaña y sus enlaces montados en motocicletas cubiertas de barro, se las veían y se las deseaban para entender las verdaderas dimensiones del terror que se les venía encima, o para encontrar la mejor manera de afrontar tantas amenazas.

La rutina diaria de las reuniones, envueltas siempre en humo de tabaco, del Gabinete de Guerra, el Comité de Defensa y el Comité de Jefes de Estado Mayor continuaba como si tal cosa, a medida que iban reuniéndose los diversos fragmentos de la imagen completa. En las salas de guerra, el incómodo búnker subterráneo situado debajo de Whitehall que haría las veces de centro de planificación operativa de Gran Bretaña durante toda la contienda, Churchill observaba en la sala de mapas cómo iban clavándose chinchetas de colores (verdes para Alemania) en los grandes mapas murales de Europa occidental, que enseguida eran retiradas y colocadas de nuevo más hacia la izquierda cada vez que llegaba un nuevo informe telefónico. Churchill calificaría aquellos días de «singulares» por cuanto «convivíamos con una batalla que absorbía todos nuestros pensamientos y ante la cual, sin embargo, no podíamos hacer nada».<sup>1</sup>

El Gabinete de Guerra se reunió en el 10 de Downing Street a las 11:30 para conocer los últimos informes. En aquellos momentos el frente occidental estaba sufriendo los peores embates del asalto alemán, con el ejército francés retirándose hacia Amberes e intentando mantener las líneas al lado de los belgas frente a las divisiones blindadas y motorizadas de los alemanes. Los ataques más serios se situaban más al sur, en el frente (belga-francés) Namur-Sedán, donde las tropas alemanas habían cruzado el río Mosa y habían entrado en Francia. Las noticias de este estilo turbaban en lo más profundo al Gabinete de Guerra, pues desde los tiempos de los romanos el Mosa había servido de barrera para proteger las llanuras de Francia, Bélgica y Holanda de las antiguas amenazas de invasión provenientes del este.

Holanda no podría resistir mucho tiempo. Lord Halifax informó al Gabinete de Guerra de que a primera hora de la mañana lo había abordado el embajador francés, que le había expresado su seria preocupación por un mensaje recibido de la reina Guillermina de Holanda, por entonces hospedada por el rey Jorge VI en el palacio de Buckingham. Los franceses habían interpretado sus palabras como un indicio de que los holandeses estaban contemplando la posibilidad de entablar negociaciones de paz con Alemania. En un intento de disipar los temores de los franceses, Halifax había dicho que su interpretación del mensaje era absolutamente la contraria y que la actitud del gobierno holandés era inflexible: no mostraba intención alguna de entablar conversaciones de paz.

En cuanto a la amenaza de Italia de entrar en la guerra al lado de Alemania, Halifax alertó al Gabinete de Guerra de un telegrama que había recibido del embajador inglés en Roma, aconsejando que «no deberíamos considerar ninguna provocación verbal de Italia tan intolerable como para inducirnos a efectuar una declaración de guerra [contra Italia]... A menos que el *signor* Mussolini haya decidido ya dar el paso definitivo, le quedan tres o cuatro semanas para tomar una resolución en lo relativo a cualquier intervención militar, si entrar en la guerra o no».<sup>2</sup> Las intenciones de Mussolini resultarían trascendentales mucho antes de que pasaran tres o cuatro semanas, y provocarían un cisma irreparable entre las dos figuras dominantes del Gabinete de Guerra, Halifax y Churchill. Mientras tanto, había otras cuestiones más urgentes a las que atender.

Churchill asistió al Comité de Jefes de Estado Mayor a las seis de la tarde y a otra reunión del Gabinete de Guerra a las siete, informando a ambas instituciones del mensaje telefónico que había recibido del primer ministro francés, Paul Reynaud:

Alemania pretende asestar un golpe mortal a París. El ejército alemán ha rebasado nuestra línea de fortificaciones al sur de Sedán. El motivo es que no podemos resistir los ataques combinados de los tanques pesados y de los escuadrones de bombarderos. Para detener el embate alemán mientras estemos a tiempo y para que nuestro contraataque prospere, es necesario aislar a los tanques alemanes de los bombarderos que les prestan apoyo. Esto solo puede conseguirse mediante una fuerza enorme de cazas. Tuvieron ustedes la amabilidad de enviarnos cuatro escuadrones, que es más de lo que nos habían prometido, pero si queremos ganar esta batalla, que quizá sea decisiva para la guerra en su conjunto, es necesario que envíen de una vez, si es posible hoy mismo, diez escuadrones más. Sin ese apoyo, no podemos tener la seguridad de detener el avance alemán entre Sedán y París. Entre Sedán y París no quedan fortificaciones que puedan compararse con la línea que debe restablecerse casi a toda costa.

Confío en que en la presente crisis la ayuda de Inglaterra no nos fallará.<sup>3</sup>

La facilidad con la que los alemanes habían cruzado el Mosa había supuesto una verdadera conmoción para los franceses. Para cruzar el río con tanta rapidez el general Ironside creía que debían de haber tenido «tanques anfibios protegidos por blindajes inmunes al fuego de los tanques franceses». Una vez más, «la situación era demasiado oscura» para que el Gabinete de Guerra pudiera comprometerse a enviar más tropas a Francia. Por el contrario, se consideraba «esencial conseguir información lo antes posible, no solo acerca de lo que ha sucedido, sino también respecto a las intenciones futuras de los franceses y sobre si serían incluso capaces de organizar un contraataque suficientemente eficaz».<sup>4</sup>

Después de la reunión del Gabinete de Guerra celebrada por la mañana, lord Halifax había recibido de un agregado naval británico destinado en Roma la confirmación de que «estaban siendo concentrados y armados buques mercantes en varios puertos... y se estaban colocando minas y redes de defensa».<sup>5</sup> Pero también había llegado un informe contradictorio procedente del embajador británico en Roma afirmando que una fuente fiable

del «máximo nivel fascista había comentado que el *signor* Mussolini había afirmado categóricamente que Italia *no* iba a entrar en guerra». <sup>6</sup> Se desencadenaron entonces discusiones sobre si era mejor no hacer nada o si debían explorarse medidas de protección tales como el cierre del canal de Suez para impedir el paso de pertrechos italianos. Churchill legó a la conclusión de que «lo más prudente sería esperar a ver qué acciones llevaban a cabo los italianos y tomar nuestra decisión en vista de ello». <sup>7</sup> La reunión se aplazó entonces hasta el día siguiente, y Winston regresó al Almirantazgo para seguir trabajando.

Se había instalado una «sala de guerra» provisional para uso personal de Churchill en la sala principal del palacio del Almirantazgo. Jock Colville recordaría que en medio de aquel «curioso y feo mobiliario adornado con delfines», que dio lugar a que el primer ministro lo llamara la «sala de los peces», se había hecho sitio para que se colocaran una secretaria personal y una de las «mecnógrafas nocturnas» de Winston especialmente formadas. «Al lado de su escritorio [del primer ministro] hay una mesa cargada de botellas de whisky, etc. Sobre el escritorio propiamente dicho hay toda clase de cosas: mondadientes, medallas de oro (que utiliza como pisapapeles), manguitos especiales para preservar las mangas de su chaqueta e impedir que se ensucien, así como innumerables pastillas y polvos». <sup>8</sup>

Alrededor de las 22:30 «apareció una variopinta concurrencia», integrada por el general Ismay; Anthony Eden, ministro de la Guerra; sir Arthur Sinclair, ministro del Aire; David Margesson, el *whip* en jefe del partido *tory*, al que Churchill había decidido mantener en su puesto; lord Beaverbrook, recientemente nombrado ministro de Producción Aérea; y Joseph Kennedy, el embajador norteamericano (padre de John Fitzgerald Kennedy). Colville los llamó una pandilla de «extraños compañeros de cama, por cierto» y los oyó hablar acerca del avance alemán con «opiniones alarmistas y... de dudosa fiabilidad», según comenta, «por parte del señor Kennedy». <sup>9</sup>

Una vez más Churchill estuvo trabajando hasta pasada la una de la madrugada, pero a las siete de la mañana del 15 de mayo ya se había levantado para hablar con el primer ministro francés. Las noticias que recibió fueron terribles. Reynaud, según la descripción del propio Churchill, se

encontraba en un «estado de gran nerviosismo»;<sup>10</sup> el día anterior, a última hora de la tarde, el contraataque francés al sur de Sedán había fracasado, de modo que «el camino hacia París estaba abierto y la batalla se había perdido. Habló incluso de rendirse».<sup>11</sup> Lo último que necesitaba Churchill era que el aliado más fuerte de su país perdiera la cabeza, rindiéndose militarmente y dejando sola a Gran Bretaña frente a la fuerza bruta de los nazis. Churchill se puso a hablar con Reynaud y a intentar calmarlo:

[Dijo a Reynaud que] no debía dejarse engañar por mensajes dictados por el pánico [los despachos militares] de ese estilo; que solo una pequeña proporción del ejército francés había entrado en combate y que los alemanes que habían roto las líneas estarían en una posición de gran vulnerabilidad. Dijo además varias veces que, hicieran lo que hicieran los franceses, nosotros continuaríamos luchando hasta el final.

*Monsieur* Reynaud preguntó si enviaríamos más tropas en su ayuda. El primer ministro comentó que, como bien sabía, semejante cosa era imposible.

El primer ministro pidió permiso a *monsieur* Reynaud —que se lo concedió— para hablar directamente con el general Georges [el comandante en jefe del Frente del Nordeste de Francia]. El general Georges llamó por teléfono más tarde, poco después de las nueve de la mañana.<sup>12</sup>

Afortunadamente, la conversación de Churchill con el general resultó mucho más tranquila, de modo que Winston pudo informar después en la reunión del Comité de Jefes de Estado Mayor de las 10:00 y en la del Gabinete de Guerra celebrada a las 11:00 de que, aunque «la situación era indudablemente grave ... los alemanes habían logrado llevar a cabo su avance a lo largo de un frente bastante amplio, pero que la brecha ya había sido cerrada».<sup>13</sup>

¿Cerrada? La buena noticia se hizo correr y fue transmitida de boca en boca.

Pero el alivio que suministró fue efímero. Lord Halifax tenía noticias inquietantes que comunicar. En primer lugar, el ministro plenipotenciario de los Países Bajos en Londres lo había llamado aquella misma mañana para informarle de que los holandeses iban a «anunciar la rendición de Róterdam y Utrecht con el fin de evitar más pérdidas inútiles de vidas humanas».<sup>14</sup> Alfred «Duff» Cooper, el nuevo ministro de Información de Churchill, se dio cuenta inmediatamente del desastre a nivel publicitario que podía suponer el

hecho de que el pueblo británico se enterara por la prensa de la proclama de los holandeses y del pánico que iba causar la retirada de la guerra de los Países Bajos. Churchill reconoció que «habría que aclarar que la acción anunciada ... no suponía más que la capitulación militar de una zona en concreto».<sup>15</sup>

La segunda mala noticia que llevó Halifax al Gabinete de Guerra tenía que ver con un informe de Joseph Kennedy, al que un colega de Roma había comunicado que

... la situación se ha vuelto tan seria que ... ahora pensaba que había diez probabilidades contra una de que [Italia] entrara en guerra al lado de Alemania ... El *signor* Mussolini ya se había decidido. Estaba convencido de que las informaciones acerca de las operaciones militares que *Herr* Hitler había dado en el pasado al *signor* Mussolini siempre habían sido correctas; y que las informaciones que *Herr* Hitler le había enviado aquella misma mañana indicaban una victoria total de los alemanes en Bélgica y en los Países Bajos.<sup>16</sup>

Un ambiente fúnebre invadió la sala. Si Italia entraba en la guerra, era menos probable todavía que Francia, obligada a hacer frente a *dos* enemigos, lograra sobrevivir. En este contexto, Gran Bretaña no tardaría en ser el único país que se interpusiera entre Hitler y su dominio total de Europa. El general Ironside escribió en su diario:

La guerra está cada vez más cerca de nosotros y le obliga a uno a pensar más. Estamos viviendo una nueva etapa de la historia, sin que nadie pueda prever el rumbo que va a tomar. Nadie creía que nos viéramos enzarzados tan pronto en la guerra, y desde luego no en una lucha a muerte. No hicimos ningún preparativo, ni siquiera para desarrollar una industria de guerra, y ahora no podemos recuperar el tiempo perdido. Es demasiado tarde. Este año puede vernos vencidos, pero no puede llevarnos a derrotar a Alemania, como no sea por medios económicos.<sup>17</sup>

Halifax, que cada vez más miraba hacia Italia en busca de un rayo de esperanza, propuso que «quizá tuviera algún valor que el primer ministro ... enviara un comunicado al *signor* Mussolini».<sup>18</sup> Churchill se mostró dispuesto a hacerlo, además de esbozar los «detalles del mensaje personal que se había acordado que enviara al presidente Roosevelt informándole de la gravedad de la situación».<sup>19</sup>

El sudor debió de correr a chorros por la frente de Chamberlain en el ambiente sofocante y cargado de humo de la sala del gabinete del 10 de Downing Street. Sus errores debieron de hacerse palpables a los otros veintidós hombres sentados alrededor de la mesa, que ahora veían cómo Churchill intentaba desesperadamente recoger los pedazos y salvar a Inglaterra de la misma suerte que estaba corriendo Europa en aquellos momentos. Cuando acabó la última reunión, por lo demás larguísima, Chamberlain regresó a la habitación de Halifax para hablar con él. En su diario, este último describe al antiguo primer ministro «bastante turbado por los acontecimientos políticos ... Me dijo que siempre había pensado que no podría hacer frente a la tarea de ser primer ministro en una guerra, pero que cuando llegó la ocasión lo hizo; pero que ahora que la guerra se agravaba, no podía por menos que sentir alivio de que la responsabilidad final no fuera suya».<sup>20</sup>

Ahora que esa enorme responsabilidad pesaba sobre sus hombros, Churchill se sentó a escribir al presidente Roosevelt. A diferencia de Halifax, consideraba que los Estados Unidos eran el baluarte más inmediato de Gran Bretaña frente a los nazis.

Durante el tiempo que había ejercido como primer lord del Almirantazgo, Churchill había establecido una fuerte relación con Roosevelt, de modo que le habló con franqueza:

Aunque he cambiado de cargo, estoy seguro de que no desea usted que interrumpa nuestra íntima correspondencia privada. Como sin duda bien sabrá, el escenario se ha ensombrecido rápidamente. El enemigo tiene una marcada superioridad aérea, y esta nueva técnica suya está causando un profundo impacto en los franceses. Me imagino que los combates por tierra no han hecho más que empezar, y me gustaría ver cómo se enfrentan las multitudes de soldados. Hasta el momento, Hitler está trabajando con unidades especializadas de tanques y de aviones. Los países pequeños son sencillamente aplastados, uno tras otro, y hechos astillas. Debemos esperar, aunque todavía no es seguro, que Mussolini entre en guerra inmediatamente para participar del saqueo de la civilización. Nosotros mismos esperamos ser atacados en un futuro inmediato por aire y por paracaidistas y tropas aerotransportadas, y nos preparamos para hacerles frente. Si es necesario, continuaremos la guerra solos, y no tenemos miedo de hacerlo. Pero confío en que se dé usted cuenta, señor presidente, de que la voz y la fuerza de los Estados Unidos quizá no sirvan de nada si se tarda demasiado tiempo en utilizarlas. Puede que se encuentre usted con una Europa completamente

sometida, nazificada, establecida con sorprendente rapidez, y quizá ese peso sea mayor de lo que podamos soportar. Todo lo que le pido de momento es que proclame la no beligerancia de su país, lo que significaría que nos ayudarán ustedes con todo menos con el empleo efectivo de sus fuerzas armadas...<sup>21</sup>

Enumeraba a continuación seis necesidades inmediatas, que iban desde el préstamo de cuarenta o cincuenta viejos destructores norteamericanos, hasta el suministro de varios centenares de «aviones de los modelos más modernos» y de equipos antiaéreos, o la venta de acero y de otras materias primas estadounidenses. Todo ello, explicaba, «iremos pagándolo en dólares mientras podamos, pero me gustaría tener la seguridad razonable de que cuando no podamos seguir pagando, nos proporcionen ustedes el material igualmente».<sup>22</sup>

Churchill solicitaba además «la visita de una escuadra estadounidense a los puertos irlandeses» como elemento disuasorio de una hipotética invasión alemana de Gran Bretaña a través de Irlanda; finalmente pedía que el presidente «mantuviera tranquilo en el Pacífico al perro japonés, utilizando Singapur como creyera conveniente». Al firmar la carta despidiéndose «con mis mejores deseos y todo mi respeto», lo único que podía hacer era esperar que el presidente le respondiera.<sup>23</sup>

Desde el comienzo del régimen agresivo de Hitler en 1933, los Estados Unidos habían mantenido una firme posición de neutralidad, hasta tal punto que Roosevelt había declarado abiertamente que su país no intervendría de ninguna manera en un futuro conflicto europeo. De hecho durante los últimos años de la década de 1930, el Congreso aprobó varias leyes de neutralidad para prohibir los préstamos comerciales o financieros a los países beligerantes. Cuando finalmente la guerra estalló en 1939, esos términos fueron revisados y se legalizó la venta de materiales (excepto armas), basada en el principio de «autoservicio con pago inmediato» (*cash-and-carry*), que permitía a los Estados Unidos suministrar ayuda extraoficial a Gran Bretaña y Francia, las dos únicas naciones consideradas capaces de «pagar en metálico» (*cash*) y «llevarse» (*carry*) por su cuenta a sus países las mercancías adquiridas.

Dos semanas antes de que Churchill tomara la pluma para escribir a Roosevelt, Gran Bretaña se había asegurado la compra de 324 cazas Curtis P-40 destinados al ejército y 81 cazas Grumman destinados a la armada. La versión oficial decía que los aviones estaban «siendo fabricados en y para los Estados Unidos».<sup>24</sup> Inglaterra pidió permiso para que un portaaviones recogiera los aparatos en un puerto norteamericano, pero Roosevelt rechazó la petición debido a las condiciones exigidas por las leyes de neutralidad; propuso, sin embargo, que «nosotros [los americanos] podríamos encargarnos de trasladar por vía aérea los aviones hasta la frontera canadiense, remolcarlos al otro lado de la frontera, y llevarlos otra vez por vía aérea a Botwood [en Terranova]».<sup>25</sup> ¿Remolcarlos al otro lado de la frontera? Sí. Las leyes prohibían cualquier tipo de asistencia mecánica. Pero aquel ofrecimiento casi cómico, con la complejidad y la improvisación que comportaba, era también una muestra extraordinaria de la determinación del presidente de soslayar sus propias leyes de neutralidad. La abrumadora victoria electoral de Roosevelt en 1936 se había debido a una fuerte postura de oposición a la guerra, y Churchill sabía que, pese al fuerte apoyo de la opinión pública americana a la causa de los aliados, la intervención abierta del país en la guerra en aquella coyuntura iba a ser difícil.

Como señalaba en su carta al presidente norteamericano, Churchill esperaba en aquellos momentos que la Italia fascista *entrara* en la guerra al lado de Hitler. El tono de intimidación con el que escribió la carta a Roosevelt no se trasladó a la que escribió a Mussolini cuando, el 16 de mayo por la mañana, envió una misiva breve y hasta cierto punto melodramática al que pronto sería su enemigo en Roma:

Ahora que he asumido el cargo de primer ministro y de ministro de Defensa pienso en las entrevistas que mantuvimos en Roma y siento deseos de decirle palabras de buena voluntad en su calidad de jefe de la nación italiana por encima del abismo que parece ensancharse a pasos agigantados. ¿Es acaso demasiado tarde para impedir que corra un río de sangre entre el pueblo británico y el italiano? Indudablemente podemos infligirnos graves heridas uno a otro y vapulearnos de mala manera, oscureciendo el Mediterráneo con nuestra contienda. Si decreta usted que así sea, así será; pero por mi parte afirmo que nunca he sido enemigo de la grandeza de Italia, ni tampoco he sido nunca de corazón enemigo del hombre que dicta la ley en Italia. Es inútil pronosticar el rumbo que seguirán las grandes batallas que están asolando actualmente Europa,

pero estoy seguro de que, pase lo que pase en el continente, Inglaterra seguirá adelante hasta el final, aunque sea completamente sola, como ya hemos hecho otras veces, y tengo algún que otro motivo para creer que contaremos cada vez más con la ayuda de los Estados Unidos y de hecho de todas las Américas.

Le ruego que crea que no es un espíritu de debilidad o de temor el que me impulsa a hacer este solemne llamamiento del que quedará pública constancia. A través de los tiempos, por encima de cualquier otro llamamiento, se oye el mandato que exhorta a los coherederos de la civilización latina y cristiana a no enfrentarse en otra contienda mortal. Le suplico a usted, con el mayor honor y respeto, que lo escuche, antes de que se dé el terrible aviso de que comienza el choque. No seremos nunca nosotros los que lo demos.<sup>26</sup>

Da la impresión de que había algunos viejos rencores que seguían muy vivos tanto en Hitler como en Mussolini, y de hecho cuando este respondió a la carta de Churchill dos días después, dejaba sus ideas muy claras:

Respondo al mensaje que me ha enviado para decirle que sin duda no ignora usted los graves motivos de carácter histórico y contingente que han situado a nuestros respectivos países en campos opuestos. Sin remontarnos demasiado atrás en el tiempo, le recuerdo la iniciativa tomada en 1935 por el gobierno de su país con el fin de organizar en Ginebra una sanción contra Italia, cuando estaba inmersa en asegurarse un pequeño lugar bajo el sol de África sin causar el menor mal a los intereses o a los territorios ni de ustedes ni de ningún otro. Le recuerdo también el estado de servidumbre real y efectiva en el que se encuentra Italia en su propio mar. Si fue para honrar su firma por lo que su gobierno declaró la guerra a Alemania, comprenderá usted que ese mismo sentido del honor y del respeto debido a los compromisos adquiridos en el tratado germano-italiano guía hoy día y guiará mañana la política italiana ante cualquier tipo de acontecimiento.<sup>27</sup>

Tras suplicar a América ayuda y a Italia decencia en su comportamiento, Winston se encaminó directamente a la reunión del Gabinete de Guerra convocada para las 11:30 de la mañana del 16 de mayo. Una vez más, al llegar allí las noticias eran lúgubres.

El general Ironside comunicó a los presentes que los alemanes habían sorprendido a los franceses rompiendo la línea Maginot y que «no había duda de que la situación era casi crítica ... Ahora todo dependía de que los franceses combatieran vigorosamente en el contraataque que el general Gamelin proponía lanzar».<sup>28</sup> Los franceses habían subestimado enormemente

la capacidad de los tanques alemanes de cruzar el punto más débil de la línea, situado cerca del bosque de las Ardenas, dando por supuesto que el terreno resultaría demasiado dificultoso. Había prevalecido la opinión de que la serie de fortalezas y puestos fortificados de casi 140 km de longitud que formaba la línea era prácticamente impenetrable. Cuando fue acabada en 1935, la construcción de la línea había costado la escalofriante cifra de 7.000 millones de francos, pero todavía quedaba una línea enorme de más de 400 kilómetros de frontera desprotegida entre Francia y Bélgica. Así, pues, los muros habían sido bien construidos, pero la puerta trasera se había dejado abierta.

Como sabía de primera mano cuál era el estado de nerviosismo en el que se hallaba el primer ministro francés, Paul Reynaud, Churchill se mostró de acuerdo en enviar a Francia la ayuda solicitada de cuatro escuadrones de cazas, antes de viajar él mismo esa tarde a una reunión de emergencia del Consejo Supremo de Guerra en el Quai d'Orsay de París. Había decidido que la vieja amiga de Gran Bretaña necesitaba que le dieran ánimos para que opusiera una resistencia heroica.

Acompañado del general Ismay y del vicejefe del Estado Mayor General Imperial, el general sir John Dill, Churchill cruzó el canal a bordo de su avión preferido, un Flamingo, acompañado de dos cazas Hurricane. Por el camino fue puliendo sus armas diplomáticas y decidió acentuar las desgracias de Francia poniéndose a hablar en francés. (Del mismo modo que inventó nuevas palabras en inglés como *paintatious* [«pinturoso»] para calificar los paisajes que se prestaban a ser pintados, a menudo hablaba «franglés» intencionadamente, acuñando frases memorables, como cuando durante una acalorada discusión con el general Charles de Gaulle en Casablanca, en enero de 1943, dijo: *Si vous m'obstaclerez, je vous liquidirai!* («¡Si sigue usted poniéndome obstáculos, lo liquidaré!»), dicho en *franglés*.)

Ismay recuerda aquel viaje en sus memorias:

Desde el momento en que pusimos los pies en el aeródromo de Le Bourget, se notó un ambiente inequívoco de depresión ... Mientras atravesábamos las calles en coche, la gente parecía apática y resignada, y nadie daba muestras de la pasión desafiante que había inspirado el grito: *Ils ne passeront pas!* [¡No pasarán!] oído en la lucha anterior. Todos mostraban poco interés por nuestro convoy fuertemente escoltado, y no se oyeron ovaciones a Churchill ... El Quai d'Orsay ... era todavía más deprimente.

*Monsieur* Reynaud, *monsieur* Daladier [ministro de defensa y antiguo primer ministro] y el general Gamelin estaban esperándonos en una gran sala con vistas a un jardín que en mi última visita me había pareció tan encantador y bien cuidado, pero que ahora estaba desfigurado con montones de fogatas. Los archivos franceses habían empezado ya a ser pasto de las llamas.<sup>29</sup>

Churchill entró en la sala con un aire dominante. La moral de los franceses estaba desesperadamente baja, y tenía que actuar con rapidez si quería evitar que se rindieran por completo. Telegrafió al Gabinete de Guerra para informar del pánico reinante en París y «hacer hincapié una vez más en la gravedad mortal del momento».<sup>30</sup> Su propuesta era que «deberíamos enviar los escuadrones de cazas pedidos (i. e. seis más) mañana», y solicitó que se reuniera esa misma noche a las 23:00 para discutir su sugerencia sin estar él presente, y que le mandaran la contestación a media noche. Semejante estrategia había sido rechazada hasta ese momento porque habría debilitado seriamente las defensas de Inglaterra, pero París había quedado casi completamente indefensa y no había más opción. Treinta minutos después, el Gabinete de Guerra devolvió la llamada dando su conformidad. Ismay recuerda:

[Churchill estaba] encantado de que el Gabinete de Guerra hubiera respaldado su recomendación con tanta rapidez, y pensamos que telefonaría de inmediato a *monsieur* Reynaud para darle la buena nueva. Pero de eso nada. Estaba decidido a decírselo cara a cara. Ese era su carácter. Todos conocemos el placer que causa a algunos amigos nuestros, especialmente a los más jóvenes, contemplar la expresión de nuestro rostro cuando abrimos sus regalos. Ese era el motivo del señor Churchill en aquel momento. Estaba a punto de regalar a Reynaud una perla de valor incalculable, y quería contemplar su rostro cuando la recibiera.<sup>31</sup>

Churchill e Ismay se trasladaron a toda velocidad en plena noche a comunicar la noticia a Reynaud antes de embarcarse con destino a Londres a las siete de la mañana del 17 de mayo. Pero Reynaud no estaba en su despacho; ni tampoco estaba en su domicilio con su esposa. Estaba con su amante, *Madame la Comtesse* de Portes, en el modesto piso que ocupaba esta en la Place du Palais Bourbon, donde lo encontraron cómodamente instalado en albornoz. Winston, aparentemente impávido, quería contar con un público

más numeroso a la hora de transmitir su mensaje e insistió en que invitaran a Daladier, el ministro de Defensa, a reunirse con ellos. Pero Daladier tampoco estaba en casa con su esposa. Sería *Madame la Marquise* de Crussol la que pasara el teléfono a Daladier, su amante, y le dijera que *monsieur* Churchill deseaba hablar con él de un asunto urgente.

Alivio, gratitud y cálidos apretones de manos acogieron la oferta de más aviones hecha por Churchill, pero los tres mandatarios dudaban de que aquello fuera a cambiar mucho la situación. El mayor temor de Winston en aquellos momentos era que Francia decidiera enseguida firmar un acuerdo de paz con Hitler. Entonces todo el peso de la resistencia caería únicamente sobre Gran Bretaña y su imperio.

A su llegada de vuelta a Downing Street, el primer ministro convocó al Gabinete de Guerra para las 10:00, con el fin de contar a sus miembros su visita a Francia. Churchill expresó su pesar por «haberse tenido que enfrentar a la decisión más grave que haya tenido que tomar nunca un gabinete británico», pero dijo que la respuesta del Gabinete de Guerra «había reforzado [los ánimos de los franceses] en un grado muy considerable».<sup>32</sup>

La entrevista en París no había sido fácil. El compromiso británico de enviar seis escuadrones de cazas era enormemente generoso, teniendo en cuenta que solo había treinta y nueve para proteger a Inglaterra. Ante los franceses Churchill había dicho que esos escuadrones eran «la vida del país» y les había explicado lo necesario que era conservarlos, pues los ingleses habían perdido ya treinta y seis aparatos en la defensa del Mosa. Los franceses replicaron que ellos «habían comenzado la batalla con 650 cazas, y que ahora solo les quedaban 150»,<sup>33</sup> a lo que Churchill repuso que «nosotros habíamos bombardeado todos los lugares que nos habían pedido, y estábamos deseosos de atacar solo los objetivos vitales que impidieran al enemigo atacar de día. No era razonable exigir que la aviación británica se encargara de los vehículos de combate blindados de los alemanes. Eso era algo que debían hacer las fuerzas terrestres».<sup>34</sup> Churchill terminó su relato de la reunión del Consejo Supremo de Guerra y a continuación leyó en voz alta la respuesta que acababa de recibir del presidente Roosevelt.

Por desgracia, no era el comunicado salvador que habría deseado recibir. Roosevelt explicaba que «por supuesto prestaba toda la atención posible a las sugerencias que hace en su mensaje», pero que cualquier esfuerzo de ayuda a los aliados «llevaría tiempo».<sup>35</sup>

Pero si algo se había agotado para la Europa occidental era el tiempo. El Gabinete de Guerra acordó que, en las actuales circunstancias, era preciso hacer al pueblo británico una declaración de estado de «emergencia suprema». No podía aplazarse más. Chamberlain «invitó al primer ministro a efectuar una declaración por radio al día siguiente».<sup>36</sup>

El sábado 19 de mayo por la mañana, Clementine Churchill regresó temprano de la función religiosa celebrada en la iglesia de St Martin-in-the-Fields, en el centro de Londres, que abandonó cuando el predicador se puso a hacer un sermón pacifista. Winston le dijo: «Deberías haber exclamado: “¡Qué vergüenza! ¡Profanar la casa de Dios con mentiras!”».<sup>37</sup> En un momento como aquel, el pacifismo era justo lo contrario de lo que la nación necesitaba oír; y lo contrario de lo que Churchill se disponía a decirle. Más tarde, ese mismo día Colville reseña que, lleno de frustración y tras «una semana agotadora, [Churchill] se retiró a Chartwell ... a pasar unas cuantas horas al atardecer y a entretenerse un poco dando de comer al único cisne negro que le quedaba (los demás se los habían comido los zorros)».<sup>38</sup> Sin embargo, casi inmediatamente después fue convocado de nuevo en Downing Street para una nueva reunión del Gabinete de Guerra a las 16:30.

Francia no había organizado todavía ningún contraataque creíble, y con el ejército alemán avanzando rápidamente hacia la costa, habían dado comienzo entre los militares las discusiones acerca de una posible retirada de la Fuerza Expedicionaria Británica (FEB), integrada por casi 400.000 hombres, que debía abandonar la frontera de Bélgica, en el norte de Francia, para dirigirse al puerto de Dunkerque. Semejante planteamiento causó una gran consternación entre los miembros del gabinete, y Winston pensó que si la FEB era obligada a adoptar semejante posición se vería «prácticamente encerrada en un polvorín, y su pérdida total sería solo cuestión de tiempo ...

Debemos hacer frente al hecho de que el ejército belga quizá se pierda en su totalidad, y no le haríamos ningún favor sacrificando a nuestro propio ejército». <sup>39</sup>

El Gabinete de Guerra concluyó y a las seis de la tarde Churchill empezó por fin a escribir su discurso.

Se sentó a solas en su despacho del Almirantazgo, con la pluma en ristre, y unas cuantas hojas de papel en blanco ante sí. Una vez más se enfrentaba al reto: ¿Qué palabras utilizar? ¿En qué orden? ¿Qué cuerdas tocar? ¿Cuáles evitar?

¿Cómo debieron correr su pluma y su imaginación, pues solo tres horas después se encontraba sentado ante los micrófonos de la BBC, con las páginas de su discurso llenas de correcciones delante, para intentar una vez más galvanizar el apoyo de una nación atemorizada!

Un aspecto del ensayo del discurso que el público no vería nunca raya casi en la farsa. Como dice su biógrafo, William Manchester, «después de cuarenta años en la Cámara de los Comunes, Churchill giraba la cabeza instintivamente de izquierda a derecha [mientras hablaba]. Aquello no habría tenido sentido en la radio, así que Tyrone Guthrie, director del teatro Old Vic de Londres, se colocó detrás de él agarrándolo fuerte de las orejas mientras hablaba sentado ante un escritorio en una pequeña habitación...». <sup>40</sup>

¿Agarrándolo de las orejas? Quedémonos, pues, con esta imagen, mientras vemos cómo el reloj de pared de la BBC da las 21:00 horas y escuchemos a Churchill, que, iluminado por una luz verde, empieza a hablar por el micrófono:

Les hablo por primera vez como primer ministro en una hora solemne para la vida de nuestro país, de nuestro imperio, de nuestros aliados, y sobre todo, para la causa de la libertad. En Francia y en Flandes se está librando una batalla tremenda. Los alemanes, con una curiosa combinación de bombardeos aéreos y de tanques fuertemente blindados, han roto las defensas francesas y avanzan al norte de la línea Maginot, y poderosas columnas de vehículos blindados están asolando a campo abierto el país, que desde hace un día o dos está sin defensores. Han penetrado ya en el interior del país sembrando la alarma y la confusión a su paso. Detrás de ellos pueden verse ahora soldados de infantería montados en camiones y por detrás de estos últimos avanza un gran número de efectivos. El reagrupamiento de los ejércitos franceses con

el fin de hacerles frente y también de abatirse sobre ellos, sobre esa cuña que se ha metido en su territorio, lleva efectuándose desde hace varios días, en gran medida apoyado por los magníficos esfuerzos de la Real Fuerza Aérea.

No debemos permitir que nos intimide la presencia de esos vehículos blindados en lugares inesperados detrás de nuestras líneas. Si bien están ya detrás de nuestro frente, los franceses están combatiendo también activamente en muchos lugares por detrás del suyo. Por consiguiente los dos bandos se encuentran en una posición extremadamente peligrosa. Y si el ejército francés y nuestro propio ejército son bien manejados, como creo que lo serán; si los franceses mantienen el don que poseen para la recuperación y el contraataque, por el que han sido famosos durante tanto tiempo; y si el ejército británico hace gala de su tenacidad y de su aguante, y de la sólida capacidad de lucha de las que ha dado tantos ejemplos en el pasado ... entonces podría producirse una transformación repentina del escenario.

Sería una locura, sin embargo, disfrazar la gravedad del momento. Sería una locura todavía mayor perder los ánimos y el valor o suponer que unos ejércitos bien adiestrados y bien equipados, que ascienden a tres o cuatro millones de hombres, pueden ser superados en el plazo de unas cuantas semanas, o incluso meses, por una maniobra ágil o por la incursión de unos vehículos mecanizados, por formidables que sean. Podemos esperar con confianza la estabilización del frente en Francia y el compromiso activo de las tropas en general, lo que permitirá que las cualidades de los soldados franceses y británicos se pongan al mismo nivel que las de sus adversarios. Por mi parte, tengo una confianza indomeñable en el ejército francés y en sus líderes. De momento solo una pequeña parte de ese espléndido ejército ha entrado en combate; y solo una pequeña parte de Francia ha sido invadida. Hay bastantes pruebas que demuestran que prácticamente la totalidad de las fuerzas especializadas y mecanizadas del enemigo han sido lanzadas ya al combate; y sabemos que se les han infligido graves pérdidas. Todo oficial o soldado raso, toda brigada y toda división que se enzarce en un combate cuerpo a cuerpo con el enemigo, doquiera se enfrente a él, realizará por fuerza una aportación valiosa al resultado general. Los ejércitos deben abandonar la idea de resistir por detrás de líneas de hormigón o de obstáculos naturales, y deben darse cuenta de que el dominio solo puede recuperarse por medio de un ataque feroz e implacable. Y ese espíritu debe animar no solo al alto mando, sino inspirar también a todo combatiente.

Por el aire —a menudo en condiciones de inferioridad, una inferioridad considerada insuperable hasta este momento— hemos venido deshaciéndonos del enemigo a razón de tres o cuatro a uno; y el equilibrio relativo de las fuerzas aéreas británicas y alemanas es ahora considerablemente más favorable a nosotros de lo que lo era al principio de la contienda. Por lo que se refiere a la reducción y al derribo de bombarderos alemanes, estamos librando nuestra propia batalla, pero también la de Francia. Mi confianza en nuestra capacidad de seguir luchando a muerte hasta el final contra la fuerza aérea alemana se ha visto reforzada tras los feroces choques que han

tenido y están teniendo lugar. Al mismo tiempo, nuestros bombarderos pesados están golpeando todas las noches en la raíz misma de la potencia mecanizada alemana, y ya han infligido graves daños a las refinerías de petróleo de las que depende directamente el esfuerzo de los nazis por dominar el mundo.

Debemos esperar que, tan pronto como se alcance la estabilidad en el frente occidental, el grueso de ese horroroso aparato de agresión que sumió a Holanda en la ruina y en la esclavitud en pocos días se vuelva contra nosotros. Estoy seguro de que hablo por todos cuando digo que estamos dispuestos a hacerle frente; a aguantarlo; y a vengarnos de él: hasta el punto que nos permitan hacerlo las leyes no escritas de la guerra. Habrá muchos hombres y muchas mujeres en nuestra isla que cuando les llegue el momento, como les llegará, de enfrentarse a la gran prueba, sentirán consuelo, e incluso orgullo por compartir los mismos peligros que arrostran nuestros muchachos en el frente —soldados, marineros y aviadores, ¡Dios los bendiga!— y por librarles de parte al menos del embate que tienen que aguantar. ¿No es esta acaso la hora señalada de que todos hagan el máximo esfuerzo del que sean capaces? Si queremos ganar la batalla, debemos proveer a nuestros hombres de cantidades cada vez mayores de las armas y las municiones que necesitan. Debemos tener —debemos tenerlos enseguida— más aviones, más tanques, más bombas, y más cañones. Tenemos una necesidad imperiosa de todos esos materiales trascendentales. Aumentan nuestra fuerza frente a ese enemigo poderosamente armado. Suplen las pérdidas ocasionadas por una lucha obstinada; y el conocimiento de que esas pérdidas serán suplidas con celeridad nos permite recurrir con mayor rapidez a nuestras reservas y utilizarlas en este momento en el que todo cuenta tanto.

Nuestra misión no solo es ganar la batalla, sino ganar la guerra. Después que esta batalla en Francia remita su fuerza, vendrá la batalla por nuestra isla: por todo lo que Gran Bretaña es y todo lo que Gran Bretaña significa. Por eso será la lucha. En esa emergencia suprema no vacilaremos en dar todos los pasos que sean necesarios, incluso los más radicales, para sacar de nuestro pueblo el último gramo y el último centímetro de esfuerzo del que sea capaz. El interés por los propios bienes y las horas de trabajo no son nada comparados con la lucha por la vida y por el honor, por el derecho y la libertad, a la que nos hemos comprometido.

He recibido de las autoridades de la República Francesa y en particular de su indomable primer ministro, *monsieur* Reynaud, las promesas más sagradas de que, suceda lo que suceda, lucharán hasta el final, salgan las cosas bien o mal. Pero no, si luchamos hasta el final, las cosas solo pueden salir bien.

Tras recibir el encargo de Su Majestad, he formado una administración de hombres y mujeres de todos los partidos y de casi todas las opiniones. Hemos tenido nuestras diferencias y nuestras disputas en el pasado; pero ahora un mismo lazo nos une a todos: hacer la guerra hasta obtener la victoria, y no rendirnos nunca a la esclavitud y la vergüenza, sean cuales sean los costes y el dolor que ello acarree. Es este uno de los momentos más terribles de la larga historia de Francia y Gran Bretaña. Es también sin

duda alguna el más sublime. Codo con codo, sin más ayuda que la de sus parientes y amigos de los grandes dominios y la de los grandes imperios que descansan bajo su escudo; codo con codo, el pueblo británico y el pueblo francés se han puesto en marcha para salvar no solo a Europa, sino a toda la humanidad, de la tiranía más repugnante y más destructiva que haya ensombrecido y ensuciado nunca las páginas de la historia. Detrás de ellos —detrás de nosotros—, detrás de los ejércitos y las armadas de Gran Bretaña y Francia, se congrega un grupo de estados destrozados y pueblos apaleados —los checos, los polacos, los noruegos, los daneses, los holandeses, los belgas—, sobre los cuales se ha abatido la larga noche de la barbarie, que no ilumina ni una sola estrella de esperanza, a menos que vencamos, como debemos vencer. Y vamos a vencer.

Hoy es el domingo de la Trinidad. Hace siglos se escribieron estas palabras que deberían ser una llamada y un acicate para todos los fieles servidores de la Verdad y la Justicia: «Ceñíos las armas y portaos como valientes, y estad preparados para entrar en combate. Es preferible morir combatiendo que contemplar las calamidades de nuestra nación y nuestro santuario. En todo caso, hágase la voluntad del cielo».<sup>41</sup>

Como había hecho seis días antes, Churchill demostró ser un maestro de retórica, capaz de levantar al pueblo y atraerlo hacia su causa en el momento más crucial.

La respuesta de los demás políticos esta vez fue mayoritariamente positiva. Anthony Eden le escribió aquella misma noche para decirle: «Nunca has hecho nada tan bueno ni tan grandioso. Te doy las gracias y doy gracias a Dios por tenerte».<sup>42</sup> Como anotó en su diario el capitán Claude Berkley, miembro de la secretaría del Gabinete de Guerra: «El primer ministro hizo una magnífica alocución radiofónica la otra noche, que al menos ha expuesto la verdadera situación ante la gente. Está siendo “sublime” en todo momento y tras evitar un serio colapso en París hace cuatro días, ahora está galvanizando a todo el mundo aquí».<sup>43</sup> El antiguo primer ministro, Stanley Baldwin, escribió a Churchill para decirle: «Escuché su voz, que tan bien conozco, la otra noche, y me habría gustado estrechar su mano brevemente y decirle que desde el fondo de mi corazón le deseo todo lo mejor —salud y fuerza de espíritu y de cuerpo— para aguantar la intolerable carga que ahora recae sobre usted».<sup>44</sup>

Churchill necesitaría esas palabras de apoyo más de lo que podía imaginarse, pues los primeros tanques alemanes habían llegado ya a la costa, a la altura de Abbeville, y sus tripulantes miraban al otro lado del canal,

apenas a ochenta kilómetros de Inglaterra.

LUNES, 20 DE MAYO DE 1940

**EL COLAPSO DE TODO EL IX EJÉRCITO FRANCÉS HA  
APLASTADO CUALQUIER ESPERANZA DE  
CONTRAATAQUE**

**LA FUERZA EXPEDICIONARIA BRITÁNICA NO TIENE  
MÁS REMEDIO QUE INTENTAR UNA RETIRADA  
COMBATIENDO EN DIRECCIÓN A LOS PUERTOS DE LA  
COSTA... ESPECIALMENTE HACIA DUNKERQUE**

**CHURCHILL TIENE LA IDEA DE ORDENAR AL  
ALMIRANTAZGO QUE PREPARE UNA GRAN FLOTA DE  
EMBARCACIONES CIVILES PARA QUE SE DIRIJAN A  
LOS PUERTOS FRANCESES EN CASO DE EVACUACIÓN**

## Miedo, dudas y presiones desde dentro

Lo que había sido impensable cuando los alemanes invadieron los Países Bajos diez días antes —la caída de Francia—, estaba haciéndose ahora realidad, y la frustración de Churchill por la innegable falta de un servicio de inteligencia sólido empezaba a dejarse traslucir. El general Ismay recordaría:

Resulta siempre difícil obtener información precisa acerca de una batalla que cambia con rapidez, y los que se ven obligados a esperar lejos del escenario de los hechos no tienen más remedio que ejercitar su paciencia y recordar que al oficial al mando sobre el terreno le preocupa la manera en la que debe dirigir el enfrentamiento, y que a menudo carece de tiempo y de conocimientos para informar con detalle acerca de sus progresos. Mi impetuoso superior no admitió nunca esta obviedad; ni tampoco tuvo nunca demasiado en cuenta el hecho de que, en la confusión de la guerra, el propio oficial al mando no sabe hora a hora lo que está sucediendo en los distintos puntos de un frente enorme.<sup>1</sup>

Churchill envió al general Ironside a Francia con la esperanza de que, como jefe del Estado Mayor General Imperial, lograra arrojar alguna luz sobre la situación exacta a la que se enfrentaban los ejércitos franceses, belgas y británicos. Mientras tanto, el Gabinete de Guerra se reunía el 20 de mayo a las 11:30 para discutir una vez más las opciones de apoyo militar a los aliados de Gran Bretaña.

Presintiendo que podía ser inminente una invasión de Inglaterra por los nazis, Churchill acordó con el Gabinete de Guerra que su país «había alcanzado ya el límite absoluto de la asistencia aérea que podemos prestar a Francia, si queremos tener la más mínima posibilidad de proteger el Reino Unido, la armada, nuestro comercio marítimo, nuestra industria aeronáutica, y todos los centros vitales a lo largo y ancho del país de los que debemos

depender para poder continuar la guerra».<sup>2</sup> Se trataba, por supuesto, de una conclusión razonable, pero además presentaba también la perspectiva real de que, si no contaba con más apoyo durante los próximos días, el ejército francés «quizá abandone la lucha».<sup>3</sup>

La rendición de Francia tal vez pudiera evitarse si los estadounidenses accedían a suministrar los aviones que los británicos les habían pedido. Churchill había enviado la noche anterior «un telegrama a esos malditos yanquis»,<sup>4</sup> y estaba esperando la respuesta del presidente norteamericano, pero el tiempo para llevar a cabo una operación de socorro de última hora estaba agotándose y el primer ministro abandonó sus habituales «palabras tranquilizadoras»<sup>5</sup> para advertir a Roosevelt:

Bajo ninguna circunstancia imaginable consentiremos rendirnos. Si los integrantes de esta administración se vieran acabados y vinieran otros a parlamentar en medio de las ruinas, no debe cegarle a usted el hecho de que la única baza que quedaría por jugar contra Alemania sería la armada, y si este país fuera abandonado por los Estados Unidos a su suerte, nadie tendría derecho a culpar a los responsables por recurrir a los mejores medios de que dispusieran para garantizar la supervivencia de la población. Discúlpeme, señor presidente, por exponer esta pesadilla en toda su crudeza. Evidentemente yo no podría responder por mis sucesores, que en la más absoluta desesperación y desamparo probablemente tendrían que adaptarse a la voluntad de los alemanes.<sup>6</sup>

El general Ironside regresó de Francia el 21 de mayo por la mañana, habiendo salvado su vida por los pelos cuando una bomba alemana alcanzó su hotel de Calais, y a las 11:30 se presentó directamente en el Gabinete de Guerra a dar las últimas noticias a sus colegas. Todas las que traía eran malas. Había encontrado al alto mando francés «en un estado de indecisión»<sup>7</sup> total, intentando por todos los medios dar un sentido a lo que estaba pasando, debido a lo malas que eran las comunicaciones. Ironside escribió en su diario que «perdí la compostura y agarré por los botones de su guerrera a Billotte [el comandante en jefe de los ejércitos del norte de Francia]. Este hombre está completamente derrotado».<sup>8</sup>

Comunicó que las carreteras estaban terriblemente congestionadas debido a los «cientos de miles de refugiados procedentes de Bélgica y de las ciudades del norte de Francia»,<sup>9</sup> que ralentizaban enormemente los

movimientos de las tropas aliadas. El avance alemán hacia la ciudad costera de Boulogne significaba en esos momentos que las fuerzas británicas y belgas posicionadas en el norte de Francia habían quedado casi completamente separadas del ejército francés y de las bases en las que se guardaban todos sus pertrechos y suministros. Sin medios y sin liderazgo, cualquier posibilidad de volver a poner en contacto a las fuerzas aliadas en combate parecía menos probable cada minuto que pasaba.

La situación era un completo caos.

Churchill decidió que no le quedaba más remedio que volver a París al día siguiente, 22 de mayo, por la mañana temprano, para entrevistarse con Weygand y Reynaud, e intentar obligarlos a poner algo de orden. Estaba profundamente escandalizado por la falta de información. «En toda la historia de la guerra, nunca he visto tal desbarajuste»,<sup>10</sup> dijo a Jock Colville, que anotó en su diario que «no había visto [nunca] a Winston tan deprimido»,<sup>11</sup> y, para rematar la faena, cuando estaba a punto de retirarse a dormir a la 1:30 de la madrugada, recibió la noticia de que el general Billotte se había visto envuelto en un accidente de automóvil cuando marchaba a una velocidad excesiva, sumiendo al alto mando francés en un mayor desconcierto.

La posición de la Fuerza Expedicionaria Británica era peor en aquellos momentos de lo que había sido nunca y la retirada a los puertos del canal que se había propuesto tendría que llevarse a cabo sin los pertrechos y los suministros de alimentos necesarios. Aparte de si la FEB podría finalmente llegar a la costa y de cuándo podría hacerlo, subsistía el problema de cómo evacuar a los 300.000 hombres y el considerable volumen de armamento que llevaban consigo. La Luftwaffe controlaba los cielos y una playa no era un puerto seguro.

Cuando Churchill llegó a París el 22 de mayo, se sintió aliviado al ver una nueva fuente de energía proveniente del recién nombrado comandante supremo del ejército francés, el general Weygand, de setenta y tres años, que «pese a los esfuerzos físicos realizados y a haber pasado la noche de viaje ... se veía fresco, optimista e incisivo. Causó una impresión excelente a todo el mundo», y procedió a explicar «sus planes de guerra».<sup>12</sup>

Gran Bretaña había enviado ya al continente el máximo de unidades del ejército en activo, reservando tan solo las que eran imprescindibles para la defensa del país. Habían desembarcado en Boulogne aquel mismo día y en aquellos momentos estaban tomando medidas para proteger los puertos franceses de Calais y Dunkerque, un poco más al norte. Weygand aseguró a Churchill durante su encuentro que «había en Calais tres batallones de infantería franceses y que el mando en Dunkerque estaba en manos de un almirante particularmente vigoroso, que tenía a su disposición fuerzas suficientes para proteger la ciudad»,<sup>13</sup> y, tras evaluar el frente en persona, [Weygand] podía concluir que «no cabía pretender que las fuerzas anglo-franco-belgas del norte, consistentes en más de cuarenta divisiones, se retiraran simplemente hacia el sur en un intento de reunirse con el principal ejército francés. Semejante movimiento se habría visto abocado al fracaso y las tropas habrían sido condenadas a un desastre seguro».<sup>14</sup> Churchill se mostró de acuerdo, pero explicó al primer ministro francés y al general Weygand que entendía que las relaciones entre el general Billotte y lord Gort «no eran enteramente satisfactorias»,<sup>15</sup> de modo que había que trabajar para restaurar las líneas esenciales de comunicación entre las fuerzas aliadas situadas al norte y al sur del avance alemán.

Después de más de una hora aproximadamente, la reunión del Consejo Supremo de Guerra concluyó, según señalaría Ismay, «con una nota de optimismo contenido»,<sup>16</sup> y Churchill y él regresaron a Londres.

Ironside anotó en su diario, no sin cierta sorpresa, que durante la reunión del Gabinete de Guerra de las 19:30 el primer ministro estuvo «con un ánimo optimista, debido a la buena impresión que le había causado Weygand».<sup>17</sup> Algunos otros presentes en la sala no compartían su estado de ánimo tan confiado. Ya estaba claro que la FEB había «perdido toda esperanza de salir de allí y [andaba] muy escasa de comida y de municiones».<sup>18</sup> Además, el general Ismay, que disponía de información secreta procedente del campo de batalla y no se basaba en los pronósticos franceses, se veía venir claramente lo que iba a pasar, e informó a Jock Colville de que estaba «realmente preocupado» y de que podía prever el momento en que Francia iba a abandonar la lucha. Colville, contagiado en parte del optimismo de Churchill,

pensó que Ismay «no tenía razón» y que era «un alarmista, pues no me cabe en la cabeza que los franceses puedan llegar a deshonrarse hasta ese punto».<sup>19</sup>

Se comunicó al Gabinete de Guerra que el Consejo Supremo de Guerra celebrado en Francia había acordado llevar a cabo una ofensiva conjunta que debía dar comienzo al día siguiente, 23 de mayo, y en la que los ejércitos británico y francés debían atacar por el sudoeste, mientras que el Grupo de Ejércitos francés lo haría en dirección al norte. Pero Ironside «comentó que, por lo que sabemos, a las doce de la mañana de ese día no se habían hecho todavía preparativos de ningún tipo para emprender semejantes ataques»; a su juicio, los ataques «tardarían algún tiempo en organizarse».<sup>20</sup> Anthony Eden expresó también su inquietud, pues había recibido una llamada telefónica a las cinco de esa misma tarde que le transmitía un mensaje de lord Gort en el que este decía que los franceses «no estaban preparados para combatir, ni mostraban ningún signo de ir a hacerlo».<sup>21</sup> En su diario Eden anotaría después: «aquella confusión cada vez mayor, que no teníamos ni la autoridad ni las reservas necesarias para corregir, me pareció una noticia desoladora. La única esperanza era llevar a cabo una ofensiva conjunta desde el norte y desde el sur, si había la voluntad y los medios de organizarla».<sup>22</sup>

Pero cuando el Gabinete de Guerra volvió a reunirse a las 11:30 de la mañana del día siguiente, el poco optimismo que aún quedaba no tardó en evaporarse. Finalmente había llegado del frente un escueto informe. Churchill comunicó a sus colegas que «había logrado entrar por la brecha y avanzar por el interior del país un número mucho mayor de fuerzas alemanas de lo que se había supuesto al principio». El general Ironside había recibido la orden de permanecer en el Departamento de Guerra, en vez de asistir a la reunión del gabinete, porque la situación se había «vuelto tan sumamente crítica».<sup>23</sup>

Una vez más, la falta de información, unida a la falta de una respuesta creíble por parte de los franceses, estaba minando la esperanza de supervivencia de los aliados. El primer ministro explicó que «el éxito del plan acordado con los franceses dependía por completo de que las fuerzas francesas emprendieran la ofensiva. Y de momento no daban señales de hacerlo».<sup>24</sup>

Boulogne era en aquellos momentos objeto de un potente bombardeo alemán y las fuerzas enemigas estaban peligrosamente cerca de rodear la ciudad, dejando completamente aislados a los aliados. La situación de Calais no era mucho mejor, descrita ante los miembros del Gabinete de Guerra como «una masa en plena ebullición de tropas francesas y de refugiados, que parecían completamente desmoralizados». Habían sido enviados barcos de abastecimiento a los distintos puertos del canal —Calais, Dunkerque y Boulogne—, pero la Luftwaffe hacía que resultaran imposibles las labores de descarga.<sup>25</sup>

Neville Chamberlain había permanecido relativamente callado durante las reuniones de los últimos días, pero ahora que muchos buscaban en él una opinión experimentada, expresó claramente su parecer y dijo que, en vez de contraatacar, a Gran Bretaña le convendría más bien llevar a cabo una retirada rápida. Mucho se temía que Inglaterra quedara completamente indefensa si perdía la oportunidad de evacuar a la FEB sana y salva. Gran Bretaña, dijo, corría «el peligro de quedarse sin una cosa y sin la otra y que ni el plan acordado con el general Weygand sería llevado a cabo con eficacia ni obtendríamos ventaja alguna utilizando nuestras tropas para retener nuestro dominio de los puertos del canal».<sup>26</sup>

Lord Halifax, poniéndose como siempre del lado de Chamberlain, corroboró las preocupaciones manifestadas por este cuando leyó ante los asistentes al Gabinete de Guerra un telegrama del embajador británico en Roma que explicaba a grandes rasgos la sospecha de que «el *signor* Mussolini esperaba tan solo que los alemanes logran establecerse firmemente en los puertos del canal para declarar la guerra».<sup>27</sup> Cada vez estaba más claro que Halifax veía que Italia iba a tener un papel trascendental en lo que sucediera próximamente en el frente occidental. En vez de considerar a Italia un enemigo al acecho, deseaba aprovechar la pequeña oportunidad que existía antes de que Mussolini entrara en la guerra y aprovecharla para un objetivo muy distinto, esto es, para obtener la paz.

Churchill, mientras tanto, necesitaba poner al día a la Cámara de los Comunes de forma oficial. Así lo exigía la gravedad de la situación: la indefensión del ejército británico en plena retirada, el colapso de Francia y la aparición de un nuevo enemigo en Italia.

En la alocución que hizo a las 15:00, el primer ministro comunicó a sus colegas diputados que Abbeville estaba ahora en manos del enemigo y que Boulogne no tardaría en caer también. Cuando un diputado conservador, el señor Gurney Braithwaite, le preguntó si el gobierno «renueva y reitera la afirmación de su predecesor, cuando dijo que no se concluiría paz alguna con el enemigo excepto de acuerdo y en colaboración con el gobierno de la República Francesa», Churchill respondió simplemente: «Sí, señor».<sup>28</sup>

Se registró entonces la primera propuesta de firmar un tratado de paz con la Alemania nazi. El hecho de que solo fuera a tenerse en consideración si se contaba con la participación de Francia no disminuye la magnitud de semejante propuesta. A diferencia de su discurso del 13 de mayo, no se habló aquí de «victoria a toda costa», ni se afirmó que la supervivencia era imposible sin esa victoria. Si hay una palabra que resuma este debate, esa palabra no sería victoria, sino derrota.

Después de que le aseguraran que el plan de Weygand era lo primero que iba a ser ejecutado aquella mañana, Churchill quedó sorprendido al descubrir cuando volvió a Downing Street que «los alemanes estaban ya en Boulogne, que el ataque de Gort hacia el sur en dirección a Arras no había hecho progreso alguno, que la Fuerza Expedicionaria Británica se había visto obligada por falta de provisiones a seguir adelante con medias raciones, y que la ofensiva de Weygand hacia el norte no había dado comienzo todavía».<sup>29</sup>

A las seis de la tarde se efectuaron varias llamadas telefónicas a Reynaud y finalmente al propio Weygand. Este aseguró al primer ministro que su plan había empezado ya a llevarse a cabo y que sus tropas habían logrado reconquistar tres localidades francesas. Ahora sabemos que esa información era falsa, pero, como escribiría posteriormente Colville, «no había ningún motivo para dudar del informe de Weygand, y el abatimiento dio paso a la euforia».<sup>30</sup> Como señala Martin Gilbert, el biógrafo de Churchill, «el motivo del engaño de Weygand ha sido objeto de considerable inquietud para aquellos que se vieron envueltos en la crisis del 23 de mayo, o que fueron testigos de ella en su momento. Colville, que estuvo en Downing

Street todo el día ... meditaría después: “Weygand estaba convencido de que, si la FEB no podía dirigirse al sur [a ayudar a las fuerzas francesas], *nosotros* nos vendríamos abajo si *ellos* lo hacían».31

La euforia debió de durar poco. Cuando Churchill se sentó a presidir el Gabinete de Guerra de las 19:00, acabó por reconocer —tras varios momentos de notable indecisión por su parte— que había «estado prestando nuevamente atención» a los temores expresados por Neville Chamberlain en la última reunión celebrada. En una muestra de que aquel hombre terco como una mula podía cambiar de opinión, incluso cuando quería imponer su autoridad sobre un Gabinete de Guerra tan lleno de escépticos, admitió que quizá ya fuera hora de que la «FEB se replegara a los puertos del Canal» y de intentar llevar a cabo una evacuación. La situación en Boulogne era calificada en aquellos momentos de «catastrófica», pero «el general Weygand había pedido que la operación continuara». El general Ironside estuvo de acuerdo en que el ataque de lord Gort hacia el sur se llevara a cabo como pedían los franceses, pues «si la FEB se retiraba a los puertos del canal, lo más probable era que solo lograra escapar una pequeña parte de ese contingente». Churchill llegó a la conclusión de que «de momento había pocos motivos para la confianza. Pensaba, no obstante, que no teníamos más opción que hacer cuanto estuviera en nuestras manos por adaptarnos al plan del general Weygand».32

Las opciones a las que se enfrentaban Winston y Gran Bretaña eran difíciles y binarias: o seguir adelante con un plan fallido, o intentar llevar a cabo una evacuación arriesgada que solo lograría salvar a una parte de la Fuerza Expedicionaria Británica. Sumamente descorazonado, el primer ministro se trasladó al palacio de Buckingham para informar al rey acerca de la situación.

En su diario Jorge VI anotaría:

El primer ministro se presentó a las 22:30. Me dijo que si el plan francés elaborado por el general Weygand no daba resultado, tendría que ordenar a la FEB regresar a Inglaterra. Esta operación significaría la pérdida de todos los cañones, tanques, municiones y todos los depósitos existentes en Francia. La cuestión era si lograríamos

sacar a las tropas de Calais y Dunkerque y hacerlas volver. La sola idea de tener que ordenar esta medida resulta espantosa, pues las pérdidas de vidas humanas probablemente serán inmensas.<sup>33</sup>

Churchill diría más tarde en tono irónico: «La guerra suele ser un catálogo de meteduras de pata y esta no va a ser una excepción», pero su estado de ánimo no estaba para bromas cuando regresó al Almirantazgo para que lo pusieran al corriente de las últimas novedades y recibiera más noticias lúgubres acerca del caótico plan de Weygand. Envió inmediatamente sendos mensajes al general Weygand y a Paul Reynaud, avisándolos de que el cuartel general belga todavía «no había recibido ninguna directriz»,<sup>34</sup> y de que lord Gort no tenía «ninguna (repito: ninguna) munición para llevar a cabo un ataque en serio».<sup>35</sup> Churchill dio rienda suelta a su irritación: «Aquí tampoco hemos visto sus directrices, y no tenemos conocimiento de los detalles de sus operaciones en el norte. ¿Tendrían la amabilidad de mandarlos a través de la Misión Francesa lo antes posible?». <sup>36</sup> Señalaba además que «el tiempo es vital cuando las provisiones escasean».<sup>37</sup>

En el transcurso de la noche fueron evacuados de Boulogne mil soldados británicos en medio de un fortísimo ataque de los alemanes, pero doscientos tuvieron que quedarse atrás.

A poco más de unos treinta kilómetros remontando la costa, en Calais, el brigadier Claude Nicholson y su guarnición se enfrentaban a una serie de sucesivas órdenes contradictorias. Lo que estaba claro era que si Boulogne caía, la defensa de Calais era esencial para impedir que los alemanes llegaran a Dunkerque. Las carreteras que salían de la ciudad estaban en aquellos momentos bloqueadas y Calais se hallaba completamente rodeada. Cuando los soldados miraban hacia el este en dirección a Dunkerque, veían las hogueras que habían encendido las tropas alemanas de la 1.<sup>a</sup> División Panzer para guiar a los aviones de la Luftwaffe en su aproximación.

En la reunión del Gabinete de Guerra del día siguiente, 24 de mayo, lord Halifax empezó a hacerse notar, trazando una ruta a través de la cual la diplomacia podría al menos mantener a Italia fuera de la guerra.

Percatándose de que ahí tenía una ocasión de promover sutilmente este aspecto de sus planes de paz —primera parte de su gran proyecto de alcanzar un tratado de paz general paneuropeo—, leyó un telegrama proveniente del embajador británico en París en el que se explicaba a grandes rasgos una solicitud del gobierno francés para que

... se pida al presidente Roosevelt que efectúe otra propuesta al *signor* Mussolini ... preguntándole cuáles son los motivos que tiene para estar a punto de entrar en la guerra contra los aliados. Si el *signor* Mussolini enumerara sus motivos de queja, el embajador de los Estados Unidos en Roma diría entonces que el presidente estaría dispuesto a comunicar las pretensiones italianas a los gobiernos aliados o alguna cosa parecida, lo que por lo menos supondría una acción dilatoria.

La opinión de Halifax era que aquello no tendría demasiadas consecuencias, pero que Gran Bretaña debía

... responder que apoyamos plenamente la sugerencia de una nueva propuesta del presidente Roosevelt ... siempre y cuando quedara claro que el presidente Roosevelt actuaba por cuenta propia ... Los aliados estaban dispuestos a considerar las pretensiones razonables de Italia al término de la guerra, y [dirían] que recibirían con los brazos abiertos a Italia en una Conferencia de Paz en términos de igualdad con los países beligerantes, y que los Estados Unidos estarían dispuestos a garantizar que los aliados cumplirían estos compromisos mientras Italia y los Estados Unidos de América no se vieran envueltos en la guerra en bandos opuestos.<sup>38</sup>

Halifax presentó sus argumentos con tanta seguridad que el Gabinete de Guerra, sin más debate, acordó «que había que dar una respuesta según esas mismas líneas».<sup>39</sup>

Primer punto para Halifax.

Mientras la situación en Francia empeoraba y el peligro directo para Inglaterra se intensificaba, la presión sobre el primer ministro empezó a pasarle factura físicamente. A mediodía había vuelto a acostarse por consejo de su médico. Pero resultó ser un enfermo muy malo. Estando en la cama Churchill se enteró de que el general Ismay había propuesto la evacuación de Calais. El brigadier Nicholson telegrafió a las 2 de la madrugada para confirmar la noticia. Aunque la propuesta fue cancelada tres horas después del envío de su notificación, Churchill —todavía en vela y lleno de cólera

ante la sola idea de semejante plan—, escribió a Ismay para quejarse. En su mensaje decía: «La única consecuencia que tendría evacuar Calais sería la llegada a Dunkerque de las tropas [enemigas]. Calais debe ser defendida por varias razones, pero específicamente para mantener al enemigo en ese frente». <sup>40</sup>

Aunque enfermo y en la cama, Churchill empezó a esbozar en su mente los primeros contornos de un plan de salvamento desesperado: y mantener a la guarnición de Calais luchando a muerte en su puesto, provocando la cólera del enemigo y desviando su atención de Dunkerque fue convirtiéndose así en un elemento trascendental del mismo. La única pregunta que cabía formular era la siguiente: ¿cuánto tiempo podría Calais desempeñar esa función?

Posteriormente, ese mismo día, cuando el Comité de Defensa se reunió a las cinco de la tarde, el general Ironside informó a los presentes en la sala de que «tanques alemanes habían penetrado más allá de las fortificaciones de la parte oeste de Calais y se habían situado entre la ciudad y el mar». <sup>41</sup> Pese a la gravedad de la noticia, las tropas de Calais tendrían que permanecer en su puesto y repeler el avance de los alemanes, para que con su valerosa actuación los aliados pudieran ganar tiempo en Dunkerque.

Nicholson esperaba todavía poder llevar a cabo una evacuación e, ignorante de la decisión que se había tomado, continuó valerosamente intentando defender la ciudad, pero sus hombres se vieron obligados a retirarse a la ciudadela situada dentro de las murallas de la ciudad vieja. A las 19:05 envió a través del telégrafo un mensaje desesperado: «Refuerzos con urgencia o toda la guarnición se verá desbordada». <sup>42</sup> Recibió una contestación a las 23:23, en la que se le comunicaba que todavía no se había dado ninguna orden de evacuación. «Debe usted obedecer en nombre de la solidaridad aliada. Su papel por consiguiente consiste en resistir ... No hay refuerzos ... escoja usted la mejor posición y continúe luchando». <sup>43</sup> El general Ironside envió un mensaje aparte a Nicholson diciéndole que la evacuación había sido prohibida y que sus «tropas eran todas regulares, así que no necesito decirle más». <sup>44</sup>

Todo lo que sabemos acerca de la reacción de Nicholson ante este mensaje es que inmediatamente dijo a su Estado Mayor que quemaran los tanques que les quedaban.

Cuando Churchill se enteró del envío de estos mensajes se puso furioso. A su juicio, aquellas no eran palabras capaces de motivar a nadie y de inducirlo a llevar a cabo un sacrificio extremo. Al día siguiente escribió a Anthony Eden y al general Ironside: «Ruego se enteren ... de quién salió ese telegrama tan tibio. Esta mañana he visto el borrador, en el que se decía “en nombre de la solidaridad aliada”. Esa no es manera de animar a unos hombres a combatir hasta el final». <sup>45</sup> Consciente de que no podía aplazar su decisión por más tiempo, Churchill redactó una respuesta, que Eden envió el 25 de mayo justo después de las 13:50:

Al brigadier Nicholson. La defensa de Calais hasta el final es de la mayor importancia para nuestro país, pues simboliza la continuidad de nuestra colaboración con Francia. Los ojos de todo el Imperio están puestos en la defensa de Calais y el gobierno de S. M. confía en que tanto usted como sus valerosos regimientos llevarán a cabo una hazaña digna del nombre británico. <sup>46</sup>

Y eso fue lo que hicieron. Basta de mezquindad hablando de acatamiento de las órdenes o de resistencia y aguante. Antes bien, sepan aquellos hombres condenados que aquella fue la oportunidad que tuvieron de pasar a la historia, de hacer que sus nombres fueran —parafraseando a Shakespeare— tan familiares en los labios de los británicos como las palabras más cotidianas.

En Londres, Churchill había recibido un telegrama de Paul Reynaud en el que este le informaba de que el ejército británico había dejado de ajustarse al plan del general Weygand y se había retirado a los puertos del canal. Como los británicos no habían lanzado un ataque hacia el sur, el camino hacia Dunkerque estaba en esos momentos expedito. La perspectiva de una retirada y de una evacuación en toda regla parecía segura, de modo que Halifax —deseoso de intensificar la presión sobre Winston— volvió a insistir en la propuesta francesa de un acercamiento a Mussolini.

Para los pacifistas del partido *tory* —y eran muchos; de hecho eran más cada día, deseosos de conservar sus ancestrales haciendas rurales y la autonomía británica, aunque en último término fuera a costa de la Europa

central y occidental—, la idea del acercamiento a Mussolini pidiéndole que dijera cuáles eran sus condiciones para mantenerse fuera de la guerra y también que actuara en un futuro como intermediario ante Hitler, era un plan viable, bien visto y perfectamente racional. Desde luego tenía mucho más sentido que seguir luchando, si eso significaba, como parecía probable, la pérdida de casi todo el ejército profesional de Gran Bretaña.

Con esta idea en mente y convencido del amplio apoyo que tenían sus argumentos, Halifax comunicó al Gabinete de Guerra el 25 de mayo que había tenido lugar una reunión en la embajada italiana en Londres, en la que se había dicho que

... [un] diplomático italiano, afirmando que hablaba sin haber recibido instrucciones oficiales, había comentado que todavía hay muchas personas influyentes en Italia que desearían ver una solución pacífica del problema del Mediterráneo. Si el gobierno de Su Majestad veía la forma de llevar a cabo un acercamiento al gobierno italiano, con vistas a estudiar las posibilidades de un acuerdo amistoso, no debía temer encontrarse con un desaire.<sup>47</sup>

Una vez más Halifax expresó su convencimiento de que «muy probablemente no salga nada de todo esto. No obstante, aunque el resultado fuera solo ganar tiempo, siempre sería valioso. A los franceses desde luego les encantaría que el gobierno de Su Majestad diera semejante paso, que estaría en la línea de su propia política».<sup>48</sup>

En su respuesta a Churchill una semana antes, Mussolini había descartado por completo la perspectiva de entablar negociaciones de paz con los aliados: «Si fue para honrar su firma por lo que su gobierno declaró la guerra a Alemania, comprenderá usted que ese mismo sentido del honor y del respeto debido a los compromisos adquiridos en el tratado germano-italiano guía hoy día y guiará mañana la política italiana ante cualquier tipo de acontecimiento».<sup>49</sup> Pero ahora que Francia se tambaleaba y estaba al borde del colapso y ante la desesperada urgencia de evacuar a la FEB, Churchill accedió «a un acercamiento del carácter sugerido», pero subrayó que «por supuesto no debe ir acompañado de publicidad alguna, pues eso equivaldría a una confesión de debilidad».<sup>50</sup> El primer ministro seguía recelando profundamente del caudillo italiano y sospechaba que «era muy probable que

en el momento menos pensado el *signor* Mussolini ejerciera fuertes presiones sobre los franceses, con la intención de obtener de ellos concesiones. El hecho de que los franceses estuvieran trasladando sus tropas de su frontera con Italia los colocaba en una posición negociadora muy débil». <sup>51</sup>

El pueblo británico se habría sentido horrorizado de haber sabido que sus líderes estaban estudiando unas condiciones de paz con un dictador fascista, pero el hecho es que desconocía casi por completo el terrible progreso que estaba siguiendo la guerra. Como señalaba en su diario sir Alexander Cadogan, mano derecha de Halifax en el Foreign Office, «el público no se entera de la situación en absoluto». <sup>52</sup> Los periódicos de la época muestran una especie de abismo entre las noticias que daban y la realidad sobre el terreno. El 25 de mayo, por ejemplo, el *Manchester Guardian* publicaba un anuncio que hablaba de pasar un fin de semana en la capital francesa:

ESTANCIA EN PARÍS: CERCA DE LA ÓPERA Y DE LOS  
GRANDES BULEVARES ... TARIFAS ESPECIALES PARA  
LOS MIEMBROS DE LAS FUERZAS ALIADAS <sup>53</sup>

El 26 de mayo, dos días después de la caída de Boulogne, el periódico *News of the World* decía:

LOS ALIADOS MACHACAN A LOS ALEMANES CERCA DE  
LA COSTA DEL CANAL – LOS FRANCESES AFIRMAN:  
«BOULOGNE SIGUE EN NUESTRAS MANOS»; CALAIS ES  
DEFENDIDA CON CONTUNDENCIA <sup>54</sup>

Ese mismo día en el *Sunday Express* podía leerse:

FRANCIA DESTITUYE A 15 GENERALES – UN  
COMUNICADO AFIRMA: «HEMOS DOMINADO AL  
ENEMIGO» <sup>55</sup>

Y *The People* decía:

LOS NAZIS AFIRMAN QUE LOS EJÉRCITOS ALIADOS  
ESTÁN RODEADOS EN FLANDES, PERO PARÍS INFORMA  
DE LA RECONQUISTA DE AMIENS Y DE ENORMES  
PÉRDIDAS DEL ENEMIGO<sup>56</sup>

El 27 de mayo, un día después de la caída de Calais, en el *Daily Mail* se anunciaba:

LA ARMADA ENTRA EN ACCIÓN BOMBARDEANDO A LAS  
TROPAS ALEMANAS EN BOULOGNE – LA CIUDADELA ES  
RETENIDA EN MEDIO DE UNA LUCHA CALLE POR CALLE  
– CALAIS Y DUNKERQUE FIRMEMENTE EN MANOS DE  
LOS ALIADOS CALAIS RESISTE: LA ARMADA  
BOMBARDEA AL ENEMIGO<sup>57</sup>

El *Evening Standard* decía:

«ENORMES» PÉRDIDAS ALEMANAS EN LOS VIOLENTOS  
COMBATES EN MENIN – CALAIS SIGUE RESISTIENDO  
HOY<sup>58</sup>

Y el *Daily Express* proclamaba:

LUCHAS EN LAS CALLES DE CALAIS – LA ARMADA  
BOMBARDEA Y APLASTA LAS DIVISIONES BLINDADAS  
ALEMANAS<sup>59</sup>

Cuando amaneció el 26 de mayo, las noticias provenientes de Francia dominaban los pensamientos de Churchill, así como las de sus asesores y todo su personal. El camino a Dunkerque estaba expedito tanto para las tropas británicas como para las alemanas. Como diría el propio Churchill, «la carrera hacia el mar»<sup>60</sup> había dado comienzo.

Paul Reynaud estaba de camino a Londres para mantener una conversación sobre la crisis con Churchill, que en la reunión del Gabinete de Guerra de las nueve de la mañana informó de que debían

... estar preparados para que en su entrevista de ese día *monsieur* Reynaud diga que los franceses no pueden seguir luchando. Él haría todos los esfuerzos necesarios para convencer a *monsieur* Reynaud de que siguieran adelante, y le señalaría que al menos estaban moralmente obligados a colaborar, en la medida en que pudieran, con la retirada de los integrantes de la Fuerza Expedicionaria Británica sanos y salvos.<sup>61</sup>

Lord Halifax no pudo seguir callado. Cada vez más seguro de sus opiniones, dijo al gabinete en términos que no dejaban lugar a duda que «teníamos que enfrentarnos al hecho de que ahora no era cuestión de infligir una derrota total a Alemania, sino de salvaguardar la independencia de nuestro Imperio».<sup>62</sup> Continuar con la cruzada de «victoria a toda costa» emprendida por Churchill parecía en aquellos momentos ridículo. Su mensaje era terminante: estamos perdiendo la guerra, y si tenemos una oportunidad de impedir la pérdida de más vidas jóvenes, ¿cómo podemos no aprovecharla?

Barriendo para dentro, informó al gabinete de que la noche anterior se había entrevistado con el embajador italiano, el *signor* Giuseppe Bastianini, quien le había comunicado que «el principal deseo de Mussolini era garantizar la paz en Europa».<sup>63</sup> Halifax le había contestado que ese era un objetivo que también deseaba Gran Bretaña, y que «naturalmente deberíamos estar preparados para considerar cualquier propuesta que pudiera conducir a ese fin, siempre y cuando nuestra libertad y nuestra independencia quedaran garantizadas».<sup>64</sup> Esta forma de presentar la postura del gobierno británico con respecto a Italia iba mucho más lejos que la posición más adelantada de Churchill en lo concerniente a una paz negociada con Hitler. En aquellos momentos, en la mente y en el lenguaje de Halifax estaban fundidas dos ideas: una menor, la de mantener a Italia fuera de la guerra, y otra mayor, la de conseguir que Hitler retirara sus cañones. En adelante para Halifax cualquier acercamiento a Italia sería sinónimo de la solución que él llamó (ante Bastianini) «acuerdo general europeo», en virtud del cual no se ofrecería *nada* a Italia a menos que se atuviera a este compromiso general.

También Churchill se dio cuenta en aquellos momentos de que una aprobación por su parte de cualquier acercamiento formal a Italia significaba mandar a Gran Bretaña por una pendiente resbaladiza que iría bajando, bajando sucesivamente hasta el inicio de unas conversaciones de paz con Berlín. Respondió por tanto a Halifax: «La paz y la seguridad se lograrían

quizá bajo una dominación alemana de Europa. Eso no podríamos aceptarlo nunca. Debemos garantizar nuestra libertad y nuestra independencia completas. Me opongo a cualquier negociación que pueda conducir a una abolición de nuestros derechos y de nuestro poder». <sup>65</sup>

Halifax había señalado una y otra vez que no se trataba de aceptar una abolición semejante, y añadió entonces que si Francia y Gran Bretaña presentaban un frente unido en una negociación semejante, esa unión sería «un instrumento muy poderoso para obtener unos términos favorables que podrían resultar muy valiosos para nosotros ... Si los franceses tenían intención de aceptar un acuerdo [de paz], tenían una carta muy fuerte que jugar si dejaban bien claro a Hitler que se habían comprometido a no firmar una paz por separado». <sup>66</sup>

Winston, que creía que lo más probable era que ofrecieran a los franceses un acuerdo por separado, contestó que «los alemanes plantearían las condiciones de cualquier oferta de paz en los términos más favorables para los franceses, y harían hincapié en el hecho de que la contienda que tenían no era con Francia, sino con Inglaterra». <sup>67</sup>

Los jefes de Estado Mayor habían preparado un documento que exponía de manera sucinta las posibles consecuencias de una rendición de los franceses. Su lectura resultó desoladora. El documento, señaló Halifax, decía que «nuestra capacidad de hacer la guerra por nuestra cuenta contra Alemania dependería en general de que fuéramos capaces de establecer y mantener la superioridad aérea sobre los alemanes». Sin embargo, si estos últimos se hacían en adelante con el control del ejército francés, no tendrían necesidad de invertir todos sus recursos en una guerra europea por tierra y «entonces serían libres de dedicar el grueso de su esfuerzo bélico a la producción aérea». Aquella idea resultaba aterradora y constituía un argumento de peso para pedir la paz de inmediato. La Luftwaffe tenía ya una superioridad aérea considerable. Si se volvía más fuerte todavía, la RAF sería incapaz de oponerse a ella. Tanto si se entablaban conversaciones de paz como si no, Halifax proponía que «como último recurso pidiéramos a los franceses que interrumpieran el funcionamiento de sus fábricas [de aviones]». <sup>68</sup>

El gabinete concluyó sin llegar a tomar ninguna resolución sobre el tema. Las presiones sobre Churchill se intensificaban ahora que estaba claro, incluso para él, optimista impenitente, que estaba completamente a merced de Francia. Prácticamente todas sus opciones se habían esfumado.

Cuando el Gabinete de Guerra volvió a reunirse el 26 de mayo a las 14:00, la conversación derivó hacia la perspectiva inminente de la caída de París.

Churchill comunicó que Reynaud le había dicho que «aunque él acatara las órdenes y siguiera luchando hasta que le dijeran que así lo hiciera, y por más que estuviera dispuesto a continuar luchando por el honor de la bandera, no creía que la resistencia de Francia durara mucho tiempo contra una acometida resuelta de los alemanes». Los franceses contaban con cincuenta divisiones, frente a las 150 de los alemanes, y «era evidente que la guerra no podría ganarse por tierra». Reynaud había preguntado a Churchill «dónde, pues, podía buscar Francia su salvación. Alguien había sugerido que debería hacerse un nuevo acercamiento a Italia». Reynaud calculaba que Italia exigiría, como contrapartida por mantener la paz, «la neutralización de Gibraltar y el canal de Suez, la desmilitarización de Malta, y la limitación de las fuerzas navales en el Mediterráneo», condiciones que los franceses creían que *deberían* ofrecérsele si se quería mantener a Italia al margen de la guerra.<sup>69</sup>

Churchill intentó desesperadamente levantar los ánimos de Reynaud, pues necesitaba que los franceses siguieran combatiendo para que la FEB pudiera escapar. Había dicho al jefe del gobierno francés que «no estábamos dispuestos a rendirnos de ninguna manera. Antes preferíamos caer luchando que quedar esclavizados a Alemania. Pero en cualquier caso estábamos seguros de que teníamos buenas posibilidades de sobrevivir a la acometida alemana. Francia, sin embargo, debía seguir en la guerra».<sup>70</sup>

Churchill sugirió entonces que alguien debía abandonar la reunión y dirigirse al Almirantazgo para reunirse con el propio Reynaud. El hombre al que eligió para ese cometido fue Halifax, el muñidor de la paz. En efecto,

aunque en sus conversaciones con Reynaud se había hecho el duro, envió al pacifista más ardiente que tenía para que continuara aquella conversación vital. ¿Quería con aquello dar mensajes contradictorios?

Al hablar al Gabinete de Guerra Winston se mostró más realista: seguía convencido de que Gran Bretaña tenía una pequeñísima posibilidad de salir de todo aquello de una pieza, pero sólo si Francia «aguantaba otros tres meses ... la situación [entonces] sería completamente distinta». <sup>71</sup> Aquellas palabras eran otra forma de reconocer lo sombrío que era realmente su apreciación de las posibilidades de supervivencia de Inglaterra.

Halifax, que no tenía muchas ganas de abandonar la reunión, aprovechó aquel extraño ataque de realismo de su líder y una vez más insistió en que ahora tocaba llevar a cabo *un acercamiento a Italia*; con todo lo que eso acarrearía. Insistió en que «lo último que deseaba el *signor* Mussolini era ver a *Herr* Hitler dominando Europa. Si pudiera, estaría encantado de convencer a *Herr* Hitler de que adoptara una actitud más razonable». Finalmente, el primer ministro, acorralado en un rincón en el duelo de espadachines que caracterizó su larga disputa con Halifax, dijo que «dudaba que pudiera salir algo de un acercamiento a Italia», pero admitió —en la primera de la que sería una asombrosa serie de concesiones que ponen en entredicho la imagen que tenemos de él— que «la cuestión era un asunto que el Gabinete de Guerra tendría que considerar». <sup>72</sup>

Al final, otro punto para Halifax. ¡Cuánto se había alejado Winston en solo unos pocos días del hombre que no estaba dispuesto a pensar ni a permitir que nadie más pensara en negociaciones o en rendición! Pero aquello era el efecto acumulativo de la avalancha de malas noticias y de presión colectiva que había desbaratado una tras otra todas sus primeras esperanzas.

Lord Halifax salió entonces de la sala para reunirse con Reynaud en el Almirantazgo, y el Gabinete de Guerra se reunió allí con él cuando el primer ministro francés se marchó.

Por un capricho del destino, sir Edward Bridges, el secretario del gabinete, no estuvo presente durante los primeros quince minutos de esta reunión, de modo que no existe un registro directo de lo que se dijo durante ese tiempo. Pero es evidente que aquella tensión extrema empezaba a hacer mella en Churchill, y tenemos un indicio, escondido en las actas de la reunión

del Gabinete de Guerra del día siguiente y en el resumen de la jornada que contiene el diario de Chamberlain, de que Winston quizá hiciera la declaración más inesperada hasta ese momento acerca de la cuestión de las conversaciones de paz.

Sir Alexander Cadogan, que se encontraba en la sala a las 17:00, habla de un Churchill «demasiado farragoso y romántico, y sentimental y temperamental». <sup>73</sup> ¿Por qué —cabría preguntarse— se mostró de aquella forma?

El diario de Chamberlain sustenta la idea de que aquel día, y con mucha probabilidad a aquella hora, Churchill alcanzó un importante punto de inflexión en su concepción de las conversaciones de paz con Alemania. El diario señala que dijo que «resultaba de todo punto increíble que Hitler fuera a consentir unas condiciones que nosotros pudiéramos aceptar ... aunque si lográbamos salir de este lío cediendo Malta y Gibraltar y algunas colonias africanas, [Winston] no dejaría escapar la oportunidad». <sup>74</sup>

Un apunte muy útil en este sentido incluido en las actas del día siguiente (27 de mayo) nos presenta a Halifax recordando el siguiente detalle:

En la discusión del día anterior [26 de mayo] había preguntado [Halifax] al primer ministro si, en caso de que a su juicio no se vieran afectadas cuestiones trascendentales para la independencia de este país, estaría dispuesto a estudiar las condiciones. El primer ministro dijo que estaría muy *agradecido* si nos librábamos de las actuales dificultades, siempre y cuando conserváramos lo indispensable de nuestra fuerza vital, aunque fuera a costa de alguna cesión de territorio. <sup>75</sup>

El motivo para sospechar que Churchill dijo todo eso durante los quince minutos que no están recogidos en las actas, antes de que llegara Bridges y agarrara entre sus dedos la pluma de la historia, es que una concesión tan significativa por parte de Churchill no mereciera una sola mención en las actas del Gabinete de Guerra de aquel día, aunque otras dos fuentes la corroboran. De no ser por el recordatorio documentado oficialmente que hizo Halifax del consentimiento dado por Churchill —pero solo durante la reunión del día 27 de mayo—, el detalle habría sobrevivido únicamente en las páginas inéditas del diario de Chamberlain, accesible hoy día al lector a través de los archivos de la universidad de Birmingham.

¿Una conspiración? El biógrafo oficial de Churchill, Martin Gilbert, no menciona ni siquiera la idea —que supondría un cambio total de paradigma— de que Churchill dijera que estaría muy agradecido en caso de recibir un ofrecimiento de paz razonable por parte de Hitler.

Como era de esperar, una vez que Bridges volvió a tomar sus actas, Winston se mostró de nuevo agresivo, quizá por miedo a que sus verdaderos pensamientos llegaran a conocimiento del público.

El primer asunto nuevo registrado en las actas, pues, es Winston con el mismo discurso de siempre. Confiar en que Hitler ofreciera cualquier tipo de acuerdo de paz razonable con Gran Bretaña era absurdo, sostenía, y añadía que «no había límite a las condiciones que Alemania nos impondría si se saliera con la suya».<sup>76</sup> Evidentemente esperaba que Francia aguantara, pero «al mismo tiempo debemos cuidarnos de no tener que adoptar una posición de debilidad en la que nos dirigiéramos al *signor* Mussolini para invitarle a presentarse ante *Herr* Hitler con el fin de pedirle que nos tratara amablemente. No debemos vernos en esta tesitura antes de haber participado en serio en la lucha».<sup>77</sup>

Lord Halifax, exasperado quizá por todas estas idas y venidas, arremetió contra Churchill y enérgica, pero tranquilamente reiteró que daba «tal vez más importancia que el primer ministro a lo deseable que era permitir que Francia tanteara las posibilidades de un equilibrio europeo». Añadió que no estaba «muy convencido de que el diagnóstico del primer ministro fuera acertado y de que a *Herr* Hitler le interesara insistir en imponer unas condiciones vergonzosas». Como inglés, Halifax no admitiría, naturalmente, «que ni siquiera se sugirieran unas condiciones que afectaran a nuestra independencia», pero sí, como sospechaba, «el *signor* Mussolini estaba tan alarmado como pensamos que debe de estar respecto al poder de *Herr* Hitler, y estaba dispuesto a mirar las cosas desde el punto de vista del equilibrio de poder, entonces podríamos tener en cuenta las pretensiones de Italia. En cualquier caso, no veía ningún perjuicio en intentarlo».<sup>78</sup>

Esa discrepancia tan fundamental entre los dos personajes en el momento en el que ambos habrían debido colaborar uno con otro resultaba peligrosa. Los otros hombres presentes en la sala aportaron muy poco a este

fiero debate en el que estaba en juego ni más ni menos que el futuro de Gran Bretaña, de Europa y del mundo entero.

En esencia, las dos posturas podrían resumirse de la siguiente manera: Hitler controlando Europa occidental, pero con la autonomía de Inglaterra asegurada por un acuerdo de paz, era algo que Halifax podía sobrellevar perfectamente, e incluso le venía bien. En este sentido representaba, a su juicio, la voluntad de una gran parte de su propio partido, de la opinión pública y —sobre todo— de cualquiera que tuviera un conocimiento desapasionado de la realidad del campo de batalla. Winston, por su parte, empezaba a reconocer que un acuerdo de paz podía ser una salida; naturalmente si las condiciones eran favorables, estaría muy agradecido si pudiera encontrar una salida semejante. Pero la pregunta del millón seguía siendo la misma. ¿Cuándo sería el mejor momento de concluir ese pacto? ¿En aquellos momentos o más tarde?

Un ministro del partido laborista, Arthur Greenwood, no estaba muy convencido de que Mussolini pudiera ser de gran ayuda; dijo al Gabinete de Guerra que dudaba que fuera capaz de «adoptar una línea independiente de *Herr* Hitler». Chamberlain dijo que creía que Mussolini «podría adoptar una línea independiente solo si *Herr* Hitler estaba dispuesto a ajustarse a la línea que Mussolini le indicara», y en un intento de poner paz entre los presentes añadió que «el problema era muy difícil, y que estaba muy bien abordarlo desde todos los puntos de vista». <sup>79</sup>

Aquellas especulaciones no llevaban a ninguna parte, y Churchill dijo que «consideraba que más valía no tomar ninguna decisión hasta que viéramos qué proporción del ejército podíamos embarcar y hacer volver de Francia. La operación podía ser un gran fracaso. Por otra parte, nuestras tropas quizá combatieran magníficamente y pudiéramos rescatar una parte considerable de la Fuerza Expedicionaria». <sup>80</sup>

En opinión de Churchill, la senda de las negociaciones de paz, que Halifax proponía con entusiasmo —utilizando distintas partes del mapa como monedas de cambio— solo podía beneficiar a Alemania, que conseguiría así territorios coloniales y algunas concesiones en el Mediterráneo, mientras que «a nosotros no se nos dejaba abierta esa opción. Por ejemplo, las condiciones ofrecidas [por los alemanes] sin duda impedirían que completáramos nuestro

rearme». Halifax intentó garantizarle que, si efectivamente fuera así, entonces Gran Bretaña rechazaría por supuesto el acuerdo, pero Churchill se mostró inflexible y aseguró que «Herr Hitler pensaba que tenía la sartén por el mango. La única cosa que cabía hacer era demostrarle que no podía conquistar este país». Si lo que Churchill esperaba de Reynaud se hacía realidad y Francia ya no podía seguir luchando, entonces «tendremos que partir peras». <sup>81</sup>

Entre los presentes en la reunión del Gabinete de Guerra estaban varios hombres que durante años habían etiquetado a Winston de belicista. Excluir por completo la idea de estudiar las condiciones de paz en aquellos momentos no habría venido más que a confirmar esa reputación suya y a malquistarlo con hombres como Halifax y Chamberlain, cuyo apoyo necesitaba desesperadamente. Sopesando las escasas opciones que tenía, acabó admitiendo: «Al mismo tiempo... no pongo objeciones a que se haga algún tipo de acercamiento al *signor* Mussolini». <sup>82</sup>

Gradualmente, pues, el lenguaje y los sentimientos de Churchill fueron cambiando, pasando de palabras como «nunca» a términos como «considerar», y aceptando «no poner objeciones» a que se dieran los primeros pasos en el proceso de paz; unos pasos cuyo objetivo fundamental era aclarar qué precio iba a pedir Italia para mediar en las conversaciones de paz entre Alemania y Gran Bretaña, con la expectativa de que lo más probable era que Francia quedara fuera de la foto.

Tanto Greenwood como Chamberlain creían que el líder italiano aprovecharía esta oportunidad para plantear exigencias no solo en Malta, Gibraltar y Suez, sino también en Somalilandia, Kenia y Uganda. Es muy probable que tuvieran razón. En su carta a Churchill del 18 de mayo en la que rechazaba la causa de los aliados, Mussolini había utilizado, por supuesto, el ejemplo del duro trato dispensado por Gran Bretaña a Italia en África. Greenwood añadió además que con la situación de Francia empeorando cada minuto que pasaba y «si, como era probable, París era tomada en poco tiempo, ¿había realmente alguna posibilidad de que las negociaciones sirvieran para algo?» <sup>83</sup> Halifax advirtió al gabinete que si «juzgaban que podíamos obtener unas condiciones que no supusieran la destrucción de nuestra independencia, estaríamos locos si no las aceptáramos». <sup>84</sup> No pudo

ser más claro. A su juicio, solo alguien que estuviera muy «loco» no tendría en consideración un pacto con los alemanes que dejara margen para la subsistencia de una Gran Bretaña independiente.

Winston no planteó de momento ningún argumento en contra y sin duda golpeó afanosamente su dedo anular contra el brazo bien barnizado de su sillón. (Una vez acabada la guerra se descubrió que ese golpeteo nervioso había levantado varias capas de pintura del brazo del sillón durante los seis años de tensas deliberaciones en aquella sala.) ¿Qué iba a decir ahora? ¿Qué iba a hacer?

Los documentos se encargan de aclarárnoslo.

Al final de la reunión que había durado más de cuatro horas y durante la cual se habían desplegado en un combate bien razonado los objetivos más profundos y los principios de ambos personajes sostenidos con más ahínco, Winston dio por clausurada la reunión con su aquiescencia a que Halifax pusiera en circulación un borrador —un memorándum— en el que expusiera el acercamiento a Italia que proponía para su discusión al día siguiente.

Halifax había salido victorioso.

¡Y qué alivio debió de sentir! ¡Qué cerca debió de parecerle la paz, ahora que el reloj de la diplomacia se había puesto por fin en marcha! Salió corriendo de la sala del gabinete y se puso a redactar un borrador de memorándum que quizá solo consiguiera —solo— recomponer una Europa hecha pedazos y reinstaurar un estado de paz práctica.

Churchill, sin embargo, se había visto obligado por los acontecimientos y por las presiones políticas a ceder un terreno considerable. ¡Nunca se había sentido cómodo teniendo que ponerse a la defensiva! Mientras Halifax se afanaba en redactar su borrador, Winston volvió a fijar su atención en una estrategia alternativa, que además era la suya.

Esa vía de escape en esencia era la siguiente: rescatar al ejército. Sin él, Gran Bretaña ni siquiera podría insistir en obtener unas condiciones de paz decentes, por no hablar de sobrevivir y seguir luchando un día más. El país se encontraría en la misma situación desesperada en la que se encontraba ahora Francia, sin más opción que aceptar las condiciones que Alemania creyera conveniente ofrecerle. La clave estaba en asegurarse que la evacuación de la FEB de Dunkerque fuera un éxito. ¿Pero cómo?

Roosevelt dijo en cierta ocasión de Churchill: «Tiene cien ideas en un solo día. Cuatro son buenas, y las otras noventa y seis son sumamente peligrosas».<sup>85</sup>

Seis días antes una de esas cuatro ideas había sido —en los términos empleados por aquel entonces— un auténtico bombazo. Y tenía todos los rasgos característicos de una gran idea de Winston: sorprendente; grandiosa; factible, aunque arriesgada; potencialmente muy costosa en vidas humanas; y más que un poquito excéntrica a primera vista.

Durante la reunión matutina del Gabinete de Guerra del 20 de mayo se había vuelto a discutir la situación del ejército, camino ya de Dunkerque. Trescientos mil hombres estaban a punto de llegar a un puerto bloqueado por unos buques británicos en llamas. La armada británica no podía acercarse a la costa lo suficiente para llevar a cabo una operación de salvamento, no al menos sin ser objeto de un devastador ataque aéreo de la Luftwaffe. El pronóstico más halagüeño expresado por Ironside fue que tendrían suerte si lograban sacar con vida al 10 % de los hombres.

Las actas de la reunión registran la siguiente contestación: «El primer ministro pensó que, como medida de precaución, el Almirantazgo reuniera un gran número de barcos pequeños [civiles], listos para dirigirse a los puertos y ensenadas de la costa francesa».<sup>86</sup>

¿Barcos pequeños? La ocurrencia de Winston —de la que nunca, por lo que yo sé, se le ha considerado responsable (sorprendentemente no lo ha hecho ninguna biografía ni ningún reportaje periodístico)— fue pedir a la gente, o al menos a aquellas personas que pudieran echar mano de cualquier barco de tamaño conveniente, que participara en una gran armada de embarcaciones civiles de lo más variopinto, cruzando el canal de la Mancha para rescatar al ejército británico atrapado en el continente.

En contadas ocasiones se ha considerado —no lo ha hecho la gente corriente ni tampoco lo han hecho los historiadores— que el padre de esta idea enormemente arriesgada —que ha pasado a llamarse la Operación de Salvamento de los Barquitos— fue el propio Churchill.

Poco después de que Winston tuviera aquella ocurrencia, el vicealmirante Bertram Ramsay, el oficial al mando de Dover y viejo amigo de Churchill que había vuelto del retiro a petición de este, recibió la orden de

reunir una flotilla de embarcaciones civiles que pudieran dirigirse a los puertos del canal y evacuar a la FEB a Inglaterra.

Fue así como seis días después —mientras Halifax redactaba su discurso de relamida súplica para un dictador desquiciado—, Winston se dirigió apresuradamente al Almirantazgo. Ansioso por encontrar alguna alternativa al plan de Halifax, es descrito en aquellas horas por el capitán Claude Berkley, miembro de la Secretaría del Gabinete de Guerra, «dando vueltas de acá para allá, enredando a sus subordinados en complicados líos cada vez que se le ocurría trasladarse a toda prisa a Downing Street sin darles previo aviso, gritando que no nos daríamos nunca por vencidos».<sup>87</sup> Para entonces Ramsey, desde lo más recóndito del cuartel general de la Armada, situado al pie del castillo de Dover, había conseguido hacer un llamamiento a la población a través de la BBC solicitando barcos y de ese modo había reunido más de ochocientas embarcaciones, los llamados «barquitos», que participarían en una de las acciones más audaces de la guerra.

Así, pues, el 26 de mayo de 1940 a las 18:57, Churchill dictó la siguiente orden: «La Operación Dinamo va a comenzar».<sup>88</sup>

Fue una jugada gigantesca a base de vidas humanas, pero Winston pensaba —y no le faltaba razón— que si disponía de un ejército que pudiera utilizar para combatir o para entablar negociaciones, Gran Bretaña podría salvarse todavía del naufragio.

Al mismo tiempo que daba comienzo la Operación Dinamo, Churchill envió otro telegrama a la guarnición del brigadier Nicholson en Calais, informándola oficialmente de que no habría evacuación y de que debería «seguir combatiendo hasta el final».<sup>89</sup>

Nicholson y sus hombres obedecieron. Se negaron a rendirse y continuaron resistiendo hasta el momento mismo en que la esvástica fue izada sobre la torre del Hôtel de Ville. Cuando ese mismo día se vieron finalmente arrollados, los hombres de Nicholson fueron sacados en fila de la ciudadela con las manos en alto estrechamente vigilados por los alemanes y conducidos a un patio. Allí los pusieron de nuevo en fila delante de las ametralladoras. Prisioneros de guerra. Los valerosos hombres de Calais fueron llevados a campos de concentración en los que los más afortunados pasaron el resto de la guerra y en los que quienes no tuvieron tanta suerte

perdieron la vida. El brigadier Nicholson murió tres años después, tras caer por una ventana en un posible acto de suicidio, en el campo de prisioneros en el que había sido internado.

En sus memorias, Anthony Eden califica la decisión de no evacuar a la guarnición de Calais como «una de las más dolorosas de la guerra».90 Churchill, más que cualquier otro, sintió profundamente aquel dolor, al haber dado la orden de sacrificar a más de dos mil hombres con la esperanza de salvar a varios cientos de miles. Cuando regresó al palacio del Almirantazgo con Eden, Ismay y Ironside, «aquella noche» estuvo, como recordaría posteriormente Ismay, «particularmente silencioso durante toda la cena, cosa insólita en él, y comió y bebió con evidente desagrado».91

¿En qué estaba pensando? En Calais, sin duda. En Halifax, por supuesto. En Hitler, como siempre. En la Operación Dinamo, con su flotilla de barquitos civiles batiéndose contra las olas rumbo a Dunkerque, seguramente. En sus propias capacidades como líder, posiblemente. La desconfianza en sí mismo, la culpabilidad, los remordimientos, el agotamiento también debieron de tener su parte.

Cuando los cuatro hombres se levantaron de la mesa, una profunda tristeza se reflejaba en el rostro de Churchill que les dijo: «Me siento físicamente mal».92 Un malestar causado por la sensación de culpa por condenar a unos hombres valientes a una suerte horrible; un malestar causado por la preocupación de perder a todo un ejército; un malestar causado por el temor a que no hubiera otra salida más que las asfixiantes condiciones de los enemigos. Fue su momento más bajo, pero el día que estaba por venir le traería más presiones y una escisión irreparable dentro del Gabinete de Guerra.

LUNES, 27 DE MAYO DE 1940

**CHURCHILL SE ENTERA DE QUE EL REY DE BÉLGICA  
CONTEMPLA LA POSIBILIDAD DE RENDIRSE A  
ALEMANIA**

**LORD HALIFAX CONSIDERA LA POSIBILIDAD DE  
FIRMAR UN ACUERDO DE PAZ CON ALEMANIA Y HA  
TERMINADO SU MEMORÁNDUM TITULADO  
«PROPUESTA DE ACERCAMIENTO A ITALIA»**

**TROPAS DE LAS SS CAPTURAN Y ASESINAN A  
NOVENTA Y SIETE SOLDADOS BRITÁNICOS CERCA DE  
LE PARADIS, FRANCIA**

## Crisis del Gabinete y liderazgo

Tras ordenar la noche anterior el comienzo de la Operación Dinamo, el primer mensaje que llegó a Churchill el 27 de mayo a las 7:15 no presagiaba nada bueno. La guarnición naval de Dover le comunicaba que «la situación entre Calais y Dunkerque evoluciona muy mal. El enemigo ha montado 40 cañones ya en Gravelinas [la pequeña ciudad entre Calais y Dunkerque] y bombardea a todas las embarcaciones que se acercan a Dunkerque...». <sup>1</sup> Si los barcos no lograban ni siquiera entrar en el puerto a recoger a los soldados, las tropas británicas no tardarían en verse rodeadas y sin escapatoria.

La noche anterior, lord Halifax, sumido en aquellos momentos en sus previsiones de los acuerdos de paz, había recibido la visita del consejero de la embajada belga en Londres para informarle de que «el rey de los belgas, al parecer, consideraba que la guerra estaba perdida y contemplaba la posibilidad de firmar una paz por separado con Alemania». <sup>2</sup> El rey Leopoldo III, primo de Jorge VI de Inglaterra, se había quedado en el país con sus tropas cuando su gobierno «se había trasladado a suelo extranjero [Francia] para continuar la lucha». <sup>3</sup> En la reunión de las 11:30 Halifax repitió esta noticia al Gabinete de Guerra, que «consideró que la acción del rey equivalía ni más ni menos que a dividir el país y entregarlo a la protección de Hitler». <sup>4</sup> Churchill telegrafió inmediatamente al almirante sir Roger Keyes, oficial de enlace con el rey Leopoldo III, para pedirle que «hiciera hincapié ante él [Leopoldo] en las desastrosas consecuencias que tendría para los aliados y para Bélgica la opción que había escogido en aquellos momentos». <sup>5</sup> El ejército belga se hallaba concentrado en su mayoría en el norte de Francia, combatiendo al lado de la FEB, pero todavía no había sido informado de la decisión de evacuar la zona. Churchill comprendía la magnitud de lo que

estaba pidiendo a los belgas, pero sabía también que su rendición en aquel momento dejaría el flanco izquierdo de los aliados completamente desguarnecido y pondría en peligro la retirada británica hacia la costa. En un mensaje separado a lord Gort, el comandante en jefe de la FEB, el primer ministro reconocía: «Estamos pidiéndoles que se sacrifiquen por nosotros». <sup>6</sup>

Ante la perspectiva de más rendiciones por parte de los aliados, los pensamientos de todos se volvieron de nuevo hacia los Estados Unidos. El embajador británico en Washington había teleografiado a Halifax proponiéndole que «deberíamos ceder algunas de nuestras posesiones en el Nuevo Mundo a los Estados Unidos en pago de una parte de nuestra deuda de guerra», <sup>7</sup> pues «una oferta de este tipo hecha por nosotros causaría una profunda impresión a los Estados Unidos y repercutiría en beneficio de nuestra seguridad». <sup>8</sup> Halifax creía que aquella era otra alternativa interesante que debía ser estudiada, pero Churchill se opuso una vez más comentando: «Los Estados Unidos no nos habían prestado prácticamente ninguna ayuda en la guerra, y ahora que veían lo grande que era el peligro, su actitud consistía en pretender quedarse con todo aquello que pudiera sernos útil para defenderse ellos». <sup>9</sup> Todas aquellas constantes propuestas de pactos estaban agotando al primer ministro, que puso fin a la reunión del Gabinete de Guerra diciendo que «dictaría un requerimiento general a los ministros ordenándoles que utilizaran un lenguaje que denotara confianza. Estaba convencido de que la mayoría de la población del país se negaría a aceptar la posibilidad de una derrota». <sup>10</sup> Churchill pidió luego a Ismay que ordenara a los jefes de Estado Mayor examinar una vez más «cuáles son las perspectivas de que continuemos nosotros solos la guerra contra Alemania y probablemente también contra Italia» antes de su próxima reunión. <sup>11</sup>

Cuando los miembros del Gabinete de Guerra tomaron asiento, no fueron los habituales veinte asistentes los que se pusieron a discutir interminablemente los puntos del orden del día. La reunión celebrada el 27 de mayo a las 16:30 estuvo formada por Churchill, Halifax, Chamberlain, Clement Attlee, Arthur

Greenwood, sir Alexander Cadogan,<sup>12</sup> sir Archibald Sinclair,<sup>13</sup> y sir Edward Bridges.<sup>14</sup> Y hubo un solo tema de discusión: la propuesta de acercamiento a Mussolini.

El hecho de que Churchill incluyera en la alineación al líder del partido liberal, Sinclair —desde el primer momento crítico con el apaciguamiento y viejo amigo suyo— suponía un desafío al protocolo y un intento a todas luces de afianzar una posición debilitada por los hechos acontecidos en el campo de batalla.

La consiguiente discusión acabaría enfrentando por completo a Halifax y a los que lo apoyaban —una proporción considerable del partido conservador gobernante— con uno de los suyos, Winston, cuya obstinada pretensión de seguir luchando solo le parecía a Halifax que iba en contra de la razón y de todas las pruebas contundentes, además de oponerse a los intereses del país.

Como consecuencia de la propuesta hecha el día anterior por Paul Reynaud en el sentido de que los gobiernos de Gran Bretaña y Francia debían llevar a cabo un acercamiento directo al *signor* Mussolini e intentar mantener a Italia fuera de la guerra, lord Halifax había hecho circular antes de la reunión un memorándum en el que analizaba las posibles opciones:

Si el *signor* Mussolini estuviera dispuesto a cooperar con nosotros para garantizar un pacto ... nos pondríamos de inmediato a discutir, con el deseo de encontrar soluciones, los asuntos en los que el *signor* Mussolini está interesado principalmente. Entendemos que desea la solución de ciertas cuestiones mediterráneas: y si mantiene en secreto cuáles son esas cuestiones, Francia y Gran Bretaña harán inmediatamente cuanto esté en su mano por satisfacer sus deseos.<sup>15</sup>

El Gabinete de Guerra fue informado entonces por Halifax de que «el presidente Roosevelt había llevado a cabo un acercamiento en las mismas líneas esbozadas en el memorándum».<sup>16</sup> Eso era lo que los británicos habían solicitado hacía algún tiempo, en la creencia de que habría tenido un resultado positivo entonces, pero en aquellos momentos, con Francia al borde del colapso, Chamberlain estaba convencido de que era demasiado tarde, y de que Italia solo estaba esperando a que Francia cayera para saltar inmediatamente con sus codiciosas exigencias.

En cuanto a los franceses, que, en virtud del pacto anglo-francés, habían pedido permiso para llevar a cabo su propio acercamiento a Italia, Churchill pensaba que «no saldría nada de ese acercamiento, pero que valía la pena hacerlo [esto es, permitirles llevarlo a cabo] para suavizar [nuestras] relaciones con un aliado a punto de la ruina».<sup>17</sup>

Los ministros se pusieron entonces a expresar sucesivamente sus opiniones. Sir Archibald Sinclair —el arma secreta de Winston en la sala— hizo entonces su papel asegurando que tenía el firme convencimiento de que cualquier acercamiento a Italia en el que se viera implicada Gran Bretaña pondría de manifiesto una debilidad que «animaría a los alemanes y a los italianos», pero que Inglaterra debía hacer cuanto pudiera para «reforzar la posición de los franceses». Los dos ministros laboristas estaban completamente en contra de enviar la carta a Italia, llegando Clement Attlee a afirmar que «el acercamiento propuesto no tendría ninguna repercusión práctica y sería muy dañino para nosotros. De hecho, el acercamiento propuesto nos llevaría irremisiblemente a pedir al *signor* Mussolini que intercediera [ante Alemania] para obtener unas condiciones de paz [favorables] para nosotros».<sup>18</sup>

Attlee no se equivocaba cuando veía que el asunto en discusión era en último término si Gran Bretaña debía entablar o no conversaciones de paz con Berlín.

Arthur Greenwood, que era de ese mismo parecer, abordó la cuestión: «Si se descubriera que habíamos pedido unas condiciones [de paz] a costa de ceder territorio británico, las consecuencias serían terribles... El primer ministro y *monsieur* Reynaud ya habían llevado a cabo acercamientos a Italia que no habían sido bien acogidos. Ir más lejos con esos acercamientos sería lanzarnos de cabeza al desastre».<sup>19</sup>

Viendo que la marea cambiaba y que las cosas se ponían a su favor, Churchill respondió de manera contundente. Es evidente que lo que originalmente había empezado siendo una petición de Reynaud para que Inglaterra y Francia llevaran a cabo un acercamiento a Italia con el fin de impedir que esta entrara en la guerra se había convertido enseguida en una discusión acerca de la conclusión de una paz negociada y del «acuerdo europeo» con Hitler que propugnaba Halifax.

El resumen de las actas del secretario recoge la respuesta de Churchill:

Se sentía cada vez más agobiado por la inutilidad de la propuesta de acercamiento al *signor* Mussolini, que este último contemplaría indudablemente con desprecio. Semejante acercamiento haría a *monsieur* Reynaud mucho menos bien que adoptar una postura de firmeza. Además, el acercamiento echaría por tierra la integridad de nuestra posición de combate dentro de este país... Personalmente, dudaba de que Francia estuviera tan dispuesta a abandonar la lucha como había dado a entender *monsieur* Reynaud. En cualquier caso, no debíamos dejarnos arrastrar por Francia. Si los franceses no estaban dispuestos a continuar la lucha, que se dieran por vencidos, aunque dudaba que lo hicieran. Si este país era derrotado, Francia se convertiría en un estado vasallo; pero si ganábamos, tal vez podríamos salvarlos. La mejor ayuda que podíamos ofrecer a *monsieur* Reynaud era hacerle entender que, pasara lo que pasara con Francia, nosotros continuaríamos luchando hasta el final.

En aquellos momentos nuestro prestigio en Europa estaba por los suelos. La única forma que teníamos de recuperarlo era demostrando al mundo que Alemania no nos había vencido. Si, al cabo de dos o tres meses, podíamos demostrar que seguíamos imbatidos, recuperaríamos nuestro prestigio. Y aunque fuéramos vencidos, no estaríamos en peores condiciones de aquellas en las que nos encontraríamos si abandonáramos ahora la lucha. No debíamos, por tanto, dejarnos arrastrar por aquel terreno resbaladizo junto con Francia. Toda aquella maniobra tenía por objeto meternos tan a fondo en las negociaciones que no fuéramos ya capaces de dar media vuelta. Ya habíamos ido bastante lejos en nuestro acercamiento a Italia, pero no debíamos dejar que *monsieur* Reynaud nos metiera en una situación más confusa. El acercamiento propuesto no solo era inútil, sino que además nos colocaba en un peligro mortal ... En el peor de los casos, no le vendría mal a este país continuar luchando hasta el final por otros países que habían sido dominados por la tiranía nazi.<sup>20</sup>

Aquella discusión tan impulsiva provocó una repentina fisura entre los presentes. Las viejas líneas estratégicas e ideológicas que habían separado a Winston de los apaciguadores desde mediados de los años treinta volvieron a quedar completamente al descubierto.

Neville Chamberlain, solidarizándose con Halifax, que había quedado repentinamente aislado, dio marcha atrás en las objeciones que había puesto en un principio a la propuesta de acercamiento y salió en defensa del secretario del Foreign, sugiriendo que «aunque estaba de acuerdo en que el acercamiento propuesto no tendría ninguna utilidad práctica, pensaba que

debíamos seguir un poco más adelante con él, con el fin de mantener vivos los ánimos de los franceses. Pensaba que nuestra respuesta no debía ser un rechazo taxativo».<sup>21</sup>

El secretario del gabinete, Bridges, señala que a continuación se produjo un debate. No documenta exactamente lo que se dijo, sino solo que «en general se acordó que el mejor camino a seguir era dar una respuesta razonada siguiendo esas líneas».<sup>22</sup>

A pesar de esta interposición por parte de Chamberlain, Halifax había alcanzado el límite de su capacidad de aguantar la retórica churchilliana, y anotó en su diario a propósito de la reunión que «lo pone a uno al borde de la desesperación cuando [Churchill] se deja llevar por la pasión y las emociones en vez de dejar a su cerebro pensar y razonar».<sup>23</sup>

El comentario de Churchill sobre lo de «continuar luchando hasta el final por otros países que habían sido dominados por la tiranía nazi» era un paso excesivo para Halifax, especialmente porque en realidad creía que existía una potencial solución pacífica y que Gran Bretaña podía evitar el sacrificio de tantas vidas jóvenes. Además, Churchill había efectuado un cambio de actitud descarado. Apenas un día antes, había dado tranquilamente su visto bueno a la confección de aquel memorándum y había dicho que habría estado «muy agradecido» si las conversaciones de paz ofrecían una salida a la actual crisis. Ahora calificaba la carta propuesta y la posición de Halifax, e incluso quizá al propio Halifax, de «peligro mortal».

Halifax sabía que estaban dejándolo en evidencia delante de toda la sala, y aquello no le gustaba nada. Era precisamente esa inconsistencia de actitud y de opinión lo que tanto él como los demás apaciguadores habían temido cuando habían dejado el poder en manos de Churchill. Ahora estaban viéndola en acción. Claramente irritado por el hecho de que la que él creía que era una propuesta perfectamente razonable y patriótica fuera presentada de mala manera como algo terrible y poco patriótico, Halifax intentó poner de manifiesto las «profundas diferencias de punto de vista» que tenía,<sup>24</sup> y dejar constancia documental de ellas para la eternidad. No dejaría que nadie abrigara la menor duda de que estaba dispuesto a pelear por sus ideas, por la sensatez de las mismas, y de su moralidad, así que dijo que

... no podía ver el menor parecido entre la acción que él proponía y la insinuación de que estábamos pidiendo la paz y siguiendo una línea que iba a conducirnos al desastre.<sup>25</sup>

Tras aludir a los comentarios hechos el día anterior por el primer ministro —en los que este había declarado que estaba «dispuesto» a estudiar las condiciones para la firma de la paz, e incluso que estaría «muy agradecido» si se encontraba una manera pacífica de arreglar las cosas mediante trueques territoriales con Alemania—, Halifax continuó diciendo que

... en esta ocasión, sin embargo, el primer ministro parecía insinuar que en ningún caso contemplaríamos otro rumbo que no fuera luchar hasta el final. La discusión probablemente fuera académica, pues era hartamente improbable que recibiéramos alguna propuesta que no fuera en contra de los principios fundamentales que eran esenciales para nosotros. Sin embargo, si fuera posible conseguir un acuerdo que no menoscabara esos principios, él, por su parte, dudaba mucho que pudiera aceptar la opinión expuesta ahora por el primer ministro. El primer ministro había dicho que en dos o tres meses se vería si somos capaces de hacer frente al peligro aéreo. Eso significaba que el futuro del país dependía de si las bombas del enemigo lograrían alcanzar o no nuestras fábricas de aviones. Él estaba dispuesto a asumir ese riesgo si estuviera en juego nuestra independencia; pero si no estaba en juego, consideraría conveniente aceptar una oferta que ahorrara al país enfrentarse a un desastre evitable.<sup>26</sup>

El trascendental cruce de palabras mantenido el día anterior, en el que el primer ministro había dicho que «estaría muy agradecido si nos librábamos de las actuales dificultades», no está documentado en ninguna de las actas, y eso es lo que, al parecer, se discutió durante los quince minutos anteriores a la llegada de Bridges a la «reunión informal del Gabinete de Guerra de los ministros».<sup>27</sup>

El diario de Neville Chamberlain también confirma que «WC [Churchill] dijo que deberíamos intentar encontrar alguna fórmula en virtud de la cual Musso [Mussolini] pudiera ser abordado, pero debíamos tener tiempo para pensar. Con eso tendría que contentarse R [Reynaud]...».<sup>28</sup> Además señala la postura clarísima de Churchill acerca de ceder Malta y Gibraltar y algunas colonias africanas».

¿Que no dejaría escapar la oportunidad de una oferta de paz proveniente de Hitler?

Parece que podemos tener la seguridad de que esas habían sido la actitud y la postura de Churchill el día anterior. Desde luego eso explicaría la cólera de Halifax ante el hecho de que la actitud de Churchill, aparentemente tan abierta, tan cordial, tan entusiasta, se volviera de un día para otro tan cerrada.

¿A qué estaba jugando Churchill? ¿Fueron sus anteriores comentarios un simple intento de ganar tiempo, o había sido sincero acerca de las conversaciones de paz durante aquellos días oscuros?

A pesar de todo aquello por lo que había venido luchando desde 1933, después de todos los discursos y toda la retórica acerca de la victoria, vemos que en la reunión del 26 de mayo Winston consideró que también era posible, incluso conveniente, alcanzar un pacto con Hitler. No hay más que ver las presiones a favor de semejante pacto. La Operación Dinamo había dado comienzo, pero las perspectivas eran muy sombrías. Parecía probable la destrucción de prácticamente todo el ejército británico. En aquellos momentos, Winston había reconocido que valía la pena estudiar la posibilidad de un acuerdo negociado, siempre y cuando Gran Bretaña conservara su soberanía. Ahora, la frustración de Halifax al ver que Winston faltaba a su palabra menos de veinticuatro horas después es evidente. Como señala Andrew Roberts, el biógrafo de Halifax,

... las guerras emprendidas por unas ideas, en las que las naciones se consumían y arriesgaban su propia extinción en aras de la aniquilación del enemigo, eran completamente ajenas al carácter de Halifax. Hitler había ganado a todas luces el primer asalto en la que podría ser una lucha de diez años de duración, y parecía que simplemente era de sentido común que Halifax intentara obtener al menos un respiro siguiendo las líneas del tratado de Amiens [que había supuesto la suspensión de las guerras napoleónicas durante catorce meses]. Si eso permitía salvar a la Fuerza Expedicionaria Británica y buena parte de Francia, tanto mejor.<sup>29</sup>

Ahora le tocaba responder a Churchill.

El apasionamiento de Halifax había hecho mella en la arrogancia de Churchill, igual que lo había hecho la leal solidaridad de Chamberlain con el secretario del Foreign Office. Quizá Winston vacilara antes de hablar, consciente de que la pluma de la historia —en aquellos momentos entre los

dedos de Bridges— registraría sus palabras, unas palabras que iban a suponer un nuevo gran cambio de postura, no solo respecto a la opinión que acababa de expresar, sino también respecto de la concepción que generalmente tenemos de él. Empezó diciendo:

Si *Herr* Hitler estuviera dispuesto a firmar la paz a condición de la devolución de las colonias alemanas y del dominio de Europa central, sería una cosa...<sup>30</sup>

Apretemos durante un segundo el botón de pausa.

Eso era admitir *algo*. Winston está queriendo decir aquí, y para que quede constancia de ello, que puede tolerar no solo una situación que veía a Gran Bretaña firmando un acuerdo de paz con una Alemania nazi victoriosa en la Europa continental, sino también una situación que concedería a Hitler el *dominio* de Europa central. Si a esto le añadimos las palabras que había dicho el día anterior —lo de que estaría «muy agradecido» y esa otra frase citada textualmente o parafraseada de que «no dejaría escapar la oportunidad»—, echaríamos por tierra la inveterada postura de los historiadores que afirman que Winston no vaciló nunca, que no se tomó nunca en serio la idea de las conversaciones de paz, y que realmente nunca dio ningún paso por promoverlas.

Sin embargo, a la manera típicamente churchilliana, después de esa gran concesión a la historia y a Halifax manifestó la siguiente advertencia: era harto improbable que llegara a hacer nunca tal oferta.<sup>31</sup> Halifax estaba decidido a parar los pies a Churchill allí mismo, a pararle los pies una vez más cuando intentaba escabullirse de los compromisos contraídos con la paz el día anterior, y a ligar para siempre la carta a los italianos con una estrategia de paz para toda Europa en general. Las actas del gabinete indican que Halifax declaró para la historia:

... el secretario del Foreign dijo que le gustaría plantear la siguiente pregunta. Supongamos que el ejército francés se viniera abajo y *Herr* Hitler hiciera la oferta de unas condiciones de paz. Supongamos que el gobierno francés dijera: «No somos capaces de atender una oferta hecha únicamente a Francia y tendrá usted que tratar con el conjunto de los aliados». Supongamos que *Herr* Hitler, deseoso de poner fin a la

guerra debido al conocimiento de sus propias debilidades internas, ofreciera unas condiciones de paz a Francia e Inglaterra. ¿Estaría el primer ministro dispuesto a estudiarlas?<sup>32</sup>

Se trata de un reto sorprendentemente agresivo proveniente de lord Halifax, sobre todo si tenemos en cuenta que sus palabras han sido filtradas por la pluma de sir Edward Bridges. De hecho, lo que escribió Halifax en su diario fue: «Pensé que Winston no decía más que un montón de sandeces espantosas, lo mismo que Greenwood, y después de aguantarlo durante un rato dije exactamente lo que pensaba de ellos, añadiendo que si esa realmente era su opinión y si se llegaba hasta ese punto, nuestros caminos tendrían que separarse».<sup>33</sup>

De haber sido Bridges un servidor más fiel de la historia, ¿qué diálogo se nos habría legado?

En ausencia del diálogo literal, podemos especular cómo debió de ser aquel intercambio de opiniones:

WINSTON: Vizconde Halifax, como dije ayer, el acercamiento que usted propone no solo es inútil, sino que comporta para nosotros un peligro mortal.

HALIFAX: ¡¡¡EL PELIGRO MORTAL AQUÍ ES ESA FANTASÍA ROMÁNTICA DE LUCHAR HASTA EL FINAL!!! ¿Qué es «el final» si no la destrucción de todo? No hay nada heroico en seguir luchando si puede evitarse. No hay nada ni remotamente patriótico en jugárselo todo a muerte o gloria si la que tiene más probabilidades de ganar es la primera; y no hay nada de poco glorioso en tratar de abreviar una guerra que estamos perdiendo a todas luces.

WINSTON: Europa todavía está...

HALIFAX (*quitándole la palabra*): ¡EUROPA ESTÁ PERDIDA! ¡Perdida! Y antes de que nuestras fuerzas sean barridas por completo, es hora de negociar con el fin de obtener las mejores condiciones posibles. A Hitler no le convendría insistir en imponer unas condiciones escandalosas. Él mismo debe de conocer sus propias debilidades. Será razonable.

WINSTON (*incapaz de seguir oyendo aquello*): ¿Cuándo vamos a aprender la lección? ¿A cuántos dictadores habrá que hacer la pelota, habrá que apaciguar, ¡por Dios santo!, y concederles unos privilegios inmensos antes de que aprendamos ... que no se puede razonar con un tigre cuando tiene uno la cabeza dentro de sus fauces?

HALIFAX: Señor primer ministro, creo que debo haberlo dejado registrado ya por escrito. Si todo lo que puede pronosticar usted es seguir luchando hasta el final y ni siquiera está dispuesto a estudiar unas condiciones de paz, en caso de que Hitler las

ofreciera, debería usted saber que creo que debemos seguir caminos separados.

¿Caminos separados?

Churchill sabía perfectamente que la dimisión de Halifax en aquel momento iba a ser catastrófica. Privado de la frialdad de los consejos de Halifax, el primer ministro, considerado todavía por muchos un bala perdida, tendría que enfrentarse casi con toda seguridad a un voto de confianza en la Cámara, una votación que con toda probabilidad perdería. La totalidad del partido conservador se dividiría en dos bandos, uno a favor y otro en contra de la paz. De modo que, por lo pronto, se enfrentaba no solo a un argumento bien razonado (un argumento patriótico tan potente como el suyo), sino también a una decisión de la que dependía su puesto de primer ministro.

Halifax anotó en su diario que Churchill lo «sorprendió y lo tranquilizó»<sup>34</sup> cuando dijo «que no se uniría a Francia para solicitar unas condiciones de paz, pero que si le decían cuáles eran las condiciones ofrecidas, estaría dispuesto a tenerlas en consideración».<sup>35</sup>

Aquel fue el momento en el que el poder y la influencia de Halifax llegaron a su zenit, pues había conseguido hacer cambiar de postura a un líder reacio y obligarlo a dejar una palabrería casi histriónica de victoria a toda costa para adoptar seriamente la idea de unas conversaciones de paz, y para considerar *cuándo*, no ya *si* debían tener lugar esas conversaciones.

Con la capitulación de Winston ante Halifax, el Gabinete de Guerra acordó rápidamente que había que enviar una respuesta a los franceses aceptando la idea de llevar a cabo un acercamiento de algún tipo con el fin de mantenerlos «con ánimos» y porque «habíamos oído decir que el presidente Roosevelt había llevado a cabo ahora un acercamiento según las líneas indicadas. No haría más que complicar la cuestión y quizá incluso contribuiría a poner en peligro nuestras posibilidades de obtener una respuesta favorable del presidente Roosevelt el hecho de quedarnos solos e ir en adelante por nuestra cuenta».<sup>36</sup>

En cuanto terminó la reunión, lord Halifax, victorioso, pero aún exasperado, solicitó mantener una entrevista privada con Churchill en los jardines del 10 de Downing Street. Mientras salía de la sala del gabinete, dijo confidencialmente a Cadogan: «No puedo seguir trabajando con Winston».<sup>37</sup>

A lo cual Cadogan respondió: «¡Bobadas! Sus fanfarronadas probablemente le harten a usted tanto como a mí, pero no haga ninguna tontería por muy nervioso que le pongan». <sup>38</sup>

Roberts cuenta en *The Holy Fox*:

La hipérbole que tanto contribuyó a levantar la moral del público en 1940 le parecía a Halifax melodramática y propia más bien de las transmisiones radiofónicas. La había oído ya muchas veces a lo largo de su vida política y le sonaba a las peligrosas poses histriónicas que ilustraban la famosa falta de juicio de Churchill ... Halifax era perfectamente consciente de que la acometida que estaba a punto de producirse probablemente trajera consigo el fin del imperio y del modo de vida británicos y pensaba además —probablemente de manera equivocada— que se podía evitar. <sup>39</sup>

Cuando se retiró a los jardines en compañía de Churchill, una vez más lo amenazó con dimitir, pero encontró a Winston «lleno de expresiones de disculpa y de afecto». <sup>40</sup>

Sus amenazas habían obtenido el resultado deseado, al menos de momento, y Halifax volvió al Foreign Office. Mientras tomaban el té, contó cómo le había ido la entrevista a Cadogan, quien le dijo que «esperaba que realmente no diera demasiada importancia a un disgusto al que todos estábamos sujetos y que, antes de hacer nada, consultara a Neville». Halifax accedió a hacerlo, tranquilizando a Cadogan y asegurándole que «no era de esos que toman decisiones precipitadas». <sup>41</sup>

Mientras tanto, en Downing Street, enseguida corrió el rumor de la acalorada reunión que había tenido lugar. Jock Colville anotó en su diario: «El Gabinete está estudiando febrilmente nuestra capacidad de continuar haciendo la guerra solos en tales circunstancias, y hay indicios de que Halifax es un derrotista. Dice que nuestro objetivo ya no puede ser aplastar a Alemania, sino más bien preservar nuestra propia integridad e independencia». <sup>42</sup>

El Comité de Defensa se reunió a las siete de la tarde para analizar las últimas noticias procedentes de Francia. Churchill calificó la situación a la que se enfrentaba en aquellos momentos la FEB de «más desesperada incluso, y su única opción sería batirse en retirada hacia la costa combatiendo, cobrándose por el camino tantas vidas enemigas como

podría». <sup>43</sup> El peligro en el que actualmente se hallaban, añadió Churchill, no debería acarrear reproche alguno a Gran Bretaña, que había hecho todo lo posible por apoyar a los aliados. Expuso en detalle los fallos de las autoridades militares francesas y las debilidades de las belgas, «cuyo precio estaban pagando ahora» los británicos y que habían contribuido «al desastre al que se enfrenta en estos momentos nuestro ejército». <sup>44</sup>

Cuando terminó la reunión, Churchill recibió otra noticia difícil de asimilar. El general de división sir Edward Spears confirmó que el rey de Bélgica había «telegrafiado a su jefe de Estado Mayor para que enviara un legado plenipotenciario a los alemanes con intención de determinar en qué condiciones podría acordarse un armisticio, y había propuesto un “alto el fuego” a la media noche de hoy, 27-28 de mayo». <sup>45</sup> «El Comité de Defensa acordó que los gobiernos británico y francés se disociarían inmediatamente del armisticio belga», <sup>46</sup> y se convocó una reunión del Gabinete de Guerra para las 22:00 horas.

Churchill informó al Gabinete de Guerra de esta última noticia y confirmó que las fuerzas británicas y francesas habían recibido la orden de seguir combatiendo. La simpatía por Leopoldo III, a pesar de su rendición, era muy fuerte, y el primer ministro subrayó «la importancia de garantizar la seguridad del rey ... Cualquier motivo de reproche iría dirigido más bien contra la actuación de los belgas en el momento del estallido de la guerra, y no en el pasado más inmediato». La insistencia de los belgas en la neutralidad y su consiguiente resistencia a permitir a los aliados entrar en el país habían hecho que desperdiciaran una oportunidad trascendental de establecer una fuerte presencia en la frontera occidental del país en un momento en el que «el grueso del ejército alemán se hallaba comprometido en Polonia». Semejante actitud había situado a la FEB «en gravísimo peligro», pues «lord Gort no tenía tropas con las que tapan la brecha e impedir que los alemanes avanzaran hacia Dunkerque». <sup>47</sup>

El ministro de Información, Duff Cooper, insinuó que con esta novedad «debía hacerse público un comunicado en el que se aludiera a la valerosa defensa llevada a cabo por las tropas británicas ... y había que dar a la opinión pública alguna indicación acerca de la grave situación en la que había sido colocada la FEB». Hizo alusión en particular al «tono jovial» que había

existido en los comunicados franceses reproducidos por la prensa británica, y dijo que «no cabía duda de que el público no estaba, de momento, preparado en absoluto para el choque que supondría la constatación de la verdadera situación». Churchill reconoció que «habría que subrayar la gravedad de la situación, pero por su parte desdeñaría cualquier declaración detallada o cualquier intento de valorar los resultados de la batalla, hasta que se hubiera aclarado un poco más la situación. El anuncio del armisticio belga no contribuiría, ni mucho menos, a preparar a la opinión pública para las malas noticias». Cooper no pensaba que aquel argumento fuera lo bastante contundente, y sostenía que había un peligro muy real en el hecho de llevar a cabo repentinamente un anuncio que contradijera de forma tan radical lo que el público había estado leyendo en los periódicos. Propuso que «sería conveniente también recordar al público los constantes intentos alemanes de meter cizaña entre los dos pueblos. Al mismo tiempo podría pedirse a los directores de los periódicos que suavizaran el tono de los comunicados franceses». Churchill terminó la reunión insinuando que «sería necesario que él mismo hiciera una declaración en el Parlamento, aunque quizá pasara otra semana antes de que la situación se aclarara lo suficiente como para permitirle hacer una cosa así».<sup>48</sup>

Regresó al palacio del Almirantazgo en compañía de Jock Colville y «a media noche, tras leer unos cuantos periódicos, dijo: “Tráigame un whisky con soda, muy flojo, sea buen chico”; luego se fue a la cama».<sup>49</sup>

¡Cuánto daríamos por conocer sus pensamientos, por conocer la profundidad de sus temores y su inseguridad mientras yacía acostado en su cama individual, deseoso de que el sueño se apoderara de él! ¿Tendría razón Halifax? ¿Sería él el que estaba equivocado? ¿Había actuado bien o tanto la nación como él vivirían para lamentar su decisión de dejar al secretario del Foreign seguir adelante con su plan de paz negociada?

Lord Halifax calificaría el martes 28 de mayo de «jornada muy negra».<sup>50</sup> El almirante sir Roger Keyes había regresado a Londres tras la declaración de alto el fuego del ejército belga a las cuatro de la mañana de ese mismo día. Churchill lo invitó a informar al Gabinete de Guerra a las 11:30.

Allí Keyes puso de manifiesto que él también creía que el «gobierno belga era enteramente responsable del caos provocado ... [y que] solo la personalidad del rey había mantenido cohesionado al ejército belga durante los últimos cuatro días. Si el rey se hubiera marchado como el gobierno de Su Majestad le insistió que hiciera tres días antes, la moral del ejército se habría resquebrajado de golpe». <sup>51</sup> Churchill leyó en voz alta los términos del armisticio germano-belga:

- (1) Prohibidos todos los movimientos de las tropas belgas. Las tropas belgas se colocarán a un lado de la carretera a la espera de órdenes. Deberán hacer saber su presencia por medio de carteles blancos, banderas blancas, etc.
- (2) Se darán órdenes prohibiendo la destrucción de materiales y depósitos de guerra.
- (3) Se permitirá a las tropas alemanas avanzar hacia la costa.
- (4) Se exige dejarles el paso libre hasta Ostende y no se permitirá la destrucción de nada.
- (5) Toda resistencia será aplastada. <sup>52</sup>

Si Inglaterra deseaba una muestra de lo que podía exigirle Alemania, ahí la tenía.

En aquellos momentos «un número considerable» de tropas británicas había empezado a llegar a Dunkerque, y el primer lord del Mar hizo circular un informe enviado por el vicealmirante Ramsay desde Dover diciendo que «la noche anterior habían llegado 11.400 hombres y que otros 2.500 estaban cruzando el canal». Los primeros comunicados acerca de las terribles colas de soldados esperando a ser evacuados fueron confirmados, con «2.000 efectivos en las playas y 7.000 entre las dunas de arena» de Dunkerque, que se hallaba en aquellos momentos «cubierta de una capa de humo». Sin embargo, el gabinete fue informado de que el comandante en jefe del Aire, sir Hugh Dowding, había enviado un mensaje diciendo que estaba «profundamente preocupado» por las actuales pérdidas de aviones sufridas por la RAF mientras protegía a la FEB en las playas de Dunkerque, y que «nuestras defensas de cazas estaban a punto de venirse abajo». Dowding insistía en que «si este esfuerzo excepcional sobre Dunkerque tuviera que repetirse al día siguiente, la situación sería grave». <sup>53</sup>

Duff Cooper subrayó una vez más la necesidad urgente de «una declaración sincera acerca de la situación desesperada de la Fuerza Expedicionaria Británica», explicando los temores de que «si no se hacía ese comunicado, la confianza del público se vería gravemente afectada y la población civil no estaría dispuesta a aceptar las promesas del gobierno acerca de las probabilidades de nuestra victoria final». Propuso hacer él mismo «una breve declaración» en el noticiario de la BBC de las 13:00 horas. Churchill se mostró de acuerdo con la idea, y confirmó que él también haría una declaración sobre el mismo asunto en la Cámara de los Comunes por la tarde.<sup>54</sup>

Aunque no fuera una transmisión radiofónica en directo, la declaración de Churchill ante la Cámara de los Comunes suponía también una declaración ante toda la nación, de modo que necesitaba no solo preparar al público, sino también levantar sus ánimos. Su discurso fue breve, pero esperanzador, y dio a entender en él que empezaba a formarse en su mente una respuesta sutilmente velada a la cuestión de la paz negociada que había venido turbando a algunos selectos miembros del Gabinete de Guerra:

La situación de los ejércitos británico y francés, enzarzados en estos momentos en una batalla durísima y acosados por tres flancos y desde el aire, es a todas luces extremadamente grave. La rendición del ejército belga en la forma en la que lo ha hecho agrava notablemente el doloroso peligro que corren. Pero las tropas tienen buen ánimo y están combatiendo con la mayor disciplina y tenacidad ... Espero hacer una declaración ante la Cámara acerca de la situación general cuando se sepa con claridad y pueda valorarse debidamente el resultado de la intensa lucha que está librándose en estos momentos ... Mientras tanto, la Cámara debe prepararse para recibir noticias graves y duras. Solo me queda añadir que nada de lo que ocurra en esta batalla puede en modo alguno eximirnos de nuestro deber de defender la causa del mundo con la que nos hemos comprometido; ni debería tampoco destruir nuestra confianza en nuestra capacidad de salir adelante, como ya hemos hecho en otras ocasiones a lo largo de nuestra historia, abriéndonos paso a través del desastre y a través del dolor hasta la derrota final de nuestros enemigos.<sup>55</sup>

La Cámara reaccionó positivamente al tono de desafío de Churchill y muchos diputados se levantaron de su asiento para felicitarlo y decirle: «Todavía no hemos llegado al límite de la determinación que tiene este

país»,<sup>56</sup> o para afirmar que «la solemne declaración del primer ministro refleja no solo los sentimientos de toda la Cámara, sino también los de toda la nación».<sup>57</sup> Galvanizado por semejante acogida, Churchill abandonó la sala y se dirigió al despacho que tenía en la Cámara de los Comunes para celebrar a las cuatro de la tarde una reunión con el Gabinete de Guerra.

El mismo selecto grupo de hombres que habían sido testigos el día anterior del feroz enfrentamiento entre el primer ministro y el secretario del Foreign Office se reunió una vez más para analizar la cuestión de Italia, en lo que Roberts califica de «un ambiente cargado con la sensación de un desastre inminente».<sup>58</sup>

Lord Halifax fue el primero en hablar. Durante la reunión de la mañana había informado al gabinete de la «respuesta totalmente negativa»<sup>59</sup> que había recibido de Mussolini el presidente Roosevelt. Después había llegado otro mensaje del gobierno francés solicitando que Gran Bretaña y Francia llevaran a cabo un acercamiento directo a Italia. Repitió entonces la propuesta que ya había hecho de que «deberíamos dar una señal clara de que nos gustaría ver la mediación de Italia»,<sup>60</sup> pero Churchill, todavía inflamado por su discurso ante la Cámara de los Comunes, dijo que, en su opinión, estaba «claro que el objetivo de los franceses era conseguir que el *signor* Mussolini actuara como intermediario entre nosotros y *Herr* Hitler», y que «estaba decidido a no adoptar esa posición».<sup>61</sup> Halifax —pensando sin duda «¡Ya estamos otra vez!» y convencido de que asistía a una nueva marcha atrás por parte de Churchill— manifestó contundentemente su discrepancia con semejante sugerencia, diciendo que la propuesta de Reynaud era que «dijéramos que estábamos dispuestos a luchar a muerte por nuestra independencia, pero que, siempre y cuando se nos garantizara esta, había algunas concesiones concretas que estábamos dispuestos a hacer a Italia».<sup>62</sup> Eso era verdad por lo que se refiere a la propuesta de Reynaud, pero a Halifax se le pasó decir que a lo que en realidad se refería él era a un acuerdo europeo más amplio a través de Italia. Es más, se le pasó también mencionar el detalle

de que la génesis de semejante idea provenía de su reunión con el embajador italiano, Giuseppe Bastianini, el día 25 de mayo, no de los franceses, que simplemente deseaban impedir que también los atacara Italia.

Churchill siguió adelante y afirmó que, a su juicio, «los franceses intentaban meternos por un terreno resbaladizo». Una vez más el empleo de la expresión «terreno resbaladizo», casi patentada ya, irritó a Halifax. Y entonces se produjo la revelación de una postura completamente nueva: «La posición sería completamente distinta cuando Alemania hubiera hecho un intento fallido de invadir este país».<sup>63</sup>

¿Estaba ahora Winston, después de aceptar tomar en consideración la idea del tratado de paz, introduciendo la advertencia de que solo se buscaría *después* de que se produjera un intento fallido por parte de los alemanes de invadir Inglaterra?

La pretensión de que Gran Bretaña, privada de ejército (como parecía encontrarse ahora), estuviera preparada para repeler una invasión alemana (eventualidad que parecía probable) era una idea con la que Halifax no deseaba ver vinculado su nombre.

El secretario del Foreign volvió a tomar la palabra, encantado de descartar la propuesta francesa, diciendo que no había muchas perspectivas de que pudiera salir nada de todo aquello, pero centrándose en su preocupación primordial: su propia idea de un acuerdo europeo o unas conversaciones de «aspecto más amplio». Remachando una y otra vez su principal argumento, en su opinión estaba en juego un «asunto más grave»: «Suponiendo que el *signor* Mussolini deseara desempeñar el papel de mediador y que lograra obtener unas condiciones que no afectaran a nuestra independencia, pensaba que deberíamos estar dispuestos a tomar en consideración dichas condiciones».<sup>64</sup> Halifax rechazó la afirmación de Churchill en el sentido de que Gran Bretaña obtendría unas condiciones mejores en el plazo de unos meses, después de que Alemania hubiera llevado a cabo un intento fallido de invasión. Él creía todo lo contrario, y afirmó que «no debemos pasar por alto el hecho de que las condiciones que podríamos obtener antes de que Francia se saliera de la guerra y de que nuestras fábricas de aviones fueran bombardeadas, serían mejores que las que obtendríamos en el plazo de tres meses».<sup>65</sup>

La discusión continuó y Churchill intervino diciendo:

El *signor* Mussolini, si actuara como mediador, intentaría llevarse su parte a nuestra costa. Era imposible imaginar que *Herr* Hitler fuera tan tonto que nos dejara continuar rearmándonos. En realidad, sus condiciones nos pondrían completamente a su merced. Si continuáramos luchando, incluso si fuéramos vencidos, no obtendríamos unas condiciones peores que las que se nos abrían ahora.<sup>66</sup>

Halifax estaba furioso, como es comprensible. No podía llegar a entender qué veía Churchill «tan malo» en la idea propuesta de mediación. Chamberlain, percatándose de esta frustración, intervino a favor de Halifax diciendo que «estaba claro para todo el mundo que estábamos acorralados, y que no veía qué podíamos perder si decíamos abiertamente que, aunque lucharíamos hasta el final con tal de preservar nuestra independencia, estábamos dispuestos a tomar en consideración unas condiciones decentes si nos las ofrecían».<sup>67</sup>

Ante la perspectiva de perder el apoyo de Chamberlain en beneficio de Halifax, Churchill recurrió de nuevo a sus raíces retóricas y afirmó: «Las naciones que continuaban luchando se levantaban de nuevo, pero que las que se rendían dócilmente estaban perdidas». Greenwood se mostró de acuerdo con él, y dijo que «no pensaba que fuera aquel el momento de una capitulación definitiva». Esta intervención suscitó también las iras de Halifax, que —dándose cuenta sin duda de que todas sus palabras eran tergiversadas deliberadamente— replicó que «no había nada en su propuesta que pudiera ser calificado ni remotamente de capitulación definitiva».<sup>68</sup>

A Attlee le preocupaba la reacción del público ante cualquier rumor de conversaciones anglo-francesas con Alemania, y advirtió que «era preciso tener en cuenta a la opinión pública de este país ... cuando la población se diera cuenta de la verdadera situación, se llevaría un duro golpe. La gente tendría que hacer un gran esfuerzo para mantener la moral, y había un serio peligro de que, si hacíamos lo que quería Francia, descubriéramos que nos resultaba imposible levantar la moral del pueblo».<sup>69</sup>

En un último intento por disipar la tensión reinante en la sala y por alcanzar un mínimo consenso, Chamberlain se esforzó por mantener vivo el proceso de paz al tiempo que reconocía que los franceses serían muy poco

útiles a la hora de promoverlo. Estaba de acuerdo con la opinión del secretario del Foreign en las dos cuestiones: la de que si Gran Bretaña lograba salir airosa en la negociación de unas condiciones que «aunque dolorosas, no supusieran una amenaza para nuestra independencia, haríamos bien en tomar en consideración dichas condiciones»; y a continuación añadió que el acercamiento de los franceses a Mussolini no conseguiría nada parecido «en el momento actual».<sup>70</sup>

A las 18:15 la reunión se aplazó. Halifax, con la ayuda de Chamberlain, había mantenido viva la perspectiva de las conversaciones de paz, al menos de momento. Y fue a Halifax y a Chamberlain a los que Churchill pidió que se quedaran para redactar una carta dirigida a los franceses, diciendo que gracias, pero no; muchas gracias.

Churchill tenía una cita a la que acudir. Y necesitaba prepararse para lo que su biógrafo, Martin Gilbert, califica de «una de las escenas más extraordinarias de la guerra».<sup>71</sup>

Aquel mismo día, varias horas antes, Churchill había solicitado celebrar una reunión de los veinticinco ministros del Gabinete no pertenecientes al Gabinete de Guerra para informarlos con detalle de la situación a la que se enfrentaba actualmente Gran Bretaña. No había tenido la oportunidad de hablar con ellos desde que había sido nombrado primer ministro, y de eso había pasado ya bastante tiempo, pero a las 18:15, al menos, había cambiado de opinión acerca de la finalidad de su intervención.

Tras librarse de la tormenta de las amenazas de dimisión de Halifax, Churchill sabía que fuera cual fuera el rumbo que finalmente decidiera tomar —hacia la paz, si la FEB era aplastada en las playas de Dunkerque, o hacia la lucha, si lograba conservar una fuerza de combate—, iba a necesitar o bien el apoyo de su secretario del Foreign Office o bien, en caso de que este dimitiera, el apoyo de todo el Gabinete.

Era la confianza del Gabinete la que ahora deseaba asegurarse. Ese era su objetivo.

Los ministros del Gabinete, como sabemos, no estaban precisamente entre sus admiradores más fervientes. Su dudoso currículum y su estilo contundente, el cambio de chaqueta que había supuesto su paso al partido liberal y luego el nuevo cambio de su vuelta a los conservadores, sus planes militares fallidos, con las enormes pérdidas de vidas humanas que habían acarreado, habían hecho de él un personaje más tolerado que valorado, más temido que amado. Pero todos ellos acudieron a la cita, presentándose en el despacho de Winston, temerosos de lo que pudieran escuchar. ¿Qué les esperaba el día de mañana? ¿Estaba el ejército verdaderamente perdido? ¿Era inevitable, llegados a ese punto, la invasión de Gran Bretaña? ¿Eran en aquellos momentos impotentes e incapaces de evitar la destrucción de sus hogares, de sus familias, de todo su modo de vida?

No tenemos testimonio del camino que siguió Winston para ir a su despacho de la Cámara de los Comunes, donde iba a tener lugar uno de los momentos más decisivos de la guerra, pero hallándose como se hallaba, solo a unos diez minutos a pie, y teniendo como tenía un gran trabajo mental que hacer, cabe suponer que fue andando, extrañamente vestido como siempre con sus trajes eduardianos —chaleco negro y reloj de bolsillo con cadena de oro—, con su puro Longfellow en los labios, golpeando el suelo con el bastón, con uno de sus innumerables sombreros en la cabeza, más bien pequeña, esa cabeza que era un auténtico ciclón de ideas y argumentos, de posiciones y posibles salidas. Un líder vive y muere gracias a esos momentos. La fuerza de sus argumentos puede con la misma facilidad condenar a millones de personas al dolor y al sufrimiento, como traerles la salvación. ¿Qué iba a decirles a sus colegas, pues? ¿Debía escucharlos o darles órdenes? ¿Y cuánta persuasión emplear cuando el precio que podían pagar sus oyentes, si se dejaban persuadir, era su propia sangre?

No es seguro que supiera perfectamente lo que iba a decirles. Pero a medida que iba caminando empezó a cobrar forma una idea en su cerebro. Debía declarar que la firma de un tratado de paz con Hitler tenía sus defensores y que de hecho estaba siendo tomada en consideración. Era posible incluso que Hitler se encontrara detrás de las propuestas de los italianos, enviando a través de ellos un mensaje sutil de que estaba dispuesto a entablar conversaciones. Aparte de todo eso, debía descubrir cuál era el

estado de ánimo de sus ministros, antes de revelar públicamente el suyo. Si se percataba de que aquellos hombres —y por detrás de ellos el pueblo británico— estaban a favor de luchar, concluiría su alocución de una manera; si notaba en ellos fatiga y deseos de abandonar, siempre podría modificarla y acabarla de una forma distinta.

Al entrar en la Cámara de los Comunes se dirigió a la escalera. En el primer piso tomó el pasillo que conducía a su despacho. Sus colegas estaban esperándolo. La sala, con paredes revestidas de madera de roble, estaba llena; el ambiente saturado de humo de puros y cigarrillos. Winston se encaró a ellos; se hizo el silencio mientras miraba directamente a los ojos de los hombres sin cuyo apoyo no sería viable seguir siendo primer ministro. Después de varios días de incertidumbre y de dudas, de dolorosas vacilaciones, de angustias y de tormentos, había llegado el momento de evaluar la situación, de probar a adoptar una nueva perspectiva en una síntesis de todas las experiencias que había absorbido durante las tres semanas posteriores a su ascensión al poder. No iba a ser un discurso para el que se hubiera preparado. Pero su futuro dependería de su resultado.

Lo que dijo Winston no está documentado oficialmente por ningún secretario, pero el diario de Hugh Dalton, ministro laborista de Economía de Guerra, contiene un relato verdaderamente vívido de las palabras que pronunció aquel día:

Por la tarde se convoca a todos los ministros a reunirnos con el PM. Está realmente espléndido. Es el hombre para un momento como este, y además es el único hombre que tenemos. Nos ofrece un relato completo, sincero y absolutamente sereno de los acontecimientos que están teniendo lugar en Francia ...

Estaba decidido a preparar a la opinión pública para darle malas noticias, y desde luego cabría decir, y con bastante razón, que lo que estaba sucediendo en estos momentos en el norte de Francia podía ser la mayor derrota militar de Gran Bretaña en varios siglos. Ahora debíamos estar preparados para el repentino giro que podía dar la guerra si se volvía contra nuestra isla, y preparados también para otros acontecimientos de suma gravedad en Europa. No debíamos dar crédito públicamente a la idea de que Francia estaba al borde del colapso, pero tampoco debíamos permitir que nos pillaran por sorpresa los acontecimientos, fueran cuales fuesen. De hecho cabría decir incluso que sería más fácil defender nuestra isla sola que defender nuestra isla y además Francia, y si en todo el mundo se veía que lo primero era verdad, se produciría una inmensa oleada de sentimientos a nuestro favor, empezando por los

Estados Unidos, que, después de haber hecho tan poco por ayudarnos hasta la fecha, podrían incluso entrar en la guerra. Pero todo eso no eran más que especulaciones. Sin duda se llevarían a cabo intentos de invadirnos, pero irían acompañados de enormes dificultades. Debíamos sembrar de minas todas nuestras costas; nuestra armada era inmensamente fuerte; nuestras defensas aéreas eran mucho más fáciles de organizar desde esta isla de lo que lo eran al otro lado del canal; nuestros suministros de alimentos, petróleo, etc., eran abundantes; teníamos buenas tropas aquí, y otras estaban de camino por mar, tanto unidades británicas que venían procedentes de guarniciones lejanísimas como las magníficas tropas de los dominios, y, en cuanto a los aviones, ahora estábamos más que recuperándonos de las pérdidas sufridas, mientras que los alemanes no. Durante estos últimos días he pensado cuidadosamente si formaba parte de mi responsabilidad considerar la idea de entablar negociaciones con Ese Hombre [Hitler]. Pero era ocioso pensar que, si intentábamos firmar la paz ahora, obtendríamos de Alemania unas condiciones mejores que si siguiéramos adelante y lucháramos hasta el final. Los alemanes exigirían nuestra armada —lo que se denominaría «desarme»—, nuestras bases navales, y muchas otras cosas. Nos convertiríamos en un país esclavo, aunque se establecería un gobierno británico que sería una marioneta de Hitler, «presidido por Mosley [sir Oswald Mosley, destacado fascista británico] o cualquier otra persona». ¿Y dónde nos encontraríamos después de todo esto? Por otra parte, disponemos de unas reservas y ventajas enormes. Y estoy convencido que todos ustedes se levantarían y me echarían de mi puesto si aunque fuera por un momento contemplara la posibilidad de entrar en tratos o de rendirme. Por consiguiente, dijo, «seguiremos adelante y lucharemos hasta el final, aquí o donde sea, y si tiene que acabarse la larga historia de esta isla nuestra, que acabe solo cuando cada uno de nosotros haya caído por tierra y esté ahogándose en su propia sangre».<sup>72</sup>

Una vez más, cuando estaba al borde de la derrota, Churchill —hablando con el corazón en la mano—, reunió todas las habilidades con las que contaba en su arsenal y efectuó una exhibición magistral de retórica, un disertación que debió de adquirir forma en la mente del orador en los breves momentos previos a su expresión, demasiado tarde para poder retocarla.

Lo que quería decir Winston era lo siguiente. Había tomado una decisión. La decisión de no seguir nadando entre dos aguas. La decisión de frustrar por adelantado cualquier campaña de apoyo a su «acuerdo europeo» que Halifax intentara organizar. La decisión de arriesgarse a que el secretario del Foreign Office dimitiera y de paso a enfrentarse a un voto de confianza contra él. La decisión de que, en suma, teniendo en cuenta todos los factores, más valía seguir luchando —pese a la validez y la contundencia de los

argumentos en contra— y volver a su posición original, pero ahora con plena consciencia de las pocas probabilidades de éxito que tenía, de los peligros, de los costes y de los posibles sacrificios que le aguardaban. Sus compatriotas, hombres y mujeres, debían arriesgar su vida y estar dispuestos a ahogarse en su propia sangre.

No tendría que aguardar mucho tiempo para comprobar que sus palabras habían acertado de lleno. La reacción se produjo de inmediato.

En sus memorias de la segunda guerra mundial, *Su hora mejor*, recuerda Churchill la respuesta que recibió del Gabinete con una pizca más de entusiasmo que el que reflejan las versiones de la reunión que ofrecen otros diarios:

Entonces surgió una manifestación espontánea que me sorprendió, teniendo en cuenta el carácter de la reunión, en la que figuraban veinticinco políticos y parlamentarios experimentados, hombres todos ellos que representaban los puntos de vista más opuestos, acertados o erróneos, ante la guerra. Dio la impresión de que muchos de ellos se levantaron de la mesa como movidos por un resorte y corrieron a mi asiento, aclamándome y dándome palmadas en la espalda. No cabe duda de que si en aquella ocasión hubiera flaqueado yo en mi condición de líder del país, habría sido despedido del cargo. Tuve la seguridad de que todos los ministros estaban dispuestos a morir inmediatamente y a ver destruidas sus familias y todas sus posesiones, antes que doblegarse. Y en este sentido representaban a la Cámara de los Comunes y a casi todo el pueblo.<sup>73</sup>

Cuando el Gabinete de Guerra volvió a reunirse a las 19:00, Churchill refirió lo sucedido con lo que sin duda debió de ser un profundo sentimiento de alivio y satisfacción. Y su relato iba dirigido definitivamente a Halifax: «[Los asistentes] no habían expresado ninguna alarma ante la posición de Francia, sino, por el contrario, habían expresado la mayor satisfacción cuando él les había dicho que no había posibilidad alguna de que cejáramos en nuestra lucha. No recordaba haber escuchado nunca expresarse de modo tan enfático a un conjunto de personas que ocupaban cargos tan altos en la vida política».<sup>74</sup>

Halifax y Chamberlain podían ver la que se les venía encima. Ni siquiera la dimisión conjunta de uno y otro podría ya afectar al liderazgo de Churchill; no, desde luego, después de esta victoria con los ministros, cuya

intención colectiva de continuar la lucha no habían previsto.

Churchill había rebasado a sus oponentes por el flanco, había ganado juego, set y partido, y no se ha encontrado documento alguno que demuestre que ninguno de estos hombres —ni Halifax ni Chamberlain— volviera a suscitar la cuestión de una paz negociada entre Londres y Berlín.

Lord Halifax, hombre orgulloso donde los haya, reconoció su derrota en silencio. Los acontecimientos de aquellas reuniones no son mencionados en su diario, que la mayor parte de los historiadores creen que fue escrito para que otros lo leyeran, no como un documento fidedigno. Recogió, en cambio, una versión muy distinta: «Otro gabinete a las cuatro para analizar otro llamamiento de los franceses instándonos a pedir a Mussolini que sea más razonable. Consideramos que era perfectamente inútil después de todos los intentos que se han hecho, y tras su negativa rotunda [i. e. de Mussolini] a escuchar el último acercamiento de Roosevelt».<sup>75</sup>

Churchill había salido airoso. Había sobrevivido a aquel momento de incertidumbre dentro de sí mismo. No habría votación en la Cámara en contra de su liderazgo. Ante el intento más potente de acorralarlo contra las cuerdas, había frustrado, mediante un discurso, la amenaza de utilizar contra él su posición de debilidad dentro del partido. La fuerza de sus palabras y la convicción con la que las había pronunciado habían logrado una vez más sacarlo a flote. Como recuerda en sus memorias a propósito de aquel día, «había un resplandor blanco, intensísimo, sublime, que recorría nuestra isla de extremo a extremo».<sup>76</sup> Y aunque las pruebas a las que iba verse sometido el país no habían hecho más que empezar, ahora sabía que contaba con el apoyo de sus colegas y del público para continuar juntos la lucha.

Antes de retirarse a su dormitorio, llamó por teléfono a Paul Reynaud para confirmarle que Gran Bretaña no pediría negociar y seguiría luchando sola, si era necesario, pero invitaba, eso sí, a los franceses a que lucharan a su lado.

MIÉRCOLES, 29 DE MAYO DE 1940

**EL RITMO DE LA EVACUACIÓN EN DUNKERQUE ES DE UNOS DOS MIL HOMBRES POR HORA Y MÁS DE CUARENTA MIL SOLDADOS HAN DESEMBARCADO YA SANOS Y SALVOS EN GRAN BRETAÑA**

**LA LUFTWAFFE LANZA UNA OPERACIÓN DE «ÚLTIMO ESFUERZO» SOBRE DUNKERQUE, HUNDIENDO VEINTICINCO BUQUES<sup>1</sup>**

**LA CONTUNDENTE RESPUESTA DE CHURCHILL A FRANCIA GALVANIZA A REYNAUD, QUE HA DECIDIDO CONTINUAR LA LUCHA Y COMBATIR MIENTRAS SEA POSIBLE**

## «Lucharemos en las playas»

¡Qué distintas son las cosas cuando se tiene la cabeza en orden! La mañana del 29 de mayo, Churchill se despertó revitalizado, como si fuera un hombre nuevo.

Estando todavía en la cama tuvo noticia de que el mensaje enviado la noche anterior a Reynaud diciendo que Gran Bretaña no pediría entablar negociaciones a través de Italia había surtido, según le informó el general sir Edward Spears, el oficial de enlace personal entre Reynaud y Churchill, un «efecto mágico» sobre el mandatario francés y «evidentemente reforzó la convicción íntima que tenía [Churchill] de que ese era el rumbo adecuado que se debía seguir, y prohibió rotundamente que se enviaran más comunicados a Roma». <sup>2</sup> El lenguaje estoico y optimista que había empleado Churchill no sólo en su mensaje, sino también en su reunión con el Gabinete resultaría crucial para luchar contra la actitud derrotista que había venido insinuándose durante los últimos días. Ahora sabía que el arma más potente que poseía para salvar a Inglaterra era la esperanza.

Con esa idea en mente, envió un memorándum «estrictamente confidencial» a los ministros del Gabinete y a los altos funcionarios en el que decía:

En estos días oscuros el primer ministro agradecería a todos sus colegas del gobierno, así como a los altos funcionarios, que mantuvieran en sus círculos la moral bien alta; sin minimizar la gravedad de los acontecimientos, pero mostrando confianza en nuestras capacidades y la determinación inflexible de continuar la guerra hasta que hayamos quebrantado la voluntad del enemigo de colocar a toda Europa bajo su dominio.

No debe darse credibilidad a la idea de que Francia vaya a firmar una paz por separado; pero suceda lo que suceda en el continente, no podemos dudar de cuál es nuestro deber y utilizaremos sin dudar todo nuestro poder para defender nuestra isla, el Imperio y nuestra causa.<sup>3</sup>

Siguiendo este llamamiento casi shakesperiano a levantar los ánimos, el Gabinete de Guerra se reunió a las 11:30. Esta vez lord Halifax ni siquiera intentó hacer cambiar de opinión a Churchill ni a los demás ministros, pero les avisó de un telegrama que había recibido el Foreign Office procedente del embajador británico en Roma. Corroborando lo que muchos habían venido esperando, afirmaba que «la entrada de Italia en la guerra era ahora cosa segura; solo quedaba la duda de la fecha. Podía ser dentro de una semana, o podría ser después, pero el aplazamiento no podía ya seguir contándose por meses». Como respuesta, el embajador había dejado bien claro que «si Italia hacía la guerra, se respondería a la guerra con la guerra. La responsabilidad sería del *signor* Mussolini y sólo de él».<sup>4</sup>

Aquella no fue la única noticia «desagradable» que les dieron.<sup>5</sup> Cuarenta mil soldados habían llegado ya a Inglaterra procedentes de Francia, pero la asesoría militar decía que no estaba claro que pudieran ser rescatados muchos más. La Luftwaffe había destruido por completo el puerto de Dunkerque mediante continuos bombardeos y había hundido varios buques que ahora bloqueaban la entrada a los que pretendían llegar a él.

Lord Gort había enviado un telegrama solicitando una «pauta concreta sobre las acciones que debían llevarse a cabo en última instancia».<sup>6</sup> Churchill confirmó a los asistentes a la reunión que el general había recibido la orden de «continuar la lucha con objeto de ganar tiempo para la evacuación de cuantas tropas fuera posible, y de infligir a los alemanes cuanto más daño mejor»,<sup>7</sup> pero Halifax —decidido siempre a salvar el mayor número de vidas posible— manifestó su inquietud:

No estaba satisfecho ni mucho menos con las instrucciones concretas que se habían dado. Estaba de acuerdo con que la dolorosa lucha continuara, pero le gustaría que se enviara a lord Gort un mensaje expresándole la confianza implícita que el gobierno había depositado en él y en las acciones que considerara oportuno llevar a cabo en última instancia. No sería deshonoroso abandonar la lucha para salvar a un puñado de hombres de la matanza.<sup>8</sup>

Las discusiones de los días anteriores parece que habían creado una fisura irreparable entre el primer ministro y el secretario del Foreign Office, y el motivo implícito de las nuevas discrepancias podría atribuirse tranquilamente a la cuestión ya enterrada de las conversaciones de paz. Lord Halifax volvía a esgrimir su argumento moral de que no tenía nada de heroico morir luchando y de que no había nada deshonesto en salvar vidas humanas mediante acciones de estrategia o retiradas, siempre que fuera posible. Churchill reaccionó ante aquellas palabras afirmando claramente que lo que decía Halifax no era más que una cosa lamentablemente obvia, y que naturalmente «en una situación desesperada cualquier hombre de valor tenía derecho, a falta de órdenes concretas en sentido contrario, a utilizar su propio criterio, y que por lo tanto prefería no modificar las instrucciones facilitadas a lord Gort».<sup>9</sup> No hacía falta precisar más: «A un alto mando, en circunstancias tan desesperadas y angustiosas como aquellas en las que ahora se encontraba lord Gort, no debía presentársele la difícil alternativa de escoger entre resistencia y capitulación».<sup>10</sup>

Chamberlain intervino para mediar, como había hecho tantas veces durante los últimos días, y dijo que había una probabilidad de que «lord Gort interpretara las instrucciones que se le habían enviado en el sentido de que debía resistir hasta el último hombre, independientemente de las circunstancias en las que se encontrara», y además, si las líneas de comunicación entre la FEB y el gobierno eran cortadas, no estaría en condiciones de solicitar unas órdenes definitivas. Como solución de compromiso, Chamberlain propuso que clarificaran la orden existente, añadiendo que Gort «continuara la lucha siempre y cuando permaneciera en contacto con el gobierno de Su Majestad ... Si las comunicaciones se interrumpieran, entonces sería libre de utilizar su propio criterio en lo tocante al grado de resistencia que debía continuar ofreciendo». Clement Attlee pensaba que esta advertencia cautelosa menoscababa el crédito concedido al reputado general, que ya sabía que era eso lo que tenía que hacer: «Indudablemente lord Gort tendría permiso para emplear su propio criterio si las comunicaciones fueran interrumpidas y se encontrara con el acceso al mar cortado y en unas circunstancias en las que una continuación de la resistencia no supusiera infligir un daño apreciable a los alemanes». Anthony Eden se

mostró de acuerdo con él. Churchill dio por concluida aquella exasperante reunión diciendo: «Las instrucciones remitidas a lord Gort no pretendían dar la impresión de que las tropas que quedaran privadas de toda esperanza de socorro y carecieran de comida y de agua o de munición intentaran continuar la lucha. Tomaría en consideración la idea de enviar un telegrama conteniendo unas instrucciones modificadas según las líneas propuestas [por Attlee]». <sup>11</sup>

Cadogan escribió en su diario que la reunión del gabinete había consistido en «[una] discusión horrible de las instrucciones que había que remitir a Gort. WSC [Churchill] testarudo con bastante teatralidad. Se opusieron a él y le gritaron en una medida razonable NC [Chamberlain] y H [Halifax]. Temo que las relaciones se vuelvan bastante tensas. Es culpa de Winston y de su teatralidad». <sup>12</sup>

Es evidente que Churchill ya no era un líder bisoño. Sus temores de no contar con el apoyo de su propio partido habían pasado, y ahora creía que contaba también con la confianza de la nación. Estaba perfectamente convencido y libre de dudas en lo concerniente al camino que tenía por delante, y emanaba una nueva seguridad y confianza en que podía mantener a su país sano y salvo a pesar del peligro. Por eso, mientras que otros consideraban que la cantidad de tropas que habían vuelto de Dunkerque era lo máximo que probablemente se pudiera conseguir, Winston —ahora que su invento, la Operación Dinamo, acababa de dar comienzo— creía que todavía podían llegar más. Y mientras que otros temían que los franceses estuvieran a punto de rendirse, él creía que podría conseguir que siguieran adelante con determinación y esperanza.

En cuanto salió de la reunión, Churchill se dispuso a contactar con su círculo íntimo, utilizando palabras de optimismo y de ánimo para asegurarse de que se sentían apoyados. Envió sendos mensajes a Eden, a Ismay y al general sir John Dill (que había sustituido a Ironside como jefe del Estado Mayor General Imperial) para decirles que era «esencial que los franceses participaran en dicha evacuación de Dunkerque en la medida de lo posible. Había que concertar de inmediato medidas con las delegaciones francesas en este país, o si es necesario con el gobierno francés, para que no se suscite ningún reproche o, si acaso, los menos posibles». <sup>13</sup> A continuación envió un

telegrama al general Spears: «Sus informes interesantísimos, y embajador elogia encarecidamente su labor. Continúe informando constantemente. Mientras tanto reiteramos nuestra determinación inquebrantable de continuar con lo que hagan...».14 Y por último telegrafió a lord Gort conforme a las conclusiones alcanzadas en el Gabinete de Guerra:

Si queda usted aislado y sin comunicaciones con nosotros, y a su juicio hubiera sido finalmente imposibilitada toda la evacuación de Dunkerque y de las playas, cuando todo intento de reanudarla hubiera fracasado, sería usted el único que podría juzgar cuándo era imposible seguir infligiendo daño al enemigo. El gobierno de Su Majestad está seguro de que la reputación del ejército británico está a salvo en sus manos.15

Aquella noche Churchill cenó con el general Ironside y Clementine en el palacio del Almirantazgo y, según se comentó, se le vio «en una forma espléndida».16 La evacuación de la FEB seguía adelante a buen ritmo, y el diario de Jock Colville señala que «la incesante laboriosidad de Winston es impresionante».17 Después de cenar, a las 23:45, el primer ministro telegrafió a Reynaud, reiterándole que deseaba que «las tropas francesas tomaran parte en la evacuación» en la medida en que pudieran, y le comunicaba que «en cuanto hayamos reorganizado nuestras tropas evacuadas y hayamos preparado las fuerzas necesarias para salvaguardar nuestra supervivencia frente a la amenaza de invasión, quizá inminente, formaremos una nueva FEB».18 Informaba asimismo al mandatario francés de que los británicos estaban llevándose de Francia su equipamiento militar, pero que «es solo para poner orden y hacer frente al impacto inminente, y dentro de poco le enviaremos un nuevo plan de refuerzos de nuestras tropas en Francia»; 19 añadía por otra parte que le enviaba esa información «con toda camaradería» y le instaba a «no vacilar y a hablarme con franqueza».20

Cuando Churchill estaba a punto de retirarse a su dormitorio, un oficial de servicio en el Gabinete de Guerra aprovechó la ocasión para pedir un permiso de cuatro días con el fin de trasladarse a Dunkerque y ayudar en las evacuaciones, a lo que el primer ministro respondió: «¡Dios lo bendiga! ¡Ojalá pudiera ir yo con usted!».21

La niebla y el mal tiempo reinantes el 30 de mayo por la mañana dieron un respiro y permitieron que cesara la campaña de máximo esfuerzo llevada a cabo por la Luftwaffe, pero el puerto de Dunkerque resultaba ya inaccesible para cualquier embarcación, como no fuera una pequeña lancha. Fueron enviados a Londres dos mensajeros para informar al primer ministro de la situación existente. Churchill quedó sorprendido al comprobar que ante él, junto a la puerta, además de lord Munster (ayudante de campo de lord Gort), se encontraba su sobrino, John Spencer-Churchill, que, según sus propias palabras, llegó a casa de su tío «todavía empapado y vestido con el traje de faena, con todo el equipo de combate». Informó a su tío de que «lo que se necesita con más urgencia son pequeñas embarcaciones que saquen a las tropas de las playas y las conduzcan a buques más grandes», y Munster añadió que lord Gort creía que «los barquitos pueden ser nuestra salvación».<sup>22</sup>

En la reunión del Gabinete de Guerra de las 17:30, Churchill tuvo el placer de comunicar que ya habían desembarcado en las costas de Inglaterra más de cien mil hombres, pero que «la niebla estaba estorbando ahora seriamente la evacuación».<sup>23</sup> El general Spears había enviado un mensaje al Gabinete de Guerra para ponerlo al corriente de la situación en Francia. Se temía que la batalla, todavía muy violenta cerca del Somme, acabara por perderse en poco tiempo: «El general Weygand había dicho que las probabilidades eran de tres a uno en contra de los franceses. El tiempo no había sido nunca tan valioso, y él [Weygand] había suplicado que los británicos enviaran todos los soldados posibles ... Una sola división británica habría bastado para marcar la diferencia».<sup>24</sup>

Churchill pensaba que la lista de peticiones de los franceses empezaba a ser preocupantemente larga y que, cuando, como era inevitable, Gran Bretaña se negara a conceder alguna de ellas, «como nos veremos obligados a hacer», ellos lo utilizarían como el pretexto que habían venido buscando para abandonar la lucha. Los asistentes a la reunión estudiaron las diferentes opciones y se mostraron de acuerdo con Churchill cuando este propuso que Gran Bretaña dijera una vez más a los franceses que debían aguantar un

poquito más, que Gran Bretaña les enviaría ayuda en cuanto pudiera, pero que «debíamos dejar bien claro que no teníamos fuerzas que mandarles en el momento actual».<sup>25</sup>

Como dice el general Ismay en sus memorias, Churchill «prefirió siempre ver las cosas por sí mismo y enterarse de lo que estaba pasando de primera mano».<sup>26</sup> Así, pues, propuso que se convocara para el día siguiente una reunión del Consejo Supremo de Guerra, para poder viajar a París y explicar en persona la situación a los franceses. Churchill estaba verdaderamente ansioso por sacar de Dunkerque al mayor número posible de tropas francesas junto con la FEB. En la reunión del Comité de Defensa de las 23:00 el primer ministro subrayó que «el ejército británico tendría que aguantar cuanto le fuera posible para que la evacuación de los franceses pudiera continuar».<sup>27</sup> Si no lo hacían así, era probable que causarían «un daño irreparable» a las relaciones entre Inglaterra y Francia.<sup>28</sup>

A las 8:30 de la mañana del 31 de mayo la comitiva partió de Londres en dos aviones Flamingo con destino a París. El oficial encargado de la protección de Churchill, el inspector detective W. H. Thompson, recuerda haber volado sobre «multitudes dispersas de refugiados. Cargados con todas las posesiones que hubieran podido reunir en carretas, cochecitos de niño, o incluso sobre sus espaldas, se alejaban de la línea de combate tan deprisa como podían».<sup>29</sup> También formaban parte de la delegación Ismay y, cosa bastante más insólita, Clement Attlee. Era la primera vez que el lord del Sello Privado asistía a la mesa de conferencias, e Ismay recordaría en sus memorias que «era valiente, prudente, resolutivo y completamente leal a Churchill. Su integridad era absoluta, y parece que nunca se le pasó por la cabeza ninguna idea de ambición personal».<sup>30</sup>

Cuando se reunió el Consejo Supremo de Guerra, el interés primordial de Churchill se centró en la evacuación de Dunkerque. Explicó que «hasta el mediodía de aquella jornada habían sido evacuados por mar 165.000 hombres»; al oír aquel dato Reynaud «llamó la atención sobre la disparidad de las cifras ... de las 220.000 tropas británicas existentes en los Países Bajos habían sido evacuadas 150.000, mientras que de las 200.000 francesas solo habían sido sacadas 15.000. [Reynaud] estaba angustiadísimo y deseaba, mirando las cosas desde el punto de vista de la opinión pública francesa, que

fuera retirado un mayor número de franceses; de lo contrario, el público extraería funestas conclusiones». Churchill intentó explicar que «el motivo fundamental de que los británicos hayan sacado primero a muchos de sus hombres era que entre ellos había muchas tropas de la línea de comunicaciones y otras unidades de retaguardia situadas en la zona trasera [de Dunkerque], que estaban disponibles para su evacuación inmediata. La proporción de tropas combatientes evacuada era mucho menor». Como las tropas francesas no habían recibido oficialmente todavía la orden de evacuar, igual que la recibida por la FEB, Churchill hizo hincapié en que ese era «uno de los principales motivos de que hubiera venido a París ... para asegurarse de que ahora se daban a las tropas francesas las mismas órdenes que se habían dado a las británicas». <sup>31</sup>

El Consejo Supremo de Guerra pensaba que «Dunkerque no podría aguantar más allá de otras 48 horas a lo sumo, aunque solo fuera como consecuencia de la creciente escasez de agua, comida y municiones», y Churchill confesó que «el gobierno británico se había visto obligado a ordenar a lord Gort que evacuara a tropas combatientes antes que a los heridos, de los cuales había varios miles dentro del perímetro. Eran solo las circunstancias extremas de la guerra las que habían hecho necesario tomar semejante decisión pensando en el futuro». Los británicos no habían salido muy bien librados, a pesar de sus expectativas de poder evacuar a doscientos mil soldados sanos y salvos, pues habían perdido todos sus pertrechos excepto las armas pequeñas y los equipamientos personales. Reynaud manifestó su gratitud y elogió a las fuerzas armadas británicas por su maravillosa labor en lo tocante a la evacuación, pero estaba convencido de que «en cuanto la situación en el frente del nordeste haya quedado aclarada, Alemania de inmediato ... emprendería un ataque hacia el sur contra la línea de los ríos Somme y Aisne ... [y pidió] que tan pronto como acabara la operación en el norte, se pusieran a disposición del nuevo frente todos los efectivos de la RAF, así como todas las tropas de las que pudiera prescindir Gran Bretaña». Churchill, cuyo interés primordial estaba ahora en la defensa de Inglaterra, contestó que le resultaba «imposible determinar qué fuerzas terrestres británicas podrían ser enviadas hasta tener una imagen clara del total de fuerzas que habían sido rescatadas del norte». <sup>32</sup>

Pese a la evaluación esperanzadora y positiva de la situación, Reynaud seguía manteniendo una visión derrotista y pesimista. Churchill hizo un último intento de infundir ánimos a Reynaud cuando la reunión estaba ya a punto de concluir:

No podía creer que el ejército alemán fuera tan bueno como el francés. Si los aliados podían aguantar todo el verano, Gran Bretaña se levantaría como un factor importantísimo ... Los aliados debían mantener un frente inquebrantable ante todos sus enemigos ... Inglaterra no temía la invasión, y se resistiría fieramente a ella en todos los pueblos y en todas las aldeas. Para oponer una resistencia sólida debía disponer de tropas, y sería solo cuando sus necesidades más fundamentales y urgentes hubieran sido satisfechas cuando el resto de sus fuerzas armadas podría ponerse a disposición de sus aliados franceses.

En la actual emergencia, era fundamental que Inglaterra y Francia siguieran estando estrechamente de acuerdo. De ese modo, podrían garantizar mejor que su moral siguiera alta. Estaba absolutamente convencido de que solo tenían que continuar peleando para vencer. Aunque una de ellas fuera abatida, la otra no debía abandonar la lucha. El gobierno británico estaba dispuesto a hacer la guerra desde el Nuevo Mundo si, por cualquier desastre, Inglaterra misma era arrasada. Había que tener en cuenta que si Alemania derrotaba a cualquiera de los aliados, o a los dos, no les daría cuartel: serían reducidos a la condición de vasallos y esclavos para siempre. Más valía que la civilización de Europa occidental, con todos sus logros, llegara a su fin de forma trágica, pero espléndida, antes que las dos grandes democracias sobrevivieran privadas de todo aquello que hacía que valiera la pena vivir. Esa era, no le cabía duda, la profunda convicción que tenía todo el pueblo británico, y él mismo así lo proclamaría en el Parlamento británico al cabo de unos días.<sup>33</sup>

Aunque nadie lo sabía, Churchill acababa de ensayar —para disfrute de Francia— una versión en bruto del discurso que acabaría marcándolo para siempre.

Attlee, conmovido por las palabras que acababa de escuchar, añadió que «suscribía plenamente todo lo que había dicho el señor Churchill. El pueblo británico se había dado cuenta ahora del peligro al que se enfrentaba, y sabía que, en caso de una victoria de Alemania, todo lo que había creado sería destruido: pues los alemanes mataban no solo a los hombres, sino también las ideas. Nuestro pueblo estaba decidido como no lo había estado nunca antes en su historia».<sup>34</sup>

Poco tenía que decir Reynaud, salvo dar las gracias a Churchill y a Attlee por sus palabras inspiradoras, lleno de gratitud hacia el primero por asegurar que si Francia caía, Gran Bretaña no abandonaría la lucha. Tras decir que sus respectivos países no habían estado nunca más cerca uno de otro, aplazó la reunión.

Quien estaba esperando ansiosamente a recibir noticias de cómo había ido la reunión era lord Halifax. Sir Ronald Campbell, el embajador británico en Francia, le escribió inmediatamente para decirle que Churchill había llegado «en un momento psicológico trascendental y su visita ha sido de un valor altísimo».<sup>35</sup> Y añadía:

... ha tratado a los franceses de una manera espléndida. Ya le dará él mismo una relación de ello mucho mejor de la que podría darle yo por carta. Todo lo que puedo decir es que al término de la reunión del Consejo Supremo de Guerra llevó a cabo la más espléndida peroración hablando de la implacable voluntad del pueblo británico de seguir luchando hasta el final, y de continuar haciéndolo antes que sucumbir a la esclavitud.<sup>36</sup>

Aquello debía de ser lo último que deseaba oír Halifax. Solo el día anterior, después de la reunión del Gabinete de Guerra de las 17:30, había escrito en su diario que nunca había visto una mente tan «desordenada» como la de Winston, y que estaba «llegando a la conclusión de que su proceso de pensamiento es de los que únicamente son capaces de funcionar hablando. Como es exactamente lo contrario del mío, resulta irritante».<sup>37</sup>

Halifax estaba en lo cierto al afirmar que el proceso de pensamiento de Churchill era de los que solo son capaces de funcionar hablando, pero no podía equivocarse más al calificar su mente de «desordenada», pues desde que pronunciara su discurso del 28 de mayo en la Cámara de los Comunes, en el que prometió volver a dirigirse a ella dentro de una semana, su mente no había hecho más que empezar a crear orden...: un orden de palabras. Es la observación del embajador Campbell y no la de Halifax la que es la más aguda, y nos remite una vez más a un viejo amigo de Churchill, a saber, Cicerón.

En *De inventione (De la invención retórica)*, Cicerón habla del orden natural del discurso, dividiéndolo en seis partes, la última de las cuales es la conclusión, epílogo o peroración, definida como conclusión emocional de un discurso «cuya finalidad habitualmente es provocar el entusiasmo del público»<sup>38\*</sup> La «espléndida peroración» pronunciada por Churchill en el Consejo Supremo de Guerra demostraba que, como había hecho en otras ocasiones, había empezado ya a ensayar la parte final de un discurso que pasaría a la historia como uno de los más grandes que se hayan pronunciado nunca.

En Londres, ya habían empezado a correr rumores acerca de los magistrales esfuerzos llevados a cabo por Churchill con los franceses. Hugh Dalton apuntó en su diario: «El rey dice que ha tenido que recordar a Winston que solo es el PM de Inglaterra, y no también el de Francia».<sup>39</sup> Churchill regresó a la capital británica a primera hora del sábado 1 de junio.

En la reunión del Gabinete de Guerra celebrada esa mañana, algunos de sus miembros estuvieron encantados de escuchar la noticia de que «la Operación Dinamo estaba avanzando mucho mejor de lo que predecían todas las esperanzas y pronósticos»,<sup>40</sup> y de que ya habían sido evacuados casi 225.000 soldados. Lord Halifax se había reunido el día anterior con el embajador norteamericano, Joseph Kennedy, quien le había dicho que «Dunkerque bien valía cuarenta llamamientos de los aliados a los Estados Unidos»;<sup>41</sup> las perspectivas de que Gran Bretaña consiguiera los destructores que había encargado parecían ahora mucho mejores, pues «los acontecimientos se movían con mucha rapidez en los Estados Unidos»,<sup>42</sup> de modo que Churchill podría aprovechar esta oportunidad para hablar directamente con el presidente Roosevelt y pedirle que acelerara las cosas.

En el Almirantazgo, Colville presentó al primer ministro una propuesta que había llegado «acerca de enviar los cuadros de la National Gallery a Canadá», a lo que Churchill replicó: «No. Entiérrenlos en cuevas y sótanos. Ninguno debe salir del país. Vamos a derrotarlos».<sup>43</sup> Una respuesta similar se dio también respecto a la expatriación de la familia real, las joyas de la

corona, e incluso del gobierno a alguno de los territorios del imperio en ultramar: «Estoy convencido de que les haremos lamentar el día en el que intenten invadir nuestra isla. No puede permitirse ni hablar de ello».<sup>44</sup>

Mientras tanto los cielos despejados sobre Dunkerque hicieron que la Luftwaffe pudiera reanudar su terrorífico asalto sobre el puerto y proporcionar cobertura aérea a las tropas terrestres alemanas. La evacuación continuaba al mismo ritmo, pero la jornada había sido testigo de graves pérdidas: diecisiete embarcaciones, entre ellas cuatro valiosísimos destructores, además de otros diez gravemente dañados. En la reunión del Comité de Jefes de Estado Mayor de las 15:30, Churchill «recalcó la importancia de resistir el mayor tiempo posible. Los alemanes quizá logran efectuar ahora un avance y quizá fuera posible aguantar una noche más. El éxito o el fracaso de nuestros esfuerzos por salvar lo que quedaba del ejército francés podrían tener importantes consecuencias sobre la alianza. Mientras el frente resista, la evacuación continuará; aun a costa de sufrir pérdidas navales».<sup>45</sup>

A las 18:45 fue enviado un «telegrama urgentísimo» al general Weygand avisándolo de que la situación estaba llegando a su punto de máxima tensión, y de que, aunque resistirían tanto tiempo como pudieran, era bastante probable que los alemanes rompieran las líneas y que fuera preciso abandonar la evacuación.

La preocupación se traspasó entonces a los ciudadanos de Gran Bretaña, cuya moral estaba por los suelos y entre los que cuales iba intensificándose una sensación generalizada de pánico. Los periódicos informaban acerca de los planes de Hitler de invadir la isla. El Gabinete de Guerra acordó que en un intento de levantar los ánimos de la gente, Duff Cooper efectuara una alocución radiofónica el 2 de junio por la noche para anunciar que se había conseguido llevar a cabo la evacuación de 276.030 soldados. Pero no era solo la gente la que necesitaba esperanzas; los temores eran también grandes entre los ministros del gobierno, y las entradas correspondientes a los diarios de los diputados Harold Nicolson, Hugh Dalton y Chips Channon, respectivamente, los reflejan con toda claridad:

En realidad hay pocos motivos de entusiasmo, excepto motivos morales. Hemos perdido todos nuestros pertrechos. Los franceses han perdido el 80 % de sus fuerzas y tienen la sensación de que los hemos abandonado a su suerte. Constituirá un verdadero problema reconstruir las buenas relaciones entre nuestras fuerzas.<sup>46</sup>

¿Cómo será Europa dentro de seis meses? Hambre, inanición y revueltas, sobre todo en los países eslavos que han sido invadidos por Alemania.<sup>47</sup>

Todo conspira contra nosotros ... Estamos en una situación espantosa...

Mientras contemplo los colores grises y verdes de Horse Guards Parade\* bajo el cielo azul, los enormes globos plateados como elefantes haciendo reverencias, las redes de alambre de espino y los soldados yendo y viniendo, me pregunto: ¿Es esto realmente el fin de Inglaterra? ¿Estamos siendo testigos, como vengo temiéndome desde hace mucho tiempo, de la decadencia, el ocaso y quizá la extinción del pueblo de esta gran isla?<sup>48</sup>

El 3 de junio a mediodía el milagro de la evacuación de la FEB se había llevado cabo casi en su totalidad, habiendo sido rescatados 292.380 efectivos. El secretario particular de Churchill, John Martin, escribiría en sus memorias:

Durante todos aquellos días espantosos el primer ministro permaneció absolutamente firme; pero era muy fácil sentir la intensidad de la responsabilidad que recaía sobre sus hombros; y la atención y la emoción con las que contemplaba la angustia de Francia, deseoso de brindarle todo el apoyo y el consuelo que pudiera, pero poniéndose una coraza de acero frente a las peticiones desesperadas [que recibía] y sus generosos instintos con el fin de reservarse el mínimo de la fuerza aérea [de que disponía y] de la que dependían nuestras esperanzas de continuar la lucha en Gran Bretaña.<sup>49</sup>

Estaba previsto que Winston se dirigiera a la Cámara de los Comunes en menos de veinticuatro horas y todavía tenía que acabar de escribir su discurso. Durante todo el día, mientras iba y venía a toda prisa de una reunión a otra, aprovechaba cualquier oportunidad para sentarse ante su escritorio en Downing Street y añadir o suprimir algún párrafo con el fin de asegurarse de que expresaba con la mayor claridad posible la gravedad de la situación. Sabía cuál era la idea fundamental de su discurso. Era más o menos el mismo mensaje que había dado a los franceses en la reunión del Consejo Supremo de Guerra, pero este requería un lenguaje que resonara con especial hondura en

el corazón mismo del pueblo británico: un lenguaje sencillo, anclado en breves palabras anglosajonas, en frases que cayeran de tres en tres como martillos golpeando sobre el mismo yunque.

Hizo correr el primer borrador de su discurso entre su círculo más íntimo. Al parecer, los pensamientos iniciales eran «un poquito duros con el alto mando francés»,<sup>50</sup> habida cuenta de la fragilidad de su situación y de sus constantes peticiones de un apoyo militar extra por parte de los británicos. Tachó la frase que afirmaba: «Aunque los Estados Unidos continúan contemplando [la situación] con un extraño distanciamiento, el aumento y el progreso de los peligros que los amenazan [son] incluso más sombríos».<sup>51</sup> Quizá al reflexionar sobre ello recordara que su discurso debía seducir a los americanos para que se unieran al esfuerzo bélico, no para que lo rechazaran. Curiosamente, anotó en los márgenes algunas acotaciones de carácter escénico; por ejemplo: «¡Expresar conmiseración!» junto a la frase: «Nuestras pérdidas de hombres han superado los treinta mil entre muertos, heridos y desaparecidos».<sup>52</sup>

El método de escribir discursos que tenía Winston era muy laborioso y llevaba varios días. En 1973, John Martin, el secretario particular de Churchill, fue entrevistado acerca del proceso seguido por su jefe y recordó que tenía «un cuidado tremendo» en lo concerniente a esta forma de arte secreta. Se mandaba llamar a una mecanógrafa, y luego Winston empezaba a «dictar muy despacio lo que iba a decir ... una vez que veía la cuidadosa selección de palabras y frases que había hecho ... ensayaba varias palabras en una especie de susurro, de modo que apenas podía uno oír alrededor de media docena de palabras ... las pronunciaba y las ensayaba» antes de seleccionar finalmente las que consideraba que sonaban mejor. El siguiente paso consistía en mandar mecanografiar el discurso en «forma de borrador». Una vez hecho esto, lo repasaba provisto de lápiz rojo y efectuaba los cambios pertinentes antes de mandar mecanografiarlo de nuevo en forma de «semiborrador». Esta versión era enviada después a los diversos «expertos para que la revisaran», con el fin de asegurarse de que los datos de hechos y cifras eran exactos. Por último era pasado a máquina «en forma de salmo».<sup>53</sup> Ese era el singularísimo formato que usaba, con las líneas dispuestas como las estrofas de un poema —cada verso sangrado un poquito más que el

anterior—, y que luego empezaría a ensayar una y otra vez, dando vueltas arriba y abajo por la habitación, agarrándose las solapas con las manos, probando toda clase de entonaciones, desde las más grandilocuentes hasta el más débil susurro.

El 4 de junio de 1940, a las 15:40, la hora de los ensayos había acabado. La evacuación de Dunkerque había concluido, y 330.000 soldados habían sido puestos milagrosamente a salvo.

En una Cámara de los Comunes llena a rebosar, el primer ministro se levantó. Dio cuatro pasos hasta situarse delante de la arqueta de su cargo.

En total hablaría durante treinta y cuatro minutos, empezando por un detallado relato de la situación existente en Francia durante las últimas semanas para pasar después a hablar de la evacuación de Dunkerque. Ahora ya no era preciso suavizar la verdad y sus palabras serían francas, vivas y chocantes. El poder de los nazis fue expuesto con todo detalle, lo mismo que las valerosas hazañas de los que habían perdido su vida defendiendo el puerto. Calificó la campaña de evacuación de «un milagro de liberación, llevado a cabo con valentía, con perseverancia, con una disciplina perfecta, con un servicio impecable, con inventiva, con habilidad, con una fidelidad invencible». «Pero las guerras no se ganan con evacuaciones», subrayó.<sup>54</sup>

A medida que Churchill iba entrando en calor, fue reforzando las técnicas retóricas que tan bien conocía. Empezó planteando a su auditorio una pregunta: «¿Podría haber un objetivo de mayor importancia y significación militar que este para todos los efectos de la guerra?» Y a continuación formuló otra: «¿No es posible, asimismo, que la defensa de la propia causa de la civilización esté en manos de unos cuantos millares de aviadores?».<sup>55</sup> Y a continuación pasó a yuxtaponer los vívidos relatos del conflicto con la historia poética:

Nunca ha habido, creo yo, en todo el mundo, en toda la historia de la guerra, una oportunidad semejante para la juventud. Los Caballeros de la Tabla Redonda, los cruzados, todos ellos quedan muy atrás, en un pasado no solo remoto, sino prosaico ...

Estos jóvenes, que salían cada mañana a vigilar su tierra natal y todo aquello que defendemos ... [estos jóvenes] de los que cabría decir: «Cuando cada mañana traía una noble ocasión... Y cada ocasión traía un noble caballero». <sup>56\*</sup>

Habló de los planes de invasión de Hitler, pero recordó a su auditorio que a lo largo de los siglos Napoleón y otros «tiranos continentales»<sup>57</sup> habían hecho planes similares, pero nunca habían conseguido su propósito, antes de pasar finalmente a la peroración en la que había estado trabajando con tanto ahínco:

Yo, por mi parte, tengo una confianza absoluta en que si todos cumplen con su deber, si no se descuida nada, y si se toman las mejores disposiciones, como se está haciendo, nos mostraremos una vez más capaces de defender nuestra isla, de capear el temporal de la guerra, y de sobrevivir a la amenaza de la tiranía, si es necesario durante años, si es necesario solos. En cualquier caso eso es lo que estamos intentando hacer. Esa es la decisión del gobierno de Su Majestad. De todos los hombres que lo integran. Esa es la voluntad del Parlamento y de la nación. El Imperio Británico y la República Francesa, unidos en una misma causa y en la necesidad, defenderán hasta la muerte su tierra natal, ayudándose mutuamente como buenos camaradas hasta el máximo de sus fuerzas. Por mucho que grandes sectores de Europa y varios estados antiguos y famosos hayan caído o puedan caer en las garras de la Gestapo y de todo el odioso aparato del régimen nazi, no vamos a flaquear ni vamos a fracasar. Seguiremos adelante hasta el final. Lucharemos en Francia, lucharemos en los mares y en los océanos, lucharemos cada vez con mayor confianza y fuerza por el aire; defenderemos nuestra isla a cualquier precio. Lucharemos en las playas, en los lugares de desembarco, en los campos y en las calles; lucharemos en las montañas; no nos rendiremos nunca; y por más que esta isla o buena parte de ella quede sometida y hambrienta, cosa que no creo ni por un instante, nuestro imperio de ultramar, armado y protegido por la Armada británica, continuará la lucha hasta que, cuando Dios quiera, el Nuevo Mundo, con todo su poder y su fuerza, dé un paso al frente para rescatar y liberar al Viejo.<sup>58</sup>

El discurso iba directo al blanco. Su potencia era innegable y la respuesta que tuvo fue entusiasta; varios diputados laboristas se pusieron incluso a llorar.<sup>59</sup> Churchill hablaría después de la enorme tarea que había recaído sobre sus hombros, a saber, prestar su voz al pueblo británico, que era

este «el que tenía el corazón de león», y que él solo «había tenido la suerte de ser llamado a dar el rugido».<sup>60</sup> En aquellos momentos, en aquellos instantes oscuros, el rugido no habría podido ser más fuerte.

La frase definitoria, «lucharemos en las playas», era en realidad un homenaje a su amigo, el viejo líder francés Georges Clemenceau. Después de haber escrito varios artículos sobre aquel gran hombre y de haber pasado algún tiempo con él durante la conferencia de paz de París, Churchill había adaptado una frase de un discurso pronunciado en noviembre de 1918 en el que Clemenceau había dicho: «Lucharé ante París, lucharé en París; lucharé detrás de París». Realmente no se necesitaba un gran salto de inventiva por parte de Churchill para llegar a lo de «lucharemos...».<sup>61</sup> Una vez más, como hiciera en su discurso «Sangre, fatigas, lágrimas y sudor», empleó vigorosamente la repetición de una palabra al comienzo de varias frases seguidas. Al decir «lucharemos» venía a decir que él iba a estar con el pueblo, a su lado, a cada paso que diera.

En su ensayo *The Scaffolding of Rhetoric*, Churchill afirmaba que «el orador es la encarnación de las pasiones de la multitud»,<sup>62</sup> y en aquellos momentos hablaba en voz alta, seguro de que el pueblo de Gran Bretaña continuaría luchando a su lado hasta el final. El historiador David Cannadine decía que Churchill elegía sus palabras porque «reflejaban viva y directamente el tipo de persona que realmente era... un personaje a la vez sencillo, ardiente, inocente e incapaz de engaños y de intrigas, pero también un personaje imponente, romántico, caballeresco, heroico, magnánimo y sumamente pintoresco».<sup>63</sup> Todas estas cualidades brillan en este discurso, que está lleno de emoción y de coraje, aunque la mayor parte de él está lleno de esperanza. Winston ofrece al pueblo su mano para guiarlo a través de las penalidades que lo aguardan.

Churchill llevaba siendo primer ministro solo veinticinco días. Se había enfrentado a las indómitas presiones de la guerra, así como a la desconfianza de su propio Gabinete, pero sobre todo se había enfrentado a sus propios temores y a sus dudas, y finalmente había ascendido a una meseta más amplia y más soleada de confianza y liderazgo.

Cuarenta y dos años antes, cuando solo tenía veintitrés, había escrito:

De todos los talentos concedidos a los hombres, ninguno es tan valioso como el don de la oratoria. El que goza de él ostenta un poder más duradero que el de un gran rey. Es una fuerza independiente del mundo. Abandonado por los suyos, traicionado por sus amigos, despojado de sus cargos, quien posea ese poder seguirá siendo formidable. Muchos han contemplado sus efectos. Un conjunto de ciudadanos graves, protegidos por todo el cinismo de estos tiempos prosaicos, es incapaz de resistirse a su influencia. De mostrar un silencio sordo esos mismos hombres pasan a dar una aprobación a regañadientes y luego a mostrarse plenamente de acuerdo con el orador. Los vítores son cada vez más fuertes y frecuentes; el entusiasmo crece por momentos, hasta que todos son presa de unas emociones que no son capaces de controlar y se ven sacudidos por unas pasiones a cuyo dominio han renunciado.<sup>64</sup>

Con este discurso Winston cumplió todas estas condiciones —se convirtió en «una fuerza independiente del mundo», en un ser formidable, con un poder mayor que el de un rey—, y de esa forma estableció el dominio de las pasiones de su pueblo.

## Epílogo

### Si se dijera la verdad

Lo que hizo Winston Churchill, lo que hizo y lo que finalmente decidió en aquellos terribles días de mayo de 1940 cambió el destino de Gran Bretaña y de Europa, así como su propio lugar en la historia. Pero cómo tomó la decisión adecuada —tras un período de feroces discusiones, de dudas y de examen de conciencia, de temor, desesperación y vacilaciones— y cómo poco después encontró las palabras perfectas para explicar esas ideas y esas convicciones y sentimientos a la nación, nunca se ha contado, que yo sepa, satisfactoriamente. Al disponerme a narrar estos acontecimientos, mi objetivo era exponer un relato mejor, más problemático, más sostenible desde el punto de vista psicológico, y en general más humano de lo que hasta el momento se había permitido.

Mis propias investigaciones, llevadas a cabo mientras preparaba la película *El instante más oscuro* e intentaba escribir el presente libro, me han convencido de que Winston Churchill llegó seriamente a sopesar la eventualidad de un acuerdo de paz con Hitler en mayo de 1940, por repugnante que dicha idea pueda parecer hoy día.

Soy consciente de que se trata de una teoría muy impopular, que además me enfrenta a casi todos los historiadores, comentaristas y académicos, mucho más inmersos en este período de la historia de lo que yo pueda pretender estar.

Pero al concluir el presente libro me gustaría exponer los hechos desnudos del asunto tal como yo lo veo, y también presentar la principal tesis contraria de los que nos dicen que Churchill nunca consideró seriamente la senda de una paz negociada.

En primer lugar, exponamos la postura generalmente aceptada. Sostiene en esencia que Churchill no hablaba en serio cuando dijo, y queda constancia escrita de ello, que estaría «muy agradecido» si recibiera una oferta de paz, o cuando aceptó «considerar» dicha oferta. Que lo único que hacía era ganar tiempo mediante una jugada muy sofisticada, que no hablaba en serio, que nunca dudó ni vaciló. Si a sus colegas del Gabinete de Guerra les *pareció* que hablaba en serio —así dice la teoría dominante— fue para engañar astutamente a Halifax, para mantenerlo de su parte en un momento trascendental en el que la dimisión del secretario del Foreign Office probablemente habría supuesto la caída del gobierno. Quizá fuera también un gambito que era preciso jugar de manera convincente para persuadir a hombres tan sagaces y astutos como Halifax y Chamberlain.

Pero esta versión tiene varios puntos débiles.

El primero es que no hay pruebas de que así fuera, aparte de las conjeturas de los estudiosos. Como observaba Christopher Hitchens, lo que se puede afirmar sin pruebas puede negarse también sin pruebas.

Winston nunca reveló que estuviera llevando a cabo una gran jugada de engaño. No lo hizo entonces ni tampoco después de la guerra, cuando tuvo tiempo más que suficiente para hacerlo y mucho que ganar para mejorar su reputación. La pretensión de que Winston ocultara con tanta modestia a la historia un acontecimiento tan trascendental como engañar a su rival, Halifax, supone forzar la idea que tenemos de su personalidad, que, por definición, ocupa un puesto muy elevado en el *ranking* de los narcisistas. Lejos de perjudicar su imagen mítica, el hecho de hacer pública esa anécdota, la habría beneficiado. Y si alguien duda de su deseo de preservar su legado, recordemos el chiste que hizo una vez: «A todos les parecerá mucho mejor que se deje el pasado en manos de la historia, sobre todo cuando yo me propongo escribir esa historia».<sup>1</sup>

La segunda tesis en contra del argumento dilatorio es que no tiene en cuenta de manera adecuada las presiones —personales, políticas y militares— a las que se vio sometido Churchill durante aquella crisis trascendental: cuán cerca se pensaba que estaba la invasión (sus asesores militares creían que era cuestión de días); hasta qué punto estaba desprotegida la población británica; hasta dónde llegaba la enorme inferioridad numérica de su ejército en Francia

(diez a uno si lograba rescatarse a todo el ejército de Dunkerque, y cien a uno si no se conseguía); cuán catastróficamente rápida había sido la caída de Europa ante la acometida de los alemanes; y hasta qué punto eran racionales, morales y sensatos los argumentos propuestos por Halifax y apoyados por Chamberlain y otros.

Por encima de todo ello estaba la amenaza de dimisión de Halifax, que no habría podido más que obligar a Winston a repensarse su postura. Un hombre como Halifax no habría amenazado nunca con derribar al nuevo gobierno si no hubiera estado absolutamente seguro de que tenía razón y de que Winston estaba equivocado; y no era fácil ignorar las convicciones de un hombre como aquel.

Ante semejante cantidad de extraordinarias presiones y con tan pocas opciones a su alcance, ¿qué persona en su sano juicio *no habría* considerado en serio la posibilidad de entablar conversaciones de paz antes que asumir una aniquilación casi segura?

Me sorprende que todos los oponentes del argumento de la «renuncia» o la «vacilación», si podemos llamarlo así, postulen un Churchill casi desquiciado, un hombre absolutamente inmune a los espantosos hechos que estaban teniendo lugar sobre el terreno y que se había olvidado por completo de sus trágicos errores de cálculo en Galípoli o, apenas unas semanas antes, en Noruega. Las tenebrosas lecciones que había tenido que aprender Winston acerca de su propia persona con la experiencia de Galípoli no lo abandonarían nunca (aunque intentaría espantarlas en todo momento, negando cualquier sentimiento de culpabilidad, y posteriormente diciendo que se «enorgullecía» de la valentía de los hombres que habían perdido allí la vida).

Pero la historia tiene muchos autores y una tarde de agosto de 1915, mientras estaba pintando un paisaje, con las defensas bajas, dijo al poeta y diplomático Wilfrid Scawen Blunt: «Hay más sangre que pintura en estas manos».<sup>2</sup> Fue un raro destello de fragilidad psicológica, y un atisbo todavía más raro de su humanidad marcada de cicatrices. El fruto inevitable del sentimiento de culpabilidad es la falta de confianza en uno mismo, y esa falta de confianza en sí mismo sin duda hizo mella en Churchill a finales de mayo de 1940. Cuando uno se ha equivocado tanto en el pasado, no puede estar otra vez muy seguro de sí mismo ante unas circunstancias similares.

Como señalábamos anteriormente, el historiador David Cannadine decía hablando del carácter de Churchill que era «a la vez sencillo, ardiente, inocente e incapaz de engaños y de intrigas». <sup>3</sup> De ser así, ¿por qué atribuirle días y días de engaños y de intrigas cuando no existe testimonio alguno, ni antes ni después de estos sucesos, de que fuera tan mentiroso y tan intrigante?

El impulso general en este sentido parece el de negar al gran hombre su dosis normal de falta de confianza en sí mismo. Pero las dudas y la falta de confianza no son ningún pecado. Antes bien, yo diría que la capacidad de tener dudas, y luego de pasar de esas dudas a sintetizar una serie de ideas contrapuestas, antes de tomar una decisión equilibrada, forman la verdadera definición del auténtico líder y del auténtico liderazgo.

Este libro, pues, pretende ofrecer un retrato más profundo y más complejo de Churchill, no uno más superficial.

Supongamos, pues, que Winston realmente *quería decir* lo que dijo durante el debate de estos asuntos trascendentales, sabiendo perfectamente que todas sus palabras eran registradas en las actas, sin ironía, para la posteridad.

Basándome en las actas de las reuniones de aquellos gabinetes de guerra de finales de mayo no me cabe la menor duda de que por un momento, cuando parecía que Gran Bretaña podía llegar a perder el 90 % de sus soldados, Winston fue convenciéndose gradualmente de que, mientras se garantizara la independencia de su país, tenía sentido estudiar seriamente las posibilidades de alcanzar una paz con la Alemania nazi, por desagradable que pudiera resultar la perspectiva. Sabía que las exigencias de Hitler serían terribles: la entrega de la Europa central y de Francia al régimen nazi con carácter permanente; y además la devolución de algunas colonias que les habían sido arrebatadas a los alemanes después de la primera guerra mundial. Se trataba de un precio monstruoso, pero evidentemente la conclusión de una paz negociada empezaba a parecer una opción más favorable que una invasión nazi y una posible ocupación que viera la esvástica ondeando en el palacio de Buckingham y en Westminster.

Cualquier lectura atenta de las palabras que, según se dice, pronunció Winston en el curso de aquellos debates del mes de mayo ofrece una imagen muy vívida de la continua fragmentación de su anterior postura en pro de

continuar luchando a toda costa, y una consolidación de la idea de las conversaciones de paz. Recordemos que en aquellos días está registrado que dijo unas veces que «consideraría» la idea del acuerdo de paz; que estaría muy feliz de «estudiar» uno; que estaría «muy agradecido» si se encontrara una salida al actual lío en que se hallaban metidos a través de unas conversaciones, siempre y cuando se dieran las condiciones fundamentales, incluso «a costa de algunas concesiones de territorios [británicos, como Malta y algunas colonias africanas]», aunque ello significara conceder a Hitler «el dominio de Europa central». De hecho (como aconsejó al Comité de Defensa) dijo a Francia que «aceptara» un tratado de paz si se lo ofrecían, mientras su territorio no fuera utilizado como escala para un ataque contra Gran Bretaña. El diario de Chamberlain recoge, con un lenguaje sin duda alguna mucho más vivo y realista que el tono seco de las actas del secretario del gabinete, que Churchill habría estado dispuesto a «no dejar escapar la oportunidad» de un acuerdo si se hubieran dado las condiciones exigidas. Para demostrar que habría estado dispuesto a «no dejar escapar la oportunidad» permitió que el 25 de mayo se celebrara en Londres una reunión secreta anglo-italiana entre Halifax y el embajador Bastianini, con tal de que no se hiciera pública: una reunión que ponía explícitamente sobre el tapete la cuestión de un tratado de paz con Hitler, en el que Mussolini actuaría como intermediario en las negociaciones. Después de esta reunión, Churchill dio permiso oficialmente a Halifax para que redactara un memorándum destinado al embajador italiano con el fin de estudiar más a fondo las condiciones de un tratado de paz en el que pudieran verse implicadas Inglaterra y Francia.

Son unas concesiones bastante importantes para alguien que nunca pensó en serio que las conversaciones de paz fueran una opción.

Yo sostengo que el 27 de mayo la discrepancia esencial era no ya *si* se buscaba un pacto o no, sino *cuándo* había que buscarlo. La opinión de Winston era que su gobierno podría conseguir las mejores condiciones una vez que la invasión nazi de Inglaterra hubiera sido repelida; Halifax y Chamberlain creían que no habría nunca un momento mejor que el actual,

mientras Gran Bretaña seguía teniendo un ejército. Durante unas horas angustiosas e inciertas, fue de esta disputa de la que dependió el destino del mundo.

Todos los líderes necesitan tener suerte; y la suerte que necesitan es esta: que los tiempos se correspondan con sus aptitudes.

Winston no tenía talento alguno para la paz. El don que él tenía era el de las crisis y su expresión, el del valor y su evocación, a menudo el del riesgo y la capacidad de subestimarlos. Cuando unos hombres más prudentes desconfiaban, y con razón, de las consecuencias de sus decisiones, en él no tenía cabida el temor —había sido así toda su vida— y no entendía fácilmente que otros tuvieran miedo. La audacia es una cualidad que se encuentra en muchos grandes líderes, pero es tan probable que dé lugar a la ignominia como que dé lugar a la excelencia. Lo que marca la diferencia en último término es que el líder tenga razón o no.

A finales de mayo de 1940, después de muchas vacilaciones, después de muchos titubeos, de paseos arriba y abajo por la habitación en plena noche, de caos mental diciendo primero una cosa y luego otra, de un abuso exasperante de los cambios de parecer, del examen de conciencia, de la meticulosidad, de escuchar a los demás, de reconsiderar las cosas, de sopesar unas opciones y otras, de calcularlo todo, de taciturnidad depresiva, Churchill pudo por fin enfrentarse a la nación y ofrecerle unas palabras templadas en el fuego de unas intensas dudas, y aterrizar en el lado correcto de la historia.

Acertó.

Los acontecimientos de mayo de 1940 acabaron por ser la creación del hombre. Durante aquellas primeras semanas como primer ministro, todavía en una posición muy frágil, cuando se vio sometido a unas pruebas tan duras como pocos líderes se han visto, esencialmente encontró en su propio interior los contornos de lo que es el liderazgo, unos contornos desconocidos para él hasta entonces, que le serían útiles durante todo lo que quedaba de guerra y que le asegurarían un puesto permanente en el pabellón de los hombres verdaderamente grandes.

Aquel mes de mayo Winston Churchill se convirtió en Winston Churchill.

## Agradecimientos

El presente libro está dedicado a mi padre, que combatió en la segunda guerra mundial en dos escenarios de operaciones distintos, el del Pacífico y el de Italia. Fue siempre un ferviente admirador de Churchill, aunque de niño nunca entendí bien por qué. Espero que dé su aprobación a este libro.

El Churchill Estate ha sido sumamente generoso dando su bendición a este proyecto, y en especial la familia Churchill. Los Archivos Churchill han supuesto una ayuda enorme al poner a mi disposición su extraordinaria colección de documentos.

Mi tenaz y leal primera editora, Jane Parkin, rompió su látigo gramatical y me ayudó a pulir mi prosa para asegurarse de que tenía claridad y orden, lo mismo que la espléndida falange de editores del presente libro: Joel Rickett y Daniel Crewe, de Viking, y Jonathan Jao y Roger Labrie, de HarperCollins.

Deseo dar las gracias también a mi agente literaria, Jennifer Joel, de ICM Partners, así como a Working Title Films, Universal Pictures y Focus Features por su apoyo.

Pero finalmente, vaya mi agradecimiento más profundo para Rebecca Cronshey, mi heroica investigadora, cuyas noches de insomnio y cuyo trabajo detectivesco en los archivos contribuyeron a hacer de este libro lo que es. Mi deuda con ella es enorme.



1. El vizconde de Halifax (*a la izquierda*) en el Berghof, la casa de Hitler en los Alpes bávaros, 1937 (© *Ullstein Bild*).



2. Churchill en compañía de Anthony Eden (*derecha*) y sir Kingsley Wood (*izquierda*), saliendo de una reunión del Gabinete, mayo de 1940 (© *H. F. Davis / Topical Press Agency / Getty Images*).



3. Neville Chamberlain (*derecha*) regresa «victorioso» de la conferencia de Múnich, 1938, y es saludado por Halifax (© *Hulton Archive / Getty Images*).



4. Chamberlain y Halifax se entrevistan con el dictador italiano Benito Mussolini, 1939 (© Popperfoto / Getty Images).



5. Churchill, mayo de 1940 (© Fox Photos / Hulton Archive / Getty Images).



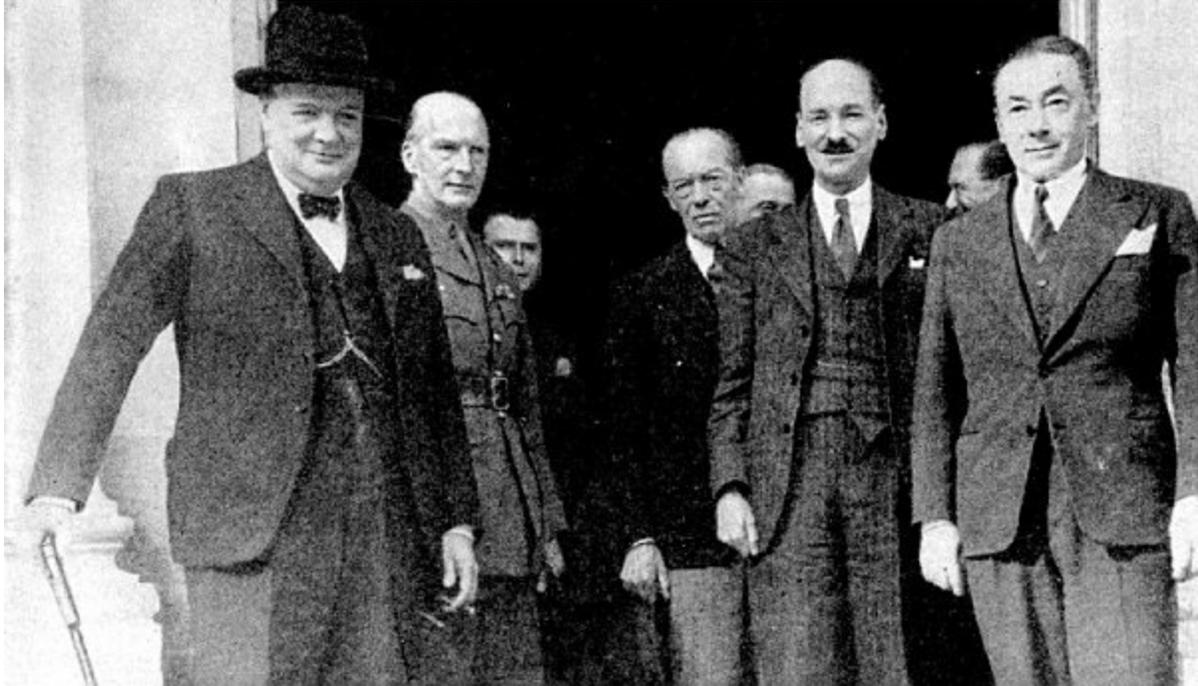
6. Churchill, el escritor, en su despacho de Chartwell, Kent, Inglaterra (© Kurt Hutton / Picture Post / Getty Images).



7. Churchill se dirige por radio a la nación (© Keystone-France / Gamma-Keystone vía Getty Images).



8. El flamante primer ministro en compañía de su esposa, Clementine, camino de su nueva residencia en el 10 de Downing Street, 25 de mayo de 1940 (© *H. F. Davis / Topical Press Agency / Getty Images*).



9. Reunión del Consejo Supremo de Guerra en París, mayo de 1940: Clement Attlee (*tercero por la derecha*) y el primer ministro francés, Paul Raynaud (*primero por la derecha*) (Alamy D995B5 © World History Archive / Alamy Stock Photo).



10. Las Salas del Gabinete de Guerra, Whitehall (© YWM).



11. Churchill, el guerrero, examina un subfusil Thompson (© *Capt. Horton / YWM* vía *Getty Images*).



12. Civiles londinenses escuchando a Churchill por la radio (© *Felix Man / Picture Post / Getty Images*).



13. La «V» de la victoria (© Popperfoto / Getty Images).



14.. Churchill en el Albert Hall (© *Universal History Archive / UIG* vía *Getty Images*).



15. Churchill, el orador, lleno de brío, interviene en una asamblea del Partido Conservador  
(© *Keystone-France / Gamma-Keystone* vía *Getty Images*).



16. Churchill y Clementine en las carreras de caballos de Epsom (© *Central Press / Hulton Archive / Getty Images*).



17. El lenguaje corporal de Churchill acentúa el poder de sus palabras (© *Fox Photos / Hulton Archive / Getty Images*).

## Notas

\* Las *dispatch boxes* son unas arquetas utilizadas por los miembros del gobierno británico para el transporte de los documentos oficiales. Tradicionalmente son de color rojo y llevan el anagrama del monarca. Las arquetas son utilizadas por los ministros del gobierno del Reino Unido para transportar documentos, intercambiarlos o someterlos a la aprobación del monarca. Por eso constituyen una especie de símbolo de su rango y de insignia de su cargo. (N. del t.)

1. Discurso de Leo Amery durante el debate de Noruega: Hansard, Conduct of the War, HC Deb Series 5, 7 de mayo de 1940, vol. 360, cc.1140-1151.

2. R. R. James (ed.), *Chips: The Diaries of Sir Henry Channon* (Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1993), p. 245.

3. Arthur Greenwood: Hansard, Conduct of the War, HC Deb Series 5, 7 de mayo de 1940, vol. 360, cc.1171-1172.

4. Almirante sir Roger Keyes: *ibídem*, cc.1127-1128.

5. Clement Attlee: *ibidem*, cc.1093-1094.

6. John Colville, *The Fringes of Power: Downing Street Diaries 1939-1955* (Hodder and Stoughton, Londres, 1985), 6 de mayo de 1940, p. 91. [Hay trad. cast.: *A la sombra de Churchill: diarios de Downing Street, 1939-1955*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2007.]

7. Herbert Morrison: Hansard, Conduct of the War, HC Deb Series 5, 8 de mayo de 1940, vol. 360, cc.1265.

\* En la política inglesa (y en la de aquellos países que siguen más o menos de cerca el sistema de Westminster, como Canadá, los Estados Unidos, Malasia, Irlanda, Australia y Nueva Zelanda) el término *whip* designa al miembro de un grupo parlamentario encargado de mantener el contacto entre el líder del partido y su propio grupo, asegurándose, en particular, de que sus miembros estén presentes cuando haya una votación en la cámara y de que voten siguiendo las directivas del partido (la llamada «disciplina de voto»). (*N. del t.*)

8. Colville, *Fringes of Power*, p. 93: sir Samuel Hoare (ministro del Aire), sir John Simon (canciller), sir Kingsley Wood (lord del Sello Privado).

9. Hugh Dalton, *The Fateful Years: Memoirs 1931-1945* (Frederick Muller, Londres, 1937), p. 305.

10. David Lloyd George: Hansard, Conduct of the War, HC Deb Series 5, 8 de mayo de 1940, vol. 360, c.1283.

[11.](#) National Library of Wales, Lady Olwen Carey-Evans Papers 122/14a, MLG a la señora PHG, 15 de mayo de 1940.

12. Neville Chamberlain, diario, 16 de junio de 1940 (The Neville Chamberlain Papers, Universidad de Birmingham).

13. Winston S. Churchill: Hansard, Conduct of the War, HC Deb Series 5, 8 de mayo de 1940, vol. 360, cc.1251-1366.

14. Lloyd George, HC Deb Series 5, 8 de mayo de 1940, vol. 360, c.1283.

15. James (ed.), *Chips*, pp. 246-247.

16. Roy Jenkins, *Churchill: A Biography* (Macmillan, Londres, 2001). [Hay trad. cast.: *Churchill*, Ediciones Península, Barcelona, 2002.]

17. Colville, *Fringes of Power*, p. 93.

\* El período de la guerra comprendido entre la campaña de Polonia y el inicio de las operaciones en Francia fue llamado por los franceses *drôle de guerre*, «guerra rara», «guerra de broma», por los ingleses *phoney war*, «guerra de pega», y por los alemanes *Sitzkrieg*, «guerra sentada», en un juego de palabras con el término *Blitzkrieg*, «guerra relámpago». (N. del t.)

18. James (ed.), *Chips*, p. 248.

19. Andrew Roberts, *The Holy Fox: A Biography of Lord Halifax* (Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1991), p. 245, noticia basada en «información privada».

20. Lord Halifax, diario, 9 de mayo de 1940, Halifax Papers (Borthwick Institute, York), A7/8/4, p. 113.

21. [Ibídem.](#)

22. [Ibídem](#), p. 114.

23. R. A. Butler, *The Art of the Possible: The Memoirs of Lord Butler, K.G., C.H.* (Hamish Hamilton, Londres, 1971), p. 84.

24. Coronel Roderick Macleod, DSO, MC, y Denis Kelly (eds.), *The Ironside Diaries: 1937-1940* (Constable, Londres, 1962), p. 293.

25. Roberts, *Holy Fox*, p. 274.

26. D. R. Thorpe, *Eden: The Life and Times of Anthony Eden, First Earl of Avon, 1897-1977* (Pimlico, Londres, 2004), p. 237.

27. Excelentísimo conde de Avon, KG, PC, MC, *The Eden Memoirs*, vol. 2: *The Reckoning* (Cassell, Londres, 1965), p. 96.

28. A. J. P. Taylor, *Beaverbrook* (Hamish Hamilton, Londres, 1972), p. 409.

29. Avon, *Reckoning*, pp. 96-97.

30. Lord Halifax, diario, p. 114.

31. Lord Halifax, diario, p. 115.

32. [Ibíd.](#)

33. Winston S. Churchill, *The Second World War*, vol. 1: *The Gathering Storm* (The Folio Society, Londres, 2000), pp. 522-523. [Hay trad. cast.: *La Segunda Guerra Mundial: Memorias. Tomo I: Cómo se fraguó la tormenta*, Ediciones Orbis, Barcelona, 1985.]

34. David Dilks (ed.), *The Diaries of Sir Alexander Cadogan, O.M.* (Cassell, Londres, 1971), 9 de mayo de 1940, p. 280; Roberts, *Holy Fox*.

35. Churchill, *Gathering Storm*, p. 522.

36. Avon, *Eden Memoirs*, p. 97.

37. Churchill, *Gathering Storm*, pp. 525-526. Capítulo 2. El zángano de la sociedad

1. Winston S. Churchill, *My Early Life* (Eland, Londres, 2000), Prólogo del autor. [Hay trad. cast.: *Mi juventud*, Ediciones Almed, Granada, 2010.]

2. [Ibídem, p. 13.](#)

\* El canciller del Exchequer equivale a nuestro ministro de Hacienda y el líder de la Cámara de los Comunes es el ministro del gobierno del Reino Unido encargado de las relaciones con la Cámara de los Comunes. Es miembro del Gabinete. (*N. del t.*)

3. Churchill, *My Early Life*, p. 70.

4. [Ibídem](#), pp. 17-18.

5. [Ibídem, p. 24.](#)

\* En Inglaterra y Gales el término *public school* [«escuela pública»] designa a un selecto grupo de escuelas privadas independientes, todas ellas de pago, que en general son las más antiguas, más caras y más exclusivas del Reino Unido. Recientemente el término ha evolucionado para designar más concretamente a todas las escuelas privadas para alumnos de entre 13 y 18 años. Entre las más conocidas figuran centros tales como Eton College, Harrow School, Rugby School, Westminster School, Winchester College, o St. Paul's School. (*N. del t.*)

6. Randolph S. Churchill (ed.), *The Churchill Documents*, vol. 1: *Youth 1874-1896* (Heinemann, Londres, 1967), pp. 390-391.

7. Churchill, *My Early Life*, p. 47. [Hay trad. cast.: *Mi juventud: autobiografía*, Ediciones Almed, Granada, 2010.]

8. [Ibídem, p. 71.](#)

9. [Ibídem, p. 80.](#)

10. [Ibídem](#), p. 83.

11. [Ibídem, p. 85.](#)

12. [Ibídem](#), p. 110.

13. [Ibídem](#), p. 117.

14. [Ibídem](#), p. 118.

15. Winston S. Churchill, *Savrola: A Tale of the Revolution in Laurania* (George Newnes, Londres, 1908), p. 32.

16. Roy Jenkins, *Churchill: A Biography*, (Macmillan, Londres, 2001), p. 65. [Hay trad. cast.: *Churchill*, Ediciones Península, Barcelona, 2002.]

17. *Ibidem*, p. 71.

18. Churchill, *My Early Life*, p. 374.

19. Violet Bonham-Carter, *Winston Churchill: An Intimate Portrait* (Harcourt, Brace & World, Nueva York, 1965), p. 89.

\* La Junta de Comercio (Board of Trade) es un comité del Consejo Privado del Reino Unido. Nacido como órgano consultivo en el siglo xvii, fue evolucionando hasta convertirse en un departamento gubernamental con funciones diversas. En el siglo xix la Junta desempeñó un papel consultivo supervisando todas las actividades económicas en general de Gran Bretaña y de su imperio. Durante la segunda mitad del siglo, se encargaría de elaborar la legislación relacionada con las patentes, marcas registradas, regulación de las empresas, el trabajo y las fábricas, el comercio marítimo, la agricultura, el transporte, la electricidad, etc. Sus funciones siguieron evolucionando a lo largo del siglo xx hasta convertirse en 1970 en el Departamento de Comercio e Industria. (*N. del t.*)

\* El «perro negro» era la expresión que utilizaba Churchill para referirse a sus estados de depresión; fue él el que la popularizó, si bien el primero en utilizarla en este sentido fue el escritor inglés Samuel Johnson a finales del siglo xviii. (*N. del t.*)

\* Equivalente a nuestro ministro del Interior. (*N. del t.*)

\* Calle de Londres en la que tradicionalmente tenían su sede los principales periódicos británicos. (*N. del t.*)

20. Winston S. Churchill, *The World Crisis, 1911-1918* (Macmillan, Londres, 1931), p. 46.  
[Hay trad. cast.: *La crisis mundial*, Los libros de nuestro tiempo, Barcelona, 1944.]

21. Jenkins, *Churchill*, p. 220.

22. [Ibídem](#), p. 232.

23. Michael Shelden, *Young Titan: The Making of Winston Churchill* (Simon & Schuster, Nueva York, 2013), p. 296.

24. Vizconde Grey of Falloden, *Twenty-Five Years 1892-1916*, vol. II (Hodder & Stoughton, Londres, 1925), p. 223.

25. Winston S. Churchill a Herbert Asquith, 5 de octubre de 1914, citado en Martin Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. III: *The Challenge of War, 1914-1916* (Minerva, Londres, 1971), p. 163.

26. Timothy Travers, *Gallipoli 1915* (Tempus, Stroud, 2001), p. 23.

27. Jenkins, *Churchill*, p. 260.

28. Gilbert, *Challenge of War*, p. 457.

29. [Ibídem](#), p. 473.

30. *Ibíd.*, p. 459.

31. Martin Gilbert, *Churchill: A Life* (Heinemann, Londres, 1991), p. 346.

32. Mary Soames (ed.), *Winston and Clementine: The Personal Letters of the Churchills* (Houghton Mifflin, Boston), p. 198.

33. Jenkins, *Churchill*, p. 351.

\* Se trata de una canción americana, *I'm forever blowing bubbles* [«Siempre estoy haciendo pompas»], escrita en 1918 y estrenada en 1919. (*N. del t.*)

34. Mary Soames, *Clementine Churchill* (Doubleday. Londres, 2002), p. 202.

35. [Ibíd.](#)

36. Jenkins, *Churchill*, p. 375.

37. Gilbert, *Churchill: A Life*, p. 465.

38. Jenkins, *Churchill*, p. 440.

39. Winston S. Churchill, discurso ante la Cámara de los Comunes, Hansard, HC Deb Series 5, 23 de noviembre de 1932, vol. 272, cc. 73-92.

40. [Ibídem](#), 13 de abril de 1933, vol. 276, cc. 2786-2800.

41. *Ibidem.*

42. Martin Gilbert, *The Roots of Appeasement* (Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1966), p. 143.

43. Winston S. Churchill, *The Second World War*, vol. 1: *The Gathering Storm* (The Folio Society, Londres, 2000), p. 231. [Hay trad. cast.: *La Segunda Guerra Mundial: Memorias. Tomo I: Cómo se fraguó la tormenta*, Ediciones Orbis, Barcelona, 1985.]

44. Winston S. Churchill, discurso ante la Cámara de los Comunes, Hansard, HC Deb Series 5, 22 de febrero de 1938, vol. 332, cc. 235-248. Gilbert, *Roots of Appeasement*, p. 175.

45. Lord Halifax, aludiendo a una conversación entre Churchill, Neville Chamberlain y él, CAB 23/95/5.

46. Chamberlain regresa de Múnich con el acuerdo anglo-alemán, 30 de septiembre de 1938, BBC National Programme 30-09-1938 (BBC Archive Recording, Feston Airport, Hounslow, West London).

47. Winston S. Churchill, discurso ante la Cámara de los Comunes, Hansard, HC Deb Series 5, 5 de octubre de 1938, vol. 339, cc. 359-374.

\* El *Fall Gelb* o Caso Amarillo denomina la campaña occidental o batalla de Francia, por referencia a su objetivo principal o a las acciones que tuvieron lugar en ella, la exitosa ofensiva militar de la Wehrmacht en Occidente durante la segunda guerra mundial, que se desarrolló entre el 10 de mayo y el 25 de junio de 1940. Dio lugar a la derrota y ocupación de Holanda, Bélgica y Luxemburgo (*Fall Gelb*) y especialmente a la derrota militar y la ocupación de Francia (*Fall Rot*) y acabó con el armisticio de Compiègne (22 de junio de 1940). (*N. del t.*)

1. Randolph S. Churchill, recuerdos dictados en Stour, East Bergholt, 13 de febrero de 1963, citados en Martin Gilbert, *The Churchill War Papers*, vol. 1: *At the Admiralty: September 1939-May 1940* (Heinemann, Londres, 1993), p. 1266.

2. Winston S. Churchill, *The Second World War*, vol. I, *The Gathering Storm* (The Folio Society, Londres, 2000), p. 523. [Hay trad. cast.: *La Segunda Guerra Mundial: Memorias. Tomo I: Cómo se fraguó la tormenta*, Ediciones Orbis, Barcelona, 1985.]

3. Samuel Hoare, *Nine Troubled Years* (Collins, Londres, 1954), pp. 431-432.

4. Coronel Roderick Macleod, DSO, MC, y Denis Kelly (eds.), *The Ironside Diaries 1937-1940* (Constable, Londres, 1962), 10 de mayo de 1940, p. 301.

\* La BBC Home Service fue una emisora de radio nacional británica que funcionó de 1939 a 1967. El 30 de septiembre de 1967 fue sustituida por la BBC Radio 4. (*N. del t.*)

5. BBC Home Service, boletín de noticias de las 7 de la mañana, viernes, 10 de mayo de 1940.

6. Randolph S. Churchill, en Gilbert, *At the Admiralty*, pp. 1269-1270.

7. CAB 65/7/9.

8. Hoare, *Nine Troubled Years*, p. 432; Churchill, *Gathering Storm*, p. 523.

9. *Daily Express, Daily Mirror, Daily Mail, Daily Telegraph.*

10. Churchill, *Gathering Storm*, p. 523.

11. CAB 65/7/10.

12. Philip Warner, *The Battle of France, 10 May-22 June 1940: Six Weeks Which Changed the World* (Cassell, Londres, 1990), pp. 50-52.

13. CAB 69/1.

14. Lionel Hastings, barón de Ismay, *The Memoirs of General the Lord Ismay K.G., P.C., G.C.B., C.H., D.S.O.* (Heinemann, Londres, 1960), p. 123.

15. CAB 83/3/12.

16. CAB 65/7/11.

17. *Ibidem.*

18. *Ibíd.*

19. Andrew Roberts, *The Holy Fox: A Biography of Lord Halifax* (Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1991), p. 280.

20. Sir John Wheeler-Bennett, *King George VI: His Life and Reign* (Macmillan, Londres, 1958), p. 444.

21. John Colville, *The Fringes of Power: Downing Street Diaries 1939-1955* (Hodder and Stoughton, Londres, 1985), p. 96. [Hay trad. cast.: *A la sombra de Churchill: diarios de Downing Street, 1939-1955*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2007.]

22. Mary Soames, *Clementine Churchill* (Cassell, Londres, 1979), Capítulo 19.

23. Churchill, *Gathering Storm*, p. 525.

24. [Ibíd.](#)

25. Wheeler-Bennett, *King George VI*, p. 444.

26. Ex inspector detective W. H. Thompson, *I was Churchill's Shadow* (Christopher Johnson, Londres, 1951), p. 37.

27. Colville, *Fringes of Power*, pp. 96-97.

28. Winston S. Churchill a Neville Chamberlain, 19 de febrero, citado en Gilbert, *At the Admiralty*, p. 1285.

29. Churchill a lord Halifax, citado en Gilbert, *At the Admiralty*, p. 1285.

30. Churchill, *Gathering Storm*, p. 526.

31. *Ibidem.*

32. Neville Chamberlain, discurso de dimisión, 10 de mayo de 1940. BBC, emisión radiofónica conservada en British Library's Sound Server.

33. Churchill, *Gathering Storm*, pp. 526-527. Capítulo 4. Halifax: el zorro sagrado

\* *Holy Fox*, «zorro sagrado», se pronuncia en inglés de una manera muy similar a Halifax, cuya afición a la aristocrática caza del zorro era por todos bien conocida. Con este apodo no solo se pretendía resaltar esta faceta del famoso político conservador, sino también la astucia que lo caracterizaba. (*N. del t.*)

1. R. R. James (ed.), *Chips: The Diaries of Sir Henry Channon* (Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1993), p. 249.

\* La expresión Iglesia Alta (*High Church*) define una corriente de pensamiento del anglicanismo asociada popularmente con una serie de prácticas típicas por lo demás del catolicismo. El nombre de la corriente contraria, más próxima al protestantismo, es Iglesia Baja (*Low Church*). (*N. del t.*)

2. Andrew Roberts, *The Holy Fox: A Biography of Lord Halifax* (Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1991), p. 12.

3. Ben Pimlott (ed.), *The Second World War Diary of Hugh Dalton* (Jonathan Cape, Londres, 1985), 14 de noviembre de 1940, p. 101.

4. Andrew Muldoon, *Empire, Politics and the Creation of the 1935 India Act: Last Act of the Raj* (Routledge, Londres, 2016), p. 44. Citado también en Roberts, *Holy Fox*, p. 6.

5. Roberts, *Holy Fox*, p. 51.

6. [Ibídem](#), p. 53.

7. [Ibídem](#), p. 63.

\* En el Reino Unido el lord del Sello Privado (*Lord Privy Seal* o, de manera más formal, *Lord Keeper of the Privy Seal*) es el quinto entre los grandes cargos del estado, por detrás del lord presidente del Consejo y por delante del lord Gran Chambelán. Se trata de una de las dignidades más antiguas del reino entre las de raigambre tradicional. En la actualidad su titular tiene un puesto asegurado en el gabinete del reino, aunque el cargo no tiene ya la importancia que tenía en otro tiempo y ha perdido muchas de sus prerrogativas. (*N. del t.*)

8. CAB 23/83, 10 de marzo de 1936.

9. CAB 23/87/3, 13 de enero de 1937.

\* En el Reino Unido el lord presidente del Consejo (en inglés *Lord President of the Council*) es el cuarto de los máximos funcionarios del estado, por detrás del lord Gran Tesorero (*Lord High Treasurer*) y por delante del lord del Sello Privado (*Lord Privy Seal*). El lord Presidente del Consejo participa en las reuniones del Consejo Privado de Su Majestad, que él mismo preside, y en las cuales presenta los asuntos que requieren la aprobación del monarca. (*N. del t.*)

10. Excelentísimo conde de Avon KG, PC, MC, *The Eden Memoirs*, vol. 1: *Facing the Dictators* (Cassell, Londres, 1965), p. 509.

11. [Ibídem](#), p. 515. Citado también en Halifax Papers (Borthwick Institute, York), A4 410 33.

12. Halifax a Baldwin, 15 de noviembre de 1937, Baldwin Papers, 173/61.

13. Halifax Papers, A4 410 3 3.

14. [Ibíd.](#)

15. *Ibidem.*

16. CAB 23/90/43, 24 de noviembre de 1937.

17. Alan Bullock (ed.), *The Ribbentrop Memoirs* (Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1954), p. 84.

18. Martin Gilbert, *The Roots of Appeasement* (Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1966), p. 182.

19. [Ibídem.](#)

20. Roberts, *Holy Fox*, p. 66.

21. Embajador Joseph Kennedy a Cordell Hull, secretario de Estado de los Estados Unidos, FRUS, 1938, 1:722, 12 de octubre de 1938.

22. CAB 27/624/32, 14 de noviembre de 1938.

23. CAB 23/96/59 (38), 15 de diciembre de 1938.

24. Keir Papers, citado en Roberts, *Holy Fox*, p. 191.

25. Conde de Halifax, *Fulness of Days* (Collins, Londres, 1957), p. 215.

26. Roberts, *Holy Fox*, p. 157. Capítulo 5. El gran «dictador»

1. Winston S. Churchill a Neville Chamberlain, 11 de mayo de 1940, Churchill Papers, 20/11, y respuesta de Chamberlain. Citado en Martin Gilbert, *The Churchill War Papers*, vol. 2: *Never Surrender: May 1940-December 1940* (William Heinemann, Londres, 1993).

2. Kevin Jefferys, *War and Reform: British Politics during the Second World War* (Manchester University Press, Manchester, 1994), p. 42.

3. Lord Halifax, diario, 11 de mayo de 1940, Halifax Papers (Borthwick Institute, York), A7/8/4, p. 119.

4. R. R. James (ed.), *Chips: The Diary of Sir Henry Channon* (Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1993), 11 de mayo de 1940, p. 251.

5. Ruth Ive, *The Woman Who Censored Churchill* (History Press, Stroud, 2008), p. 56.

6. Coronel Roderick MacLeod, DSO, MC, y Denis Kelly (eds.), *The Ironside Diaries 1937-1940* (Constable, Londres, 1962), 11 de mayo de 1940, p. 303.

7. Lord Halifax, diario, 11 de mayo de 1940, p. 119.

8. Neville Chamberlain a Winston S. Churchill, 11 de mayo de 1940, Churchill Papers, 20/11, citado en Gilbert, *Never Surrender*.

9. Lord Halifax, diario, 11 de mayo de 1940, pp. 119-120.

10. Charles Stuart (ed.), *The Reith Diaries* (Collins, Londres, 1975), 11 de mayo de 1940, p. 250.

11. Winston S. Churchill a sir John Reith, Churchill Papers, 2/398, 12 de mayo de 1940, citado en Gilbert, *Never Surrender*.

12. Lord Halifax, diario, 11 de mayo de 1940, p. 120.

13. [Ibídem](#), p. 121.

14. John Colville, *The Fringes of Power: Downing Street Diaries 1939-1955* (Hodder and Stoughton, Londres, 1985), 14 de mayo de 1940, p. 103. [Hay trad. cast.: *A la sombra de Churchill: diarios de Downing Street, 1939-1955*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2007.]

15. Sir John Sinclair: recuerdos, 12 de mayo de 1940, Davy Papers, citado en Gilbert, *Never Surrender*.

16. Sonia Purnell, *First Lady: The Life and Wars of Clementine Churchill* (Aurum Press, Londres, 2015), p. 149.

17. Chips Gemmell, entrevista para la televisión, en Martin Gilbert, *The Complete Churchill*, Parte 4: *Never Despair* (A & E Home Video, 1992).

18. Roy Jenkins, *Churchill: A Biography* (Macmillan, Londres, 2001), p. 712. [Hay trad. cast.: *Churchill*, Ediciones Península, Barcelona, 2002.]

19. Mary Soames, *Clementine Churchill* (Cassell, Londres, 1979), p. 293.

20. Purnell, *First Lady*, p. 149.

21. Elizabeth Gilliat, entrevista para la televisión, en Gilbert, *Never Despair*.

22. Colville, *Fringes of Power*, 16 de junio de 1940.

23. Joseph Goebbels, diario, citado en Michael Paterson, *Winston Churchill: Personal Accounts of the Great Leader at War* (David & Charles, 2005), 3 de mayo de 1941, p. 26.

24. David Cannadine, *Aspects of Aristocracy: Grandeur and Decline in Modern Britain* (New Haven, Conn./Londres, Yale University Press, 1994), p. 147.

25. Lord Hankey a sir Samuel Hoare, 12 de mayo de 1940, Beaverbrook Papers, citado en Gilbert, *Never Surrender*.

26. Lionel Hastings, barón de Ismay, *The Memoirs of General the Lord Ismay K.G., P.C., G.C.B., C.H., D.S.O.* (Heinemann, Londres, 1960), p. 116.

\* El *speaker* es el presidente de la Cámara de los Comunes y quien preside la cámara legislativa del Parlamento del Reino Unido. (*N. del t.*)

1. R. R. James (ed.), *Chips: The Diaries of Sir Henry Channon* (Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1993), 13 de mayo de 1940, p. 252.

2. Winston S. Churchill, discurso ante la Cámara de los Comunes, Hansard, HC Deb Series 5, 13 de mayo de 1940, vol. 360, cc. 1501-1503.

3. James (ed.), *Chips*, p. 252.

4. David Lloyd George, Hansard, Conduct of the War, HC Deb Series 5, 8 de mayo de 1940, vol. 360, cc.1510-1512.

5. Harold Nicolson, *Diaries and Letters 1930-1964*, ed. Stanley Olson (Penguin Books, Harmondsworth, 1980), p. 183.

6. James (ed.), *Chips*, p. 252.

7. Nicolson, *Diaries and Letters*, p. 183.

8. John Colville *The Fringes of Power: Downing Street Diaries 1939-1955* (Hodder and Stoughton, Londres, 1985), p. 102. [Hay trad. cast.: *A la sombra de Churchill: diarios de Downing Street, 1939-1955*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2007.]

9. James (ed.), *Chips*, p. 252.

10. Excelentísimo Malcolm MacDonald, *Titans and Others* (Collins, Londres, 1982), pp. 94-95.

11. John Colville, en *Action This Day: Working With Churchill*, ed. sir John Wheeler-Bennett (Macmillan, Londres, 1968), p. 69.

12. Winston S. Churchill, «The Scaffolding of Rhetoric», Churchill Papers, CHAR 8/13.

13. Tito Livio, *The fifth, sixth and seventh Books of Livy's History of Rome. A literal translation from the text of Madvig, with historical introduction, summary to each book and... notes, by a First-classman* (J. Thornton, Oxford, 1879), pp. 157, 283.

14. John Donne, *An Anatomy of the World*. Reproducción facsímil de la primera edición, 1611. Con epílogo de Geoffrey Keynes (Cambridge, Cambridge University Press, 1951).

15. Lord Byron, *Age of Bronze*, IV: «Satiric – The Landed Interest» (Londres, 1823).

16. Robert Browning, «Ixion», en *Jocoseria* (1883).

17. «*Offro fame, sete, marce forzate, battaglie e morte*», discurso de Giuseppe Garibaldi, plaza de S. Pedro, Roma, 2 de julio de 1849.

18. Theodore Roosevelt, *American Ideals, and Other Essays, Social and Political* (G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1897), p. 260.

19. Winston S. Churchill, *London to Ladysmith via Pretoria* (Longmans, Green, Londres, 1900), p. 96. [Hay trad. cast.: *La Guerra de los Bóers*, Turner Publicaciones, Madrid, 2006.]

20. Winston S. Churchill, *Saturday Evening Post*, vol. 173, Issue 1, p. 29.

21. Winston S. Churchill, «The Eastern Front», en *The World Crisis, 1911-1918* (Macmillan, Londres, 1931), p. 17. [Hay trad. cast.: *La crisis mundial*, Los Libros de Nuestro Tiempo, Barcelona, 1944.]

22. Winston S. Churchill, *Marlborough: His Life and Times* (Harrap, Londres, 1933), vol. 1, p. 217.

23. Winston S. Churchill, «Hope in Spain, 23 February 1939», en Winston S. Churchill, *Step by Step: Political Writings, 1936-1939* (Butterworth, Londres, 1939).

24. Churchill, «Scaffolding of Rhetoric».

25. Richard Toye, *The Roar of the Lion: The Untold Story of Churchill's World War II Speeches* (OUP, Oxford, 2013), p. 42.

26. Churchill, «Scaffolding of Rhetoric».

27. Winston S. Churchill, *A History of the English-Speaking Peoples*, vol 3: *The Age of Revolution* (Cassell, Londres, 1957), p. 296. [Hay trad. cast.: *Historia de los pueblos de habla inglesa*. Vol. 3: *La época de la Revolución*, Caralt Editores, Barcelona, 1960.]

28. Churchill, «Scaffolding of Rhetoric».

29. Plutarco, *Vida de Pericles*, citando a Platón, *Fedro*, 271c, citado en Algis Valiunas, *Churchill's Military Histories: A Rhetorical Study* (Oxford, Rowman & Littlefield, 2002).

30. *Daily Telegraph*, 14 de mayo de 1940, *Evening Standard*, 13 de mayo de 1940.

31. CAB 65/7/15 y CAB 65/13/7, 13 de mayo de 1940. Capítulo 7. La situación empeora

1. Winston S. Churchill, *The Second World War*, vol. II: *Their Finest Hour* (Cassell, Londres, 1949), p. 11. [Hay trad. cast.: *La Segunda Guerra Mundial: Memorias*. Segunda parte: *Su hora mejor*, Orbis, Barcelona, 1985.]

2. CAB 65/7/16, 14 de mayo de 1940.

3. CAB 65/7/17, 14 de mayo de 1940.

4. [Ibídem.](#)

5. [Ibídem.](#)

6. [Ibídem.](#)

7. [Ibídem.](#)

8. John Colville, *Action This Day: Working With Churchill*, ed. sir John Wheeler-Bennett (Macmillan, Londres, 1968), p. 49; John Colville, *The Fringes of Power: Downing Street Diaries 1939-1955* (Hodder and Stoughton, Londres, 1985), p. 103. [Hay trad. cast.: *A la sombra de Churchill: diarios de Downing Street, 1939-1955*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2007.]

9. Colville, *Fringes of Power*, p. 104.

10. Churchill: conversación telefónica con Paul Reynaud, Premier Papers, 3/188/1, citado en Martin Gilbert, *The Churchill War Papers*, vol. 2, *Never Surrender: May 1940-December 1940* (William Heinemann, Londres, 1993).

11. [Ibídem.](#)

12. [Ibídem.](#)

13. CAB 65/7/18, 15 de mayo de 1940.

14. [Ibídem.](#)

15. *Ibidem.*

16. *Ibidem.*

17. Coronel Roderick Macleod, DSO, MC, y Denis Kelly (eds.), *The Ironside Diaries 1937-1940* (Constable, Londres, 1962), 15 de mayo de 1940, p. 310.

18. CAB 65/7/18.

19. [Ibídem.](#)

20. Lord Halifax, diario, 11 de mayo de 1940, Halifax Papers (Borthwick Institute, York), A7/8/4, p. 127.

21. Churchill al presidente Roosevelt, Churchill Papers, 20/14, citado en Gilbert, *Never Surrender*.

22. [Ibíd.](#)

23. [Ibídem.](#)

24. Martin Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. 6: *Finest Hour, 1939-1941* (Heinemann, Londres, 1983), p. 344.

25. [Ibídem.](#)

26. Churchill a Benito Mussolini, Churchill Papers, 20/14, citado en Gilbert, *Never Surrender*.

27. Benito Mussolini a Churchill, Churchill Papers, 20/14, citado en Gilbert, *Never Surrender*.

28. CAB 65/7/19, 16 de mayo de 1940.

29. Lionel Hastings, barón de Ismay, *The Memoirs of General the Lord Ismay K.G., P.C., G.C.B., C.H., D.S.O.* (Heinemann, Londres, 1960), p. 127.

30. Churchill al Gabinete de Guerra, Churchill Papers, 4/149, citado en Gilbert, *Never Surrender*.

31. Ismay, *Memoirs*, pp. 128-129.

32. CAB 65/7/21, 17 de mayo de 1940.

33. CAB 99/3, 16 de mayo de 1940.

34. *Ibidem.*

35. CAB 65/7/21, 17 de mayo de 1940.

36. CAB 65/13/11, 18 de mayo de 1940.

37. Colville, *Fringes of Power*, 19 de mayo de 1940, p. 108.

38. John Colville, *Man of Valour: The Life of Field-Marshal the Viscount Gort, VC, GCB, DSO, MVO, MC* (Collins, Londres, 1972), p. 204.

39. CAB 65/13/12, 19 de mayo de 1940.

40. William Manchester, *The Last Lion: Winston Spencer Churchill, Defender of the Realm, 1940-1965* (Michael Joseph, Londres, 1983), edición Kindle, Loc. 1549.

41. Churchill, alocución radiofónica a la nación, 19 de mayo de 1940, Churchill Archives Centre, CHAR 9/176A-B.

42. Anthony Eden a Churchill, Churchill Papers, 2/394, citado en Gilbert, *Never Surrender*.

43. Capitán Berkley, diario, Berkley Papers, 20 de mayo de 1940, citado en Gilbert, *Never Surrender*.

44. Conde Baldwin of Bewdley a Churchill, Churchill Papers, 20/1, citado en Gilbert, *Never Surrender*.

1. Lionel Hastings, barón de Ismay, *The Memoirs of General the Lord Ismay K.G., P.C., G.C.B., C.H., D.S.O.* (Heinemann, Londres, 1960), p. 129.

2. CAB 66/7/262, 18 de mayo de 1940.

3. CAB 66/7/263, 18 de mayo de 1940.

4. John Colville, *The Fringes of Power: Downing Street Diaries 1939-1955* (Hodder and Stoughton, Londres, 1985), 19 de mayo de 1940, p. 109. [Hay trad. cast.: *A la sombra de Churchill: diarios de Downing Street, 1939-1955*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2007.]

5. [Ibídem.](#)

6. Churchill al presidente Roosevelt, 20 de mayo de 1940, Churchill Papers, 20/14, citado en Martin Gilbert, *The Churchill War Papers*, vol. 2: *Never Surrender: May 1940-December 1940* (William Heinemann, Londres, 1993).

7. CAB 65/7/27, 21 de mayo de 1940.

8. Coronel Roderick Macleod, DSO, MC, y Denis Kelly (eds.), *The Ironside Diaries 1937-1940* (Constable, Londres, 1962), 20 de mayo de 1940, p. 321.

9. CAB 65/7/27, 21 de mayo de 1940.

10. Colville, *Fringes of Power*, p. 110.

11. [Ibídem.](#)

12. Martin Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. 6: *Finest Hour, 1939-1941* (Heinemann, Londres, 1983), p. 57.

13. Actas del Consejo Supremo de Guerra, CAB 99/3, 22 de mayo de 1940.

14. [Ibídem.](#)

15. *Ibidem.*

16. Ismay, *Memoirs*, p. 130.

17. Macleod y Kelly (eds.), *Ironside Diaries*, p. 328.

18. Colville, *Fringes of Power*, p. 111.

19. [Ibídem.](#)

20. CAB 65/13/15, 22 de mayo de 1940.

21. [Ibídem.](#)

22. Excelentísimo conde de Avon KG, PC, MC, *The Eden Memoirs*, vol. 2: *The Reckoning* (Cassell, Londres, 1965), p. 108.

23. CAB 65/7/3, 23 de mayo de 1940.

24. [Ibídem.](#)

25. [Ibídem.](#)

26. [Ibídem.](#)

27. [Ibídem.](#)

28. Interpelación del señor Gurney Braithwaite a Churchill, Hansard, HC Deb Series 5, 23 de mayo de 1940, vol. 361, c330W.

29. Gilbert, *Finest Hour*, pp. 384-385.

30. John Colville, *Man of Valour: The Life of Field-Marshal the Viscount Gort, VC, GCB, DSO, MVO, MC* (Collins, Londres, 1972), p. 213.

31. Jock Colville en conversación con Martin Gilbert, 21 de enero de 1981: Gilbert, *Finest Hour*, p. 385.

32. CAB 65/7/31, 23 de mayo de 1940.

33. Su Majestad Jorge VI, diario, 23 de mayo de 1940, citado en John Wheeler-Bennett, *King George VI: His Life and Reign* (Macmillan, Londres, 1958), p. 456.

34. Telegrama de Churchill al general Weygand, 24 de mayo de 1940, Churchill Papers, 20/14, citado en Gilbert, *Never Surrender*.

35. [Ibídem.](#)

36. *Ibidem.*

37. Telegrama de Churchill a Reynaud, Churchill Papers, 20/14, citado en Gilbert, *Never Surrender*.

38. CAB 65/7/32, 24 de mayo de 1940.

39. [Ibídem.](#)

40. Churchill al general Ismay, Churchill Papers, 4/150, citado en Gilbert, *Never Surrender*.

41. CAB 69/1-24 de mayo de 1940.

42. «Narrative of operations conducted from Dover May 21-26, 1940: Calais» (The Calais War Diary), en NA/PRO ADM 199/795, citado en Hugh Sebag-Montefiore, *Dunkirk* (Viking, Londres, 2006), p. 228.

43. Calais War Diary, NA/PRO WO 106/1693 y 1750, citado en Sebag-Montefiore, *Dunkirk*, p. 3.

44. [Ibídem](#), NA/PRO WO 106/1697.

45. Churchill a Anthony Eden y al general Ironside, 25 de mayo de 1940, Churchill Papers, 4/150, citado en Gilbert, *Never Surrender*.

46. Calais War Diary, NA/PRO WO 106/1750, 25 de mayo de 1940, citado en Sebag-Montefiore, *Dunkirk*, p. 230.

47. CAB 65/7/33, 25 de mayo de 1940.

48. *Ibíd.*

49. Benito Mussolini a Churchill, 18 de mayo de 1940, citado en Winston S. Churchill, *The Second World War*, vol. II, *Their Finest Hour* (Cassell, Londres, 1949), pp. 107-108. [Hay trad. cast.: *La Segunda Guerra Mundial: Memorias*. Segunda parte: *Su hora mejor*, Orbis, Barcelona, 1985.]

50. CAB 65/7/33.

51. [Ibíd.](#)

52. David Dilks (ed.), *The Diaries of Sir Alexander Cadogan O.M., 1938-1945* (Cassell, Londres, 1971), 23 de mayo de 1940, p. 288.

53. *Manchester Guardian*, 25 de mayo de 1940.

54. *News of the World*, 26 de mayo de 1940.

55. *Sunday Express*, 26 de mayo de 1940.

56. *People*, 26 de mayo de 1940.

57. *Daily Mail*, 27 de mayo de 1940.

58. *Evening Standard*, 27 de mayo de 1940.

59. *Daily Express*, 27 de mayo de 1940.

60. Churchill, *Their Finest Hour*, p. 66.

61. CAB 63/13/20, 26 de mayo de 1940.

62. [Ibídem.](#)

63. [Ibíd.](#)

64. *Ibidem.*

65. [Ibídem.](#)

66. [Ibídem.](#)

67. *Ibíd.*

68. [Ibídem.](#)

69. CAB 65/13/21, 26 de mayo de 1940.

70. *Ibidem.*

71. *Ibidem.*

72. *Ibidem.*

73. Dilks (ed.), *Diaries of Sir Alexander Cadogan*, 23 de mayo de 1940, p. 288.

74. Neville Chamberlain, diario, 26 de mayo de 1940, citado en David Reynolds, «Churchill and the British “Decision” to Fight on in 1940: Right Policy, Wrong Reasons», en Richard Langhorne (ed.), *Diplomacy and Intelligence during the Second World War* (Cambridge y Nueva York, CUP, 2003), p. 152.

75. CAB 65/13/23, 27 de mayo de 1940.

76. CAB 63/13/21, 26 de mayo de 1940.

77. *Ibidem.*

78. *Ibidem.*

79. *Ibidem.*

80. [Ibídem.](#)

81. [Ibídem.](#)

82. [Ibídem.](#)

83. [Ibídem.](#)

84. *Ibidem.*

85. Citado en Nassir Ghaemi, *A First-Rate Madness: Uncovering the Links between Leadership and Mental Illness*, Penguin Books, Londres, 2011, p. 61.

86. CAB 65/7/26, 20 de mayo de 1940.

87. Capitán Berkley, diario, Berkley Papers, 26 de mayo de 1940, citado en Gilbert, *Never Surrender*.

88. Mensaje enviado desde el Almirantazgo, citado en L. F. Ellis, *The War in France and Flanders, 1939-1940* (Londres, HMSO, 1953), p. 182; Gilbert, *Never Surrender*.

89. Ismay, *Memoirs*, p. 131.

90. Excelentísimo conde de Avon KG, PC, MC, *The Eden Memoirs*, vol. 2: *The Reckoning* (Cassell, Londres, 1965), p. 109.

91. Ismay, *Memoirs*, p. 131.

92. [Ibídem.](#) Capítulo 9. Crisis del Gabinete y liderazgo

1. Vicealmirante Somerville a Churchill, 7:15 de la mañana, 27 de mayo de 1940, Premier Papers, 3/175, citado en Martin Gilbert, *The Churchill War Papers*, vol. 2. *Never Surrender: May 1940-December 1940* (William Heinemann, Londres, 1993).

2. CAB 65/7/36, 27 de mayo de 1940.

3. [Ibídem.](#)

4. [Ibídem.](#)

5. Churchill a Roger Keyes, 27 de mayo de 1940, Churchill Papers, 20/14, citado en Gilbert, *Never Surrender*.

6. Churchill a lord Gort, 27 de mayo de 1940, Churchill Papers, 20/14, citado en Gilbert, *Never Surrender*.

7. CAB 65/7/36, 27 de mayo de 1940.

8. [Ibídem.](#)

9. [Ibídem.](#)

10. CAB 65/13/22, 27 de mayo de 1940.

11. Churchill a Ismay, 27 de mayo de 1940, Churchill Papers, 20/13, citado en Gilbert, *Never Surrender*.

12. Honorable sir Alexander Cadogan, subsecretario de Estado Permanente de Asuntos Exteriores.

13. Excelentísimo sir Archibald Sinclair, Bt [*baronet*], MP [diputado], secretario de Estado del Aire.

14. Sir Edward Bridges, secretario del Gabinete.

15. CAB 66/7/50, 26 de mayo de 1940, «Suggested Approach to Signor Mussolini».

16. CAB 65/13/23, 27 de mayo de 1940.

17. *Ibíd.*

18. *Ibidem.*

19. [Ibíd.](#)

20. [Ibídem.](#)

21. [Ibídem.](#)

22. [Ibídem.](#)

23. Lord Halifax, diario, 27 de mayo de 1940, Halifax Papers (Borthwick Institute, York), A7/8/3/, p. 142.

24. CAB 65/13/23, 27 de mayo de 1940.

25. [Ibídem.](#)

26. [Ibídem.](#)

27. CAB 65/13/21, 26 de mayo de 1940.

28. Neville Chamberlain, diario, 26 de mayo de 1940, Neville Chamberlain Papers (Universidad de Birmingham), 2/24A.

29. Andrew Roberts, *The Holy Fox: A Biography of Lord Halifax* (Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1991), p. 289.

30. CAB 65/13/23, 27 de mayo de 1940.

31. [Ibíd.](#)

32. [Ibídem.](#)

33. Lord Halifax, diario, 27 de mayo de 1940, p. 142.

34. *Ibidem.*

35. CAB 65/13/23, 27 de mayo de 1940.

36. *Ibidem.*

37. David Dilks (ed.), *The Diaries of Sir Alexander Cadogan O.M., 1938-1945* (Cassell, Londres, 1971), p. 291.

38. *Ibidem.*

39. Roberts, *The Holy Fox*, p. 298.

40. Lord Halifax, diario, 27 de mayo de 1940, p. 142.

41. Dilks (ed.), *Diaries of Sir Alexander Cadogan*, p. 291.

42. John Colville, *The Fringes of Power: Downing Street Diaries 1939-1955* (Hodder and Stoughton, Londres, 1985), 19 de mayo de 1940, p. 109. [Hay trad. cast.: *A la sombra de Churchill: diarios de Downing Street, 1939-1955*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2007.]

43. CAB 69/1, 27 de mayo de 1940.

44. *Ibíd.*

45. Conversación telefónica entre el general sir Edward Spears y Churchill, 27 de mayo de 1940, Cabinet Papers, 65/7, citado en Gilbert, *Never Surrender*.

46. CAB 69/1, 27 de mayo de 1940.

47. *Ibíd.*

48. CAB 65/7/38, 27 de mayo de 1940.

49. Colville, *Fringes of Power*, p. 109.

50. Lord Halifax, diario, 28 de mayo de 1940, p. 143.

51. CAB 65/7/39, 28 de mayo de 1940.

52. [Ibídem.](#)

53. [Ibídem.](#)

54. *Ibidem.*

55. Churchill, Hansard, HC Deb Series 5, 28 de mayo de 1940, vol. 361, cc.421-422.

56. El señor Lees-Smith, *ibídem*.

57. Sir Percy Harris, *ibídem*.

58. Roberts, *The Holy Fox*, p. 300.

59. CAB 65/13/24, 28 de mayo de 1940.

60. [Ibídem.](#)

61. [Ibídem.](#)

62. [Ibídem.](#)

63. [Ibíd.](#)

64. *Ibidem.*

65. [Ibídem.](#)

66. [Ibídem.](#)

67. *Ibidem.*

68. [Ibídem.](#)

69. [Ibídem.](#)

70. *Ibíd.*

71. Martin Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. 6: *Finest Hour, 1939-1941* (Heinemann, Londres, 1983), p. 419.

72. Ben Pimlott (ed.), *The Second World War Diary of Hugh Dalton* (Jonathan Cape, Londres, 1985), pp. 27-28.

73. Winston S. Churchill, *The Second World War*, vol. II, *Their Finest Hour* (Cassell, Londres, 1949), p. 88. [Hay trad. cast.: *La Segunda Guerra Mundial: Memorias*. Segunda parte: *Su hora mejor*, Orbis, Barcelona, 1985.]

74. CAB 65/13/24, 28 de mayo de 1940.

75. Lord Halifax, diario, 28 de mayo de 1940, p. 144.

76. Churchill, *Their Finest Hour*, p. 88. Capítulo 10. «Lucharemos en las playas»

1. Douglas C. Dildy, *Dunkirk 1940: Operation Dynamo* (Osprey, Oxford, 2010), p. 9. [Hay trad. cast.: *Dunkerque 1940: el ejército británico escapa del cerco*, Osprey, Barcelona, 2010.]

2. General sir Edward Spears, *Assignment to Catastrophe*, 2 vols. (William Heinemann, Londres, 1954), vol. 1, p. 255.

3. Churchill a los ministros del gabinete y a los funcionarios de alto rango, 29 de mayo de 1940, Premier Papers, 4/68/9, citado en Martin Gilbert, *The Churchill War Papers*, vol. 2: *Never Surrender: May 1940-December 1940* (William Heinemann, Londres, 1993).

4. CAB 65/7/41, 29 de mayo de 1940.

5. David Dilks (ed.), *The Diaries of Sir Alexander Cadogan O.M., 1938-1945* (Cassell, Londres, 1971), p. 292.

6. CAB 65/13/25, 29 de mayo de 1940.

7. [Ibídem.](#)

8. [Ibídem.](#)

9. [Ibídem.](#)

10. [Ibídem.](#)

11. [Ibídem.](#)

12. Dilks (ed.), *The Diaries of Sir Alexander Cadogan*, p. 292.

13. Churchill a Anthony Eden, al general Ismay y al general Dill, 29 de mayo de 1940, Premier Papers, 3/175, citado en Gilbert, *Never Surrender*.

14. Churchill al general Spears, 29 de mayo de 1940, FO Papers, 800/312, citado en Gilbert, *Never Surrender*.

15. Churchill a lord Gort, 29 de mayo de 1940, Premier Papers, 3/175, citado en Gilbert, *Never Surrender*.

16. Coronel Roderick Macleod, DSO, MC, y Denis Kelly (eds.), *The Ironside Diaries 1937-1940* (Constable, Londres, 1962), p. 344.

17. John Colville, *The Fringes of Power: Downing Street Diaries 1939-1955* (Hodder and Stoughton, Londres, 1985), p. 115. [Hay trad. cast.: *A la sombra de Churchill: diarios de Downing Street, 1939-1955*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2007.]

18. Churchill a Reyanud, 29 de mayo de 1940, Premier Papers, 3/175, citado en Gilbert, *Never Surrender*.

19. [Ibídem.](#)

20. [Ibídem.](#)

21. Capitán Pim, recuerdos, 29 de mayo de 1940, Pim Papers, citado en Gilbert, *Never Surrender*.

22. John Spencer-Churchill, *Crowded Canvas* (Odhams Press, Londres, 1961), pp. 162-163.

23. CAB 65/7/43, 30 de mayo de 1940.

24. CAB 65/13/26, 30 de mayo de 1940.

25. [Ibídem.](#)

26. Lionel Hastings, barón de Ismay, *The Memoirs of General the Lord Ismay K.G., P.C., G.C.B., C.H., D.S.O.* (Heinemann, Londres, 1960), p. 136.

27. CAB 69/1, 30 de mayo de 1940.

28. [Ibídem.](#)

29. Ex inspector detective W. H. Thompson, *I was Churchill's Shadow* (Christopher Johnson, Londres, 1951), p. 41.

30. Ismay, *Memoirs*, p. 133.

31. CAB 99/3, 31 de mayo de 1940.

32. [Ibídem.](#)

33. [Ibídem.](#)

34. *Ibidem.*

35. Sir Ronald Campbell a lord Halifax, 31 de mayo de 1940, Foreign Office Papers, 800/212, citado en Gilbert, *Never Surrender*.

36. [Ibídem.](#)

37. Lord Halifax, diario, 30 de mayo de 1940, Halifax Papers (Borthwick Institute, York), A7/8/4, p. 146.

38. Definición de «peroration», *Oxford English Dictionary* (Oxford University Press, Oxford, 2017).

\* Cf. Cicerón, *De inventione* I 98 (aunque allí no la llama «peroración» [*peroratio*], sino «conclusión» [*conclusio*]). El *DLE* define la peroración como «Última parte del discurso en que se hace la enumeración de las pruebas y se trata de mover con más eficacia que antes el ánimo del auditorio». (*N. del t.*)

39. Ben Pimlott (ed.), *The Second World War Diary of Hugh Dalton* (Jonathan Cape, Londres, 1985), 31 de mayo de 1940, p. 31.

40. Ismay, *Memoirs*, p. 135.

41. Lord Halifax, diario, 30 de mayo de 1940, p. 147.

42. CAB 65/7/46,1 de junio de 1940.

43. Colville, *Fringes of Power*, p. 115.

44. Churchill a Desmond Morton, Premier Papers, 7/2, citado en Gilbert, *Never Surrender*.

45. CAB 79/4, 1 de junio de 1940.

46. Harold Nicolson, *Diaries and Letters 1930-1964*, ed. Stanley Olson (Penguin Books, Harmondsworth, 1984), 1 de junio de 1940, p. 186.

47. Pimlott (ed.), *Second World War Diary of Hugh Dalton*, 3 de junio de 1940, p. 34.

\* Horse Guards Parade es una gran plaza de armas situada en las proximidades de Whitehall, en el centro de Londres. (*N. del t.*)

48. R. R. James (ed.), *Chips: The Diaries of Sir Henry Channon* (Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1993), 2 de junio de 1940, p. 255.

49. Sir John Martin, *Downing Street: The War Years* (Bloomsbury, Londres, 1991), p. 5.

50. Anthony Eden a Churchill, 3 de junio de 1940, Churchill Papers, CHAR 9/172/104.

51. Churchill, notas para el discurso del 4 de junio de 1940, Churchill Papers, CHAR 9/172/23.

52. [Ibídem](#), CHAR 9/172/16.

53. Entrevista a sir John Martin en 1973, BBC Archives, «Remembering Winston Churchill», <http://www.bbc.co.uk/archive/churchill/11021.shtml>..

54. Churchill, Hansard, War Situation, HC Deb Series 4, 4 de junio de 1940, vol. 361, cc. 787-798.

55. *Ibidem.*

56. *Ibidem.*

\* Cita del poema de Tennyson «La muerte de Arturo» (versos 220-221). (*N. del t.*)

57. *Ibidem.*

58. *Ibidem.*

59. James (ed.), *Chips*, 2 de junio de 1940, p. 255.

60. Churchill, discurso en Westminster Hall, 30 de noviembre de 1954, con motivo de su octogésimo cumpleaños, Churchill Papers, CHAR 5/56B/235.

61. Georges Clemenceau, discurso pronunciado en París, noviembre de 1918, citado en Donald McCormick, *The Mask of Merlin: A Critical Study of David Lloyd George* (Macdonald, Londres, 1963), p. 143.

62. Winston S. Churchill, «The Scaffolding of Rhetoric», Churchill Papers. CHAR 8/13/1-13.

63. Winston S. Churchill, *Blood, Toil, Tears and Sweat: The Great Speeches*, ed. David Cannadine (Penguin Books, Londres/ Nueva York, 2007), Introducción, p. xxii.

64. Churchill, «Scaffolding of Rhetoric». Epílogo. Si se dijera la verdad

1. Churchill, Hansard, Commons Sitting, HC Deb, 23 de enero de 1948, vol. 446, cc. 556-562.

2. Véase por ej. Nigel Jones, «Churchill and Hitler: At Arms, at Easels», *History Today*, vol. 64, número 5, mayo de 2014.

3. Winston S. Churchill, *Blood, Toil, Tears and Sweat: The Great Speeches*, ed. David Cannadine (Penguin Books, Londres/Nueva York, 2007), Introduction, p. xxii.

*El instante más oscuro. Winston Churchill en mayo de 1940*

Anthony McCarten

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Darkest Hour. How Churchill Brought Us Back from the Brink*

Diseño y fotografía de portada: adaptación del cartel de la película

© 2017, Universal Studios. All rights reserved.

© Anthony McCarten, 2017

© de la traducción, Juan Rabasseda, 2017

© Editorial Planeta S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A

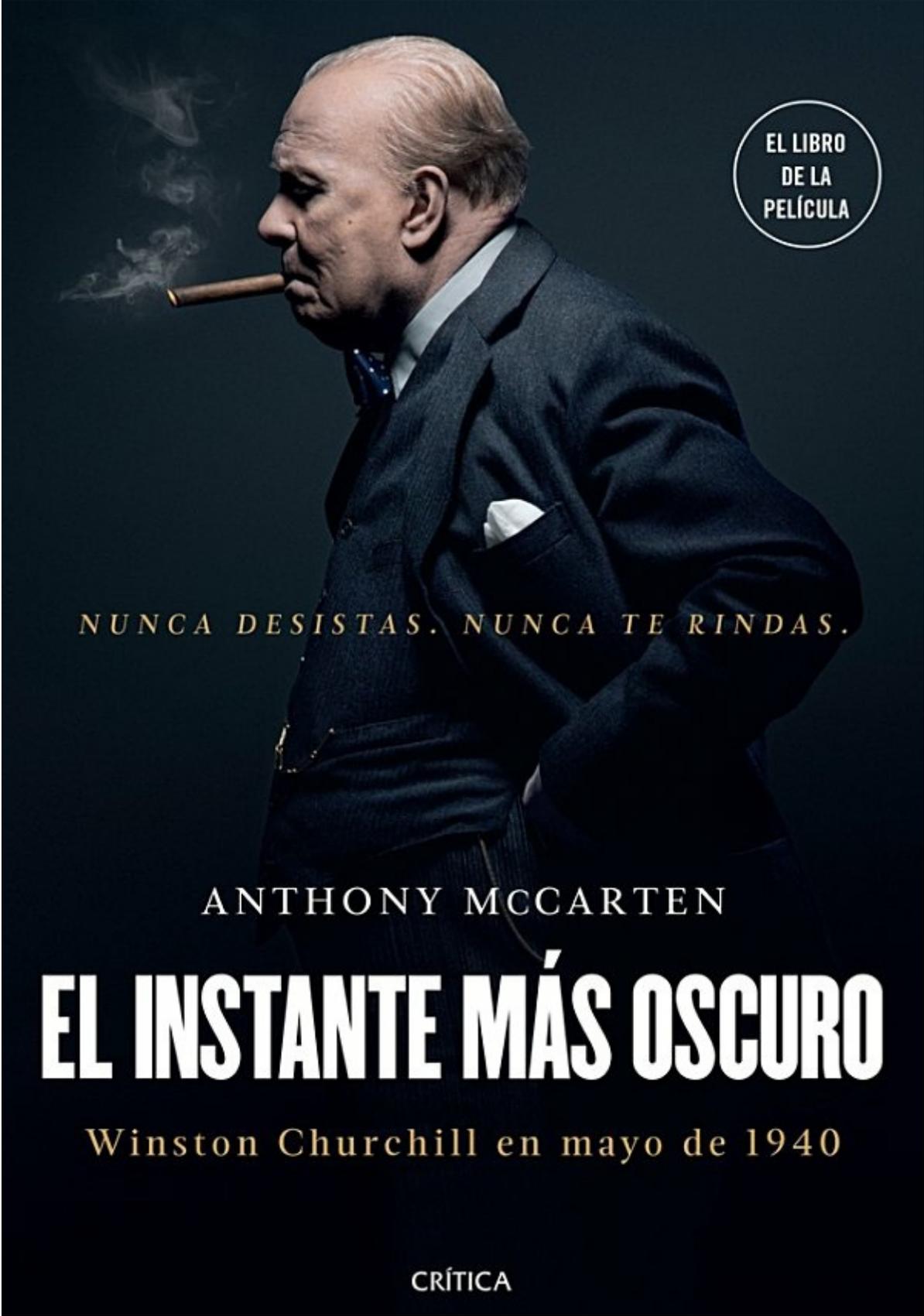
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2017

ISBN: 978-84-17067-57-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)



EL LIBRO  
DE LA  
PELÍCULA

*NUNCA DESISTAS. NUNCA TE RINDAS.*

ANTHONY MCCARTEN

# EL INSTANTE MÁS OSCURO

*Winston Churchill en mayo de 1940*

CRÍTICA